



MINISTERIO DE DEFENSA

CUADERNOS
de
ESTRATEGIA

105

CLAVES DEL PENSAMIENTO PARA
LA CONSTRUCCIÓN DE EUROPA

INSTITUTO ESPAÑOL DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS



MINISTERIO DE DEFENSA

**CUADERNOS
de
ESTRATEGIA**

105

INSTITUTO ESPAÑOL DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS

**CLAVES DEL PENSAMIENTO PARA
LA CONSTRUCCIÓN DE EUROPA**



Febrero, 2000

FICHA CATALOGRÁFICA DEL CENTRO DE PUBLICACIONES

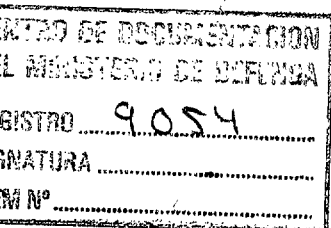
CLAVES del pensamiento para la construcción de Europa / Instituto Español de Estudios Estratégicos. — [Madrid] : Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, 1999. — 280 p. ; 24 cm — (Cuadernos de Estrategia ; 105).

NIPO: 076-99-120-0. — D.L. M.-6746-00

ISBN: 84-7823-725-9

I. Instituto Español de Estudios Estratégicos. II. España. Ministerio de Defensa. Secretaría General Técnica, ed. III. Serie.

Pensamiento político / Geopolítica / Estudios estratégicos / Europa



Edita: Ministerio de Defensa
Secretaría General Técnica

NIPO: 076-99-120-0

ISBN: 84-7823-725-9

Depósito Legal: M-6746-00

Imprime: Imprenta Ministerio de Defensa

Tirada: 950 ejemplares

Fecha de edición: febrero 2000

**DIRECCIÓN GENERAL DE
POLÍTICA DE DEFENSA**

**Instituto Español de Estudios
Estratégicos**

Grupo de Trabajo número 6/99

**CLAVES DEL PENSAMIENTO PARA
LA CONSTRUCCIÓN DE EUROPA**

Las ideas contenidas en este trabajo son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE, que patrocina su publicación.

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

Por Miguel Alonso Baquer

Capítulo I

RAYMOND ARON. UNA ACERTADA PERCEPCIÓN PROSPECTIVA DE EUROPA

Por Juan Andrés Toledano Mancheño

Capítulo II

JULIÁN MARÍAS. EUROPA, UNA EMPRESA DE CONVIVENCIA CREADORA

Por Francisco Javier Franco Suanzes

Capítulo III

SAMUEL P. HUNTINGTON. LA VISIÓN PARCIAL DE LA CONSTRUCCIÓN EUROPEA

Por Vicente Hueso García

Capítulo IV

ZBIGNIEW BRZEZINSKI. LA VISIÓN HEGEMÓNICA DE ESTADOS UNIDOS

Por José Luis Calvo Albero

Capítulo V

RALF DAHRENDORF. UNA CIERTA IDEA, ENTRE LIBERAL Y SOCIAL-
DEMÓCRATA, DE LA REALIDAD EUROPEA

Por Miguel Alonso Baquer

Capítulo VI

LUTTWAK. VENCEDORES Y PERDEDORES EN LA ERA GLOBAL

Por José Romero Serrano

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

El presente Cuaderno de Estrategia, constituido por seis semblanzas de intelectuales maduros de nuestro siglo XX, ha sido preparado por un equipo del Instituto Español de Estudios Estratégicos muy interesado por mostrar qué se entiende por Europa en el contexto del pensamiento actual. Se mueve por la misma zona que cuantos estudios aparecidos en los cinco últimos decenios han dado respuesta de algún modo al expresivo título que un filósofo de la historia, de nacionalidad británica y de confesionalidad católica, puso a uno de sus libros: "Hacia la comprensión de Europa". En esta obra, traducida a la lengua española en 1953, Dawson le daba suma importancia al peso de las creencias religiosas y entidad claramente menor a las perspectivas procedentes de la economía.

Los redactores del Cuaderno de Estrategia, todos ellos militares de carrera de clara vocación pedagógica, le han dado una natural preferencia a la huella dejada en España por los libros de otro pensador recientemente fallecido, Luis Díez del Corral. Una obra suya en particular, aparecida en 1954 con el título "El rapto de Europa. Una interpretación histórica de nuestro tiempo", causó en su momento gran sensación y mereció un elogioso comentario del estratega francés mejor acreditado de nuestro siglo André Beaufre. El catedrático español nunca abandonó su postura inicial, aunque volvió muchas veces sobre ella. Lo esencial del tema consistía en darle juego no tanto a las culturas, siempre en conflicto, de Oriente y de Occidente, como al evidente contraste de comportamientos entre las ofertas civilizadoras de lo que denominaba Europa Interior (Francia, Alemania e Italia) y de lo que definía como Europa exterior (España, Inglaterra y Rusia).

A la hora de elegir unos nombres representativos, todos ellos en línea con las posiciones europeístas de Dawson y de Díez del Corral, los redac-

tores del Cuaderno optaron por fijar su atención en doce escritores de muy alto rango no precisamente europeístas en sentido político, es decir, constructores de una Europa política, sino definidores de unos valores con vocación universal que tuvieran sus raíces en la Europa Interior y que hubieran encontrado difusión universal por los cauces de la Europa Exterior. Y se eligió, finalmente, como representantes significativos del momento cultural fin de siglo XX sólo a seis figuras, ya que eran seis los componentes del Grupo de Trabajo. Simultáneamente conviene dejar dicho que otros seis grandes pensadores quedaron fuera de los análisis pormenorizados, por entender que los seis nombres elegidos arrojaban un balance más nítido que los seis nombres todavía mantenidos en la esperanza de una segunda oportunidad para el análisis: Christopher Dawson, Bertrand de Jouvenel, Ernst Jünger, Luis Díez del Corral, Henry Kissinger y Francis Fukuyama.

Nos hemos, pues, ocupado de Raymond Aron, de Julián Marías, de Samuel P. Huntington, de Zbigniew Brzezinski, de Ralf Dahrendorf y de Edward N. Luttwak, sin que esto signifique otra cosa que reconocer en ellos una mayor sintonía con los sentimientos más generalizados entre nosotros.

No nos hemos extendido en los comentarios sobre la obra de Dawson; pero hemos dejado apuntado su sentido. Dawson hablaba de valores éticos y religiosos, lejanos en sí mismos al pragmatismo que se atribuye al pensamiento anglosajón. Su obra intentaba mediar entre las dos cosmovisiones que habitualmente se concentran en las reconsideraciones del pensar propio de Oswald Spengler y de Arnold Toynbee. Conviene recordar que todavía sería posible retomar el tema de Europa en las profundidades donde Dawson lo dejó anclado hace medio siglo.

Tampoco nos hemos demorado en la presentación de las ideas del francés Bertrand de Jouvenel. Se trata de un escritor que alcanzó a vivir cerca de ochenta y cinco años, moviéndose entre su natural elitismo conservador y un liberalismo, sólo en última instancia democrático. Nos interesaba, en principio, como un intelectual muy grave y serio, a su vez incapaz de consagrarse a una disciplina de pensamiento en particular. Jouvenel atendió a los dictados de la sociología, de la economía, de la ciencia política y de la historia contemporánea. Nos impresionaron dos de sus obras más recientes —posteriores a 1975— “La civilización de la potencia” y “Los orígenes del Estado Moderno” (Historia de las ideas políticas en el siglo XIX).

Estas dos últimas reflexiones de Jouvenel constituyen el lógico remate de una evolución que arranca de otros empeños más nacionalis-

tas, por ejemplo, "El bloqueo continental" (1942), "El poder" (1945) y "La soberanía" (1953). Jouvenel es, para nuestro tiempo, un notable crítico de las actitudes más ingenuamente progresistas sobre el placentero futuro de Europa. Sus obras ponen, como primera condición para el éxito, la apertura de un examen de conciencia sobre los errores ya cometidos y nunca reconocidos como tales por los continuadores de la llamada revolución jacobina, la de 1789.

No hemos entrado tampoco en el sentido de la panorámica de situaciones que nos viene trazada por otro autor (tan genuinamente alemán como genuinamente francés o inglés nos parecen Dawson y Jouvenel). Nos referimos al longevo Jünger. Sus especulaciones literarias sobre las vivencias de las dos Grandes Guerras han venido sufriendo el más asombroso de los deslizamientos que se haya dado nunca desde una inicial apología de la guerra (postromántica sin paliativos) a una final denigración de las coyunturas de crisis al borde de la violencia generalizada. Sus obras, intuitivas más que formalmente racionales, merecen estudios monográficos muy concretos pero, sin duda alguna, son más expresivas de lo ya ocurrido que proféticas respecto a lo que se ve venir por el horizonte.

No irrumpe en el escenario del Cuaderno el ya citado Luis Díez del Corral. Y no por falta de méritos sino, quizás, por exceso de relevancia. Díez del Corral se había venido centrando en la riqueza del testimonio intelectual que, con raíces en el Renacimiento italiano, estalló a través del Barroco español por espacios ultramarinos. Seguramente se sentiría mejor acompañado por Dawson, al fin y al cabo un pensador de la Europa Exterior, que por Jouvenel y Jünger, en definitiva, dos típicos representantes de la obsesión intraeuropea que se refleja en el conflicto franco-alemán. Volver a Díez del Corral siempre será para la cultura de los españoles una manera de corregir el desdén nórdico europeo hacia el área mediterránea. Pero no nos hemos podido centrar en sus modos de pensar, que es lo que, en definitiva, haremos apelando a otro pensador español todavía en plétórica actividad, Julián Marías.

Tampoco hemos optado, como genuinos representantes del modo anglosajón de razonar y de proponer soluciones, por dos figuras extraordinariamente populares hoy incardinadas definitivamente en los Estados Unidos de América, Henry Kissinger y Francis Fukuyama, un internacionista de cuño europeo y un politólogo de estirpe extremo-oriental. La comprensión de las claves que ambos nos aportan no es fácil. Kissinger y Fukuyama son estrategias globales en desigual medida futurólogos. El

veterano Secretario de Estado de las administraciones de Richard Nixon y de Gerald Ford, se siente sin duda más afín a las tesis europeístas que el aprendiz de brujo de la geopolítica hegeliana en que se ha convertido Fukuyama. Nos ha parecido que otras dos aportaciones del mismo significado (ultramarino y extraeuropeo) algo más actuales o vivas podían cubrir las evidentes resistencias del espíritu norteamericano en general al porvenir de Europa aceptado como algo autónomo. Son, en nuestro caso, el también internacionalista de origen polaco Brzezinski y el teórico globalista de origen rumano E.N. Luttwak. La clave que la suma de los cuatro nombres nos podría desvelar es, lisa y llanamente, la sorprendente vigencia del “vínculo atlántico”, incluso entre sus naturales adversarios.

Los españoles pensamos, —es el caso de Luis Díez del Corral y de Julián Marías— que no hay un sólo “vínculo atlántico”, —el de la Organización del Tratado del Atlántico Norte—, sino dos o tres que deberían ser reconsiderados, en primer lugar por pensadores de habla hispana; en segundo lugar por pensadores de habla portuguesa y finalmente, por pensadores de habla francesa. La atención a estos otros dos o tres “vínculos atlánticos” es una cuestión tan pendiente de estudio como delicada, pero que se sale (o desborda) el objeto de este Cuaderno de Estrategia, dominado sin paliativos por el fenómeno de la construcción de Europa.

Díez del Corral, en su día, se había dado plena cuenta del pluralismo de los citados vínculos que se encierra en el uso indistinto de los términos “Europa” y “Occidente”. Para el profundo y certero pensador riojano, el término “Occidente” es impreciso, relativista, traslaticio; está llamado a emigrar como el astro solar de que procede la imagen. Otra cosa es el término “Europa”. Lo que decía en 1954 vuelve a tener sentido en el año 2000, aunque entonces su autor no se hiciera la menor ilusión a favor del concorde funcionamiento de la familia europea de naciones:

«América es más occidental que Europa, como, de otra parte el Lejano Oriente es más oriental que el Cercano, cuna de la “Civilización”; pero, aunque fuera posible la perduración de la “Cultura” creada por Europa en otras tierras, aunque se perfeccione y aún culmine en ciertos aspectos en el Nuevo Mundo, lo que a nosotros, europeos, nos interesa vitalmente son las formas de vida radicadas en nuestras viejas tierras. Ni “Europa” como expresión geográfica, ni “Occidente” como mera expresión cultural, sino Europa Occidental».

Esta convicción de Díez del Corral, reiterada solemnemente en 1974 al publicar “Perspectivas de una Europa raptada”, —nuevo breviario de

paneuropeísmo, como Ramón Carande había calificado en su día a su obra más famosa— es también propia de Julián Marías. Ningún intelectual verdaderamente fiel al pensamiento español de los tiempos modernos puede desconocer que es en el concepto mismo de Europa Occidental donde tienen sentido los dos lazos esenciales para el sostenimiento de una cultura genuinamente española: el lazo mediterráneo con Italia y el vínculo atlántico con América, entiéndase con América en tanto iberoamericana.

La elección a favor de estos seis nombres —Aron, Marías, Huntington, Brzezinski, Dahrendorf y Luttwak— se entiende todavía mejor si se introduce o si se la coloca en la estela de un pensamiento que debemos al economista John Maynard Keynes desde febrero de 1936:

«Las ideas de los economistas y de los filósofos de la política encierran, sin que sea obstáculo su verdad o falsedad, bastante más potencia que la que suele atribuirseles por lo general. Si hemos de decir la verdad, son ellas las que gobiernan el mundo. Los hombres prácticos que se consideren al abrigo de cualquier influencia de tipo intelectual suelen ser los esclavos de algún economista difunto».

Keynes, anglosajón al fin, huye de la metafísica y de la filosofía de la historia, tanto como de las cosmovisiones idealistas. Pero le da importancia a las ideas de quienes, en tanto hombres cargados de buen sentido, él encierra en la doble definición de grandes economistas y de grandes políticos.

«Estoy seguro —añadía en los párrafos finales de su conocida obra "Teoría General del Empleo"— de que se le concede importancia exagerada al poder de los intereses creados frente a la invasión gradual llevada a cabo por las ideas. Una invasión que no tiene lugar inmediato, sino al cabo de cierto intervalo... Las ideas que los funcionarios, los políticos e incluso los agitadores aplican a los sucesos del momento, no se distinguen precisamente por su novedad. Sin embargo, más tarde o más temprano, son las ideas y no los intereses creados los que se muestran eficaces, ya sea para bien o para mal».

Estas dos citas del discurso del gran economista Keynes nos acercan a las ideas de Dawson, de Jouvenel, de Jünger, de Díez del Corral, de Kissinger y de Fukuyama, pero más aún nos introducen en las de los otros seis intelectuales tratados en este Cuaderno de Estrategia, en definitiva, constituidos en un equipo que en cuanto tal piensa más en lo económico y en lo político que en lo cultural o metafísico.

Los seis escritores elegidos para ser glosados son, en definitiva, 1) un francés de estirpe hebrea con raíces alsacianas, Raymond Aron, que fue capaz de abandonar a tiempo su inicial socialismo de cuño marxista, cuya teoría sobre la sociedad industrial quiere expulsar a los dogmatismos ideológicos del campo de la discusión científica; 2) un español vallisoleto, liberal sin concesiones, Julián Marías, que de nuevo persiste en tomar actitudes abiertas hacia la cultura y hacia la filosofía sin incurrir en grandiosas cosmovisiones; 3) un norteamericano sin enlace directo con cuna europea alguna, Samuel P. Huntington; 4) un norteamericano de origen polaco, Zbigniew Brzezinski, que no se deja llevar ni hacia la simplificación marxista de los intereses ni hacia las teorías geopolíticas con base ideológica; 5) un alemán, de hecho implantado en las Islas Británicas, Ralf Dahrendorf, cuya trayectoria resulta paralela a la propia de Aron, si bien más matizada de socialdemocracia que de liberalismo conservador y 6) al transilvano, también ganado por los Estados Unidos de América, Edward N. Luttwak que, ahora sí, se inclina respetuoso por lo que Keynes daba por sentado —la normal influencia de algún economista difunto en los modos de pensar de algún politólogo joven.

Los seis pensadores elegidos no son en absoluto ni unos fanáticos del europeísmo a ultranza ni unos serenos simpatizantes con los proyectos de unidad europea. Nosotros les observamos en relación con un propósito que no es el suyo. Los verdaderos padres de la propuesta a favor de la unidad europea, —de la Unión Europea— en términos políticos, económicos y estratégicos no son ellos sino Robert Schuman, Jean Monnet, Konrad Adenauer, Alcides De Gasperi, etc. Los seis pensadores aquí presentados tienen algo que decir sobre el futuro de Europa, pero no están demasiado interesados en decirlo. Hablan desde su especialización concreta que en R. Aron son las relaciones internacionales en la era planetaria, que en J. Marías son las vivencias de la razón histórica o del raciovitalismo cultural, que en S.P. Huntington son las ciencias sociales de sentido político modernizador, que en Z. Brzezinski son las artes gubernamentales de las grandes potencias en periodos de crisis, que en R. Dahrendorf son los métodos para la resolución coherente de los conflictos sociales de cada comunidad política y en E.N. Luttwak las conexiones estratégicas entre geopolítica y economía global. Los seis pensadores elegidos nos interesan como hombres abiertos a la realidad social a finales del segundo milenio. Vienen a estas reflexiones en aras de su reconocida autoridad epistemológica o deontológica y nunca en virtud de su pasión europeísta, que todos ellos tienen muy controlada.

Hemos presentado su biografía intelectual en el orden que se desprende de sus fechas de nacimiento. Todos ellos han nacido más bien próximos a lo que debemos considerar primer tercio del siglo XX. Los seis han irrumpido con fuerza a lo largo del segundo tercio, unos al borde de los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial, Aron y Marías, otros en plena Guerra Fría, Huntington, Brzezinski y Dahrendorf y uno, Luttwak, en su periodo de superación. Los seis mantienen enhiesta la bandera de su prestigio cuando el siglo XX remata su último tercio, en el año 2000, si bien con las naturales reservas generacionales. El único fallecido, Aron, atraviesa una fase de oscurecimiento de su fama que podría ser superada en sólo una década.

Los hemos aceptado como testimonios vigentes de actualidad sin perder de vista lo que cada uno tiene de representativo de la idea misma de Europa Occidental, aunque sean norteamericanos. Lo que les une entre sí es el tantas veces citado "vínculo atlántico". Sumados sus seis nombres con los otros seis, en su día considerados posibles interlocutores nuestros (Dawson, Jouvanel, Jünger, Díez del Corral, Kissinger y Fukuyama) nos darían una panorámica más completa, más llena de matices, más comprensiva de ideas enriquecedoras. La glosa de los "doce" pensadores nos valdría más de lo que nos sirve la glosa de los "seis". Pero al afirmarlo tan sinceramente, lo hacemos con la clara intención de que el lector del Cuaderno de Estrategia tenga buen cuidado de realizar por sí lo que no ha encontrado cabida en el trabajo presentado por nosotros.

El método seguido en el presente análisis tiene algo de original. No se enfrenta dos a dos a un partidario esperanzado de la Unión Europea con un adversario escéptico de la construcción política de Europa. Tampoco se forma un bloque con los tres intelectuales genuinamente europeos (Aron, Marías y Dahrendorf) para confrontarlo con los otros tres, ultramarinos o americanos del Norte. Se hace desfilar por delante de nuestros ojos a unos pensadores cuya actitud hacia los valores europeos es simplemente serena o razonable. Sus preocupaciones esenciales no pasan por la gestión política, aunque en algún momento les alcanzaron algunas responsabilidades de gobierno. Tampoco nos valen como meros continuadores de una postura ya dos veces centenaria cuyo máximo representante bien pudiera ser, en torno a la fecha fatídica para Napoleón de la batalla de Waterloo, el Conde de Saint-Simon (1760-1825) al dar a la imprenta unas personalísimas reflexiones:

«De la Reorganización de la Sociedad Europea o De la necesidad y de los medios de reunir los pueblos de Europa en un sólo cuerpo político, conservando cada uno su independencia nacional».

Vendrá, sin duda, un tiempo en que todos los pueblos de Europa sentirán que hace falta regular los puntos de interés general antes de descender a los intereses nacionales; entonces los males comenzarán a hacerse menores, los disturbios a aplazarse, las guerras a apagarse; a ir allí tendemos sin cesar, nos lleva el curso del espíritu humano. Pero ¿qué es más digno de la prudencia del hombre, arrastrarse o correr hacia allí?»

Los seis pensadores elegidos para hacernos reflexionar en Europa como problema ni se dejan arrastrar por el viento de la historia ni tampoco desean correr más deprisa que este mismo viento. Simplemente nos cuentan lo que está pasando en relación con lo que, a su juicio, debería pasar. Son representativos de seis modos de ver las cosas algo similares y por lo mismo bastante compatibles. No proponen medidas concretas. Aconsejan cambios de actitud y, sobre todo, nos avisan de la improcedencia del recurso a la aceleración de la historia en aras de la violencia. Todos, los seis, reclaman una vuelta sincera hacia la moderación de los cambios. Pero cada uno de ellos se decanta a favor o en contra de las esperanzas. Unos insisten con vehemencia en el refuerzo ético del polo europeo de la Alianza Atlántica y otros en aplaudir la inevitable confianza en los valores éticos que se derivan del hecho mismo del “vínculo” transoceánico.

Un juego intelectual sabroso consistiría en tomar dos a dos a los componentes del grupo de los “doce”, uno entre los “seis” estudiados y otro entre los “seis” dejados para mejor ocasión, considerando básica para la composición de parejas la condición de compartir una misma nacionalidad. Y al compararles dos a dos podríamos percibir si hay o no mayor modernidad (o mayor influencia social) en el personaje elegido o en la figura apartada momentáneamente de nuestra atención. Es lo que voy a iniciar como tal juego intelectual.

Así, entre los dos franceses, Jouvenel y Aron, el primero me parece más antiguo o más arcaico. Jouvenel viene del aristocratismo de élite y respeta en lo que vale las tradiciones de Francia, sin que sea un defensor a ultranza del derecho natural frente al derecho positivo. Aron viene del materialismo dialéctico, de la inicial (o juvenil) confianza en la ley del progreso indefinido. Se confiesa en gran medida arrepentido. Los dos le han acabado cogiendo el gusto a su presencia en los medios de comunicación social. Son educadores a su modo y generalistas sin propósito de la enmienda. Pero, en definitiva, y de momento hoy, se cita más a R. Aron que a B. Jouvenel, por lo menos en los ámbitos tanto políticos como universitarios de nuestro entorno.

Entre los dos alemanes, Jünger y Dahrendorf, se da la misma circunstancia. El primero nunca se desprendió de un cierto entusiasmo por la tradición germánica del Imperio, mejor que de las glorias de lo que tendríamos que llamar tradición alemana. Lo que Jünger quiere decir a la posteridad lo dice sin importarle un bledo la envergadura de sus cambios de opinión. Es un intuitivo que hace literatura. El segundo, Dahrendorf, quiere hacer ciencia positiva. Ha abandonado todo lo que huele a cerrado nacionalismo y se ha abrazado con quienquiera que rezume internacionalismo abierto. En nombre de un socialismo nada nacional, desemboca en un liberalismo democrático que repudia cualquier forma de radicalismo. Nada hay en Dahrendorf de la brillante intuición de Jünger. Los jóvenes de hoy, sin duda alguna, creen que se aprende mejor a navegar en nuestro tiempo con la brújula del sociólogo alemán que con la rosa de los vientos del literato germánico, en definitiva, una veleta.

Entre los dos españoles, Díez del Corral y Julián Marías, se da un contraste suave, apenas agudizado por el hecho de ser Marías un filósofo de la cultura y Díez del Corral un historiador de las ideas políticas. Pero no nos cabe la menor duda de la presencia de una mayor preocupación por la actualidad en la obra del filósofo de la escuela orteguiana. Luis Díez del Corral anda detrás del pensamiento liberal en todas sus formas, las doctrinarias y las humanistas, para gozarse en Tocqueville, además de en Montesquieu, como lúcidos pensadores acerca de la realidad del poder, Julián Marías se entrega, en definitiva, a una filosofía moral, a una búsqueda del comportamiento que lleva a lo excelente, a lo mejor, a lo más digno, aquí y ahora. D. Luis enlaza a lo hispánico con lo itálico en el horizonte de lo francés. D. Julián hace una operación semejante entre lo hispánico y lo iberoamericano. Europa, al parecer de muchos, es un tema del historiador de las ideas que apenas resplandece en los escritos del filósofo de la cultura. Pero, con todo, resulta evidente que las reflexiones cara al futuro más inmediato será más fácil encontrarlas en Marías, sólo unos años más joven que el catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas.

Los seis intelectuales que nos falta por encuadrar en este juego de parejas pueden pasar por anglosajones. Sería falso forzar las cosas lo suficiente para convertirles a tres de ellos en ingleses y a los otros tres en americanos. El contraste más fácil de establecer se daría entre los dos más comprometidos con la política de los Estados Unidos, Kissinger y Brzezinski. El contraste más difícil se daría entre Dawson y Huntington, porque aquí es casi todo lo que les separa. Un contraste tolerable se nos ofrece

entre Fukuyama y Lütwak, quizás por el dato compartido de su inicial distanciamiento étnico de las culturas mayoritarias en Norteamérica.

Entre Kissinger y Brzezinski, la impresión del lector de sus libros ve más cultura occidental europea en el primero y más civilización americana en el segundo. Pero, en ambos, es perceptible un conservadurismo de gran potencia que se muestra receloso hacia la potenciación de Europa Occidental. Kissinger contempla a Charles De Gaulle como si se tratara del epicentro de la crisis de la seguridad europea. Habla desde la conciencia casi bélica de los años sesenta. Brzezinski apenas le da importancia a las diatribas intraeuropeas. No ve en las potencias europeas crisis sino conformidad. De aquí que sea más útil o más urgente captar los argumentos del polaco que las nostalgias del alemán, entiéndanse ambos como ciudadanos actuales de los Estados Unidos ganados por la nostalgia del paraíso perdido.

Entre Dawson y Huntington, sí que se percibe una diferencia radical de temperatura. Dawson no piensa en choques de civilizaciones sino en zonas de influencia de las confesiones religiosas. Dawson no se sale de lo que considera verdadera cultura donde Huntington no quiere salir de los reales avances de la sociedad civilizada o sociedad del bienestar. Dawson es el menos pragmático de los anglosajones, allí donde Huntington no quiere ser un analista de símbolos ni de creencias arraigadas en los pueblos sino un observador realista en grado sumo, es decir, un partidario del equilibrio entre los poderes realmente dados y en presencia.

Entre Fukuyama y Lütwak, los acuerdos son posibles porque los dos representan análogo optimismo configurador del futuro. A los dos les tiene sin cuidado lo europeo en cuanto tal. A los dos les preocupa que Estados Unidos cometa errores. Pero sus temores no radican en los aciertos de Europa, sino en la ola creciente de efectividad que puede lograrse en el Pacífico. Luttwak, orientado hacia la economía global, dice cosas que ahora parecen más sensatas que las tesis, hegelianas en definitiva, de Fukuyama. Por eso le hemos elegido.

Estas ligeras comparaciones tomadas dos a dos para un juego intelectual, a mi parecer justifican la elección de los seis nombres pero no nos dejan a los redactores del Cuaderno de Estrategia absolutamente tranquilos. El consejo final que procede añadir en esta presentación no puede ser otro que el ya insinuado: cumplida la tarea de informar sobre estos seis pensadores, sigue teniendo sentido recomendar la lectura de las obras más significativas de los otros seis.

Debemos terminar esta Introducción haciendo nuestra la actitud que ha puesto de relieve Julián Marías en su artículo "Proyectos y Plazas", aparecido en la "tercera" del diario ABC el 9 de septiembre de 1999:

«La integración original y creadora de España en Europa se presenta como un proyecto de largo alcance y apasionante. En ello estamos y la insatisfacción que se puede sentir no procede tanto de España como de Europa en su conjunto, en el predominio de lo económico y administrativo, en el hecho de que la personalidad de las naciones ha palidecido y el desconocimiento entre ellas es preocupante.

Sería capital que España aportase a Europa su enérgica personalidad, su propia versión de lo europeo, contribución al enriquecimiento del conjunto. Para ello será menester que España cobre plena conciencia de su significación, de su condición de pieza insustituible, de instrumento de la tan necesaria orquesta europea.

España no puede olvidar que ha sido, a fines del siglo XV, la creadora de Occidente, la que se proyectó hacia América para allí realizar el máximo injerto de la historia, después de la empresa de Roma».

El Coordinador del Grupo de Trabajo

CAPÍTULO PRIMERO

RAYMOND ARON. UNA ACERTADA PERCEPCIÓN PROSPECTIVA DE EUROPA

RAYMOND ARON: UNA ACERTADA PERCEPCIÓN PROSPECTIVA DE EUROPA

Por JUAN ANDRÉS TOLEDANO MANCHEÑO

Raymond Aron, politólogo, filósofo y sociólogo francés, cuya obra fue base de estudio y modelo para posteriores generaciones de analistas y políticos, ha sido uno de los más influyentes intelectuales europeos de los últimos tiempos. De origen judío, nació en París el 14 de marzo de 1905 y murió en la misma ciudad el 17 de octubre de 1983.

Estudió en la Escuela Normal Superior, donde compartió aulas y planes de estudio con personalidades tan relevantes como Jean Paul Sartre y Paul Nizan. En 1930 consiguió una plaza en Colonia (Alemania), donde descubrió las teorías sociológicas de Max Weber. Tras presentar su tesis en 1938, titulada *"Introducción a la filosofía de la historia"*, impartió clases en Burdeos, desde donde se embarcó para continuar con la labor docente e investigadora en Londres. Doctor en Letras por la Universidad de París y por la Academia francesa de Berlín, fue testigo presencial en la capital alemana del ascenso político de Hitler sobre las ruinas de la República de Weimar, circunstancia que influiría decisivamente en su condición de liberal.

Ya en Gran Bretaña, se convirtió en el director de *"La Francia Libre"*, periódico creado bajo el impulso del General Charles de Gaulle tras la ocupación alemana de Francia durante la II Guerra Mundial, colaborando también en otros diarios como *"Combat"*, *"Le Figaro"* y en el semanario *"L'Express"*. Regresó a París tras ser liberada la ciudad por los aliados, donde desarrolló la labor docente en la Escuela Nacional de la Administración, y en 1947 comenzó a trabajar como editorialista en el diario *"Le Figaro"*. Se adhirió al partido *"Rassemblement du peuple français"* (Reagrupamiento del Pueblo Francés, RPF) en 1948. Pensador representante

de la derecha liberal, su autoridad intelectual se fundaba en una amplia cultura sociológica y económica, que le convirtió en un temible adversario político para los intelectuales de la izquierda francesa, aspecto de su trayectoria que se pone de manifiesto en una polémica con Sartre en el seno del equipo de la revista "*Los tiempos modernos*" a propósito del papel de la Unión Soviética y de la idea de la izquierda que querían promover. Ocupó la cátedra de sociología en la Sorbona en 1955 y pasó el resto de su vida entre la reflexión política y el ejercicio del periodismo.

A lo largo de su abundante obra escrita se interesó por las relaciones que se establecen entre la estructura social y el régimen político en las sociedades industriales, plasmándolo principalmente en sus "*Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial*" (1962). Se opuso con rigor a las concepciones seudodemocráticas de los regímenes del Este en "*Democracia y Totalitarismo*" (1965). En "*Las etapas del pensamiento sociológico*" (1967) volvió a trazar la evolución de la sociología de Max Weber, que contribuyó a divulgar en Francia y de la que resaltó su aportación, así como la de Alexis de Tocqueville. También reflexionó sobre la bipolaridad, término acuñado por occidente, existente en el mundo durante la Guerra fría en su libro "*Pensar la guerra. Clausewitz*" (1976).

Entre sus obras destacan: "*La sociología alemana contemporánea*", "*Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial*", "*El opio de los intelectuales*", "*Essai sur les marxismes imaginaires*", "*Paz y guerra entre las naciones*", "*La revolution introuvable*", análisis del mes de mayo francés, y "*Los últimos años del siglo*".

INTRODUCCIÓN

La gran obra escrita de Raymond Aron puede ser clasificada en tres grandes grupos a tenor de las preocupaciones que surgen en la mente del autor y que plasma con rigor científico en sus escritos: *ideas de política general*, tratando en sentido amplio la relación entre los ciudadanos y sus dirigentes; *política interna de los estados*, donde toca la importancia del establecimiento de las pautas de conducta a exigir en una sociedad totalitaria o en una democrática con especial atención a la definición de intereses nacionales y pasiones políticas de importancia particular para los gobernantes; por último, *política entre los estados*, donde la globalización, los tratados y acuerdos internacionales pasan a convertirse en único objeto de estudio, adquiriendo un papel protagonista en detrimento de los vínculos tan estrechos que pueden establecerse entre las personas.

El estado de naturaleza entre los Estados, ideología que Raymond Aron debe a Jean Jacques Rousseau y sus pensamientos sobre la guerra, difiere en esencia del estado civil en el interior de los Estados (proceso calificado por el ex-secretario general de la OTAN Javier Solana como "fisión-fusión", brote de los nacionalismos frente a espíritu de creación de entes supranacionales). Los ciudadanos obedecen la ley incluso aunque esta última exprese y al mismo tiempo camufle la fuerza.

Considera en su obra *Paix et Guerre entre les nations*, Volumen 1, que la creación de un ente como "los Estados Unidos de Europa" ha de apoyarse sobre un sistema interestatal, sistema en el que se integran los estados, cada uno vigilante de los demás a fin de afianzar su seguridad; estatal puesto que la guerra, la paz y la interacción entre las naciones constituyen no una relación entre individuos, sino una relación entre los Estados.

La guerra no es, pues, una relación de hombre a hombre, sino una relación de Estado a Estado, en la que los particulares son enemigos sólo accidentalmente, y no como hombres; ni siquiera como ciudadanos, sino como soldados; no como miembros de la patria, sino como sus defensores (1).

En todos sus trabajos gusta de distinguir entre los fenómenos transnacionales, internacionales y supranacionales, quedando en los tres patente la discrepancia entre los sucesos que no entran en el sistema interestatal, pero que influyen y son influenciados a su vez por él, y los que intrínsecamente se enmarcan en el entorno de lo multinacional. Entre los fenómenos transnacionales contempla aquellos que cruzan las fronteras y escapan, en cierta medida, a la autoridad o al control de los estados (como ejemplo podría ser citado el gran cambio introducido en las relaciones interestatales por el Tratado de Shengen entre los países de la Europa Occidental). Desde el momento en que los países han abierto sus fronteras y suprimido el derecho de aduana, entre los individuos se desarrollan intercambios de bienes y servicios sin que, en lo esencial, intervengan los Estados respectivos de las personas que realizan el intercambio. Las sociedades llamadas multinacionales —sociedades nacionales que poseen filiales en cierto número de países— constituyen una red transnacional, controlada por la sociedad madre.

(1) ROUSSEAU, J.J.: "Le Contrat social", I, 4, en "Oeuvres complètes", vol. III, pág. 357 (Ed. Castellana, "Del Contrato Social", Alianza Editorial, 1982, pág. 18).

Tal vez podría denominarse sociedad internacional o sociedad mundial al conjunto que engloba el sistema interestatal, la economía mundial (o el mercado mundial o el sistema económico mundial) y los fenómenos transnacionales y supranacionales, aplicándose el adjetivo internacional a los aspectos de justicia, defensa, etc. Designa, sin describirla, una totalidad que incluiría a la vez el sistema interestatal, el sistema económico, los movimientos transnacionales y las diversas formas de intercambio de sociedades civiles a sociedades civiles, y las instituciones supranacionales. Por comodidad, Raymond Aron denomina sociedad internacional al conjunto de todas las relaciones entre Estados y entre personas privadas que permite pensar en la unidad de la especie humana.

Las relaciones supranacionales sobrepasan la soberanía de los Estados y convergen en un amplio concepto de bien común. En ciertas partes del mundo, en Europa sobre todo, los Estados nacionales se encuentran rebajados por la potencia militar de la Federación Rusa y la influencia ejercida por ésta sobre los países de la Europa oriental. A un lado, un imperio militar; al otro una alianza militar, mantenida en tiempo de paz.

En el proceso de la construcción europea analizado de forma superficial por el autor y tratado en su producción, extrae la conclusión de que el sociólogo debe evitar los juicios de valor, y que debe poner en claro aquellos, difusos e implícitos, de su medio y, en lo que sea posible, precisar los suyos propios.

¿QUÉ EUROPA?

“En cuanto a Europa no parece que se sepa ni de dónde ha sacado su nombre ni quién se lo ha dado”. Cinco siglos antes de Cristo, Heródoto confiesa una incertidumbre que todavía dura. No se sabe más que entonces de dónde viene la palabra, ni lo que representó en el espíritu de quienes la empleaban, ni los límites espaciales en los que la inscribían...Y sin embargo, Europa existe. Había una vez en Tiro una princesa que se llamaba Europa. Una noche, mientras estaba en su cama en el palacio del rey Agenor, su padre, tuvo un sueño: dos tierras, que tenían el aspecto de dos mujeres, se peleaban por ella, la “tierra de Asia” y la “tierra de enfrente”. La primera quería protegerla y guardarla, la segunda quería, por voluntad de Zeus, llevársela sobre las olas. La princesa despertó intrigada, luego prosiguió sus actividades y sus juegos. Con otras princesas amigas suyas se fue a coger flores a la orilla del mar. Y fue entonces cuando un toro, magnífico y manso, apareció y la convenció para que montase sobre

su lomo, cosa que la princesa se decidió a hacer no sin vacilación. Entonces el toro se elevó, huyó hacia el mar y mientras franqueaba las olas, le reveló que era Zeus y que, muy enamorado de ella, había tomado esa forma animal para raptarla. De este modo Europa llegó a Creta, se unió al toro y se convirtió en “madre de nobles hijos”.

Existe, sin embargo, incertidumbre en la procedencia “mitológica” de el Viejo Continente, así como dudas sobre su etimología, dado que no es seguro el origen indoeuropeo que se da a la palabra; para algunos se trata de un término egeo prehelénico, que opone un *hirib*, Europa, que significa “poniente”, a *açou*, Asia, que significa “oriente”.

Europa, la Unión Europea, las organizaciones que integran este bloque político y geográfico colocado en el extremo de la mayor plataforma terrestre, hoy, tras largos y penosos avatares sufridos “en sus carnes”, aunque no siempre sufridos por eventos de su propio interés, es otra. ¿Podría uno imaginarse en este momento la incómoda situación de encontrarse con un conocido y no reconocerlo? Pues esto es lo que nos está ocurriendo con Europa. Pero es destacable que Raymond Aron no sufrió esta impresión en sus años de análisis político (se recordará que falleció en 1983) por lo que su labor prospectiva, su trabajo de establecimiento de estimaciones para los años que habían de venir, fue magnífica; sus hipótesis de trabajo siempre fueron acertadas y sirvieron de base, no sólo a sus contemporáneos sino también a sus estudiantes.

Hoy la situación puede compararse a la de 1961 (estaba hablando en 1983) porque es, por así decirlo, reconocible. El sistema sigue siendo bipolar; las fronteras entre las dos partes de Europa no se han movido una pulgada, los estadistas y los comentaristas continúan discutiendo sobre el papel de las armas nucleares en la defensa de Europa y el riesgo de la guerra nuclear; las relaciones militares entre los dos Grandes han cambiado en provecho de la Unión Soviética; los europeos, más todavía Japón, han recuperado el atraso económico en relación a Estados Unidos. Estos últimos han perdido la capacidad o la resolución de asumir el fardo imperial (2).

Desde que el autor escribiese este párrafo hasta el día en que se plasman estas líneas la situación ha cambiado (¿deberíamos plagiar su comentario y afirmar que es irreconocible?). Europa es otra, y sobre todo

(2) ARON, RAYMOND.: “*Les dernières années du siècle*”, Julliard, 1984. Ed. Castellana, “*Los últimos años del siglo*”, Espasa-Calpe, S.A. 1984, pág. 27).

es una. Antes de que el euro haya entrado en circulación, antes de que tengamos un Gobierno común, Europa está ya unida por sus gentes. Europa se funde en personas, gustos, modas e incluso vicios, pues todo va junto. Pero tal vez el terreno donde más se haya llevado a cabo la homogeneización sea el económico.

El nivel de vida ha seguido subiendo e igualándose hasta alcanzar niveles desconocidos en la Historia; la igualación, afortunadamente, ha sido por arriba.

Aunque todas las sociedades han tenido una idea más o menos precisa de lo que son y de lo que quieren ser, nuestro politólogo afirma que las modernas son las primeras en pretender adquirir un conocimiento científico de sí mismas. La sociología tiene la vocación de ser la conciencia de aquellas sociedades lo bastante ambiciosas o imprudentes para ofrecerse a la observación imparcial y a la curiosidad sin restricciones.

EUROPA, UNA COMUNIDAD POLÍTICA EN ALZA

La conciencia de clase, según se desprende del pensamiento de Aron, es conciencia de pertenecer a un grupo que engloba a una parte de los miembros de una sociedad nacional y de que este grupo se sitúa frente a otros grupos en un lugar determinado de la jerarquía. Los líderes no pueden crear dicha conciencia si ésta no existe virtualmente como resultado de circunstancias materiales. No obstante, al igual que la conciencia de clase, es igualmente importante definir en una comunidad política la conciencia de antagonismo, conceptos ambos que se pueden embotar y casi eliminar.

La conciencia de “ser europeo”, “sentirse europeo”, “vivir en Europa”, se va haciendo cada vez más presente en estos años finiseculares, y ello es motivado porque los europeos han aceptado su conciencia de clase como comunidad política de hombres libres que pueden decidir soberanamente sobre su futuro, sin merma de poder ni políticas o estrategias impuestas por otra sociedad política o macroestado, pero respetando profundamente la conciencia de antagonismo, sabiendo en cada instante que la diversidad de lenguas, de étnias, de creencias, de religiones y de culturas que forman parte intrínseca de la idiosincrasia de las distintas naciones de Europa aporta un valor añadido que no poseen otras regiones del Globo como puede ocurrir en Estados Unidos o en la CEI.

Un europeo de clase media vive hoy no ya mil veces mejor que un habitante del tercer mundo, sino incluso mejor que un norteamericano. Puede que los sueldos sean allí ligeramente superiores. Pero el europeo tiene una serie de ventajas claves para el nivel de vida, entre las cuales cabría destacar: en Europa existe un seguro de enfermedad estatal que cubre este importantísimo capítulo, mientras los norteamericanos tienen que agenciárselo privadamente, con gastos prohibitivos. Buena parte de los europeos son propietarios de su vivienda, mientras el norteamericano vive de alquiler o paga unos impuestos enormes por la casa o piso de su propiedad. Por último, la educación superior en Europa es prácticamente gratis, mientras que en Estados Unidos es tan cara que los padres empiezan a ahorrar para pagarle una carrera al hijo cuando éste nace. Resumiendo, un norteamericano gasta el 90% de su sueldo en seguro médico, vivienda y educación, mientras un europeo gasta un 80%, con lo que al segundo le queda libre bastante más de su sueldo.

El autor cuya obra analizamos no se mantiene ajeno a lo que se ha detallado en el párrafo anterior, de manera que, a pesar de no haber sufrido Europa un resurgir tan significativo como él estimaba para los tiempos que corren, predecía un gran cambio en la balanza de poder en lo relativo al instrumento económico de los Estados; de este modo, Aron especificaba: "Parece difícil negar que la evolución política europea, siempre condicionada, orientada y recorrida por influencias económicas, posee una cierta autonomía. Por lo demás, todo el mundo sabe que las pasiones políticas no se confunden con los intereses, ni se explican íntegramente por ellos: el patriotismo y la exaltación del espíritu europeo contradicen a veces los cálculos económicos. Llamados a plebiscito, los pueblos rara vez han escuchado la voz de la razón pero casi siempre la del corazón". La referencia directa es a la filosofía de Monnet quien cree en una Europa unida por el "espíritu de clan" antes que por la justificación económica.

De lo que sí se muestra partidario siempre Raymond Aron es de la necesidad de la creación de una sociedad civil organizada sobre un elemento de fuerza convincente que sea capaz de mostrar su determinación de defensa de los intereses de grupo a cualquier coste, esto es, de la creación de una base firme de seguridad y defensa hacia el exterior.

Entendemos por comunidad política aquella cuya acción consiste en que los partícipes se reservan la dominación ordenada de un ámbito (no necesariamente constante en absoluto y delimitado con fijeza, pero sí delimitable de algún modo) y de la acción de los hombres

situados en él de un modo permanente o sólo provisional, teniendo preparada para el caso la fuerza física, normalmente armada (3).

En el concreto caso de la formación de la Unión Europea, y con el pensamiento de nuestro politólogo, la existencia de una comunidad política en este sentido no es algo dado de una vez y para siempre. En cuanto comunidad especial está ausente en todas aquellas ocasiones en que la defensa contra una amenaza puede ser emprendida en caso necesario por las simples comunidades domésticas, por la asociación de vecinos o por cualquier otra agrupación esencialmente encaminada a intereses económicos. Pero ni siquiera se puede aplicar el concepto de comunidad política genérica y completa a nuestra institución europea resurgente, en el sentido de que el mínimo conceptual exigible de una afirmación violenta de una dominación organizada sobre un ámbito y sobre los hombres que lo ocupan constituye una función necesaria de una misma comunidad. Tales funciones se hallan con frecuencia distribuidas entre diversas comunidades, las cuales se complementan mutuamente o se interfieren en su acción comunitaria. La violencia y la protección con respecto al exterior (la tan traída y llevada Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) y la confirmación de una verdadera Identidad Europea de Seguridad y Defensa) se hallan, por ejemplo, con frecuencia en manos de la asociación consanguínea, en parte de las asociaciones de vecinos, en parte de comunidades guerreras formadas a tal efecto (OTAN, UEO, etc.).

Es un tópico afirmar que todos los tratados internacionales dicen lo que en ellos quieren leer las partes signatarias. Como teórico del conocimiento contemplativo, según sus propias palabras, no descarta el autor que, en el caso de la construcción europea, tal aseveración tiene también algo de verdad. La PESC, tal y como queda contemplada en el nuevo Tratado de Amsterdam, es un punto de encuentro entre dos proyectos de Europa radicalmente distintos, pero que conviven dentro de las fronteras de la Unión Europea:

- a) El federalista, que forma parte de la ideología subyacente al diseño de la Unión Europea, cuya meta es una unión política; la PESC es un aspecto esencial de esa Unión Política.

(3) WEBER, Max: "*Wirtschaft und Gesellschaft*", 3.^a edición (Tubinga, 1947), 3.^a, capítulo II, pág. 613 (Ed. Castellana del FCE: "*Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*", trat. de José Medina Echevarría, 2.^a edición, México 1964. Cita de Raymond Aron en su artículo "*A propósito de la teoría política*", de la *Revue française de science politique*, 1962, XII, I.

b) El librecambista, que cree que la PESC debe existir tan sólo en la medida en que sea útil a los fines de la unión económica; sus partidarios son muy reticentes a todo lo que suene a Unión Política, como sinónimo de cesión de soberanía en temas sensibles, y prefieren una PESC limitada en sus ámbitos de actuación y sometida a la regla de la unanimidad.

Lo verdaderamente interesante es que la gran trascendencia del desarrollo de una Política Exterior y de Seguridad Común como concepto para el futuro de Europa radica en su mera existencia formal, en el hecho de que tras muchos años de existencia de una Política Exterior y de Seguridad coordinada, haya visto la luz y se haya abierto un debate público sobre la misma, materializándose en algo más que una mera utopía.

En los últimos años del siglo XX se plantean numerosas cuestiones tras algunas de las cuales se esconde, con una apariencia técnica, un contenido político explosivo:

- ¿Cómo coordinar el objetivo de la gran Europa con el de la profundización en la Unión Europea sin pérdida de cuota de poder por parte de los Estados soberanos?
- ¿Aceptarán los ciudadanos de la Unión Europea determinadas cargas fiscales (impuestos) suplementarias para financiar la ampliación al Este?
- ¿Se puede seguir aumentando el número de diputados europeos, de miembros de la comisión y de lenguas oficiales cada vez que sea admitido un nuevo miembro, sin merma de las peculiaridades culturales y creencias de las distintas etnias?
- ¿Cómo asegurar una eficaz dirección de la Unión Europea y su representación creíble hacia el exterior, principalmente en su participación en la resolución de crisis mundiales, sin fortalecer la presidencia?
- ¿Cómo se puede definir y asegurar una Política Exterior y de Defensa Común sin abandonar, en este ámbito, la regla de la unanimidad y el derecho de veto y reforzar la significación institucional sin sobrecargar el aparato burocrático?

No sería cuestión de jugar con nuestro sociólogo a las predicciones, mas quizá podría considerarse como una solución válida y general que aportaría respuestas a todas las cuestiones expuestas el aserto que ya introducía el autor en su libro *Paz y guerra entre las naciones*:

Las unidades políticas proclaman, con mayor o menor claridad, un mismo concepto de Estado en todo el mundo aceptado formal-

mente. Este concepto sintetiza tres ideas históricas: la legitimidad es democrática, el Estado es neutral con relación a las creencias, que pertenecen a la conciencia individual, y la autoridad es ejercida por el intermedio de una burocracia (4).

Para la consecución de la gran Europa numerosos escenarios han sido propuestos: en primer lugar “la casa común” de Mijail Gorbachov, después la “confederación” de François Mitterrand, la transformación de la CSCE, hoy OSCE, el reforzamiento del consejo de Europa, por último, los Acuerdos europeos y la ampliación de la Unión Europea hacia el Este. Todas las iniciativas surgidas en los foros de debate nacionales e internacionales han acuñado distintas soluciones a los problemas que han ido surgiendo en el desarrollo del espíritu de comunidad europea; de este modo, se habla de una Europa a la carta, de geometría variable, de círculos concéntricos o de varias velocidades.

En realidad los diferentes escenarios que se proponen para la unión política pueden, sin simplificación excesiva y respetando todos los matices, ser resumidos en dos modelos clásicos:

- una Europa de Estados-nación (o confederación)
- una Europa federal.

Se puede recordar en este momento la distinción tradicional entre confederación y federación; la confederación deja intacta la soberanía de los Estados miembros, que pueden bloquear toda decisión común por su veto o por la simple no aplicación. Aunque fundadas sobre un tratado, la relación entre los Estados confederados queda sólo en relaciones de fuerza, primando la defensa de los intereses nacionales, en algunas ocasiones, sobre los comunitarios. Como consecuencia, la mayor parte de las confederaciones sólo funcionan si caen bajo la hegemonía del más fuerte. En las alianzas o confederaciones contemporáneas, existe el mismo fenómeno hegemónico, como lo muestra la preponderancia de los Estados Unidos en la OTAN y, hasta 1991, de la URSS en el Pacto de Varsovia. Las únicas excepciones a la regla: las confederaciones que se transforman en federaciones.

La federación se caracteriza por el reparto de los poderes entre las instituciones federales y las colectividades miembros. Vista desde el exterior, la Federación aparece como un solo Estado. Hay una Constitución

(4) ARON, RAYMOND: *“Paz y Guerra entre las naciones”*. Volumen 2. Historia y praxeología. Alianza Universidad. Versión española de Luis Cuervo. Pág. 461.

aceptada por todos los Estados, por lo que los intereses comunitarios son simple extrapolación de los intereses nacionales más próximos entre todos los firmantes de la misma. El modelo federalista para Europa es más fácilmente aceptado por los estados federales o fuertemente regionalizados como Alemania, Bélgica, España e Italia.

La rivalidad de los Estados es parte de la esencia de la política y persistirá a menos que haya un cambio radical del hombre y de las sociedades... Cuando llegamos a las metas, la controversia cobra una dimensión nueva. Por una parte, los realistas parecen tener un concepto sencillo y convincente: el interés nacional debe servir de norma a la acción de los hombres de Estado, que no deben fijarse otra meta que la de servirlo o defenderlo (5).

Raymond Aron era defensor a ultranza de la evolución de una micro-Europa a una Europa federal, consciente de la gran incidencia que el interés común puede tener en la concienciación de masas. De sus estudios se extrae la idea de que se ha vertido mucha tinta sobre este aspecto y que, en algunos casos como en el de los análisis llevados a cabo por psicólogos y filósofos se ha evaluado el concepto de "interés" y se ha reconocido fácilmente el equívoco. "El ambicioso no tiene el mismo interés que el modesto, el hombre de estudios encontraría un placer donde otros sólo se aburrirían. El economista sabe que las decisiones de cada quien no pueden ser llamadas racionales sino en función de un sistema de preferencias que varía con las personas y también con las situaciones", añadirá el autor. De forma metafórica también gustaba de expresar Aron esta idea por medio de la frase: "Los estudiantes europeos han aprendido las vicisitudes del valor del agua según los climas".

El interés ¿se volverá claro, unívoco, evidente, cuando se trata de los seres colectivos a los que llamamos nación o Estado? Se teme, el autor, que los realistas sean prisioneros de una ilusión, ya sea que consideren casos particulares, ya que concreten el interés nacional confundiendo con el sentido que le da una cierta filosofía de la política.

Tomemos, por ejemplo, la fórmula, a veces presentada como teórica, según la cual los Estados actúan en función de su interés nacional, fórmula tan vacía de significado como aquella de La Rouchefoucauld que discernía el egoísmo tras las conductas aparentemente más desinteresadas. Para dar la razón a La Rouchefoucauld

(5) ARON, RAYMOND: "En Busca de una doctrina de la política exterior". Revue française de science politique, III, 1, 1953. París.

basta postular que el Beauchamp de Meredith, que se ahogó tratando de socorrer a un niño, encuentra mayor satisfacción en sacrificar su vida que en salvarla aceptando la muerte de otro. Asimismo, cualquiera que sea la diplomacia de un estado, nada nos impide afirmar que es dictada por la consideración del interés nacional, mientras no se haya dado una definición rigurosa de éste (6)

En realidad, la teoría llamada del “interés nacional” o bien sugiere una idea tan indiscutible como vaga (cada actor, en el campo internacional, piensa primero en sí mismo) o quiere oponerse a otras seudoteorías, por ejemplo, aquella según la cual la conducta exterior de los Estados sería dictada por la ideología política o los principios morales. Pero cada una de esas seudoteorías no halla su sentido, pobre en sí mismo, sino en comparación con otra. Decir que la Federación Rusa conduce sus asuntos exteriores en función de su “interés nacional” significa que no obedece exclusivamente a consideraciones ideológicas, a la ambición de difundir el comunismo. Concluir de ahí que los dirigentes de una Rusia gobernada según otros métodos, que se adhirieran a otra ideología, habrían practicado la misma diplomacia entre 1917 y 1967 es simplemente absurdo. La teoría saca a la luz la diversidad de los fines que pueden proponerse.

UNA SOLA VOZ

«¿Europa? Me parece muy bien. ¿Cuál es su número de teléfono?» cuenta Henry Kissinger que dijo a sus asesores cuando, antes de tomar cierta decisión, le aconsejaron consultar a la entonces incipiente Comunidad Europea. Expresaba así, de forma gráfica, la clamorosa carencia de identidad exterior del “gigante económico y enano político” como, además de a la hipotecada Alemania de la posguerra, se definía también a la Comunidad. Hoy, muchos años más tarde, la Unión Europea debe hablar con una sola voz, y además debe hacerlo en voz bien alta y firme. La razón estriba en que la construcción europea es, ante todo, un proyecto político. Durante los últimos cuarenta años han primado los aspectos económicos —unión aduanera, mercado común, moneda única— porque la integración política naufragó con el Proyecto de Comunidad Europea de Defensa, hundido, tras haber sido iniciativa francesa, en la Asamblea Nacional francesa en 1954.

(6) ARON, RAYMOND: “¿Qué es una teoría de las relaciones internacionales?”. Publicado originalmente en inglés en *Journal of international affairs*, XXXI, 2, 1967, y después en la *Revue française de science politique*, XVII, 5, 1967.

Debido a ese fracaso, los ideólogos de la construcción europea (especialmente, como ya se mencionó anteriormente, Monnet) apostaron por la integración sectorial de la economía y dejaron la integración política para mejor ocasión. Mucho ha llovido desde entonces y no pocos han sido los intentos de colmar ese vacío, hasta desembocar en la Cooperación Política Europea contenida en el Acta Única de 1996, que acaba con la práctica según la cual los Ministros de Asuntos Exteriores tenían que abandonar el Consejo para reunirse vergonzosamente en una sala contigua y poder así hablar de los temas de política exterior. Todos los intentos habidos tropezaron una y otra vez con un obstáculo aparentemente infranqueable: la renuencia de los Estados miembros a poner en común los elementos más definitorios de la soberanía nacional, que, junto con la moneda, son la política exterior y la defensa.

Por naturaleza, la situación de dependencia en relación a los Estados Unidos en que se encuentra Europa occidental, la falta de defensa propia, es nociva. Son los americanos quienes conciben la doctrina de defensa, son ellos quienes mandan las fuerzas de la Alianza. Al mismo tiempo, controlan el sistema monetario internacional y sacan provecho del estatuto del dólar. Transnacional o nacional por naturaleza, la moneda americana tiene curso en todo el mundo, cosa que permite a los Estados Unidos aceptar los déficit de los pagos corrientes... de este modo dominan en el concierto internacional (7).

Raymond Aron conocía en detalle la falta de unión que, quizá más en sus años de evaluación sociológica y menos ahora, existía entre las distintas naciones europeas. Afirmaba que los americanos regulaban en dólares las mercancías o los servicios que compraban en el exterior (privilegio que estaba reservado al único país cuya moneda cumplía las funciones de patrón de valor y de medio de intercambio para el conjunto del mercado mundial). Actualmente, es el fortalecimiento del euro y la entrada del mismo en el concierto internacional la única posibilidad que tiene la Comunidad Europea de imbricarse, aunque no todavía de desplazar o sustituir, con la moneda estadounidense.

En opinión del autor, que huye de las afirmaciones pragmáticas y basa sus juicios en la evolución histórica por él vivida, los europeos deben jugar un papel mucho más importante en el desarrollo de la Humanidad. Europa ha sido una gran sufridora, ha soportado estoicamente las luchas

(7) Aron, Raymond: «Les dernières années du siècle», Julliard, 1984: (Ed. Castellana, «Los últimos años del siglo», Espasa-Calpe, 1984, pág. 185)

llevadas a cabo en su seno, y eso debe servir para hablar desde un punto de vista preeminente asegurado por la experiencia: "Los hombres hacen la historia pero son incapaces de aprender de ella".

Se compromete el autor con una perspectiva política nueva, ya que no se podía aceptar como antes un mapa político europeo similar a una colcha hecha de retazos. El continente ha compartido algo más que guerras y lágrimas. Examinando el panorama de esta tierra tan sufrida y reflexionando sobre las raíces comunes de una civilización europea tan multiforme pero, en esencia, común, siente cada vez con mayor agudeza la artificialidad y provisionalidad del enfrentamiento bloque contra bloque y así lo expone en todos sus artículos.

El arte de la política consiste, en efecto, en medir el valor de los diversos envites, en distinguir los intereses vitales y los intereses marginales, en no comprometer o arriesgar recursos considerables para defender una posición secundaria.

La impotencia militar de Europa deriva de circunstancias permanentes unas, accidentales otras, que a duras penas maneja la voluntad de los hombres. Los sistemas militares y las armas son, a su vez, la expresión de los sistemas políticos y sociales. Todo estudio concreto de las relaciones internacionales se vuelve, pues, un estudio sociológico e histórico; el cálculo de las fuerzas remite al número, el espacio, a los recursos, a los regímenes (militar, económico, político y social); esos elementos, a su vez, constituyen lo que está en juego en los conflictos entre Estados.

El que Europa logre hablar con una sola voz dependerá en gran medida del concepto de nacionalidad y de nación que surja en las instituciones que se van formando.

Manifiestamente, los regímenes de tipo occidental tienen dos características fundamentales: son pluralistas y constitucionales, suponen una competencia organizada y pacífica entre partidos, con vistas al ejercicio del poder, ejercicio sometido, a su vez, a unas reglas precisas que garantizan instancias múltiples, legislativas y jurídicas (8).

La Europa de los estados-nación es la que desean para la Europa occidental Margaret Thatcher y su sucesor John Major, la mayor parte de

(8) ARON, RAYMOND, «Observaciones sobre la clasificación de los regímenes políticos». Publicado originalmente en alemán en la *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozial Psychologie*, 1965, cuaderno 3, «Melanges en l'honneur du Professeur Stammler»

las fuerzas políticas escandinavas así como varias corrientes en Francia: el partido comunista, el frente nacional y Phillipe de Villiers; los gaullistas "ortodoxos" y los socialistas de tendencia Chevenement. En Alemania es la visión de la extrema derecha. Lógicamente, la posición adoptada por cada uno de los personajes mencionados es producto del régimen que apoyan para el Gobierno europeo; en este área no sería suficiente con decir que ha de ser un régimen democrático, puesto que la salud de cada democracia, cualquiera que sea su tipo y su grado, depende, como escribiría José Ortega y Gasset en *"La Rebelión de las masas"*, de un miserable detalle técnico: el procedimiento electoral. Todo lo demás es secundario. Si el régimen de los comicios es oportuno, si se ciñe a la realidad, todo va bien. Si no aún cuando todo lo demás marchara lo mejor posible, todo irá mal. Roma, al comienzo del siglo I antes de Cristo, es poderosa, rica, no tiene enemigos. Y, sin embargo, está a punto de morir porque se obstina en conservar un régimen electoral estúpido. Ahora bien, un régimen electoral es estúpido cuando es falso.

Se debe resaltar que a pesar de las diferencias existentes entre las distintas democracias europeas mientras avanzan hacia un régimen de la propiedad privada de los instrumentos de producción, la Europa comunitaria comporta ya una cierta dosis de federalismo y que los tratados comunitarios, tanto el de Maastricht como el de Amsterdam, constituyen, a pesar de sus insuficiencias, un paso importante en la dirección del modelo federalista. Una Europa de los estados no podrá en ningún caso practicar una política exterior y de seguridad común como lo han demostrado los límites de la cooperación política europea.

En lo relativo a la Política de Defensa Común aún queda un largo trecho por andar. Facilitar el proceso de toma de decisiones o crear un aparato burocrático (una célula de análisis y planificación) y una figura representativa, el señor PESC recién estrenado (Sr. Solana), son elementos instrumentales que no sustituyen, sino que acompañan a la decisión última de expresarse con una sola voz en la esfera internacional. Bienvenidas sean las mejoras institucionales. Pero éstas no son, por sí solas, suficientes. Lo verdaderamente importante radica en que, aunque nadie pretenda que estados centenarios renuncien a una política exterior propia, sí hay numerosos campos en que una acción conjunta a nivel europeo no es sólo factible sino deseable. El caso es que ninguno de los estados europeos, por grande que sea, puede por si solo influir decisivamente a nivel mundial en el plano político o en el militar. Además, en un mundo globalizado, donde la bipolaridad de la guerra fría ha cedido el paso a un

esquema multipolar claramente dominado por un poder hegemónico, el de Estados Unidos, faltan elementos equilibradores.

¿Habrían sido diferentes las cosas si los europeos no dependiesen, para su seguridad, de los Estados Unidos? Tal vez, pero lo que modificaría el paisaje económico sería la formación de una auténtica unidad de Europa. Si la comunidad europea se volviese el equivalente de los Estados Unidos de América, las conversaciones transatlánticas adoptarían otro curso. La moneda de los Estados Unidos de Europa tal vez arrebataría al dólar su posición de monopolio, su estatus de unidad de cuenta transnacional; ni la economía alemana, ni la economía británica poseen dimensiones suficientes para servir de soporte a una moneda transnacional (9).

Se aprecia en este párrafo la gran confianza que tiene Raymond Aron en que se logre una Europa de los estados fuerte, mas presenta la necesidad de estrechar los lazos aún de forma más óptima en campos como el económico que pasa a ser vital para construir una base sólida en la que se asiente el edificio de la unión política y de seguridad.

Los europeos y en particular los franceses, rechazan con indignación la fórmula que empleó Henry Kissinger: los Estados Unidos llevan una diplomacia planetaria porque tienen intereses en todas partes; los europeos se han visto reducidos a defender intereses regionales. Fórmula absurda en un sentido. Al igual que opinaba el ex-secretario de estado americano y estudiando el pensamiento de Raymond Aron, el subsistema europeo es único por la confrontación permanente de los dos ejércitos. Los europeos del Oeste sienten, o fingen sentir, un miedo oscuro de agresión soviética aunque esa agresión sea la menos probable de todas por ser la más peligrosa para los mismos soviéticos. No permanece impasible el autor ante lo que analiza como una falta patente de voluntad de los pueblos europeos para dirigir sus esfuerzos hacia aquellas áreas del planeta donde son necesarios; de este modo considera que la actuación de Europa en los Estados del Golfo debería haber sido más profunda (¡y esto sin llegar a conocer la actuación de los europeos en la Guerra del Golfo que tuvo que ser liderada por los americanos por falta de consenso!) de lo que se había practicado hasta el momento, puesto que estos Estados tienen un interés vital para el mundo occidental, no para la Federación Rusa. Por supuesto, la instauración de un régimen marxista-leninista en

(9) ARON, RAYMOND: «*Les dernières années du siècle*», Julliard, 1984 (Ed. Castellana, «*Los últimos años del siglo*» Espasa-Calpe, S.A. 1984, pág. 39)

Arabia Saudí, o incluso un régimen extremista, inspirado por los palestinos, aportaría al campo comunista una ganancia política, cuyo tamaño se mediría por las dimensiones de la pérdida sufrida por el otro campo. La Federación Rusa no necesita, al menos por ahora, el petróleo del Golfo. Los europeos no podrían prescindir de él.

En rigor, la indiferencia europea respecto a los acontecimientos que día a día tienen lugar en América Central puede o podría explicarse; la indiferencia respecto al Medio Oriente se explica mal. Aron sacó sus propias conclusiones de estas actuaciones y las expresó del siguiente modo:

Cuando los americanos ponen en pie una fuerza rápida de intervención, destinada a defender los Estados del Golfo, no trabajan sólo para ellos, se esfuerzan por salvaguardar una región que proporciona a los europeos hidrocarburos de los que no podrían prescindir. De hecho, los europeos, a excepción de los franceses y tal vez los ingleses, se niegan a participar en una estrategia común de Occidente (10).

EL FACTOR ECONÓMICO EN LA CONSTRUCCIÓN EUROPEA

Se está empezando a vivir en todo el mundo occidental la más grave de todas las situaciones de este apasionante fin de siglo: la incapacidad de los sistemas económicos nacionales y supranacionales para generar respuestas mínimamente aceptables a las aspiraciones individuales y a los problemas de una sociedad cada día más exigente que camina hacia los albores del siglo XXI.

Las dimensiones del escenario diplomático son, a través de la historia y de una manera aproximada, proporcionales a la estatura de los actores. La distancia a la que alcanza la potencia de un Estado depende de los recursos de éste. Siendo la técnica constante, son la naturaleza de las unidades políticas y el volumen de fuerzas concentradas en cada una de ellas, los factores que determinan la extensión de la esfera diplomática (11).

Siendo totalmente cierta y válida la reflexión hecha por el Sr. Aron, hasta hace poco tiempo era posible evitar, desconocer o manipular esta realidad. Ya no hay otro remedio que sumirla y afrontarla. Aunque el tema

(10) Op. Cit. Pág. 152.

(11) ARON, RAYMOND, «Paz y Guerra entre las naciones». Volumen 2. Historia y praxeología. Alianza Universidad. Versión española de Luis Cuervo. Pág. 460.

sea ciertamente más complejo, el gran dilema podría resumirse a optar entre el modelo europeo, de una Europa resurgente, y el modelo americano, estable y aplicable hasta hace pocas décadas pero incapaz de afrontar el eterno, feroz y delicadísimo debate presupuestario. El salario medio norteamericano es hoy, en valores constantes, el mismo que hace diez años y los salarios más bajos son inferiores a los de finales de 1970, es decir a los salarios de hace veinticinco años.

Este no es en realidad el caso de Europa, en donde tanto el salario medio como los salarios bajos se han, como mínimo, duplicado. En un reciente editorial, el Washington Post atribuye esta diferencia en política salarial al hecho de que en Europa existe un mercado laboral mucho más reglamentado en donde se establece y respeta un salario mínimo y se protege la seguridad en el trabajo, dificultando el despido, “incluso en países como Gran Bretaña y Alemania que han tenido gobiernos conservadores durante muchos años”. Esta política europea tiene un alto coste: el índice de desempleo en Europa es el doble del norteamericano y ello se traduce en unas consecuencias concretas en cuanto a creación de empleo: en los últimos veinte años se han alcanzado en los Estados Unidos 34 millones de puestos de trabajo, cifra que se reduce en el caso de Europa a 7,5 millones, de los cuales más o menos la mitad se han generado en el sector público.

El dilema entre “salarios y beneficios sociales altos-alto desempleo”, de un lado, y “salarios y beneficios sociales bajos-bajo desempleo”, de otro, es sin duda uno de los dilemas más dramáticos de nuestra época. En su conjunto los americanos no logran entender el sistema europeo. Les parece algo irreal. Esta idea y el enfrentamiento entre los ciudadanos y sus gobiernos era recogida por Raymond Aron en sus obras, como queda fehacientemente expuesto en una de sus frases:

Los ciudadanos no obedecerán jamás al Estado como a la macana del agente, porque piden más al Estado, y éste, en caso de necesidad, no vacila en exigirles el sacrificio supremo. La confusión entre poder temporal y poder espiritual es la muerte de la libertad. La hostilidad entre estos dos poderes, erigida en principio, es la muerte del Estado (12).

En afirmaciones vertidas en distintas publicaciones americanas se puede confirmar que “el gasto social, si se mantiene al ritmo presente aca-

(12) ARON, RAYMOND: «Alain y la política». Publicado en la Nouvelle Revue Française, «Hommage à Alain». Septiembre de 1952.

bará desencadenando una crisis financiera que elevará hasta el cielo los intereses y colapsará, entre otros, el mercado monetario y de bonos". No obstante, el sistema está tan incorporado al estilo de vida en el Viejo Continente, que los trabajadores europeos piensan que las cuatro o cinco semanas de vacaciones, las subvenciones a familias numerosas, los medicamentos a precio simbólico e incluso las vacaciones blancas gratuitas para niños, son derechos humanos básicos.

En Estados Unidos, por el contrario, se lleva y mantiene la política de oferta de trabajo salvaje, la práctica eliminación de las ya de por sí escasas prestaciones sociales y la reducción de la presión fiscal para las rentas más elevadas, la cual seguirá produciendo sin duda algunos ricos más pero desde luego muchos más pobres. Los beneficios de la libre contratación y despido en los Estados Unidos han sido exagerados y se ha incrementado la absoluta incapacidad de ese género de mercado de trabajo para integrar a los marginados y a los menos preparados, que están formando un grupo social creciente para el que no existen soluciones o esperanzas ni a medio ni a largo plazo. Con la ideología económica, el capitalismo americano ha pasado de ser una máquina de creación de riqueza y de mejora de la vida humana desde 1940 a 1980, a convertirse en una máquina de empobrecimiento de la sociedad y de destrucción de empleo, en beneficio fundamentalmente de un pequeño grupo de directivos de empresas y de inversores en empresas.

En principio parece ser más aceptable la solución adoptada por la comunidad europea, aunque no debería olvidarse que la optimización de recursos parecería estar en algún punto medio del dilema, algo así como ni tanto (modelo europeo) ni tan poco (modelo americano), pero tal y como se está produciendo el debate parece difícil que se llegue a un punto de equilibrio, entre otras razones porque el debate entre ambos modelos, eso ya parece claro, no es sólo cuantitativo, es algo más. Algo más complejo, algo más importante. Tiene todas las características de un auténtico debate ideológico sobre jerarquía de principios y valores, en el que se cuenta con nuevos datos, nuevas circunstancias y quizá nuevas soluciones.

Ya en sus escritos y artículos Raymond Aron fue capaz de dictaminar cuál iba a ser el futuro de la gran potencia que fue, a lo largo de su vida, la ex-URSS, tratando de una forma clara y concisa el devenir, que siendo futuro para él se convirtió en pretérito para nosotros a la hora de escribir estas líneas; veía la caída del gran coloso ruso cercana porque estimaba que la evolución de la política rusa estaba marcada por las

dimensiones del presupuesto de defensa, según las estimaciones más serias, entre el 12 y el 15 por 100 en 1981 del producto nacional, porcentaje más elevado que en los Estados Unidos. Apreciaba el resurgimiento de Europa y contemplaba cómo los soviéticos se dejaban superar por los occidentales cada vez que una rama se desarrollaba rápidamente en Occidente, tal y como había pasado con la industria química hace 45 años y la electrónica hace 15.

RAYMOND ARON Y SU ANÁLISIS POLÍTICO

Podría considerarse el comienzo de la preocupación del autor por el futuro de Europa el momento en que, en un artículo titulado "*El mapa geopolítico del mundo*", se pregunta: "¿Pueden los pueblos europeos, mediante su acción o mediante su estado de ánimo, influir sobre el destino en el sistema interestatal?" Afirma que eventos como el golpe a los checos en 1968 o la evolución en Polonia en 1978 impiden la prescripción. Los Estados, añade, han aceptado las consecuencias de la segunda guerra mundial, los pueblos no las han aceptado, y, de golpe, sin que el statu quo se encuentre amenazado a corto plazo, no parece definitivo. La situación diplomático-estratégica no se mueve, los pueblos se mueven de vez en cuando para recordar a los gobiernos que existen.

El tratamiento de los entes geopolíticos como sistemas supranacionales, transnacionales e interestatales permite a Aron prever lo que los pueblos pueden esperar del futuro de sus transformaciones y, más concretamente, en el ámbito europeo. En la obra citada anteriormente expone: "Como en 1962, en 1983 el sistema interestatal planetario presenta la misma originalidad en relación al concierto europeo —cosa que salta a la vista y que no exige largos comentarios—, pero también en relación a todos los sistemas del pasado. Esta originalidad estriba en los factores siguientes:

- El sistema se extiende a los cinco continentes: las mercancías, las ideas, las monedas se intercambian a través de las fronteras e incluso a través de las zonas de civilización.
- Por sí mismo se halla dividido en dos subsistemas que se influyen mutuamente, pero que parecen obedecer a otras reglas.
- La ideología dominante del sistema interestatal sigue siendo la del siglo XIX europeo; cada pueblo —o cada grupo étnico con conciencia de su identidad que reivindica su independencia— encuentra apoyos en el mundo occidental; no encuentra la sim-

patía ni el apoyo de los países del Tercer Mundo sino a condición de que el opresor forme parte de la civilización europeo-americana. La reivindicación kurda no despierta simpatías, no hace que surjan de las plumas intelectuales las mociones, al menos en el mismo grado que los movimientos de liberación nacional que arremeten contra la dominación colonial o excolonial, ejercida por blancos, ciudadanos de naciones ricas.

— Esta ideología nacional es contradicha, o severamente criticada, por una serie de factores:

- a) Los imperios, o cuasi-imperios —el imperio ideocrático de la Unión Soviética y la zona cubierta por la disuasión americana—, amputan las soberanías nacionales, cuyo valor absoluto proclama el pacto de las Naciones.
- b) La difusión transnacional de las ideologías tiende a transformar a numerosos países en campos de batalla (¿estaría hablándonos del problema latente de los Balcanes?); los partidos nacionales enfrentados están ligados la mayoría de las veces a uno o a otro de los dos campos, sea que necesiten ayuda, en armas o en dinero, sea que, en nombre de sus propias creencias, sean adictos a la “democracia popular” o a la democracia liberal.
- c) La mayoría de los Estados africanos, muchos de los que se hallan en el Próximo Oriente, en el Medio Oriente, y en Asia, no gobiernan un pueblo homogéneo (o relativamente homogéneo) a semejanza de las naciones europeas. Los Estados se superponen a unos grupos étnicos o religiosos que no siempre se reconocen en los hombres que los gobiernan.
- d) Tanto en 1983 como en 1962, el observador se ve sorprendido por el mismo contraste: estabilidad aparente de un statu quo anormal en Europa; cambios múltiples, diversos, a veces rápidos en el resto del mundo.

Gusta en sus escritos de aclarar los términos que, en algunas ocasiones ambiguos, son lanzados por los seudointelectuales a la vorágine pública y que ocasionan las distorsiones necesarias al entendimiento de la sociedad; tal es el caso de la palabra “potencia” referida a una comunidad política y que defiende y contempla desde el punto de vista weberiano.

*Las primeras páginas del ya clásico libro *Politics amongst Nations* ofrecen un ejemplo, no menos clásico, de las confusiones conceptuales a las que da lugar el empleo de un término como el de potencia que,*

según los párrafos o hasta las frases, parece fin o medio de la política y que, por último, no presenta casi utilidad desde el momento en que se adopta la definición weberiana y actual de la potencia: la capacidad del actor A para obtener la sumisión a su voluntad, o a la conformidad a sus órdenes, del actor B (o, más precisamente, la posibilidad de obtener sumisión o conformidad). En ese sentido, toda vida social, en un grado u otro, se compone de relaciones de potencia, condiciones de la acción colectiva en cualquier dominio (13).

En el mismo sentido se expresa en lo referente a su concepto de teórico pragmático. Es un teórico profundo, aceptando el doble concepto de teoría que, al parecer de quien escribe, ésta tiene en todo el mundo occidental o, si se prefiere, dos significados, cada uno de los cuales derivándose de una tradición. Una teoría —como conocimiento contemplativo, captación de las ideas o del orden esencial del mundo— puede ser equivalente a una filosofía. En ese caso, la teoría se opone no sólo a la práctica, a la acción, sino al conocimiento que anima la voluntad de “saber para prever y poder”. Cuanto menos carácter práctico presente un conocimiento, menos sugerirá su propio sujeto, a saber, el filósofo y aquellos que, por intermediación de éste, reciben su luz.

La otra línea de pensamiento, más aceptada por Aron, desemboca en las teorías auténticamente científicas, cuyo modelo consumado nos ofrecen las de la ciencia física. En este sentido, una teoría es un sistema hipotético-deductivo, constituido por un conjunto de proposiciones cuyos términos están rigurosamente definidos y cuyas relaciones entre los términos (o variables) las más de las veces revisten una forma matemática. Ese sistema se ha elaborado a partir de una conceptualización de la realidad percibida u observada; los axiomas o las relaciones más abstractas dominan el sistema y permiten al sabio recuperar por deducción unas apariencias en adelante mejor explicadas, o unos hechos captables por medio de aparatos, si no por medio de los sentidos, que confirman provisionalmente la teoría o la refutan. La refutación obliga a una rectificación y la confirmación no constituye jamás una prueba absoluta de la verdad.

El autor elige, como se desprende de la lectura de *Paix et guerre entre les nations* otra acepción de las dos posibles alternativas para el término “potencia”, lo cual es de destacar porque con ella se referirá en mul-

(13) Aron, Raymond ¿«Qué es una teoría de las relaciones internacionales?»», Publicado originalmente en inglés en *Journal of international affairs*, XXXI, 2, 1967, y después en la *Revue française de Science Politique*, XVII, 5, 1967.

titud de ocasiones a Europa; busca lo que constituye la especificidad de las relaciones internacionales o interestatales, y cree encontrar ese rasgo específico en la legitimidad y la legalidad del recurso a la fuerza armada por parte de los actores. En las civilizaciones superiores, esas relaciones le parecen las únicas, entre todas las relaciones sociales, que admiten el carácter normal de la violencia.

En lo relativo al pensamiento sobre la construcción europea que tiene Aron, ya se dijo con anterioridad que cree en los estados-nación y en la federación de los mismos. Elige como modelo el federalismo alemán, un modelo que estudia como válido para Europa. Quien escribe estas líneas considera una afirmación sin duda exagerada, pero la experiencia alemana le aportó, al menos, el mérito de mostrar que el poder regional no impide en modo alguno la unidad nacional. Por otra parte, se deja entrever que el “poder federal” no destruye la autonomía de los Estados miembros. Alemania no es una federación pluriétnica y, como consecuencia, no puede servir de modelo para la unión política de Europa. Sin duda, es necesario volver la cabeza hacia Suiza para ver como la unión federal, lejos de perjudicar a las identidades nacionales, las protege. Ciertamente, ningún modelo federal de los existentes en la actualidad se pueden prestar a una transposición pura y simple a Europa, dado que ninguno de ellos ofrece una respuesta a la cuestión fundamental de saber qué contenido económico, social y cultural dar a Europa. Sin embargo, la experiencia de los estados federales puede al menos servir para destruir los mitos antifederalistas que se oponen de forma general, sobre todo en Francia, tanto a una verdadera regionalización como a la unificación de Europa.

CONCLUSIONES

Raymond Aron es un politólogo y sociólogo que piensa en abstracto sobre los problemas de la sociedad de su entorno y que acomete, con gran base científica, la escabrosa misión de predecir lo que va a suponer para el entorno geopolítico internacional el gran cambio que se está llevando a cabo en las dos primeras potencias mundiales; en este entorno, ya deja ver que existe un tercer bloque que comienza a despuntar, Europa, pero que trata como “posibilidad” más que como hecho probable.

Como sociólogo afirma que no podría definir conceptos como *política* y *economía* “a la manera del geómetra que traza un círculo mediante la rotación de un segmento recto en torno de una de sus extremidades, ni como el químico que separa los elementos de una sustancia, ni como el

biólogo que distingue caracteres genéricos y específicos”. Construcción, análisis, lógica de conceptos jerarquizados, todos esos métodos convienen mal cuando se trata de todas las sociedades que se enfrentan y que resuelven de maneras distintas. En su obra demuestra que su pensamiento es libre y no se ve influido, aunque a veces no lo consiga, por los autores más cercanos de su época (Max Weber, Michael Polanyi, Alain, etc.); con sus propias palabras afirma: “el hombre fue hecho para crear, y la creación es libre o no existe”.

Trata en profundidad el problema del enfrentamiento Estados Unidos-Rusia, tan en boga en el momento de sus reflexiones, llevándole tal debate a planteamientos tan profundos como los del “ejercicio de la potestad nuclear” por parte de ambas superpotencias. Desde este punto de vista, trata el problema de la seguridad en Europa como un “ejercicio” para los Estados Unidos y considera que quizá sería del todo deseable el que los estados europeos acometieran la resolución de sus propios problemas de política exterior y de seguridad común; lleva a cabo, en alguno de sus escritos, una crítica rabiosa sobre la actuación de estos países en regiones del mundo de tan particular incidencia en el desarrollo de esa “gran potencia deseada” como puede ser el Próximo y Medio Oriente y el centro y el sur de América.

Los Estados Unidos no tienen enemigos en sus fronteras terrestres. Pueden disuadir una agresión contra su territorio mediante la amenaza nuclear. En cambio, los estados europeos están contiguos a un imperio militar. Se hallan expuestos a ataques diversos, sin recurrir a las armas nucleares. Son protegidos por el poder militar de los Estados Unidos, por la presencia de un ejército americano en el suelo mismo del Viejo Continente. Pero la geografía escapa a la voluntad de los hombres. Europa, y no los Estados Unidos, se convierte en campo de batalla en caso de agresión no nuclear procedente del Este (14).

Toca en sus escritos la gran importancia que tiene para el desarrollo de un gran bloque político, como puede llegar a ser Europa, el firme asentamiento en una economía saneada y en avance. Sugiere que es un tema que ha de contemplarse antes que la resolución de la definición de los intereses clave para todos los países participantes en esta institución,

(14) ARON, RAYMOND: «*Les dernières années du siècle*», Julliard, 1984 (Ed. Castellana, «*Los últimos años del siglo*», Espasa-Calpe, S.A. 1984, pág. 57).

aunque subyace, continuamente, en su pensamiento la idea de amplia seguridad que debe ostentar una comunidad política de peso en el ámbito internacional. Trata la defensa de Europa como inseparable de la de Estados Unidos, en el entorno de la OTAN, y de este modo sugiere que la “emancipación” de los estados europeos se vaya llevando poco a poco. “Hoy, incluso, la *guerra económica* no rompe la Alianza Atlántica. Las razones del sistema interestatal dominan sobre los prejuicios que suscita el sistema económico”, escribirá en uno de sus artículos periodísticos.

Firme defensor de la federación frente a la confederación de estados como futura relación de los estados-nación europeos, cree que el mejor modelo sería el suizo, sin desestimar la experiencia que en este campo ofrece el caso alemán. En todas sus reflexiones y análisis se contempla la importancia que da a los “intereses nacionales”, llevando a cabo un amplio debate sobre su doble conceptualización. No se esconde a él el hecho de que en ciertos períodos históricos, la diplomacia se precia de ignorar lo que ocurre en el interior de las fronteras de los Estados. En otras épocas, esa diplomacia pura, limitada en sus medios y en sus objetivos, deja sitio a una guerra civil internacional. En otras regiones del mundo, los Estados no arraigan en el pasado y el consenso del pueblo; las injerencias extranjeras se multiplican al mismo ritmo que las denegaciones salidas de las cancillerías. Razonablemente, los europeos deberían sacar una lección del análisis de su historia.

Gran pensador y sociólogo, se arriesga en todo momento con la publicación de ensayos sobre historia prospectiva, sobre lo que considera que será el futuro de los grandes bloques geopolíticos. Fallecido en 1983, sus escritos rebosan de una rabiosa actualidad, hasta tal punto que sus observaciones son válidas, con la excepción hecha de los acontecimientos que tratados por el autor con anterioridad a 1989 han cambiado el rumbo de la historia, en la fecha actual. En las propias palabras de Raymond Aron: “Para los próximos años, el expansionismo soviético de un lado, la estrategia defensiva de la Alianza Atlántica del otro, y la asunción de su verdadero peso por parte de las naciones europeas, deberían perpetuar la coyuntura que en 1947 bauticé como: *Paz imposible, guerra improbable*”.

CAPÍTULO SEGUNDO

JULIÁN MARÍAS. EUROPA, UNA EMPRESA DE CONVIVENCIA CREADORA

JULIÁN MARÍAS. EUROPA, UNA EMPRESA DE CONVIVENCIA CREADORA

Por FRANCISCO JAVIER FRANCO SUANZES

El filósofo Julián Marías nació el 17 de junio de 1914 en Valladolid. Hijo de Julián Marías de Sistac y de María Aguilera Pineda. Cuando tenía cinco años su familia se traslada a Madrid y estudia en el Instituto Cardinal Cisneros. En 1931 entra en la Universidad madrileña donde se matricula en la Facultad de Ciencias y en la de Filosofía y Letras. A partir de 1932 continúa sus estudios en esta segunda disciplina y obtiene su licenciatura en 1936.

Durante la Guerra Civil española participa en el bando republicano y escribe en el ABC de Madrid y en “Hora de España”. Al finalizar la contienda, en 1939, es detenido y permanece en la cárcel entre los meses de mayo y agosto. En 1941 se casa con Dolores Franco que había sido compañera de universidad. Padre de cinco hijos —Julián, Miguel, Fernando, Javier, y Álvaro—, perderá al mayor de ellos en 1949, a los cuatro años de su nacimiento, el mismo año en que también se produce la muerte de su padre. Tras unos años difíciles por razones políticas, en 1951 obtiene el doctorado y viaja a Estados Unidos para impartir clases en el Wellesley College. En 1964 es elegido miembro de la Real Academia y en el año 1977 es nombrado senador por designación real, precisamente en ese mismo año muere en el mes de diciembre su mujer, Dolores Franco. En el año 1996 será galardonado con el Premio Príncipe de Asturias en Comunicación y Humanidades.

Discípulo y amigo de Xabier Zubiri, a quien define como su primer maestro, fue director de su tesis doctoral “La filosofía del padre Gratry”. Julián Marías fue, además discípulo de Ortega y Gasset y de Manuel Gar-

cía Morente. En el año 1941 escribió el libro “Historia de la filosofía” y desde entonces su inmensa obra: libros, colaboraciones en prensa, revistas, conferencias, etc., no ha hecho sino seguir creciendo.

INTRODUCCIÓN

La elección de Julián Marías para iluminar este trabajo, que analiza el proceso de la construcción de Europa según la visión de determinados pensadores actuales, se justifica en su profundo conocimiento de la realidad europea y en su aportación intelectual, filosófica, y moral a esa construcción, todo ello desde el enfoque y la óptica de un pensador español.

El autor que, con su obra “España inteligible”, nos ha legado un riguroso y profundo estudio sobre el proyecto común de las Españas —agrupación de pueblos heterogéneos—, su razón histórica, sus trayectorias y puntos de inflexión, renuncia por *falta de fuerzas*, y muy a nuestro pesar, a la elaboración de una “Europa inteligible” que sin duda nos habría ayudado a esclarecer ese proyecto ilusionante que debería ser la Unión Europea. No obstante, la vasta obra del filósofo español nos permite alumbrar, a través de una idea muy personal, lo que ha sido y lo que podemos aspirar que sea, esa empresa de *convivencia creadora*, que es Europa.

EL ESPACIO EUROPEO

Antes de comenzar a glosar las reflexiones que sobre nuestro viejo continente y su proyecto desarrolla Julián Marías, conviene delimitar el ámbito de ese espacio común europeo. Cuando el autor se pregunta ¿qué es España? —y por extrapolación nosotros nos preguntamos, ¿qué es Europa?— manifiesta sus dudas y evita constreñir la respuesta a un territorio concreto con sus habitantes, o asociado a una etnia específica, y mucho menos a un Estado. Para Julián Marías una sociedad es:

Un sistema de vigencias: usos, creencias, ideas, estimaciones, proyectos con los cuales el individuo se encuentra y con los cuales tiene que contar.

Pero además, como indica el filósofo español, esas vigencias no son inertes, sino que evolucionan, por lo que, con el tiempo, esa sociedad puede cambiar sustancialmente al ser modificadas las condiciones iniciales. Por tanto, resulta difícil encasillar el concepto de espacio europeo a un área geográfica determinada. En este sentido, antes de que el siglo XVI

iniciara su andadura, *Europa entera no estaba en presencia*: una gran porción del territorio europeo quedaba fuera de ese proyecto común, aunque llevara el germen para llegar a serlo, y así, la *Europa completa* no se pudo alcanzar hasta principio de siglo.

Sin embargo, aunque el autor en muchas de sus reflexiones se refiere específicamente a Europa, no limita el campo de su pensamiento al continente europeo, sino que lo eleva a un ámbito superior que denomina Occidente.

Ese concepto superior incluye a Europa y al mundo americano que recibe la influencia europea, según un doble proceso: mediante un *trasplante* en la parte norte del continente americano, por medio del cual sociedades europeas se asentaron en América del Norte y evolucionaron siguiendo precisamente las pautas de tales sociedades europeas; y a través de un *injerto*, por un proceso mediante el cual porciones del pueblo español y portugués se fundieron con los indígenas de la porción sur del territorio, creando unas sociedades que no serán ni europeas, ni nativas americanas, sino *americanas "hispanizadas"*.

De cualquier manera, lo realmente importante es el resultado final. *En todo caso, la obra más fecunda y original de Europa ha sido haber engendrado países con los cuales se ha fundido en una unidad superior envolvente. Es lo que llamamos Occidente.*

Esa unidad superior, está formada, según Marías, por dos lóbulos, el europeo y el americano, distintos pero inseparables, insuficientes, que se completan y que se necesitan el uno del otro. De esta manera, cuando se ignoran o dejan de considerarse, ambos pierden. Así, el pensador español advierte que si olvidamos el lóbulo americano, Europa será tan solo una *realidad parcial, mutilada, y con un porvenir limitado.*

Si bien, ante esta importante dependencia, cabría preguntarse: ¿Qué influencia tiene la existencia de ese segundo lóbulo en la profundización de la unidad europea? Podría pensarse que estorba o entorpece; nada más alejado de la realidad en el discurrir del filósofo español que, en marzo de 1999, escribía:

Y hay que añadir todavía algo más: yo hablaría de "necesidad e insuficiencia de Europa". Su unión es imperiosa, condición de prosperidad, excelencia y hasta perduración; pero no Europa "sola", sino unida indisolublemente a América, al otro lóbulo de Occidente. Este nombre, apenas se usa; se lo olvida, se lo evita. La culpa es de los

que lo politizaron, lo opusieron al totalitarismo de los últimos decenios. El europeísmo "a ultranza" ha sido durante muchos años un disfraz del antiamericanismo, sin advertir que tanto Europa como América no son más que porciones menesterosas en un conjunto que es la verdadera realidad, nuestro "mundo", distinto de otros, que están presentes y con los cuales hay que contar.

Sin embargo, y a pesar de lo indicado, Julián Marías en su obra "Los Españoles", escrita en 1962, observaba en Europa una propensión a un doble abandono: por un lado a distanciarse de ese lóbulo necesario de la otra orilla del Atlántico, y por otro la renuncia a integrar a Rusia. Pero ¿es acaso ese país, en su inmensa extensión, parte del proyecto europeo?.

Marías que es crítico con la primera dejación, analiza la cuestión rusa en un artículo titulado, "Cambio de bandera", escrito en 1990, en pleno proceso de transformación de la Europa del Este. Son fechas en las que la Unión Soviética todavía no ha saltado en pedazos, dinamitando su unión en un efecto centrífugo disgregador. En esas condiciones Marías se pregunta si es lógico que un vasto e inmenso territorio, como era el abarcado por la antigua Unión Soviética, se integre en el proyecto unitario europeo, especialmente cuando ese espacio geográfico es mayoritariamente asiático. Pero, al mismo tiempo, se cuestiona si resulta lógico dejar fuera de ese proyecto a la Rusia europea que surge con Pedro el Grande. No esperemos una respuesta concreta, el filósofo español no la da; nos indica eso sí el camino para alcanzarla: la comprensión de las *realidades sociales* que es necesario buscar en el libro de la historia y es que, como indica el escritor español, *nada humano se entiende más que contando una historia.*

¿Podría trasladarse esa inconcreción al resto de los países europeos del antiguo Pacto de Varsovia? Ciertamente no. Para Marías, la renuncia a la porción oriental de la Europa accesible resultaría simplemente *imperdonable*. La separación del continente europeo en dos mitades es, para la convivencia europea, el hecho más grave acaecido en la segunda parte del siglo XX. El «telón de acero», no era una barrera producto de un accidente geográfico, ni tampoco una línea convencional imaginaria generalmente admitida, sino muy al contrario, se trataba de una *realidad voluntaria* impuesta por una ideología de forma unilateral. Su existencia, según nuestro académico, introdujo un trastorno comparable a lo acaecido en el Mediterráneo tras la dominación islámica en el siglo VII. En aquellos momentos, la mar, *camino por excelencia* y frontera donde los pueblos se encuentran, se convirtió en una marca infranqueable, aislando

en dos mitades las riberas meridional y septentrional del Mare Nostrum, *haciendo dos mundos de lo que era uno solo.*

Así pues, según Marías, no podemos olvidar a la Europa del Este en nuestro proyecto común. En 1989, cuando el «telón de acero» expiraba, lo manifestaba en los siguientes términos:

Por motivos muy graves y difícilmente modificables, la vida aislada del Este europeo es ya insostenible; se va a incorporar en cierto grado al resto. Europa tendrá que contar con esa mitad y “pensarla”, algo urgente y desacostumbrado. El desnivel económico, las diferencias sociales, el desconocimiento, todo eso va a plantear nuevos problemas a la Europa occidental, relativamente homogénea, bastante manejable, y conviene no perder de vista las dificultades que se avecinan.

Pero el mérito y vigencia de esta reflexión no procede tanto de su idoneidad en una época y momento en que la discusión sobre la ampliación de la Unión Europea a los países de la Europa del Este era aún impensable, sino que ya en 1959, en Chateau de Lourmarin, en plena guerra fría, y con los dos bloques perfectamente enfrentados, unas decenas de pensadores europeos entre los que se encontraba el filósofo español, desarrollaban el tema “La Europa del Este y la Europa del Oeste”; lo que en ella se afirmaba, según expresa el propio Julián Marías, era ya una irrenunciable convicción de un proyecto común con la porción oriental de nuestro continente:

Un tema apasionante, que puso al desnudo la conciencia generalmente compartida de dos hechos: uno, que la Europa del Este es irrenunciable, que no se puede aceptar que Europa termine en la pequeña Europa occidental, menos aún en la “Europa de los seis”; el otro, que la dolorosa escisión actual no puede impedir que nos ocupemos de la unificación de la Europa accesible.

Al tratar de delimitar el espacio europeo, no se puede olvidar que al finalizar el siglo XX se está produciendo el fenómeno conocido como “globalización”. Ese fenómeno posibilita la mutua influencia de territorios muy alejados del planeta, de manera que manifestaciones localizadas en una región a muchos miles de kilómetros de las fronteras propias, pueden repercutir de manera significativa en nuestras vidas. Además, el mundo actual se encuentra ampliamente occidentalizado y las formas de vida, ideales y principios de Occidente se encuentran instalados en todos los continentes. ¿Cómo incide esta circunstancia en el espacio europeo? ¿Sería lógico pensar que en el inicio del tercer milenio pudiéramos llegar a concepciones unitarias más amplias?.

La respuesta de Marías es clara y tajante: bajo la palabra globalización se *oculta la falacia de que el mundo actual es uno*. La influencia occidental, antes citada, tiene una vigencia sólo *parcial*, en muchos casos *sin raíces y sin justificación*: lo cierto es que una gran parte de nuestro planeta no es europea, ni occidental. Así pues, para el filósofo español, no existe un único mundo sino varios, con grandes diferencias, en ocasiones con principios hostiles, mundos no *enteramente comunicables*, e *imperfectamente comprensibles*. Ello no significa, como veremos más adelante, que no sea necesario considerarlos, sino muy al contrario, porque Europa y Occidente, por su propia condición y vocación altruista deberán tenerlos muy presentes, *enfrentándose al mundo en su conjunto*. Julián Marías, en 1997, expresaba lo indicado en los siguientes términos:

Llevo decenios diciendo que el mundo entero está "en presencia", y hay que contar con él; pero en modo alguno es "uno", sino que hay dentro de él diferencias enormes e irreductibles; si no se las ve, ni siquiera se puede entender aquellos elementos que, por pertenecer a la persona humana, son comunes a todos los hombres. Hay un mundo efectivo, que es Occidente; dentro de él hay porciones amplísimas, más semejantes y abarcables, más fácilmente inteligibles, Europa y América. Hay una realidad con vínculos accesibles y de extrema importancia, que es lo que merece llamarse el Mundo Hispánico.

Así pues, se podría sintetizar que, para el académico español, la palabra globalización resulta válida si con ello lo que pretendemos indicar es que el mundo entero está en presencia y es, por tanto, fundamental contar con cualquier parte del globo; pero resulta falsa si, con ello, lo que pretendemos expresar es que este mundo es *uno*, *ocultando el hecho de que hay varios, profundamente distintos y no demasiado inteligibles*.

LA UNIDAD

En 1935, Julián Marías, al analizar las lecciones que de la Historia de la civilización en Europa impartió, en 1828, Trazaseis Guizot, profesor de Historia Moderna en la Universidad de la Sorbona, extrajo la siguiente conclusión:

De las catorce lecciones en que Guizot nos muestra la viva imagen de la historia europea, se desprende una más, acaso la más interesante y grave: la que nos hace ver la profunda, innegable unidad de Europa.

El filósofo español lamenta que en un momento en que se habla y discute en reuniones, tertulias, medios de información, etc., de la gran empresa europea, que no es otra que su propia unión, apenas sí se recuerde a otro de sus principales pensadores y defensores: su maestro José Ortega y Gasset, pionero y clarividente valedor de esa unidad y de la creación de los Estados Unidos de Europa. Recientemente y comentando el pensamiento que Ortega desarrolla en su obra la "Rebelión de las masas", Marías indicaba:

En 1930, Ortega señalaba la insuficiencia de las naciones europeas y reclamaba la Unión Europea, el establecimiento expreso de su ya vieja unidad. Actualmente, el horizonte real y no fingido es Occidente. Hay que pensarlo, entenderlo, tomar posesión de él en su conjunto y con todas sus posibilidades. Creo que puede ayudar verlo como lo que es: la culminación mundial de los innumerables procesos de incorporación que constituyen lo más fecundo de la historia.

En este último párrafo Julián Marías introduce el concepto de la *incorporación* que resulta necesario para comprender la concepción de *unidades superiores* que, en su obra, defiende nuestro autor.

En el estudio del proceso de formación de esas unidades superiores, tomando como punto de partida sociedades o colectividades diferentes, el académico español distingue entre *incorporaciones* y *anexiones*. La *incorporación* es el vínculo voluntario que se establece entre dos o más pueblos para conformar esa *unidad superior*. Fue el proceso seguido para formar la primera nación europea, es decir, España. Marías diferencia este tipo de unión de la que se pudiera establecer mediante un proceso de *anexión*, en la que la colectividad más fuerte absorbe a la débil sin que exista una voluntad de la sociedad inferior, de manera que esa colectividad queda subsumida y desaparece. Se determina así una diferencia fundamental entre ambos procesos, en donde, según cada caso, la supervivencia y singularidad pervivirá o se perderá.

Para el escritor español, en la unidad europea sólo hay un camino:
No puedo ver la unidad de Europa como un acuerdo súbito y teatral de hacer un superestado de tantos estados diferentes. La unidad europea, si ha de ser real, tendrá que ser un proceso de incorporación, y ésta es siempre gradual y progresiva, y procede por partes o estratos.

Este es el camino a seguir y no es otro que el que hace más de quinientos años inició España, que tras sucesivas *incorporaciones*, y dentro

de un ámbito reducido inicial, alcanzaría la unidad definitiva. Incorporación gradual y ámbito reducido inicial sintetizan, pues, un proceso necesario para llevar a buen puerto el proyecto unitario de Europa.

Pero además, Marías advierte que en modo alguno podría entenderse el logro de ese concepto unitario europeo, conseguido mediante un proceso de *incorporaciones*, como la simple *adición de las diversas naciones sin incluir su suelo común y su subsuelo histórico*. Si no se repara en lo indicado, lo que de ahí podría salir difícilmente conduciría a la unidad europea.

En cualquier caso, para el filósofo español, desde la desaparición del “telón de acero” y, en especial, con la reunificación alemana, Europa se aproxima, al fin, hacia su unión; ya en 1990 indicaba que el siglo XX no terminaría sin una *efectiva comunidad de naciones europeas*. El tiempo ha pasado desde entonces y lo cierto es que el proceso hacia esa unidad, con sus correspondientes altibajos, se sucede de forma inexorable. Otra cuestión es, según opinión de Marías, que se esté realizando de la manera *más fecunda y creadora*.

Sin embargo, conviene recordar que ese proyecto europeo no es en absoluto una idea totalmente innovadora. Al comentar la obra de Moratín, Julián Marías concluye que, ya a finales del siglo XVIII, el gran escritor español *vivía dentro de un gran supuesto: la unidad de Europa*.

Surge así una pregunta inmediata ¿cómo es posible el desarrollo de ideas tan avanzadas, cuando a finales de nuestro siglo la unidad europea sigue resultando para muchos una opción quimérica? Sencillamente, porque se trata de otra unidad que es previa al surgir de los nacionalismos europeos. Y es que Europa comenzó a ser ella, antes de que las naciones europeas se constituyeran como tales. En su constitución, esas naciones ya llevaban la esencia europea. Además, según la opinión del filósofo español, la *afirmación exclusivista* de cualquiera de las partes, podría representar un caso de *separatismo*. De esta manera, sus naciones no son sino manifestaciones de diferentes formas de *vivir y entender* Europa. Así pues, nos hallamos ante una unidad originaria que quedó marcada para siempre con la escisión de los nacionalismos, que es anterior y, en ocasiones, distinta a aquella Unión Europea que pretendemos crear, no siempre con acierto.

Para Marías, las distintas naciones de nuestro continente se encuentran *implantadas* en Europa, una sociedad *más tenue pero a la vez más abarcadora*, que denomina una sociedad de *implantación*. Esta situa-

ción conforma una doble realidad que es necesario respetar, sin que la una anule a la otra y que entre ambas se *intensifiquen, corrijan y potencien*. De esta manera el ciudadano europeo se instala en la sociedad a través de un proceso *insertivo*, primero en la nación, y ésta a su vez se implanta en Europa, uno de los lóbulos de Occidente.

En 1996, el académico español advertía precisamente que esa transformación dirigida a la unidad europea, en modo alguno debe hacerse siguiendo un proceso rígido y excluyente que no respete las peculiaridades y las riquezas de cada uno de sus componentes:

Estamos empeñados en la construcción de una Europa unida. Creo que no es posible hacerlo de manera fecunda si se desconoce todo lo que me he limitado a nombrar. Pero hay algo todavía más urgente: recordar que se es europeo de diversas maneras, que hay formas de Europa, que cada uno tiene que vivir el conjunto desde la perspectiva propia, porque es la única que permite una visión real, no ficticia, con riqueza, relieve, verdadero contenido. Y, por añadidura, la que no tolera la falsificación. Pienso que valdría la pena intentarlo, aunque fuese con fuerzas muy limitadas. Si cada europeo ávido de lucidez e incapaz de engañarse hiciera un modesto esfuerzo... Por mí que no quede.

Así pues, y aún considerando el cisma y la perturbación introducidos por los nacionalismos y totalitarismos de nuestro siglo, la empresa apasionante dirigida a la creación de una Europa unida se está realizando de manera tardía. Así lo advertía, ya hace más de tres décadas, el académico español, cuando indicaba que esa empresa se estaba *realizando a destiempo* y con desgana. Para José Ortega y Gasset, que es citado por Julián Marías, la oportunidad para que la citada empresa sea llevada a buen término, habría que buscarla en algún agente externo perturbador, como el expansionismo chino o una convulsión islámica que de alguna manera movilizase las adormecidas conciencias europeas. En 1962, Marías, a la pregunta de si había llegado ya ese momento, responde de manera rotunda: *sí, sin duda*.

¿Qué motivos pues se han interpuesto para la creación de esa unidad? ¿Qué razones justifican esa demora? ¿Qué ha sucedido desde que el autor de "La rebelión de las masas" afirmara en 1937 que *la unidad de Europa como sociedad no es un "ideal", sino un hecho de vieja cotidianidad?*

Para nuestro autor, no hay que buscar la respuesta en los antagonismos surgidos como consecuencia de la II Guerra Mundial pues, de alguna manera, ese conflicto evidenció la frustración de la Europa anterior, edificada sobre los erróneos principios del nacionalismo y *el siniestro invento del totalitarismo*. Se podría así extraer que la guerra permitió a los países europeos *despertar de la pesadilla de sus nacionalismos a la vigilia de su mutua pertenencia, de su realidad unitaria*.

Tampoco considera el filósofo español que la división del viejo continente provocada por el “telón de acero”, tras el fin del conflicto europeo, sea el origen de ese retraso, sino más bien al contrario, porque la existencia de esa contrariedad pudo haber actuado para estimular, como revulsivo, el proceso de *incorporación* europeo.

La respuesta que nos daba Marías en 1962, y que será analizada con más detalle en apartados siguientes, sigue teniendo plena vigencia en el pensamiento del filósofo español en los inicios del siglo XXI.

¿Cuál puede ser, entonces, la causa de la “desgana”? ¿Por qué se hace “a destiempo” el intento de unificación europea? Lo más grave de mi entender es que Europa sola no basta ya. Lo que pudo ser la sociedad suficiente en 1930 o –sin guerra– en 1940, no lo es ya; sin haber llegado a ella, la unidad de Europa está ya rebasada; por eso no produce suficiente ilusión, por eso se la plantea de un modo negativo y aburrido, más como una empresa industrial que como una empresa histórica, más administrativamente que retórica y poéticamente.

El problema hay que situarlo, según Marías, en la insuficiencia del proyecto actual. *La unión de Europa sigue siendo necesaria, pero ya no es suficiente*. En primer lugar, porque es absolutamente necesario contar con el otro lóbulo del Occidente; en segundo lugar, porque el estado del mundo actual invita a contar con grandes zonas del planeta que antes no contaban, situación con la que Europa no se encuentra cómoda. Sin embargo, resulta ineludible que esa unidad no se haga con principios exclusivistas; la afirmación excluyente del europeísmo es precisamente lo antieuropeo, *la esencial traición a la vocación europea. Europa ha de ser lo que es: una y no sola*.

Así pues, y ante la resistencia que determinadas naciones manifiestan frente a la empresa de la unidad europea, a las reticencias a perder su *realidad múltiple*, Julián Marías se muestra convencido de que todo ello podría superarse si a las distintas naciones se les ofreciera un *argumento*

que justifique esa empresa; es, según nuestro autor, el equivalente a la partitura imprescindible para la interpretación de cualquier composición musical y en la que cada componente aporta su propia riqueza y singularidad para que el resultado pueda ser una obra de arte.

EL PROYECTO EUROPEO

Se ha analizado, hasta ahora, la unidad europea y se ha justificado que no es posible buscar esa unidad tan sólo mediante la suma de sus distintos componentes. Es necesario mucho más, es esencial considerar las raíces comunes, las herencias que cada país aporta y que se entierran en un largo proceso histórico.

Toda sociedad para tener su propia identidad, requiere de una historia común: *lo que ha hecho y le ha pasado*, capaz de forjar un *vínculo humano* que aporte la coherencia necesaria que le permita constituirse de manera unitaria. Para el filósofo español, éste es el punto de partida, pero *no basta*, porque *la vida humana no se puede reducir al pasado, ni individual ni colectivamente; es siempre innovación, anticipación, deseo, en definitiva proyecto*, y siempre se recorre hacia delante, por ello, requiere de ese *argumento* sugestivo que permita movilizar todos los recursos en su consecución.

En la empresa unitaria europea, sigue teniendo plena vigencia lo indicado por Ortega y Gasset, citado por Julián Marías, cuando indicaba que una nación es *un proyecto sugestivo de vida en común*. Ese proyecto resulta pues esencial para dar sentido a esas sociedades *insertivas* que son, precisamente, en las que los españoles y europeos nos encontramos *instalados*.

El proyecto colectivo, según el escritor español, tiene que ser:

Un verdadero proyecto; y además, no lo olvidemos, atractivo, capaz de ilusionar, acaso de entusiasmar, de movilizar los deseos y las voluntades individuales. Si no lo es, la coherencia decae, se inicia un proceso de apatía que lleva a la disgregación.

La amplia base humana que debe contemplar, obliga a que la determinación de ese proyecto requiera grandes cantidades de imaginación, recurso que Julián Marías pronto insiste en puntualizar, que no hay que confundir con el despropósito o la fantasía, que llevan, por el contrario, a las más grandes calamidades. Es por ello que, para no caer en el *desvarío*, resulta esencial apoyarse en la realidad sin inventarla o lo que resulta

peor, tergiversarla. Así, esa imaginación apoyada en una fidelidad histórica y puesta al servicio de un *proyecto sugestivo* y entusiasta conducirá, sin duda, a esa empresa colectiva en la que los europeos hemos decidido embarcarnos:

Las grandes naciones han nacido de un proceso de imaginación creadora, proyectiva, ilusionante, hecha de amor a la realidad.

Pero el proyecto, que como se ha dicho, se fundamenta en una imaginación que tiene su punto de partida en la realidad y en la fidelidad histórica, lleva, en la misma idea de la palabra, una apuesta hacia el porvenir, o como dice Marías, la *noción de proyecto incluye la anticipación, la versión hacia el futuro*, y es que como también nos indica nuestro autor, la vida considerada tanto de manera individual como de forma colectiva, no puede quedar constreñida al pasado.

No obstante, conviene puntualizar la prevención que Julián Marías presenta hacia lo que significa el *proyecto* en el ámbito de la vida colectiva. Al reflexionar sobre la vida individual y la vida comunitaria, el filósofo español establece un doble riesgo: por un lado el *mayor*, que consiste en *proyectar sobre la vida colectiva los requisitos y caracteres de la vida individual*, en otras palabras, considerar a la sociedad como si de un individuo se tratara; y por otro lado, el más *grave*, que no es sino *interpretar esas realidades como si no tuviesen que ver con la vida humana, de manera impersonal*.

Así, cuando hablamos de *proyecto*, cabe preguntarse si responde a una voluntad deseada por la colectividad —o parte de ella—, o lo es de las personas consideradas individualmente. En esencia, lo que Julián Marías plantea es el *grado de autenticidad* con que esa opción se encuentra implantada entre los europeos, pues lo cierto es que en la contribución a esa pretensión colectiva existirá, sin duda, una amplia gama de respuestas y de participación. De ahí, la cautela que en todo ello manifiesta el académico español.

Esa participación, que hemos visto resulta variable según las distintas sociedades, se puede presentar en dos formas distintas:

Una, como vigencia, es decir, como sistema de usos, presiones, valoraciones, etc., cuyo fundamento invisible es una pretensión; la otra como idea, es decir, con existencia mental, como programa que se piensa y de que se habla, y que, por tanto, alcanza visibilidad para los hombres individuales.

Si intentamos averiguar en qué consiste ese *proyecto sugestivo* de vida de las distintas naciones europeas y lo hacemos atendiendo, en primer lugar, al carácter del proyecto como vigencia, antes descrito, comprobaremos tristemente que o éste se ha desvanecido o no existe. Julián Marías nos lo recordaba en su obra “Los españoles” —1962—, *cuando indicaba que no hemos sido capaces de inventar un nuevo programa de vida colectiva de acuerdo con las nuevas circunstancias*. En definitiva, no hemos podido elaborar el argumento o la partitura que nos permitiese interpretar la obra maestra del proyecto europeo.

Lamentablemente, treinta y cuatro años más tarde, la situación no parecía haber cambiado de manera significativa; así, Marías aludía que *una Europa sin “contenido”, sin historia, sin argumento, sin proyectos, sin aciertos y errores, no es inteligible, y es la que circula*. Más recientemente, tan sólo hace unos meses, y sin referirse de manera explícita ni a Europa, ni a Occidente, nos recordaba en su artículo “El proyecto de cada día” que:

A fuerza de hechos, datos y previsiones estadísticas, que suelen ser automáticas, se desvanece la existencia de un verdadero “proyecto histórico”, que consiste en un “argumento”. Es curioso que cuanto más se insiste en la “identidad” de ciertas comunidades humanas se descubre más la inexistencia de todo proyecto.

En todo lo anterior también puede haber influido la propia desmembración del imperio soviético, que si bien marcó una oportunidad maravillosa para hacer realidad la empresa unitaria europea, supuso la pérdida de un elemento esencial en su cohesión interna. El académico español, al referirse a la desaparición del peligro que representaba el régimen soviético, indicaba que *podría dejar a Europa sin “argumento”, llevarla a una especie de vida vegetativa sin proyecto*. Al final, con la eliminación de la *pesadilla* que amenazaba Europa, los *resortes* capaces de movilizar a la sociedad europea han quedado reducidos a los aspectos económicos, *disminuyendo la tensión creadora* de esa sociedad.

¿Cuál entonces podría ser ese proyecto atractivo que nos permitiría movilizar todas nuestras energías? Sin duda, la respuesta está en las propias raíces europeas, en esa realidad que no es otra que la misma historia de Europa. El filósofo español no sólo nos marca el camino a lo largo de su obra, sino que se aventura a concretarlo, y en su libro “Los españoles”, nos define cual puede ser ese proyecto europeo:

El proyecto de Europa, si bien en un sentido es el de sí misma, el de su unificación abierta hacia Occidente y el trascenderse activamente hacia lo otro, al mismo tiempo, e irrenunciablemente, es el sistema de sus proyectos internos, de los proyectos singulares de las diversas naciones europeas. Singulares, pero coordinados, como los instrumentos de una orquesta. Se dirá que entonces necesita un director; es posible, pero, entiéndase bien, de orquesta, armado sólo de una ingrávida batuta. Y lo que de verdad necesita —a veces las orquestas suenan muy bien sin director— es una música, una partitura que tocar y que hoy no se escucha, y por eso Europa parece sorda y muda.

Así pues, y en primer lugar, del párrafo precedente se podría deducir como parte de ese proyecto, el de Europa en sí misma, el de su propia realidad inacabada. En 1989, Julián Marías en su artículo “Un programa para Europa” decía:

Europa, como toda realidad humana, se está haciendo, y por consiguiente está todavía por hacer: es una empresa, y esto es lo que la hace incitante y capaz de despertar entusiasmo —algo que me cuesta mucho trabajo descubrir en ninguna parte—.

En segundo lugar, y en relación con esa *trascendencia activa hacia lo otro*, su concreción hay que buscarla a lo largo de su extensa obra, en donde Marías desarrolla este concepto en repetidas ocasiones. Es necesario destacar que el filósofo español nos transmite una idea en la que insiste desde hace años: Europa es ante todo un verbo transitivo *europeizar*.

Esto supone el anhelo por lo que encuentra más allá de sus fronteras. Su dedicación al resto del mundo, extendiendo su influencia “humanizante”, normalmente positiva, hacia grandes áreas del planeta, que reciben de esta manera unas condiciones de vida, sin duda, mejores. De alguna forma, inmensas zonas de la tierra han sido así europeizadas. Estamos pues en presencia de un continente volcado al exterior, imaginativo, interesado por lo ajeno, proyectivo, diferente, único, entusiasta, influyente, y decisivo para la humanidad, que el escritor español describe en los siguientes términos:

Europa como tal ha sido siempre un continente “transitivo”, interesado por lo distinto, sin duda por deseo de poder o enriquecimiento, pero sobre todo por curiosidad, por afán de aventura, en suma por altruismo. Europa es sobre todo un verbo, europeizar, y casi todo el mundo está europeizado en alguna medida. Europa ha sido siempre “transeuropea”.

Aparece en la última frase el concepto *transeuropeo*, como esa vocación de apertura al exterior que caracteriza a Europa. Los distintos países que componen esa unidad superior también se ven afectados de un calificativo similar y así, el filósofo español, diferencia entre naciones *intraeuropeas* y *transeuropeas*. España, Portugal e Inglaterra, recibirán el carácter de naciones *transeuropeas*, que es el mismo calificativo con el que nuestro autor define a Europa, lo que acentúa la europeidad de esas tres naciones y su influencia, en especial, en el continente americano, *engendrado desde Europa*. Apartarse de esa condición, abandonando al otro lóbulo que con Europa conforma el Occidente, es una tentación que debe ser evitada, porque como indicaba Julián Marías, tal renuncia supondría apartarse del *proyecto* europeo. Esta circunstancia que no ha sido olvidada por Gran Bretaña en sus vínculos con los Estados Unidos y los países de la Commonwealth, ha presentado momentos de sombra en *la conciencia de la inevitable —y maravillosa— unidad del mundo hispánico*.

En este proyecto, España ha sido potencia creadora de gran parte de los principios del viejo continente y, por ello, *radicalmente europea*. Para nuestro escritor, ahí estriba su mayor originalidad. Precisamente, una visión *intraeuropea* de España es el motivo principal de equivocación al intentar comprender la historia de nuestro país.

Pero además, el académico español, como ya se ha citado, nos recuerda que ese proyecto europeo debe contemplar los propios proyectos internos nacionales, sin omisión de ninguno de ellos, que debidamente coordinados con una partitura común, permitirían a Europa realizarse como una empresa unitaria. El problema al que apunta Marías es que, en principio, nada excluye que esos proyectos pudieran coincidir con aquellos que han llevado a Europa a la desunión y la guerra.

La solución apuntada por nuestro autor, cuando aún no se había producido la caída del Pacto de Varsovia, ni se habían sucedido los hechos determinantes acaecidos en Europa a partir del año 1989, es, a pesar del tiempo transcurrido, plenamente actual:

En rigor, la diferencia estribaría en transformarlos en proyectos provinciales, quiero decir, cada uno de los cuales contase con los demás y se supiese referido al proyecto general resultante de su articulación. Y esto empezaría por un reconocimiento de las circunstancias actuales de Europa, de modo que se podría ir elaborando el sistema de las conexiones técnicas, económicas, sociales, políticas, culturales de la Europa occidental, sin "separatismos", sin dar por buena la momentánea escisión, sin renunciar a media Europa provisional-

mente lanzada a las “tinieblas exteriores”, sin dar por supuesto que tales tinieblas están, ausentes de la porción occidental.

En esos proyectos, de Gran Bretaña se esperaría su capacidad y la experiencia adquirida en el tratamiento de otros pueblos, además de la vinculación, ya citada, con los miembros de la Commonwealth y parcialmente con los Estados Unidos. De Francia, que ha sido *la pieza estable que converge*, cabría esperar la inteligencia, como la que puso en escena en el siglo XVII, su universalidad y su interés por el otro; y de su capital París, el escenario *donde se representa el drama europeo*. De España, *el lugar en que los países hispánicos de América podrían verse nuevamente y convivir*. De Alemania, que para nuestro autor es una de las *grandes y verdaderas naciones de Europa*, la cordura europea, especialmente necesaria en momentos de reajuste y de unificación. *La medida y la fecundidad alemanas* han hecho de esta nación un elemento insustituible para Europa.

Otro de los aspectos característicos del proyecto europeo como *vigencia*, esto es, como *sistema de usos, presiones y valoraciones*, es la aspiración de las naciones europeas a ser la mejor —en una rivalidad que Marías califica de *fraterna*—, en presentar un modelo determinado de ser humano que se estimaba *superior a los demás* y en llegar a ser un modelo ejemplar para todos; crear pues una cultura o una calidad humana mayor. Consistía en definitiva en una forma de *rivalidad positiva, creadora, que podía ser una rivalidad fraterna, aunque en ocasiones fuese cainita*.

Cada una de las sociedades con conciencia de unidad, de ser una variedad de lo humano, aspiraba a ser mejor que las demás, a ofrecer un modelo superior, que podría ser imitado, admirado, seguido. Se trataba de una competencia por la ejemplaridad europea.

De esta manera, algunas naciones han sabido mantenerse fieles a su propio proyecto, mientras que otras han traicionado su vocación; es lo que nuestro autor denomina *errores históricos*, que no son sino esa falta de fidelidad al *proyecto verdadero*.

Hasta ahora, hemos desarrollado el proyecto europeo como *vigencia*, pero recordemos que Julián Marías hablaba también de él como *idea*, expresamente, como *programa que se piensa y de que se habla*, lo que en definitiva representa *visibilidad* y concreción para el ciudadano europeo. Con ese proyecto tangible a los ojos de los europeos, y que nuestro académico considera que nace con una excesiva carga burocrática y administrativa, nos detendremos, en su análisis, más adelante.

LA FALTA DE FIDELIDAD AL PROYECTO EUROPEO: LOS MALES Y PELIGROS QUE AFLIGEN A EUROPA

Si queremos evitar que los males europeos sigan siendo *posibles* es necesario, en primer lugar, localizarlos y después asumirlos, evitando la tentación de diferirlos a otra colectividad. Así, sin duda, se puede intentar superarlos, evitando de esta manera su repetición. En esa primera tarea Marías aporta su grano de arena.

Muchos de los peligros que amenazan la empresa europea, y de los cuales nos alerta nuestro autor, están relacionados, de alguna manera, con la traición al proyecto europeo. De ellos, algunos por su extensión tienen carácter global, y afectan a la humanidad de manera general, otros, sin embargo, son específicamente europeos.

Incomunicación

Entre esos últimos males, específicos de nuestro continente, destaca la incomunicación existente entre los distintos pueblos de Europa. La idea expuesta varias veces por el académico español de que las fronteras *no son los lugares en que los países terminan, sino donde se encuentran*, comienza a ser, cuando menos, incierta. Como ya se indicó en párrafos precedentes, entre las naciones del viejo continente ha habido *rivalidad y admiración mutua, una aspiración fecunda a la "ejemplaridad" del modo de ser europeo*.

Como indica Julián Marías, es verdad que desde que Europa se constituyó en naciones o, incluso antes de que esto ocurriera, en otros *espacios más limitados*, los pueblos del viejo continente se han combatido. Pero ese enfrentamiento ha sido producto de una rivalidad que surge desde la admiración, *se trataba de una competencia por la ejemplaridad*.

Esta admiración que propiciaba *una ejemplaridad positiva y creadora* y que ponía en contacto y comunicación a los pueblos de Europa, ha sufrido en nuestros días cambios indeseables. De hecho, las características propias del modo de ser europeo están actualmente amenazadas con su desaparición; según el académico español, estamos presenciando el fin de la ambición.

La rivalidad positiva que caracterizó a las naciones europeas se ha volatilizado. Nadie aspira a ser mejor, a ser el ejemplo a seguir, a crear una cultura y calidad humana superior. Pudiera pensarse que se han creado unas condiciones de vida y unos lazos entre las naciones europeas

que propician una relación más fraterna, pero en opinión del académico español, no parece que nos hallemos ante una situación tan idílica, más bien al contrario, la actual relación entre las naciones europeas, no es una relación entre hermanos, sino una situación de *desconocimiento mutuo de indiferencia*.

Visión abstracta de Europa. El desconocimiento

Un peligro característico es el que Julián Marías denomina *visión abstracta de Europa*. En ese abstraccionismo se compendian una serie de males vinculados con ese desconocimiento mutuo que se profesan las diferentes naciones europeas. Entre los países del viejo continente, se sabe lo justo de un número muy reducido de países, y casi nada del resto. Para nuestro autor, un examen entre los ciudadanos europeos de lo que conocen de sus otros compañeros de viaje, daría un resultado que califica de *aterrorador*. Pero no es sólo en Europa, en América también se produce ese desconocimiento.

Así, no resulta extraño que el académico español opine que *dentro de Occidente existe un pavoroso provincianismo*, consecuencia de la ignorancia de la historia ajena que en ocasiones *culmina en un alarmante aldeanismo*, producto del desconocimiento de la propia historia nacional. Ese desconocimiento se extiende también a todas las áreas del saber:

Añádase a esto, y es acaso lo más grave, el desconocimiento de las lenguas europeas, de la plural historia de los países, de la imagen, que muy pocos poseen, de su coexistencia simultánea, en cada momento; hay una inquietante ignorancia de las diferentes culturas, cuya herencia se está perdiendo, cuyo presente se desconoce salvo en la mínima parte en que los libros se traducen, en muchos casos tarde o nunca, con la sola excepción de aquellos autores que gozan de una fama "automática".

Esa ignorancia impide una amplia visión de Europa, lo que lleva al desconocimiento de nuestros orígenes y raíces, en definitiva, de la historia sobre la que se han ido desarrollando los distintos pueblos europeos y sus respectivas trayectorias, de las ricas singularidades que pueden aportar a esa empresa común europea. Esto conduce a establecer una visión abstracta y uniforme del continente y supone una auténtica "carga de profundidad" colocada en los cimientos del proyecto europeo.

Conviene recordar a nuestro autor cuando indicaba que *la posibilidad de que la nueva unidad sea fecunda* radica precisamente en la *valoración*

de las raíces comunes. Ciertamente el camino emprendido dista mucho de atender a esa valoración, y así nos lo recuerda el escritor español:

Ahora predomina una visión abstracta de una Europa conjunta, ensalzada de forma mecánica, y que encubre un desconocimiento de sus partes, de su múltiple realidad, de su riqueza interna.

Esta situación conduce hacia una falsa uniformidad de los pueblos europeos: aparentemente, nos alimentamos con los mismos productos; usamos la misma ropa; sufrimos de los mismos problemas, ya sea el tráfico, el ruido, o la polución; viajamos en los mismos medios... etc. Los países europeos son, en el umbral del siglo XXI, más homogéneos y *parecidos que nunca*, en una similitud que lo es sólo de manera artificial, pues no afecta a la esencia de los pueblos que siguen siendo diferentes.

Ese afán "homogenizador", en aras muchas veces de determinadas ventajas económicas y comerciales, conduce al intento de difuminar la diversidad y las peculiaridades enriquecedoras. El problema se agrava porque la falta de *curiosidad* de esa sociedad, impide constatar esas diferencias. Además, esta situación es aún más llamativa por producirse en un mundo y en un espacio europeo, donde los avances tecnológicos habilitan un importante flujo de información y donde los distintos organismos internacionales, instituciones, congresos y reuniones, deberían posibilitar un mayor conocimiento. A pesar de ello, las *peculiaridades* de cada uno de los componentes siguen siendo ignoradas y desconocidas.

De esta manera, *las naciones se ven de modo abstracto*, cada una preocupada por sus propios intereses, sin afectos ni simpatías; más bien, con cierto desinterés y escasa admiración; ignoradas entre sí, cuando no con algo de animadversión y *trasfondo de antipatía*; lo que se traduce en un egoísmo que impide la preocupación por las naciones de nuestro entorno y conduce al *nosotros sólo*, a los *nacionalismos*, y a la *paralización*. Aparece así una nueva forma de rivalidad, que consiste en conseguir *ventaja* de esa relación. Lo importante no es ya esa *ejemplaridad* enriquecedora y positiva, sino alcanzar la *mejor parte*. Como hace unos años señalaba el filósofo español, se trata, en definitiva, de en una *renuncia a ser mejor*.

Se llega, de esta manera, a lo que nuestro académico considera como *lo más grave*, nuestro máximo error, considerar que los europeos *no se necesitan mutuamente*, y que no necesitan de los americanos.

Uno de los factores que origina esta situación es el pobre conocimiento de nuestra historia común, que se agrava si de lo que se trata es del conocimiento de la historia universal, precisamente en un momento en

que todo el mundo está “presente”; y esa ignorancia es tanto mayor cuanto más joven es el individuo, situación que de alguna manera viene a predecir un futuro todavía más oscuro. Además, en muchos casos, y en estos últimos años con mayor ímpetu, esa historia viene deformada o tergiversada con una clara finalidad manipuladora, en un terreno abonado por el *provincianismo* y *aldeanismo* antes mencionado.

Resulta pues absolutamente necesario descubrir las raíces propias, para pensar desde esas mismas raíces y vivir de ellas, y no sólo de las que nos resultan *más cercanas y accesibles sino de las comunes de Europa*; este sentimiento se refleja en el pensamiento de nuestro autor que, en 1996, decía:

Llevamos más de treinta años dedicados al olvido de lo que somos y poseemos, el tesoro de las ideas y métodos, de saberes acumulados, que harían de nuestra época una de las más luminosas de la historia.

Evidentemente esta visión parcial impide comprender la realidad. El problema del desconocimiento supone una ruptura con la trayectoria europea.

Construcción europea

Este desconocimiento mutuo conduce a una errónea construcción de la unidad europea. De esta manera, la Europa que se está levantando se lleva a cabo, en opinión del académico español, de manera equivocada; así, se parte casi exclusivamente de los aspectos económicos y, lo que es peor, de los administrativos y burocráticos. Es lo que Marías denomina la *invasión del “prosaísmo”*, donde tiene cabida la falta de originalidad, la vulgaridad, o la ausencia de lirismo *que insidiosamente penetra en las vidas individuales*. La Unión Europea ha caído, de esta manera, en una desmedida tendencia a la normalización, que conduce a la ausencia de la más mínima iniciativa, originalidad y espontaneidad y que sin duda lleva al desaliento y pesimismo cuando se habla de la empresa europea. Así, en el artículo “La ilusión de Europa”, publicado recientemente y refiriéndose a la Unión Europea, el filósofo español indicaba:

Hasta ahora, ésta ha sido la realidad principal de la Unión Europea: reglamentos, normas, cuotas, trabas, con mengua de las iniciativas, de la espontaneidad vital.

Sin embargo, y a pesar de lo indicado en relación con esa orientación prioritaria de los aspectos económicos que priman en la empresa europea, Marías no es especialmente crítico con la *red de intereses cre-*

ada. De hecho, y ante el reproche que se hace a la Unión Europea de ser la "Europa de los mercaderes", nuestro autor argumenta que, a lo largo de la historia, esa actividad ha favorecido la unidad; los mercaderes han sido, en opinión del filósofo español, *un factor decisivo en la constitución y estabilización de Europa*. Su preocupación, como también se indicaba anteriormente, se dirige mucho más hacia el papel de los burócratas en esa Unión.

Marías, que reconoce un gran avance organizativo en Europa, se lamenta de que la empresa europea progrese en los aspectos menos creativos. Así, y cuando hace unos años comparaba la actividad mercantil con la burocrática y administrativa, el escritor español señalaba:

Lo que ha dominado hasta ahora es otra cosa: una colosal burocracia, un aparato administrativo que ya marcha por sí solo, como todas las organizaciones internacionales, que tanto contribuyen a la esterilización del planeta, a la esterilización de lo verdaderamente creador.

En el fondo, para el académico español, lo que se detecta es que los europeos no se toman en serio como tales. Hace años que dejaron de interesarse por el otro lóbulo americano, de interesarse *como occidentales, que es lo que hoy primariamente son*. Sin embargo, cabría esperar que se preocuparan por esa empresa europea, pues de lo contrario, y en esa línea de conducta, terminaremos por no tomarnos en serio el hecho de ser miembros de nuestras propias naciones. En este sentido y con motivo del resultado de las elecciones al Parlamento Europeo de junio de 1989, Julián Marías escribía:

Dudo que nadie verdaderamente europeo se sienta medianamente satisfecho. La abstención ha sido en casi todas partes tan alta, que es inquietante; y donde no lo ha sido es porque esta votación interfería con otra local, que es la que interesaba; y el hecho de que de cada tres británicos dos se hayan quedado en casa, con lo cual han enviado a Europa una imagen desorientada de su país, me parece un grave motivo de preocupación. Estas elecciones no interesaban, lo cual quiere decir que Europa no interesa, que los europeos, cuanto más se llenan la boca con esas palabras, menos europeos se sienten.

Precisamente, se da la paradoja de que este aparente desinterés por Occidente, por Europa, e incluso ya en el horizonte, por las propias naciones que hicieron el viejo continente, surge cuando aparece un inusitado interés por lo más inmediato, cercano y limitado, con exclusión de otros espacios más amplios, reeditando así el peligro de los nacionalismos.

La carencia de ambición intelectual

A la vista de todo lo anterior, lo que sin duda subyace en Europa es una gran desorientación, que Marías considera puede hacer peligrar la *imperiosa necesidad de la unión europea, que no alcanza el nivel de promesa e ilusión que debería pertenecerle*. La razón de esa desorientación hay que buscarla, ciertamente, en una escasa *ambición intelectual* que abarca a todos los niveles sociales europeos y que impide llegar al fondo de los problemas; en ocasiones, por *terror a plantearlos y enfrentarse con ellos*.

Esa carencia de ambición intelectual ya era advertida por el escritor español, cuando hace algunos años en su obra “Aquí y ahora” escrita en 1954, indicaba que estamos asistiendo a *la pérdida de uno de los recursos más importantes que tenemos en occidente: la autoridad intelectual*. La falta de ese liderazgo orientador, que permita el verdadero *proyecto sugestivo de vida en común*, genera incertidumbre, impide un proyecto claro y definido, y conduce a una situación de *provisionalidad*, que lleva a una vida carente de *dinamismo y sin argumento*.

Lo verdaderamente grave es que, después de esperar durante tiempo esa dirección intelectual, ni europeos, ni americanos, esperan ya esas palabras orientadoras. Han desistido. El escritor español subrayaba entonces lo siguiente:

No he dicho que falten intelectuales con autoridad —esto no es exacto, ni, por otra parte, sería últimamente grave—, sino que la autoridad intelectual misma se ha volatilizado.

Hasta hace algunos años el occidental tendía a desdeñar el consejo intelectual, pero cuando las circunstancias eran adversas, *cuando se sentía inseguro y perdido, le flaqueaba su petulancia* y recurría a la autoridad intelectual. Sin embargo, en los últimos tiempos nos hemos quedado sin respuestas. Para Julián Marías:

Por razones más complejas, se tiene la impresión de que los intelectuales no tienen las soluciones para los problemas humanos, que son los verdaderamente graves o importantes. Se ha perdido la fe en que los hombres de ideas tengan la clave de los problemas que agobian al hombre de Occidente, y deja de atenderse su voz.

Por todo lo anteriormente indicado, Occidente está necesitando de manera urgente, apremiante, de forma casi *angustiosa*, esa autoridad intelectual, ese *poder espiritual*.

Estas últimas afirmaciones, escritas hace años, no han experimentado variación con el tiempo transcurrido. En 1996, Marías, refiriéndose ahora a Occidente, no se mostraba más optimista:

He hablado hace tiempo de la amenaza de “una decadencia evitable”, lo que empieza a parecer problemático es que sea evitable. Una gran proporción de lo que se hace, en todos los campos, es resueltamente inferior a lo que podría ser, a lo que se hacía en los primeros sesenta años de nuestro siglo, y que perdura en la memoria y conserva actualidad. Con excepciones, que son bastantes pero no dejan de serlo, lo que se dice, escribe, pinta, compone, edifica, se proyecta en las pantallas, se plantea intelectualmente, está por debajo del nivel exigible, porque se había alcanzado uno mucho más alto. Una persona con alguna sensibilidad intelectual o estética experimenta a diario una impresión penosa: el descontento.

De hecho, nuestro autor se muestra convencido de que si extendemos el examen, que en párrafos precedentes se realizaba a los ciudadanos europeos, a muchos de los que se encuentran involucrados en la construcción de Europa, algunos obtendrían matrícula de honor, pero con otros, nos encontraríamos con un buen número de insuficientes. Descubriríamos en estos últimos, conocimientos muy polarizados a los aspectos económicos y restringidos a unos cuantos datos estadísticos.

La falta de motivación “aglutinadora”

Otro de los peligros sobre el que en 1989 nos alertaba, con gran acierto, el académico español, tiene que ver con lo que precisamente en esos momentos era un motivo de esperanza: la desaparición de la amenaza soviética, *algo maravilloso que empieza a aparecer en el horizonte, el final de una pesadilla*. ¿Cómo entonces una esperanza que califica de maravillosa puede llegar a convertirse en un peligro cuando debiera ser justamente lo contrario? Sin duda, esa maravilla se ha hecho realidad, pues la amenaza del holocausto nuclear se ha convertido en una opción remota, pero también con ello el hueco dejado por la Unión Soviética, del que nos avisaba Marías, se ha convertido en algo profundo y oscuro.

Además, para el académico español, esa amenaza representaba un motivo para dar cohesión y motivar a los europeos. De hecho, su ausencia pudiera dejar Europa sin *argumento, llevarla a una vida vegetativa sin proyecto*. Al carecer del acicate de la inseguridad, todas las fuerzas y empeños podrían quedar reducidos a lo económico, limitando toda actividad creadora y propiciando una posible *entropía social e histórica*.

Otros males europeos y mundiales

No se puede finalizar este capítulo sin tratar algunos males de carácter global que, sin ser exclusivamente europeos, han tenido en el viejo continente sus más dramáticas consecuencias. Se trata de un invento del siglo XX: el totalitarismo en sus diversas manifestaciones, que Marías califica como uno de los *mayores horrores de la historia* y que es el origen de otros males. Este grave horror, aunque arrinconado, deja, al finalizar este siglo, *herederos más o menos disimulados*.

Relacionado con todos los males anteriores y también con carácter de generalidad, Julián Marías cita la mentira, *el enemigo capital de la Humanidad*. Para nuestro académico, es mentira no sólo aquello que falta a la verdad, sino también, todas las afirmaciones que la *tergiversan* o la *desfiguran*. El escritor español se muestra especialmente crítico con ese mal y estima que el mundo occidental ha actuado, contra él, con una *extraña pasividad*. Tanto en América como en Europa, se ha tolerado la actividad de determinados grupos que se han dedicado de manera incansable a manipular el acervo histórico común, de lo que considera *la porción más creadora del mundo*, siempre con oscuros intereses.

No podemos tampoco finalizar sin citar las graves plagas que hoy azotan a nuestra sociedad y al mundo entero, y que para Marías están relacionadas con el terrorismo, las drogas y el aborto:

Lo que pasa es que desde 1960, aproximadamente, han pasado muchas cosas que conviene tener presentes si se quiere entender algo. Desde esa fecha datan varias calamidades que hoy afligen al mundo; entre ellas, el terrorismo organizado, el consumo generalizado de drogas en Occidente y la más grave de todas, la aceptación social del aborto.

LOS NACIONALISMOS

Aunque en la obra de Julián Marías no resulta fácil determinar aquellos peligros que más riesgo comportan para la empresa europea, entre otras razones por la propia relación y dependencia que se establece entre ellos, posiblemente sean los nacionalismos, con la mentira y el totalitarismo, los que encabezarían esa hipotética jerarquía de peligrosidad. Nos detendremos con más detalle en el análisis de los nacionalismos, todavía no tratados, por la incidencia y repercusión que tienen en la actual realidad española.

Antes de analizar el peligro nacionalista, conviene desarrollar algunas consideraciones elaboradas por el filósofo español y profundizar en la realidad de esa *inflación del sentido nacional*. Para ello, es necesario reseñar el concepto de *instalaciones*, brevemente citado en el capítulo dedicado a la unidad de Europa y que Julián Marías analizaba en su artículo "La magnitud real de España" escrito en 1996:

Se proyecta y se vive desde una serie de lo que llamo "instalaciones", desde la corporeidad y la mundanidad hasta la condición sexuada, la lengua y la situación social. Una de esas instalaciones es la unidad histórica y social a la que se pertenece. Los errores respecto a ella son graves y comprometen el porvenir, tanto individual como colectivo.

Así, el problema resulta ahora determinar sobre qué *unidad* se está *instalado*. Julián Marías concluye que en los distintos niveles existentes, esa instalación es *siempre múltiple* y que en modo alguno se puede hablar de una exclusión entre ellos.

Cuando al inicio de este trabajo analizábamos lo que abarcaba el espacio europeo, habíamos mencionado un concepto que en ocasiones, y en alusión a Europa, emplea el escritor español para referirse a los niveles ahora citados; se trata de la idea de *las sociedades insertivas*, según la cual, el hombre, considerado de manera individual, se inserta en su nación a través de las regiones; habíamos indicado, además, cómo esas naciones se *implantan en una sociedad más amplia que es Europa* y por fin, cómo nuestro continente, es uno de los dos lóbulos de lo que el filósofo español denomina Occidente. Vemos pues que la existencia de esos niveles y la pertenencia a cada uno de ellos es, y *puede ser*, perfectamente coherente.

De esta manera, los individuos en general se ven conviviendo en un entorno diverso: su ciudad, región, nación, grupos de naciones, etc. Algunas de esas sociedades van desde las más cercanas al individuo, hasta la humanidad en su conjunto. La renuncia a ese esquema de pertenencia, *de no convivir con los demás, es uno de los males más graves que pueden sobrevivir a un grupo humano*.

Marías explica las consecuencias de la negación a esa estructura insertiva, y lo hace con una alusión concreta a la situación española:

La falta de claridad sobre esta estructura es perniciosa, porque conduce a todo género de aberraciones, desde los nacionalismos hasta un vacío cosmopolitismo. Si falta el acierto sobre esa instalación

básica, en su efectiva complejidad, no se sabe dónde se está, y por consiguiente quién se es. El panorama del mundo actual, desde este punto de vista, no es muy alentador, y el de España en particular es inquietante.

El *cosmopolitismo* y los *nacionalismos* ocuparían las posiciones extremas de ese proceso insertivo. El *cosmopolitismo* es entendido por nuestro académico como la ausencia de vinculación del ciudadano a una *sociedad concreta*, a la pertenencia a alguno de los niveles de esa sociedad insertiva, lo que conduce a la abstracción. Sin duda, para el autor español, es posible vivir ese sentimiento de pertenencia al mundo en su totalidad, su preocupación e interés por él; pero no se puede olvidar que la forma *real de pertenecer a ese mundo es insertarse en él a través de la realidad histórica y social que es la circunstancia inmediata.*

Justamente, y como indicábamos con anterioridad, el nacionalismo se situaría en el otro extremo, como una *afirmación exclusiva* de los niveles más próximos, con ignorancia, desinterés y apatía hacia los niveles superiores. Si además, como señala Marías, esa ignorancia se transforma en hostilidad hacia las diferentes *realidades* que no son inmediatas y que no son valoradas como propias, se produce la falsedad y la rotura en la coherencia de los niveles.

Esa falsedad, *insigne falsedad*, como la denomina Marías, se manifiesta en múltiples formas; en el caso de que la ruptura insertiva se produzca en el nivel más inmediato —el regional—, se realiza con fuerte negación del nivel nacional:

Lejos de esto, la mezquindad, la extrema miopía de los nacionalismos intenta desvirtuar o negar la realidad de las naciones, dentro de las cuales tienen su función extremadamente valiosa las regiones como sociedades "insertivas", a través de las cuales se inserta el individuo en su nación, a la vez que mira al horizonte programático de Europa.

En términos genéricos, el nacionalismo provoca una profunda insolidaridad cuando grupos de ciudadanos se consideran, ellos mismos, como un "todo" y no como parte del todo, con el cometido exclusivo de encerrarse en su propia peculiaridad, en la situación diferencial, que, como asevera Marías, normalmente es inventada y termina provocando una enfermedad, una *inflamación patológica de la condición nacional*, que conduce a adoptar tendencias *exclusivistas y agresivas*. En definitiva, nos encontramos ante lo que nuestro autor denomina *formas de suicidio histórico, o también, una especie de genocidio interno.*

El filósofo español se muestra especialmente crítico con este mal que, cuando se produce a escala nacional, amenaza con romper el proyecto integrador europeo e introduce un nuevo elemento en la relación entre los países, *la hostilidad*. Esta situación ha generado un importante cambio: esa rivalidad *por ser mejor* se ha transformado, como ya comentamos en apartados anteriores, en ser más poderoso y más rico. En definitiva, la rivalidad ha pasado de ser positiva a negativa.

Nos encontramos de esta manera con lo que nuestro académico considera *uno de los problemas más graves de Europa, si no es el mayor*. La historia, además, avala esa percepción pues, según Julián Marías, las más grandes tragedias europeas, esto es, las dos guerras mundiales y en especial la segunda que añadió los *ingredientes* del racismo y el totalitarismo, *se han debido primordialmente a los nacionalismos*. A unos nacionalismos que han puesto el énfasis en otro nivel insertivo, pero con una misma carga exclusivista y demoledora, con resultados, lamentablemente, bien conocidos, y que han conformado lo que Marías denomina *una de las concepciones más funestas de la historia*.

De alguna manera, y en el asunto de los nacionalismos, el filósofo español trata de esclarecer la verdad, precisamente cuando esos nacionalismos pretenden modelarla a su antojo e incluso, si fuera necesario, tergiversarla. Por ello, sin mostrar en ningún momento el más mínimo atisbo de comprensión, o de intento de justificación, hacia el horror causado por los nacionalismos de las naciones —como se puede comprobar en las expresiones del párrafo anterior—, nos alerta del daño que puede causar el nacionalismo de las regiones. Se trata de un efecto demoledor, pues ese nacionalismo encierra una doble falsedad: la del nacionalismo, y la de los nacionalismos de lo que no son naciones, que se asientan en niveles insertivos que no alcanzan la realidad nacional. Sin embargo, y a pesar de esa doble falsedad, se ha tenido con ellos un tratamiento diferente, menos crítico, y con una diferente comprensión:

Se dice la mitad de la verdad. Se dice que los nacionalismos de algunas naciones han tenido consecuencias funestas, atroces; pero los nacionalismos de lo que no son naciones —más falsos todavía— se dedican a segregar falsificaciones incontables.

La importancia de las regiones en Europa es sin duda un factor a considerar, *son realidades con personalidad de sumo interés*. El olvido o la renuncia a incorporar esas realidades a la empresa europea es sencillamente un *gravísimo error*, pero ello no debe llevarnos a una equivocación mucho mayor: tratar de imponer esa *afirmación* sobre la propia estructura

de las naciones, mucho más importante y con una *realidad* muy superior. Sin embargo, nada puede extrañar de la ambición de ese fenómeno, considerando que, como dice Marías, su consecuencia más visible y peligrosa es su *ridícula megalomanía*. Las regiones son realidades que tienen su propio sitio, pero pierden la *dignidad* que les corresponde *cuando intentan usurpar otro que no les pertenece*.

De esta manera, podemos estar asistiendo a una auténtica paradoja, pues mientras, por otro lado, tratamos de construir una Europa que al establecerse sobre amplias *unidades económicas y administrativas* y sin atender a la consideración de las diferencias y singularidades de aspectos humanos concretos, puede ser excesivamente abstracta; nos olvidamos de que, por otro lado, estamos asistiendo a una *fragmentación de Europa y de sus partes reales, que tiende a la atomización*.

No resulta nada fácil imaginar una Europa en donde las regiones con personalidad propia e independencia, y con olvido de su inserción en el ámbito nacional, se relacionaran entre sí. Esas sociedades, muchas veces se ignoran o simplemente se desconocen. ¿Qué relación podríamos establecer en estas condiciones? Por ello, en opinión de nuestro autor, cuando para referirnos a Europa empleamos el término la “Europa de las regiones”, estamos cometiendo una *notable frivolidad*, ya que esas sociedades no tienen sentido, salvo en cuanto se insertan en el ámbito superior nacional. Como dice el académico español:

Las regiones “solas” se convierten en unidades abstractas, sin realidad suficiente y sin órganos de articulación, expresión, comunicación, cooperación. Tal idea, lejos de favorecerlas, las amenaza en su propia realidad, que se debería cultivar, potenciar, desarrollar, dentro de sus ámbitos reales y efectivos.

¿Cuál es la situación actual? Ciertamente no demasiado optimista. En los últimos años, Julián Marías se lamenta que vuelva a faltar la integración. Estamos asistiendo a la aparición del mismo fenómeno que tantas posibilidades malogró en las primeras décadas de este siglo: la violenta aparición de aquellos nacionalismos que nunca han alcanzado la condición de nación y que tienen su máximo exponente en la actual situación yugoslava.

A MODO DE CONCLUSIÓN: LA ESPERANZA

Si hay algo que caracteriza el pensamiento de Julián Marías es la esperanza. El filósofo español no se cansa de alertarnos sobre los distintos males que se ciernen sobre Europa. Concretamente, en 1990, nos decía que llevaba cuarenta años *pensando en Europa y escribiendo sobre su estructura y sus problemas*. Pero no es menos cierto que resulta difícil hallar el desaliento o la desesperación en su obra, y siempre hay una orientación, un consejo, unas palabras de ánimo que pueden ayudar a enderezar la situación y marcar esa *trayectoria* fructífera. La existencia de esos peligros para el proyecto europeo no supone que nuestro autor considere que la situación sea irreversible, ni que Europa y Occidente se encuentren en decadencia. De hecho, en alguna ocasión ha manifestado que *nunca ha perdido la confianza en Europa*.

Así, en su artículo "Un país interesante", escrito a comienzos de 1999, Marías indicaba que la situación de Europa al finalizar este siglo XX, es similar a la que fue la de España en el período comprendido entre el establecimiento de los Borbones y la invasión napoleónica de 1808: una disposición favorable en que se *hacen las cosas bien*, se ponen en orden y se comienza a *superar muchas deficiencias, a conseguir estabilidad, orden, prosperidad, eficacia*. De esta manera, *Europa ha reforzado su conciencia de unidad, su necesidad de concordia y convergencia, de colaboración bajo el signo de la eficacia*.

En relación con el proyecto europeo, y en un momento en que nuestro autor define como de *angustiosa escasez de proyectos*, lo que resulta esencial es su existencia. De nada sirve disponer de unos datos y valores estadísticos, si no tienen una utilidad posterior; resulta necesario poner esos recursos al servicio de algo y ese algo no es otra cosa que el *proyecto europeo*. Es esencial tratar de hacer la luz sobre la visión que de éste tiene el académico español.

Partiendo del análisis de la actual situación de Europa, es necesario pensar, imaginar y descubrir, lo que resulta, en definitiva, *inventar un nuevo programa de vida colectiva de acuerdo con las circunstancias*. Lo que no puede hacerse en modo alguno, es sentarse a esperar a ver *si tropiezan los EEUU*. Es urgente establecer un proyecto que, como en repetidas ocasiones se ha indicado en este trabajo, cuente con el otro lóbulo y con la porción oriental europea. Como afirma Marías, la disposición debe ser precisamente:

Hacer una Europa íntegra, toda ella unida, no sólo la mitad, con la riqueza y variedad que contiene, en que consiste; abierta a su horizonte propio e inevitable, América, en la unidad superior de Occidente. No creo que sea imposible esa incitante construcción histórica; ni siquiera demasiado difícil. Pero reclama el cumplimiento de una condición inexcusable: pensarla, y el pensamiento incluye, como uno de sus elementos esenciales, la imaginación. Lo malo es que ambas cosas suscitan en el hombre actual una extraña pereza. Quizá porque se ha olvidado que esa doble operación — pensar, imaginar — es deliciosa.

El autor nos recuerda que el sentido de la palabra proyecto induce a pensar en características dinámicas y en poner el punto de mira en el futuro. El pasado es esencial porque representa la posición de partida, *aquello de donde se viene*, y que nos proyecta hacia el porvenir. Pero es necesario, además, actuar con *anticipación*, lo que resulta de gran importancia, especialmente, cuando la cercanía del nuevo siglo puede favorecer esa visión "prospectiva" tan conveniente para definir la trayectoria a seguir. *Anticipación* que, como indica Julián Marías, no puede quedar reducida a aspectos de detalles. El euro, la normativa de la Unión, o los fondos de cohesión, con ser importantes, no aportan esa capacidad *proyektiva*. Lo realmente relevante es el papel que pueden jugar las distintas naciones en el conjunto europeo.

Pero no es esa visión de futuro la única virtud que valora el académico en la definición del proyecto europeo, sino que es necesario contar con algunas otras:

Europa es una y múltiple, extravertida, nunca encerrada, transeuropea y futurista. Un continente viejo, pero no vuelto al pasado, como los mal enterados dicen. Sólo se vuelve a él, sólo lo necesita para poder de verdad inventar el futuro. Europa no tiene tanta fuerza como Norteamérica o Rusia, ni tanta riqueza como aquélla, ni más inteligencia, ni tan alta moral. Sólo tiene más historia y más imaginación. Únicamente falta que las ponga en juego para inventar su auténtico proyecto y hacer de él la punta de flecha de Occidente.

Si analizamos con detenimiento la cita anterior, comprobaremos que Europa no es sólo una opción dinámica hacia el futuro; el escritor español nos ayuda a descubrir otras características esenciales del *argumento* que debe guiar la actuación europea: unidad, variedad, comunicación y una clara vocación exterior; pero sobre todo, historia e imaginación.

Comenzando con esas dos últimas características —las más importantes—, y deteniendo, inicialmente, nuestra atención en la historia, podríamos indicar que la receta a esa visión prospectiva es necesario buscarla en nuestro pasado; y es que *la historia conduce al presente*, de manera que el *largo camino* histórico recorrido nos lleva hasta el momento actual y, precisamente, ese recorrido *nos enfrenta con el futuro*. Por lo que, según nuestro académico, *la visión histórica remite inexorablemente al porvenir*. Europa debe descubrir sus raíces para desde ellas poder determinar el *amplio abanico de sus trayectorias posibles*. Si tomamos en consideración nuestro entorno más inmediato, es decir España, y aplicamos esa visión histórica, deberíamos descubrir nuestra realidad en su conjunto. Así lo afirma Julián Marías:

Por esta vía, los españoles empiezan a redescubrir cuál es la realidad de España, aquella en la que viven y de la que están hechos, sin quedarse en fragmentos que, aislados, son ininteligibles y se convierten en provincianas caricaturas de sí mismos. Al mismo tiempo ven la insuficiencia de esa evidente realidad nacional, su "parentesco" con el resto de Europa, la convivencia originaria con las otras naciones miembros de ella, de las que España es inseparable, ya que se han nutrido unas de otras —y, desde hace medio milenio, de América, que sin Europa tampoco es comprensible ni viable—.

La siguiente característica, ya mencionada en la primera cita de este capítulo, y que cobra una especial relevancia en el pensamiento del autor, es la necesidad de la *imaginación*. Marías resaltarán, en varios pasajes de su obra, la importancia de la imaginación en ese proyecto europeo como recurso esencial de creatividad. Imaginación que debe surgir de dentro de cada una de las naciones europeas. Así, y también con referencia a lo español, nuestro filósofo señalaba:

Cumplida la tarea urgente de la eficacia, hay que dejar paso a la imaginación, que es siempre creadora. Con ello se prestaría además un inestimable servicio a Europa, que está aquejada, toda ella, no lo olvidemos, de esa misma "modestia histórica" que es un riesgo español. Tal vez la atroz experiencia del "nacionalismo" ha llevado a no esperar de la fraterna creatividad de las naciones.

Vemos en el párrafo anterior el papel creativo que Julián Marías asigna a las naciones del viejo continente como las sociedades constitutivas de una Europa de la que reciben su propia definición; papel, que según nuestro autor, resulta *insustituible*. Es preciso que esas naciones vuelvan a la rivalidad surgida de la admiración, lo que propiciaba una

ejemplaridad positiva y creadora. Urge así la necesidad de restablecer la búsqueda por ser mejor; la rehabilitación y elaboración de *las conexiones parciales* y las *“incorporaciones” a distintos niveles*, que a lo largo de la historia se han producido entre los diferentes pueblos europeos. Europa ha sido, y tiene que ser, la convergencia de los pueblos germánicos, latinos o eslavos.

En 1962, y para llevar esas tareas a buen puerto, Marías indicaba la necesidad de restituir, en la relación entre naciones, la *admiración y ejemplaridad* que posibilitaron la realización de las múltiples empresas que engrandecieron Europa. Ideas que establecía con un período de vigencia cuyo final situaba en el ocaso del siglo XX. En el inicio del nuevo milenio, esos conceptos permanecen vigentes. Así, en el artículo “La renuncia a ser mejor” escrito en 1994, y haciendo la situación extensible al resto del mundo, el filósofo español indicaba:

Urge despertar en el mundo —por lo pronto en Europa, y dentro de cada una de las naciones— esa ambición deseable, ese apetito de perfección, ese afán de ser, no ya “mejor que los demás”, sino lo mejor posible. Esta podría ser la fórmula. Superando todo exclusivismo, toda actitud de refugiarse en una “tribu” aislada y hosca, llena de rencor y de conciencia de inferioridad real —el gran motor de los nacionalismos—, en presencia de todos los demás, sin confundirse con ellos, habría que aspirar a crear algo nuevo y mejor, sobre todo una manera original de lo humano, capaz de ser compartida. Algo que signifique un incremento de la inteligencia, de la dignidad, de la esperanza, del amor. Lo contrario de las pasiones oscuras que se derraman por el mapa del mundo.

Dentro de ese proyecto europeo, la empresa de la unidad es el factor esencial, y en ello nos encontramos *empeñados* los europeos. Sin embargo, las diferentes naciones que se encuentran comprometidas en esa empresa integradora se resisten a perder su propia realidad y diversidad enriquecedora, donde se alberga el auténtico tesoro europeo.

Para conseguir una motivación diferente, es absolutamente necesario contar con el papel específico y diferenciado que las distintas naciones *pueden desempeñar en la construcción del conjunto*, evitando toda tendencia uniformadora. Esa aportación debe ser, siguiendo el conocido símil empleado por Marías, semejante a una orquesta donde las naciones son los diferentes instrumentos musicales, la partitura sería el *argumento*, el proyecto que evitaría a las naciones el *ser un pelotón que evoluciona al son de una trompeta*. Además, en esa orquesta no sobran instrumentos,

porque todos cumplen su cometido por pequeño y limitado que sea. Seguramente en esas condiciones a las naciones europeas el proyecto les *parecería justificado* y deseable. Así, en palabras de nuestro escritor, lo más anhelado desde el punto de vista de la construcción europea es:

En lugar de intentar anular o desdibujar las naciones, habría que procurar que efectivamente “conviviesen”; que estuvieran juntas; que lejos de perder sus cualidades propias, su sabor, sus proyectos, los compartiesen; es decir, que cada nación tomase posesión de las demás y se nutriera de ellas. Que se fuesen imaginando proyectos imposibles de realizar por las naciones aisladas, pero que serían hacederos para una Europa íntegra;...

Entre esas características, todavía una más: el acento del carácter “transeuropeo” que debe diferenciar el proyecto, pues no podemos olvidar que *Europa en su conjunto* tiene una clara vocación exterior. Los europeos deben comprender que no están solos en el mundo. Tradicionalmente, ha sido un continente generoso y preparado para *interesarse por el otro*; por ello, como dice nuestro autor, *si quiere ser fiel a sí misma y a su vocación histórica deberá enfrentarse con el conjunto del mundo*.

Como habíamos citado con anterioridad, la tendencia a edificar la construcción europea sobre los aspectos administrativos y burocráticos, eliminando lo que de imaginativo, original y espontáneo pueden aportar las naciones, conduce a lo que Marías llama, el *prosaísmo*. Ese mal se extiende no sólo a la construcción europea, sino a toda una forma de vida. Además, hay que recordar que según nuestro académico, el *prosaísmo mata el deseo y cierra el futuro*. El *antídoto* contra la vulgaridad y falta de originalidad resulta casi evidente, y nada más adecuado que el *lirismo* y la imaginación para combatirlo. El filósofo español define ese remedio en los siguientes términos:

Es de la mayor urgencia volver los ojos a ese “lirismo”, artículo de primera necesidad, antídoto del “prosaísmo” invasor y contagioso, al que habría que poner en cuarentena. El prosaísmo no se supera más que mediante la imaginación. Hay que tomar posesión de lo que se tiene —de lo que se ha acumulado durante siglos de grandeza, de error, de dolor, de esfuerzo, hasta llegar a lo que se es—, para lograr el entusiasmo, la ilusión, la apertura a un futuro que se entrevé como algo atractivo, en lo que se desea entrar.

Sin duda, este último párrafo muestra de forma clara el camino a seguir para encontrar el verdadero *argumento* y escoger la *trayectoria* adecuada.

Cuando se analizaron los problemas y peligros que afectaban a Europa, habíamos indicado que algunos se referían al proyecto europeo; en tanto que otros, aunque podían también incidir en Europa, tenían carácter de generalidad. Entre éstos había que destacar, con otros, la mentira, que nuestro autor ataca y crítica como uno de los grandes males universales, aunque su incidencia afecta también de manera directa a la *organización de Europa*. Marías considera que es de *la mayor urgencia, afirmar y reivindicar la verdad* ante una mentira que actúa manipulando y deformando la historia.

La pregunta que se hace el filósofo español es si todavía estaremos a tiempo de enmendar la situación, *¿se puede evitar la regresión, el primitivismo que nos amenaza?* Sin duda, la propia libertad del hombre y su carácter innovador pueden solventar el problema. Pero es necesario que se den dos condiciones: que seamos capaces de detectar dónde se encuentra y que *volvamos a tomar posesión* de lo que era nuestro y habíamos abandonado.

Por último, ante ese grave mal para el proyecto europeo, al que habíamos dedicado un apartado específico: el nacionalismo, es necesario, en palabras de Julián Marías, *combatirlo*. Una de las recetas que reitera para ese combate, se resume en la frase siguiente: *no se puede contentar a los que no se quieren contentar*. Con ello el escritor pone de manifiesto que la voracidad del nacionalismo no tiene límites y por ello hay que adoptar una postura firme:

Se puede y se debe ceder en los intereses particulares, en las conveniencias propias, en las preferencias discutibles; no en lo que afecta a la realidad de un país, a su porvenir, a su destino histórico, a la posibilidad de convivencia en concordia.

Invocando ese nacionalismo, muchos europeos se olvidan de su condición como tales e incluso se desentienden de su condición de nacionales de una nación europea.

Para terminar este capítulo dedicado a la esperanza, nada mejor que situar la mirada en el horizonte del próximo siglo y tratar de establecer ese programa, esa empresa, para un milenio en el que España y Europa animadas en un proyecto histórico puedan seguir siendo inteligibles:

Habría que mirar hacia el siglo XXI como "porvenir"; y digo esto, y no "futuro", porque el futuro será, y no es seguro que sea. Es lo que está por venir, incierto, dudoso, que en gran parte depende de nosotros, de nuestra libertad irrenunciable. Es menester revisar las estimacio-

nes y obrar en consecuencia. Reconocer la pluralidad del mundo y sus verdaderas articulaciones, sin ejercer violencia sobre la realidad: regiones, naciones, Europa; y con América, la gran realidad de Occidente, a la que pertenecemos. Y los otros mundos, con la distancia y la solidaridad que merecen y reclaman. Hay que restablecer la pretensión de que cada país sea "el mejor", presente un modelo humano que pueda ser admirable, en una rivalidad que debe ser fraterna y es el motor de la perfección -pretensión que parece estar "vacante".

CAPÍTULO TERCERO

SAMUEL P. HUNTINGTON. LA VISIÓN PARCIAL DE LA CONSTRUCCIÓN EUROPEA

SAMUEL P. HUNTINGTON. LA VISIÓN PARCIAL DE LA CONSTRUCCIÓN EUROPEA

Por VICENTE HUESO GARCÍA

Samuel P. HUNTINGTON nació en Estados Unidos en 1927. En la actualidad es profesor titular de la cátedra Eaton de Ciencias Políticas de la Universidad de Harvard y dirige el Instituto de Estudios Estratégicos John M. Olin. Ha sido fundador de la revista *Foreign Policy* y presidente de la *American Political Science Association*. En 1977 entró a formar parte del Consejo de Seguridad Nacional de la Casa Blanca hasta 1978. Miembro de la *Presidential Task Force on International Development* (1969-1970), de la *Commission on the United States-Latin American Relations* (1974-1976) y de la *Commission on Integrated Long-Term Strategy* (1986-1988), así como presidente del *Defense and Arms Control Study Group of the Democratic Advisory Council* (1974-1976).

Entre sus obras más importantes destacan: *The soldier and the State*, 1957 (trad. esp., *El soldado y el Estado*, 1975); *Political Power USA/URSS*, 1967; *Political Order in Changing Societies*, 1968 (trad. Esp., *El orden político en las sociedades en cambio*, 1972); *The third wave. Democratization in the late twentieth century*, 1991 (trad. esp., *La tercera ola*, 1994); *The clash of civilizations and remarking of world order*, 1997 (trad. esp., *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, 1997). Otras obras: *No easy choice: political participation in developing countries*, 1976; *American politics: the promise of disharmony*, 1981; *The Common Defense. Strategic programs in national politics*, 1961.

INTRODUCCIÓN

En un artículo publicado por la revista de Política Exterior, con el título "*Antieuropeísmo en EEUU*" (1), analizaban los autores la actitud que existe actualmente al otro lado del Atlántico sobre el proceso de integración europea. Frente a una incredulidad inicial sobre si Europa, tradicional lugar de confrontación entre los diferentes Estados que la componen, pudiera avanzar hacia una comunidad de intereses bajo unas instituciones comunes, se está dando paso a un temor creciente a que este proceso pueda llegar a ser el nacimiento de un auténtico rival mundial, especialmente en lo económico. En general, siempre se ha apreciado, y todavía persiste en los estadounidenses, como señalaban los articulistas, un euroescepticismo en parte debido a una falta de información precisa sobre lo que es Europa. Este escepticismo también se puede hacer extensivo a una parte de los analistas y pensadores de la América anglosajona.

Samuel P. Huntington es uno de los autores que más atención ha dedicado a la estabilidad política tanto en el ámbito de los Estados como de la sociedad internacional. El hilo conductor de su pensamiento, contenido en su bibliografía es el "orden" sobre el que se cimientan las relaciones internacionales y estatales y, consecuentemente, el análisis de cuáles son los factores que en cada momento influyen en la estabilidad y presiden el proceso de cambio de las estructuras que rigen las sociedades.

Este profesor de Universidad alcanzó su mayor popularidad a nivel internacional por un artículo aparecido en julio de 1993, en la revista "Foreign Affairs", con el título "*The clash of civilizations*" (El choque de las civilizaciones), en el que proféticamente sostenía que las civilizaciones condicionarían las relaciones del mundo de la posguerra fría. Ante las expectativas allí suscitadas el autor publicó más tarde el libro "*The clash of civilizations and remarking of world order*" (1997) (El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial). Es necesario remarcar que Huntington ya estaba acreditado como intelectual por una serie de investigaciones sociales previas a esta obra, que han sido, y todavía son, punto de referencia para docentes y estudiosos.

En 1957 irrumpe Huntington en el campo de la investigación con el trabajo "*The soldier and the State*", que presentaba la teoría sobre cuál es

(1) WALLACE, WILLIAM Y ZIELONKA, JAN: «*Antieuropeísmo en EEUU*», revista de Política Exterior, 67, Enero/Febrero, 1999, 69-83.

el orden que debe presidir las relaciones cívico-militares como un aspecto más de la política de seguridad nacional. Por la minuciosidad y amplitud de los conceptos allí vertidos, esa obra constituye un clásico del estudio de la profesión militar, pues estudia la evolución de lo militar hasta alcanzar el pleno profesionalismo, las características distintivas de la profesión militar, las actitudes y valores del cuerpo de oficiales y, finalmente, cómo deben ser las relaciones militares con los diferentes poderes del Estado y grupos de presión para no perder las características que distinguen a una profesión de una ocupación y para mantener su eficacia.

En *“El orden político en las sociedades en cambio”* (1968), la preocupación primordial del autor se sintetiza en su idea central: la causa de la violencia e inestabilidad política que experimentan las sociedades en desarrollo es, en gran medida, el resultado del rápido cambio y de la veloz movilización política de nuevos grupos en un contexto de lento desarrollo de las instituciones políticas. A partir de esta proposición teórica, Huntington traza el elemento básico de su pensamiento político, la construcción de un orden, analizando las múltiples facetas que influyen en la construcción de ese orden en las sociedades en cambio.

Un cuarto de siglo después de la primera edición del libro anterior, vuelve a estudiar las consecuencias que para la estabilidad política mundial supone la transformación de regímenes autoritarios a otros democráticos, entre 1974 y 1990, de más de treinta países, especialmente los de la Europa Central y del Este. En la *“Tercera ola”* (1991), Samuel P. Huntington analiza las causas y la naturaleza de estas transiciones democráticas, evalúa las posibilidades de estabilidad de estos regímenes y explora las perspectivas de otros países con respecto al mismo tema. También estudia el papel que determinados agentes e instituciones pueden jugar en este proceso de democratización para evitar un camino de ida y vuelta. En este sentido, señala el rol de la Comunidad Económica Europea como elemento exportador de estabilidad y bosqueja un tema que ahora se encuentra de plena actualidad en la Unión Europea: las consecuencias que puede tener para la estabilidad de esas nuevas democracias europeas su integración en esa organización.

Finalmente, en el libro *“El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial”*, vuelve a aflorar la preocupación del autor por el orden y la estabilidad en un mundo en el que ha desaparecido el orden fundamentado en las ideologías y otros criterios emergentes están dando origen a una nueva realineación de los Estados que forman la sociedad internacional. Ese nuevo orden, es para Huntington, el orden *“civilitatorio”*.

Es realmente en esta obra donde se descubre o vislumbra que Samuel Huntington tiene algún proyecto para Europa como entidad propia, una vez que ya la Unión Europea avanza hacia una mayor integración que la que poseía en la época de su primera obra, 1957. El autor sigue la tendencia general de la mayoría de los estadounidenses y de sus pensadores, según queda patente en el artículo de Wallace y Zielonka, ya citado, al ignorar o minimizar el papel que juega o pudiera jugar en el futuro la Unión Europea en la sociedad internacional, como organización económica en un principio o como unidad política en el futuro, tanto en el ámbito regional como mundial. Aunque reconoce que, sobre todo en Europa, ciertas instituciones, sin hacer mención expresa a la UE, han asumido importantes funciones anteriormente desempeñadas por los Estados, sigue pensando que éstos son los actores principales en los asuntos mundiales. Dentro del nuevo orden que vaticina, basado en las civilizaciones, cada una de éstas suele tener Estados centrales que son los líderes de dicha civilización, normalmente los más poderosos y culturalmente más fundamentales. En el caso de Occidente ese papel se lo asigna a Estados Unidos y, en Europa, al núcleo franco-alemán, con Gran Bretaña como centro adicional de poder. No contempla que la Unión Europea ahora o en el futuro puede ser una unidad política que desempeñe ese liderazgo ni en la propia Europa.

Aunque Samuel P. Huntington no tiene un proyecto claro para el viejo continente, sí es cierto que algunas de las tesis fundamentadas que presenta a lo largo de sus diferentes trabajos afectan directamente al propio continente y, dentro de él, a la Unión Europea.

Por la trascendencia, la singularidad y el impacto de los argumentos esgrimidos por Huntington en los últimos tiempos, puede afirmarse que se trata de un pensador lo suficientemente interesante como para desglosar sus ideas relacionadas con el objeto del presente trabajo, y que son a su vez claves para el futuro de una estrategia para la Unión Europea.

EL NUEVO ORDEN MUNDIAL BASADO EN LAS CIVILIZACIONES

Las relaciones entre los Estados-nación han sido condicionadas, según el momento histórico, por motivos ideológicos, culturales, estratégicos, etc. Debido a la afinidad predominante en alguno de estos aspectos, se han ido agrupando los Estados y han permitido, bajo el amparo de esos principios o valores que compartían, unos lazos más estrechos en los distintos campos de la política, de la economía, de la seguridad y de

la defensa, etc. También esos principios compartidos se han utilizado como elemento distintivo en las relaciones frente a terceros Estados que no tenían la misma visión o percepción. El alineamiento sucesivo de los Estados según la afinidad o disimilitud entre ellos, atendiendo a las características imperantes, ha dado lugar a la sucesión de los distintos órdenes mundiales.

La ideología fue el principal condicionante que presidió las relaciones entre los Estados después de la de la 2ª Guerra Mundial. Las dos ideologías hegemónicas, la liberal y la comunista, tenían una percepción del mundo diametralmente opuesta. En lo político, dictadura del proletariado frente a democracia representativa; en lo económico, planificación y estatalidad de los medios de producción frente a mercado de libre competencia; en lo social, supremacía del Estado frente a la supremacía del individuo. Por tanto, el conflicto era latente en cualquier campo hacia el que se miraba. Esta situación dividió al mundo en tres partes. Un grupo de sociedades, en su mayor parte opulentas y democráticas, encabezadas por Estados Unidos. El otro grupo, el bloque comunista, compuesto por sociedades más pobres asociadas a la Unión Soviética. El último grupo, el Tercer Mundo, formado por lo general por países pobres, carentes de estabilidad política, recientemente independizados y que se declaraban no alineados.

La religión, la identidad cultural o las tradiciones históricas quedaron supeditadas a la ideología. En algunos casos los Estados adoptaron sistemas políticos y lealtades muy distantes de lo que era su tradición. Polonia, Hungría o la República Checa, por citar los últimos que han ingresado en la OTAN, culturalmente pertenecientes a Occidente, estuvieron al otro lado del telón de acero durante la guerra fría. Austria, Suecia y Finlandia se declararon neutrales como medio para asegurar sus propias supervivencias. Turquía, por el contrario, se alineó con Occidente a través de su vinculación a la OTAN. También otros Estados, como Alemania y Corea se vieron divididos, formando parte, cada una de las nuevas divisiones políticas, de bloques ideológicos opuestos.

A finales de los años ochenta, el mundo comunista se desplomó y el sistema internacional de la guerra fría pasó a ser historia. En el mundo de la posguerra fría, principal tesis de Samuel Huntington en su obra "El choque de las Civilizaciones", las distinciones más importantes entre los pueblos no son ideológicas, políticas ni siquiera económicas, sino culturales. El fin de las ideologías ha hecho aflorar una crisis de identidad a escala planetaria. Las gentes y los líderes se preguntan "¿Quiénes

somos?”, “¿Adónde pertenecemos?” y “¿Quién no es de los nuestros?”. Como consecuencia de estas inquietudes, señala el autor que:

Los alineamientos definidos por la ideología y las relaciones con las superpotencias están dando paso a alineamientos definidos por la cultura y la civilización. Las fronteras políticas se rehacen cada vez más para que coincidan con las culturales, étnicas, religiosas y civilizatorias. Las colectividades culturales están reemplazando los bloques de la guerra fría y las líneas divisorias entre civilizaciones se están convirtiendo en las líneas centrales de conflicto en la política global.

Así, los países católicos y protestantes del antiguo Pacto de Varsovia avanzan hacia su ingreso en la Unión Europea y en la OTAN —Polonia, Hungría y la República Checa ya son miembros de la segunda—. En los Balcanes se está produciendo otra reconfiguración según la identidad, especialmente religiosa, de las antiguas repúblicas que integraban Yugoslavia. Igualmente ocurre con Turquía. Su alianza por motivos estratégicos durante la guerra fría con el mundo Occidental plantea problemas de congruencia en este país, una vez finalizada la misma, al tener una cultura distinta a la del reto de los miembros de la Alianza.

En definitiva, como señala Huntington, nos encontramos, y en el futuro todavía será más evidente, ante un nuevo orden basado en la identidad cultural, cuya entidad más amplia es la civilización. Las civilizaciones serán causa, y de hecho ya lo son, de cohesión, de cooperación, de desintegración y de conflicto en el mundo del siglo que viene. A pesar de que las civilizaciones no son realidades políticas, pues en cuanto tales no mantienen el orden, ni imparten justicia, ni sostienen guerras, ni tampoco hacen ninguna de las demás cosas que hacen los organismos estatales, sí puede afirmarse que condicionan a todas ellas.

Las civilizaciones, que son el centro de esa nueva dialéctica en la sociedad internacional, se reducen a ocho: china, japonesa, hindú, islámica, ortodoxa, occidental y latinoamericana.

LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL Y EUROPA

Para Huntington las civilizaciones se caracterizan por no ser permanentes en el tiempo, sino evolutivas. Crecen y se derrumban; se funden y dividen. Este es el caso de lo que denominamos “civilización occidental”. Históricamente, la civilización occidental era civilización europea. En la

época moderna, la civilización occidental es civilización euroamericana o noratlántica. El término occidental incluye Europa y Norteamérica, más otros países procedentes de la colonización europea como Australia y Nueva Zelanda.

La civilización occidental es la única civilización designada con un referente geográfico, y no con el nombre de un pueblo, religión o región particulares. Las señas principales de identidad de esta civilización, en opinión del autor, son:

- Heredera del legado clásico. Occidente ha sido el principal receptor del legado clásico, en especial la filosofía y el racionalismo de los griegos, el derecho romano, el latín y el cristianismo.
- El catolicismo primero y después el catolicismo y el protestantismo, han sido históricamente las características más importantes de la civilización occidental.
- La ausencia de una lengua común a la toda la civilización, si bien en el siglo XX el inglés es la lengua dominante, como anteriormente lo fue el francés y el latín..
- La separación de la autoridad espiritual y temporal. La separación y los reiterados choques entre Iglesia y Estado, típicos de la civilización occidental, no han existido en ninguna otra civilización. Esta división de la autoridad contribuyó enormemente al desarrollo de la libertad en Occidente.
- El imperio de la ley procedente de los romanos ha sido la base del constitucionalismo y de la protección de los derechos humanos. En la mayoría de las demás civilizaciones, la ley fue un factor mucho menos importante en la configuración del pensamiento y de la conducta.
- El pluralismo social y la existencia de cuerpos representativos. El pluralismo social en la civilización occidental ha tenido como consecuencia la aparición de instituciones que representan los intereses de los miembros de la sociedad, tanto a nivel estatal como local. Ninguna otra civilización contemporánea posee una tradición comparable.
- El individualismo. Si de todas estas características mencionadas hay que destacar algún signo distintivo de occidente éste es el individualismo, es decir, la confianza en el individuo como fundamento y motor de esta civilización.

Aunque la cuna de la civilización occidental ha sido Europa, durante la guerra fría el continente, afirma Huntington, no existía como un todo. Por

eso el autor se pregunta “¿Qué es Europa?” y sobre todo ¿Cuál es la Europa que pertenece a la cultura occidental? La respuesta más convincente y generalizada a estas preguntas la proporciona la gran línea histórica que durante siglos ha separado a los pueblos cristianos occidentales de los pueblos musulmanes y ortodoxos. Empezando en el norte, corre a lo largo de lo que ahora son las fronteras entre Finlandia y Rusia y los Estados Bálticos (Estonia, Letonia y Lituania) y Rusia, atraviesa Bielorrusa Occidental, cruza Ucrania separando el oeste del este ortodoxo, pasa por Rumanía entre Transilvania, con su población húngara católica, y el resto del país, y a través de la antigua Yugoslavia siguiendo la frontera que separa Eslovenia y Croacia de las demás repúblicas. En los Balcanes, por supuesto, esta línea coincide con la división histórica entre los imperios austrohúngaro y otomano. Es la frontera cultural de Europa y en el mundo de posguerra fría es también la frontera política y económica de Europa y Occidente.

Huntington, al referirse a la Europa de cultura occidental, señala como principal elemento diferenciador respecto a otras zonas, la religión, pues, para él, Europa termina donde termina el cristianismo occidental y comienza el islam y la ortodoxia. Esa Europa no coincide con la división estatal, ya que la línea que marca el autor divide el territorio de Estados como Bielorrusia, Ucrania o Rumanía. La situación de esos Estados, a caballo de dos culturas diferentes, puede ser causa de conflicto en el futuro.

EL PAPEL DE LA UNIÓN EUROPEA EN LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL

Después de la 2ª Guerra Mundial, durante la guerra fría, proliferaron las organizaciones de carácter regional: OTAN, ASEAN, CEE, OSCE, MERCOSUR. Unas han obtenido el éxito que pretendían, otras potencialmente son capaces de alcanzarlo, pero otro grupo de ellas han permanecido estancadas desde su fundación. Huntington considera que la creación de organizaciones con un determinado fundamento geográfico, normalmente regional, no es condición suficiente para asegurar la cooperación entre los Estados de esa área, pues se requiere algo más.

Las alianzas militares y las asociaciones económicas, y no digamos las que pretenden una integración supranacional en lo político, requieren ante todo la existencia de confianza entre sus miembros y esa confianza brota mucho más fácilmente entre aquellos que comparten valores y cultura. Por lo tanto, la eficacia global de las organizaciones regionales, según el autor, varía en proporción inversa a la diversidad de las civilizaciones a las que pertenecen sus miembros.

Donde existe una mayor facilidad para alcanzar acuerdos entre Estados de una determinada área geográfica es en la cooperación económica. Esta cooperación puede ir desde una zona de libre comercio hasta una unión económica, pasando por la unión aduanera y el mercado común. Aquellas organizaciones en las que los Estados miembros pertenecen a una única civilización es más factible que la integración económica sea llevada a buen término.

Este es el caso de la Unión Europea. Dicha organización es vista por el autor como la principal entidad de Occidente en Europa, pero sólo con capacidad comercial y económica. La Unión Europea ha conseguido desde su creación por el Tratado de Roma un mercado común y avanza, con paso firme y decidido, hacia la unión económica y monetaria. Entre sus logros se encuentra una mayor fluidez del comercio en el ámbito de la propia Comunidad Europea (éste ha pasado del 50,6% en 1980 al 58,9% en 1989), siendo hoy la primera potencia comercial del mundo. Los datos indican, y esto no lo subraya el autor, que la renta per cápita de los quince equivale a la de EEUU y el crecimiento económico desde 1966 a 1994 ha sido del 2,5% anual. El éxito alcanzado por la UE en este campo lo explica fundamentalmente en clave "civilitatoria", ya que todos sus miembros pertenecen a la misma cultura y eso facilita una visión compartida de objetivos a alcanzar y de medios a emplear.

Por el contrario, Huntington, para demostrar sus tesis, cita a la ASEAN, ejemplo de organización multicultural eficaz, aunque limitada en el alcance de sus objetivos por no ser homogénea en términos de identidad cultural. Esta organización no es una alianza militar, aunque sus miembros a veces cooperan en este terreno de forma bilateral. En el ámbito económico, se proyectó, desde el principio, para alcanzar una cooperación económica, más que una integración, y, todavía, no ha alcanzado una zona de libre comercio entre los Estados que la integran a finales del siglo XX.

El éxito en la consecución de los objetivos de las organizaciones regionales, cuyos miembros son de una misma civilización, no es exclusivo del campo económico. La OTAN, para el autor, es otro ejemplo de éxito en el campo de la seguridad y la defensa, pues, se trata de una organización central de seguridad de unos países occidentales con valores y principios filosóficos comunes, a excepción de Turquía. Al igual que la Unión Europea Occidental, es el producto de una cultura europea común. La Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa, en cambio, que incluye a países de al menos tres civilizaciones, con valores e

intereses completamente diferentes, se enfrenta a obstáculos importantes a la hora de desarrollar una identidad institucional significativa y una gama amplia de actividades importantes. Aquí Huntington se alinea con la posición oficial de la política exterior estadounidense, que defiende a la OSCE como una organización panaeuropea que contribuye a la seguridad del viejo continente, pero considera que su campo de acción es limitado y, por tanto, es contrario a que se refuercen los instrumentos de actuación, y mucho menos a que se convierta en la principal organización de seguridad europea.

Samuel Huntington, a pesar de reconocer a la Unión Europea importantes logros en la integración económica, niega, por omisión, la posibilidad de un desarrollo que pudiera terminar en una unidad política. De ello se deduce que el autor se apunta al bando de los que piensan en la Comunidad sólo como un gran mercado, lo que ha venido en llamarse “la Europa de los mercaderes”. La UE, por su desarrollo económico y por tratarse de la primera potencial comercial del mundo, tiene intereses en la mayor parte del globo, y eso le otorga una importante capacidad de influencia no exclusivamente económica, sino también política, pero sólo, según el autor, por su propia capacidad económica, no política.

EL LIDERAZGO DE OCCIDENTE: LA POSICIÓN DE LA UNIÓN EUROPEA

Aunque la tesis fundamental de Samuel Huntington se centra en que el choque de las civilizaciones dominará la política mundial, también es cierto, que esas entidades culturales no son políticas ni poseen unas organizaciones que las representan en su totalidad. Por lo tanto, no se pueden considerar actores internacionales, si bien es cierto que influyen en ellas. El autor, cuya preocupación fundamental a lo largo de todo su pensamiento es la búsqueda de elementos y principios vertebradores del orden mundial en cada momento de la historia, analiza cuáles son los fundamentos de esa estructura “civilitatoria”.

Los Estados siguen siendo los actores básicos de los asuntos mundiales, aunque actualmente se encuentran en una fase de crisis-transición. La entidad política más importante desde el siglo XVI está sometida a una pérdida paulatina de soberanía, de funciones y de poder, tanto a nivel superior como inferior. En algunos casos, en el plano superior, sobre todo en Europa, los Estados están cediendo soberanía a organizaciones supranacionales, asumiendo éstas importantes funciones que anterior-

mente eran exclusivas de los Estados. También se han creado poderosas burocracias internacionales cuya actividad afecta directamente a cada uno de los ciudadanos —sin embargo, aunque esto es cierto en el caso de la Unión Europea, el autor no la menciona de manera explícita—. Por debajo, los ciudadanos reclaman una administración más próxima que resuelva sus problemas y para ello se promueven entidades políticas subestatales, regionales, provinciales y locales que adquieren competencias que tradicionalmente han sido propias de los Estados.

Huntington, a pesar de todo, opina que esta situación, aunque real, no modificará el protagonismo de los Estados como actores internacionales. Los pertenecientes a una misma civilización se agruparán en torno aquel o aquellos con capacidad de liderar las respectivas civilizaciones y, por tanto, representarán a éstas en sus relaciones con las otras, negando el autor tal posibilidad a organizaciones de carácter supranacional que pudieran existir dentro de una civilización, como en el caso de la Unión Europea.

El hecho de que el mundo se estructure bajo el criterio de la división cultural, no es suficiente para asegurar un cierto orden en el mundo (el orden siempre presente en el pensamiento de este autor). Las propias civilizaciones, que son entidades no políticas, tienen que tener algún tipo de vertebración para aglutinar y representar sus características e intereses frente a otras. Este papel le corresponde, según la teoría del autor, a los Estados centrales. La realidad demuestra que cuando alguna civilización carece de un Estado líder, esa civilización es más propensa a la inestabilidad y al conflicto.

Las civilizaciones poseen normalmente uno o más lugares considerados por sus miembros como la principal fuente de su cultura. Dichas fuentes a menudo se sitúan dentro del Estado o Estados centrales de la civilización, que normalmente suelen ser los más poderosos y culturalmente más influyentes.

El número y papel de estos Estados centrales varía de una civilización a otra y pueden cambiar con el tiempo. Su papel de liderazgo es fundamental, según Huntington, porque:

Un Estado central puede realizar su función ordenadora gracias a que los demás Estados lo consideran su pariente cultural. Una civilización es una familia extensa y, como los miembros más viejos de una familia, los Estados centrales proporcionan a sus parientes tanto apoyo como disciplina. Si falta ese parentesco, la capacidad de un Estado más poderoso para resolver conflictos e imponer orden en su región es limitada.

Cuando las civilizaciones, según demuestra la realidad, carecen de uno o de varios Estados centrales es más difícil establecer un orden, tanto dentro de sus entidades como en las relaciones entre civilizaciones.

La civilización Occidental normalmente ha tenido dos núcleos focales. Uno, los Estados Unidos y, en la Unión Europea, Francia y Alemania. El autor se esfuerza por argumentar la convergencia de intereses entre los miembros de una parte y otra del Atlántico, especialmente en la actualidad, si bien reconoce que esto no fue así en el pasado:

Durante gran parte de la historia, los norteamericanos definieron su sociedad en oposición a Europa. Norteamérica era la tierra de la libertad, la igualdad, las oportunidades, el futuro; Europa representaba la opresión, el conflicto de clases, la jerarquía, el atraso. Se afirmaba, incluso, que Norteamérica era una civilización distinta. Esta afirmación de una oposición entre Norteamérica y Europa era, en buena medida, resultado del hecho de que, al menos hasta finales del siglo XIX, Norteamérica sólo tenía contactos limitados con civilizaciones no occidentales. Una vez que los Estados Unidos saltaron a la escena mundial, sin embargo, descubrieron el sentido de una identidad más amplia con Europa. Mientras que la Norteamérica del siglo XIX se definía como diferente de Europa y opuesta a ella, la Norteamérica del siglo XX se ha definido como parte, y hasta líder, de una entidad más extensa, Occidente, que incluye a Europa.

La Unión Europea, como aglutinador político del viejo continente, y Estados Unidos deberán en el futuro hacer todavía más coincidentes sus intereses, pues esos intereses deben ser las señas y objetivos de la civilización Occidental. Aunque previamente el autor hablaba de varios Estados centrales de la civilización occidental, posteriormente considera que la única unidad política capaz de capitanear ese proyecto es Estados Unidos, ya que:

La supervivencia de Occidente depende de que los estadounidenses reafirmen su identidad occidental y los occidentales acepten preservarle frente a los ataques procedentes de sociedades no occidentales.

En el caso que bien Estados Unidos se desoccidentalizara o bien Europa se desgajara del primero, ésta, según afirma el autor, se convertiría, como civilización, “*en una parte minúscula y decreciente de la población del mundo, en una península pequeña y sin trascendencia, situada en el extremo de la masa continental euroasiática*”.

Lejos de alcanzar la civilización occidental un universalismo, aunque sigue siendo la civilización más poderosa, ha iniciado una lenta pero progresiva declinación de su poder en el mundo, que se manifiesta en una pérdida de control territorial desde 1920 hasta ahora; en un decrecimiento de su población en contraste con otras civilizaciones; en la disminución de la cuota de producción económica; y también, en el potencial militar, aunque sólo en los aspectos cuantitativos. Huntington cree que esta decadencia por la que atraviesa Occidente se puede contrarrestar si Norteamérica y Europa renuevan su vida moral y desarrollan formas de integración en todos los campos sobre la base de su identidad cultural.

Al igual que la OTAN, principal institución occidental, surgió para fomentar la colaboración en materia de seguridad y defensa entre Norteamérica y Europa como respuesta a una amenaza latente después de la 2ª Guerra Mundial y finalizada la guerra fría ha seguido un renovado interés de los Estados miembros en mantener esta Alianza, se puede llegar a una "Comunidad Atlántica", o si se quiere una "Comunidad Occidental", con una integración económica y política que serviría para detener el ocaso de Occidente en lo relativo a población, producción económica y potencial militar, y además se restablecería el poder de Occidente a los ojos de los líderes de otras civilizaciones. Finaliza Huntington afirmando que:

Occidente sea una o no política y económicamente depende sobre todo de que los Estados Unidos se reafirmen en su identidad como nación occidental y definan su papel a escala mundial como líder de la civilización occidental.

En definitiva, Huntington considera que en la civilización Occidental el líder es Estados Unidos. La Unión Europea ni ahora ni en el futuro puede tener capacidad de convertirse en un "Estado" central de Occidente junto con Norteamérica y que dentro de la propia Europa ese liderazgo corresponde al núcleo franco-alemán.

¿HACIA DÓNDE AVANZA LA AMPLIACIÓN DE LA UNIÓN EUROPEA?

La tesis general de Samuel Huntington es que la civilización es un elemento de cohesión y desintegración. Entre los Estados que pertenecen a la misma existe una mejor disposición para compartir ideas y proyectos dentro de organizaciones y alianzas. Este criterio "civilitatorio" es para el autor el principal a la hora de determinar qué Estados ingresarán en aquellas organizaciones unicivilitarias. En el caso de la Europa occidental, la



identificación con la cristiandad proporciona un criterio claro para la admisión de nuevos miembros en organizaciones occidentales.

La Unión Europea, como principal entidad de Occidente en el continente, no es una excepción a este criterio. A la hora de incrementar su número de miembros, las preferencias se decantan claramente hacia aquellos Estados que son culturalmente occidentales y que, además, tienden a un mayor desarrollo económico. Así, en la última ampliación en 1994 se admitió a Austria, Finlandia y Suecia, países culturalmente occidentales. Si se aplicara este criterio, los Estados de Visegrado (Polonia, República Checa, Eslovaquia y Hungría), las repúblicas bálticas, Eslovenia, Croacia y Malta acabarían siendo miembros de la Unión y la organización coincidiría en su extensión con la civilización occidental tal y como ha existido históricamente en Europa.

Por otro lado, a juicio del autor, los Estados ortodoxos de Rumanía y Bulgaria, a pesar de tener acuerdos de asociación, tendrán más difícil su ingreso, si es que éstos llegan realmente a conseguirlo alguna vez.

La lógica de las civilizaciones impone una dinámica parecida en la OTAN. La Alianza está debidamente abierta al ingreso de los países occidentales que deseen pertenecer a ella y que reúnan los requisitos básicos, desde el punto de vista de la competencia militar, la democracia política y el control civil de las fuerzas armadas. Una vez que Polonia, Hungría y la República Checa han ingresado, Huntington considera que Eslovaquia, Eslovenia, y más tarde, probablemente las repúblicas bálticas, serán los siguientes.

Aunque se ha dedicado mucha atención a la ampliación de la Unión Europea y de la OTAN, Huntington opina que también podría darse la reducción como consecuencia de la reconfiguración cultural. En concreto, existen dos países, Turquía y Grecia, que por no pertenecer a la civilización occidental rompen el criterio cultural, el primero en la OTAN y aspirante a miembro de la UE, y el segundo en la OTAN y en la UE. Ambos casos, el griego y el turco, son fruto de la guerra fría, si bien las circunstancias de uno y otro son distintas.

Grecia no forma parte de la civilización occidental, pero fue la patria de la cultura clásica, que a su vez fue una fuente importante del desarrollo intelectual de nuestro mundo. En oposición a los turcos, los griegos se han considerado a lo largo de la historia la vanguardia del cristianismo. Aunque ortodoxos, a diferencia de los rumanos o búlgaros, su historia ha estado íntimamente entrelazada con la de Occidente. Sin embargo, Gre-

cia es también una anomalía, ya que, como indica el autor, es el miembro ortodoxo en los organismos occidentales.

Huntington, después de hacer un análisis de la posición griega en los últimos años en la OTAN y en la UE, considera que este Estado nunca ha sido un miembro cómodo en ambas organizaciones, especialmente durante la posguerra fría, ya que Grecia se ha desviado cada vez más de las directrices de Occidente, como así lo evidencia dos hechos concretos. El primero, su bloqueo a Macedonia. La actitud griega fue objeto de la enérgica oposición de los gobiernos occidentales y acabó con el intento por parte de la Comisión Europea de conseguir una sentencia condenatoria del Tribunal de Justicia. El segundo, en los conflictos en la antigua Yugoslavia, al que se puede sumar el actual del Kosovo. Grecia durante el conflicto de Bosnia se distanció de los criterios seguidos por las principales potencias occidentales, apoyó activamente a los serbios y violó descaradamente las sanciones que la ONU les había impuesto.

Paulatinamente, Grecia ha ido tendiendo lazos de acercamiento con el Estado central de la civilización ortodoxa, Rusia. En estas circunstancias se pregunta Huntington ¿Cuál es el futuro de Grecia en las dos principales organizaciones occidentales? El cree que:

Sin duda, Grecia seguirá siendo miembro formal de la OTAN y de la Unión Europea. Pero, sin duda también, a medida que el proceso de reconfiguración cultural se intensifique, estas pertenencias se irán haciendo menos sólidas, menos significativas y más difíciles para las partes implicadas.

Turquía es el típico caso de lo que Huntington denomina “país desgarrado”, es decir, tiene una única cultura predominante que lo sitúa dentro de la civilización islámica, pero sus líderes pretenden, y así ha sido hasta ahora, desplazarlo a la civilización occidental como modo de modernizarse y también de occidentalizarse. En efecto, tras la guerra fría, la élite turca ha seguido siendo mayoritariamente partidaria de que Turquía sea occidental y europea. El mantenimiento de su condición de miembro de la OTAN es, para ellos, imprescindible, porque proporciona un íntimo vínculo organizativo con Occidente y es necesario para contrapesar a Grecia. Sin embargo, la implicación de Turquía con Occidente, encarnada en su pertenencia a la OTAN, fue una consecuencia de la confrontación este-oeste. El final de ésta elimina la razón principal de dicha implicación y lleva a un debilitamiento y redefinición de tal conexión.

Respecto a su posible candidatura a ser miembro de la Unión Europea, para Turquía, desde los años ochenta, ha sido uno de los principales objetivos de su política exterior asegurar la entrada del país en la Unión Europea. Turquía solicitó formalmente el ingreso en abril de 1987. En diciembre de 1989 se dijo que su solicitud no podía ser considerada antes de 1993. Tampoco ha sido incluida como candidato al iniciar conversaciones para su ingreso en la Agenda 2000, al tiempo que otros Estados si han sido incluidos en la misma, como los de Visegrado. ¿Cuáles son las verdaderas razones para que Turquía se quede fuera de la UE?

Las razones son varias y complejas, Huntington opina que existe un doble lenguaje a la hora de la toma de posición por parte de los representantes europeos. En público, achacan la negativa a iniciar el proceso de integración a su bajo nivel de desarrollo económico y falta de respeto a los derechos humanos. Sin embargo, la verdadera razón es “civilitatoria”, es decir, ser un país de cultura islámica. Turquía, al igual que en el resto del mundo, el final de la guerra fría ha reavivado la importancia de la identificación cultural. Esto ha supuesto el ascenso del sentimiento islámico y la llegada al poder de las opciones políticas que lo sustentan. Al mismo tiempo, ha habido una reorientación turca hacia el Cáucaso y Asia Central para reforzar sus vínculos con las nuevas repúblicas musulmanas: Uzbekistán, Turkmenistán, Kazajistán, Kirguizistán junto con Azerbaiyán.

El rechazo de la UE a que pueda ser miembro de ella, el auge de la identificación cultural y su vocación de ocupar un mayor liderazgo entre los países que comparten religión e incluso lengua, ha ido socavando la orientación laica y prooccidental de los que eran sus principales defensores, la élite turca. En tales circunstancias, señala Huntington:

El ingreso de Turquía en la Unión Europea como miembro de pleno derecho es problemático, y su condición de miembro de la OTAN ha sido atacada por el Partido del Bienestar. Sin embargo, es probable que Turquía continúe siendo miembro de la OTAN Sea cual sea su papel en la OTAN, lo probable es que Turquía persiga cada vez más sus propios intereses en lo tocante a los Balcanes, el mundo árabe y Asia Central.

LA UNIÓN EUROPEA Y LA ESTABILIDAD INTERNACIONAL

Samuel Huntington analiza, con anterioridad al choque de las civilizaciones, los motivos por los que se produce inestabilidad en las sociedades, especialmente en las sociedades en cambio. La modernidad, para

el autor, es origen de estabilidad, sin embargo, la modernización genera inestabilidad. *“Si los países pobres parecen inestables, no es porque sean pobres, sino debido a que tratan de enriquecerse”*. Dentro del proceso de modernización existen dos aspectos claves que, cuando se dan, son los orígenes principales de la inestabilidad, la asimetría entre los cambios políticos, económicos y sociales y la velocidad de los mismos.

La modernización no es un proceso único, sino la resultante de varios subprocesos, que no siempre corren en paralelo. Cuando uno de ellos está desfasado con respecto a los demás puede colapsar todo el sistema y, finalmente, dar paso a la inestabilidad.

Los cambios económicos y sociales para alcanzar la modernidad suponen: urbanización, niveles cada vez mayores de alfabetización, educación, salud y movilización social; estructuras ocupacionales más complejas y diversificadas; y variación de las actitudes, valores y conocimientos, al menos con respecto a la sociedad tradicional. Todos esos cambios amplían la conciencia política de los ciudadanos, multiplican sus demandas y ensanchan las exigencias de una mayor participación. Cuando ese desarrollo social y económico no guarda, al mismo tiempo, una proporción con el desarrollo político, entonces aumenta la probabilidad de que se genere inestabilidad. Para evitarlo es preciso que el avance o el progreso de una sociedad en todos los órdenes sea paralelo al desarrollo de las instituciones políticas que sustentan esos cambios.

Dentro de ese proceso de modernización, en lo político, considera en su libro *“La tercera ola”*, que la democracia es la forma de gobierno más estable. Primero, porque la democracia política se asocia estrechamente con la libertad de los individuos. El efecto a largo plazo de la democracia política es la institucionalización y la ampliación de la libertad individual. Si a la sociedad, o cualquier otro grupo social, le preocupa la libertad como un valor fundamental, también debería preocuparle el destino de la propia democracia. Segundo, porque en el mundo moderno, los sistemas democráticos tienden a estar menos sujetos a la violencia civil que los que no lo son. Además, los gobiernos democráticos usan mucho menos violencia contra sus ciudadanos que los regímenes totalitarios. Las democracias también proporcionan canales de expresión aceptados para la manifestación de la discrepancia y de la oposición dentro del sistema. También la democracia es mucho más resistente a las grandes erupciones revolucionarias que los sistemas autoritarios y resisten mucho mejor las crisis, tanto de orden político como económico. Tercero, porque la expansión de la democracia tiene implicaciones para las relaciones interna-

cionales. Históricamente, las democracias han llevado a cabo guerras tan a menudo como los países autoritarios. Estos países han luchado contra los democráticos, y han luchado unos contra otros, desde principios del siglo XIX hasta 1990. Sin embargo, las democracias, con algunas excepciones nada significativas, no luchan contra otras democracias. En la medida en que este fenómeno se extiende en todo el globo significa una mayor posibilidad de extender la paz y la estabilidad en el mundo.

Sin embargo, a pesar de las ventajas que ello supone, Huntington observa que la democracia, una vez alcanzada, no es un estado irreversible. A lo largo de la historia los procesos de democratización, lo que él denomina “olas de democratización”, han ido seguidas por “contraolas” o retornos a formas de gobierno no democráticas. En la primera ola de democratización, llevada a cabo entre 1828 y 1926, más de treinta países establecieron, por lo menos mínimamente, instituciones nacionales y democráticas. En 1922 surgió la primera “contraola”, principalmente entre aquellos países que habían adoptado formas democráticas poco antes o poco después de la Primera Guerra Mundial. Entre otros, volvieron a régimen autoritarios: Lituania, Polonia, Letonia, Estonia. También se puso fin a la democracia en Alemania e Italia, existieron dictaduras militares en Grecia, Portugal y España. Todo ello como consecuencia del desarrollo de ideologías comunistas, fascistas y militaristas.

Al comenzar la Segunda Guerra Mundial, tuvo lugar una segunda ola de democratización promovida por los aliados. En esta ola, Alemania Occidental, Italia, Austria, Japón y Corea inauguraron instituciones democráticas. A finales de los años cincuenta surgió una segunda contraola que, sin embargo, no tuvo ningún efecto en Europa.

La tercera ola de democratización, comenzó a partir de 1974, coincidiendo con el fin de la dictadura portuguesa. Un poco más tarde, Grecia y España iniciaban sus correspondientes transiciones democráticas. Con la decadencia de la amenaza soviética, la ola democrática penetró en el mundo comunista. Hungría, Polonia, Alemania Oriental, Checoslovaquia, Rumanía y Bulgaria, entre otros, fueron transformando sus sistemas para adaptarlos a regímenes más liberales y multipartidistas.

La tercera ola se propagó principalmente por el efecto “bola de nieve”, es decir, la democratización en un país animó a otros, y este efecto fue más importante entre Estados que estaban geográficamente próximos y eran culturalmente similares, como es el caso de los Estados europeos orientales y centrales, que reiniciaron su singladura democrática. Samuel

Huntington considera que la Comunidad Económica, hoy Unión Europea, ha fomentado la democracia. En efecto, la Unión sustenta, defiende y promueve los principios de libertad, democracia, respeto de los derechos humanos y de las libertades fundamentales y el Estado de Derecho. Desde su creación, el ingreso en este "club" ha sido deseable y hasta necesario para otros Estados, dadas las ventajas económicas que ello reporta —el autor una vez más sólo reconoce capacidad económica a la UE—. Pero a cualquier Estado que quisiera optar se le exigía y exige, como condición imprescindible, ser democrático, por lo tanto, la democracia era y es un paso esencial para alcanzar la senda del crecimiento económico y de la prosperidad. Al mismo tiempo, la pertenencia a la Unión refuerza el compromiso con el sistema y proporciona un freno externo contra la regresión al autoritarismo.

El ingreso en la Comunidad Europea fue un importante estímulo para que Grecia, España y Portugal transformaran sus sistemas autoritarios en democráticos, asegurando la estabilidad del sistema en sus correspondientes países. El autor considera que otra institución, antes conferencia hoy organización, la CSCE, por medio del Acta Final del Helsinki y los posteriores acuerdos firmados por los Estados, colaboró para dar inicio a un proceso que ayudó a los gobiernos comunistas a liberalizarse y que legitimó los esfuerzos de los disidentes internos y de los gobiernos extranjeros por apoyarlos. *"No creó democracias, pero ayudó a fomentar aperturas políticas en Europa oriental y en la Unión Soviética"*.

Sin embargo, Huntington no considera, posiblemente porque muchos de esos acontecimientos tienen lugar después de cerrar la primera edición de la "La tercera ola", que, como ocurrió en el caso español, griego y portugués, la Unión Europea ha seguido siendo punto de referencia e impulsor de la democracia en los países de la Europa Central y Oriental, así como en algunas de las antiguas repúblicas de la Unión Soviética. El hecho de poder aspirar a ser miembro de esta organización ha provocado que la mayoría de estos Estados hayan dedicado un importante esfuerzo a vertebrar los poderes del Estado de acuerdo con los principios democráticos y con el mercado de libre competencia. El Consejo Europeo de Copenhague adoptó en 1993 los criterios de adhesión que debían cumplir los países de Europa Central y Oriental. Dicha adhesión requiere:

- Instituciones estables que garanticen la democracia, el Estado de Derecho, los derechos humanos y la protección de las minorías.

- La existencia de una economía de mercado en funcionamiento, así como la capacidad para hacer frente a la presión de la competencia y a las fuerzas del mercado de la Unión.
- La capacidad para asumir las obligaciones de los miembros, incluyendo la adhesión a la unión económica y monetaria.

La Unión Europea no puede ser una isla de progreso y estabilidad. En la medida que se extienda la paz y la prosperidad más allá de sus fronteras, repercutirá positivamente en la propia Unión. Como señala Huntington:

La Comunidad Europea promovió activamente la democratización, y la perspectiva de pertenecer a la Comunidad fue un incentivo para que los países se democratizaran.

Otro factor que ha afectado a la tercera ola ha sido el desarrollo económico. El autor considera que la pobreza es uno de los principales obstáculos, probablemente el principal, del desarrollo democrático.

El futuro de la democracia depende del desarrollo económico. Los obstáculos del desarrollo económico son obstáculos de la expansión de la democracia.

La tercera ola fue posible por el crecimiento económico mundial acaecido durante este período. La promoción del desarrollo económico en diferentes áreas del mundo es una forma de impulsar estabilidad, pues esta sirve, según el autor, para promover la democracia. La Unión dedica un importante esfuerzo en apoyo a los países en vías de desarrollo, como forma de exportar estabilidad. Por tanto, la Unión Europea ha sido, junto con Estados Unidos, el Vaticano y otras instituciones europeas, promotor e impulsor de la democracia en otras zonas del mundo y específicamente dentro de Europa.

¿Se puede producir una contraola en los países europeos que se han transformado a la democracia en la tercera ola? Ante esta pregunta, el autor es optimista y afirma que aún cuando en el caso hipotético que se produjera esa situación, en las contraolas precedentes el saldo avance-retroceso fue favorable al primero.

Actualmente, considera que existe una serie de obstáculos que pueden impedir alcanzar la democracia, a quien no la tiene todavía, o incluso, una vez conseguida, hacerla retroceder. Aunque las razones que enumera son diversas y dispares, Huntington destaca el desarrollo económico, junto con la capacidad de liderazgo político, como determinantes para, en unos casos, ampliar las fronteras de los Estados que tienen formas de gobierno democráticas y, en otros, para profundizar en ella.

La pobreza es uno de los principales obstáculos, "probablemente el principal", del desarrollo democrático. El futuro de la democracia depende del desarrollo económico. Los obstáculos del desarrollo económico son obstáculos de la expansión de la democracia.

y agrega:

El desarrollo económico hace posible la democracia, el liderazgo lo hace real.

En relación con los países del continente europeo que no son miembros de la Unión, el autor considera que las expectativas de ingresar en la UE han sido un importante incentivo para promover, hasta ahora, la democracia en los países de Europa Central, del Este y de algunas de las antiguas repúblicas de la URSS. Huntington se pregunta si en el futuro esas expectativas no se podrán tornar en frustración y, por lo tanto, dar lugar a un declinar de las convicciones democráticas de estos Estados. El autor piensa que la capacidad de ampliar la UE a nuevos miembros es limitada en un período determinado de tiempo, ya que esta organización debe compatibilizar el mantenimiento de su unidad política y económica con la ampliación. Huntington se adelanta así, en unos años, al debate principal que tuvo lugar en la Conferencia Intergubernamental de Turín, sobre la modificación de las instituciones de la Unión para admitir a nuevos miembros sin perder su cohesión y eficacia. Además, el nuevo orden mundial basado en las civilizaciones hace prever, según la tesis del autor, que la ampliación se limite a aquellos Estados que pertenezcan a la civilización occidental.

Los Estados que en el futuro no se admitan dentro de la UE carecerán de un importante agente económico y político para anclar la democracia. Una vez más, Huntington vuelve a citar a Turquía como ejemplo de país donde puede originarse una contraola si no ingresa en la Unión Europea.

Por tanto, la Unión tiene un importante papel que jugar en la expansión y estabilización de la democracia tanto en el ámbito europeo como en el mundial. Su capacidad, sobretudo económica, es un importante agente de apoyo y promoción para la paz y la estabilidad mundial vía fomento de la democracia.

LA SUPERVIVENCIA DE EUROPA COMO PARTE DE OCCIDENTE

Las civilizaciones por sí mismas no tienen reconocimiento internacional y, consecuentemente, tampoco son sujetos del Derecho Interna-

cional. La civilización es tan solo una identidad cultural, cuyos principales vínculos de encuentro, entre aquellos que se encuadran en ella, están determinados por un conjunto de valores, costumbres, historia y, principalmente, lazos religiosos. Sin embargo, Samuel Huntington, como elemento clave del nuevo y venidero orden mundial, le otorga a la civilización, de forma implícita, una serie de capacidades que aunque no tienen respaldo de derecho sí lo tienen de hecho. Ello sólo es posible porque, según su tesis, los Estados líderes son los que personifican las características de esas civilizaciones. Este enunciado tiene el riesgo, como de hecho así ocurre, de confundir los intereses particulares de los Estados centrales con los de las civilizaciones y a la inversa, los de las identidades culturales con la de los Estados dominantes de cada una de ellas.

Cuando Samuel Huntington analiza cuáles son los riesgos a los que Occidente se va a enfrentar en el tiempo que ha de venir, encuentra dos aspectos básicos a destacar. Primero, las relaciones de Occidente con otras civilizaciones están presididas por los modos de hacer de los Estados Unidos y, de igual forma, confunde el rechazo de otras civilizaciones hacia determinadas políticas norteamericanas como el repudio al conjunto de Occidente. El futuro de los Estados Unidos es para él, el futuro de Occidente. Segundo, en ese juego "intercivilitatorio", la Unión Europea no tiene ningún papel sobresaliente que desempeñar, el destino de la Unión Europea está unido al de Occidente que a su vez lo dirige Estados Unidos.

Los riesgos con que se enfrenta Occidente son principalmente los derivados del nuevo orden mundial, que tiene como origen a las civilizaciones. El primero y fundamental, procede del hecho de que Occidente no acepte que nos encontramos en un mundo multicultural, donde la identificación "civilitatoria" tiene cada vez mayor importancia. Si Occidente no renuncia a que su cultura se transforme en universal y a utilizarla como vehículo para controlar el resto del mundo, se producirán cada vez más rechazos y enfrentamientos con otras civilizaciones. El segundo viene del hecho de que Occidente pierda su propia identidad. En la medida que las sociedades occidentales sean cada vez más multiculturales, existe una mayor probabilidad a que exista un mayor número, lo que el autor denomina "Estados escindidos", es decir, Estados en los que sus sociedades dejan de adscribirse en su conjunto a una determinada civilización y en su lugar se origina un conglomerado de ellas. Especialmente grave sería esta situación, en opinión del autor, si ello aconteciera en los Estados Unidos, puesto que la civilización Occidental perdería su capacidad de influencia

y pasaría a ser una identidad sin peso específico respecto a las más poderosas. Si como afirma Huntington, ello ocurre:

Occidente queda reducido a Europa y a unos pocos países ultramarinos de colonos europeos escasamente poblados. Sin los Estados Unidos, Occidente se convierte en una parte minúscula y decreciente de la población del mundo, en una península pequeña y sin trascendencia, situada en el extremo de la masa continental euroasiática.

Por tanto, la supervivencia de Occidente depende, según Huntington, de que Estados Unidos mantenga su identidad occidental. En esta dialéctica entre civilizaciones, lo importante es unir fuerzas para evitar disensiones por donde se pueda escapar poder que vaya a caer a otras civilizaciones. Es comprensible, de acuerdo con el punto de vista del autor, que todo lo que es Occidente se encuentre en el mismo cesto y bajo un mismo liderazgo. En este escenario no hay espacio para otros actores y uno de ellos es la Unión Europea.

LA DIALÉCTICA ENTRE CIVILIZACIONES: EL PAPEL DE OCCIDENTE

Occidente es la única civilización que tiene intereses importantes en todo el mundo, así como capacidad para afectar a la política, economía y seguridad de todas las regiones del planeta. Otras civilizaciones han necesitado el apoyo de Occidente para alcanzar sus objetivos o proteger sus intereses. Por eso, ha existido durante mucho tiempo la percepción que para que un país alcanzara la modernización era preciso que aceptara los valores y cultura de Occidente. Además, con el final de la amenaza soviética, también se extendió la convicción de que la civilización Occidental cada vez estaba ocupando un mayor espacio en el mundo, lo que hacía pensar que en el futuro terminaría transformándose en una civilización universal.

Sin embargo, la realidad, según el autor, es bien distinta. Por un lado, Occidente, aunque sigue siendo la civilización más importante, está retrocediendo respecto a otras civilizaciones emergentes, aunque seguirá siendo la más poderosa hasta bien entrada las primeras décadas del siglo XXI. Esta civilización controlará probablemente alrededor de un 24% del territorio mundial (frente al 49% al que llegó en su momento de máxima expansión), el 10% de la población total del mundo (frente al máximo registrado del 48%), quizá un 15-20% de la población socialmente movilizada, aproximadamente el 30% de la producción económica del mundo (frente a un máximo probable del 70%), quizá el 25% del volumen de pro-

ducción manufacturera (frente a un punto culminante del 84%) y menos del 10% del potencial militar humano a escala mundial (frente al 45% de su momento más alto).

Por otro lado, existe un mayor rechazo a aceptar, por parte de otras culturas, especialmente la sínica (china) y la islámica, la occidentalización como medio imprescindible para modernizarse. Se aprecia una tendencia más pronunciada hacia el *reformismo*, es decir, a la modernización pero preservando los valores, prácticas e instituciones fundamentales de la cultura autóctona. Aunque en un principio occidentalización y modernización están estrechamente vinculadas, a medida que aumenta el ritmo de modernización, la occidentalización desciende y la cultura autóctona experimenta un resurgimiento. Después, una ulterior modernización altera el equilibrio de poder en el ámbito de las civilizaciones, entre Occidente y la sociedad no occidental, alienta el poder y la confianza en sí misma de dicha sociedad y fortalece el interés por la cultura propia. La modernización de los Estados no occidentales reduce el poder relativo de Occidente y, en caso de que el mundo occidental insista en inculcar su cultura, produce una reacción contraria. *“En muchos aspectos, el mundo se está haciendo más moderno y menos occidental”*.

Las relaciones entre civilizaciones pueden ser a menudo antagónicas, pero existen algunas que son más propensas a los conflictos que otras. En el caso de Occidente, esas relaciones son más conflictivas con las sociedades musulmanas y asiáticas —incluye a China dentro de estas relaciones de desconfianza con Occidente, si bien a lo largo de su trabajo reconoce que los puntos de desencuentro con la civilización sínica proceden de Estados Unidos—. En el futuro es probable que el conflicto se acreciente debido por una parte, a que Occidente, particularmente Estados Unidos, se obstina en que estos pueblos no occidentales incorporen los valores occidentales de democracia, mercados libres, derechos humanos, individualismo e imperio de la ley. *“Lo que para Occidente es universalismo, para el resto del mundo es imperialismo”*.

Los principales temas que separan a Occidente del resto de las civilizaciones y generan conflictos entre las partes son: el control de armamentos, la democracia y la promoción de los derechos humanos y la restricción e integración de los inmigrantes.

Occidente, representado por EEUU, es la mayor potencia militar del planeta y lo seguirá siendo en el futuro. Los Estados no occidentales tratan de contrarrestar ese poderío buscando atajos, al no disponer ni de los

medios económicos ni tecnológicos que le permitan optar en las mismas condiciones, a través de la promoción y construcción de armas de destrucción masivas (nucleares, bacteriológicas y químicas) y en algunos casos con el apoyo del terrorismo. Esto es visto como una amenaza por Occidente y, de hecho, hoy, la proliferación de armas de destrucción masiva ha pasado a estar a la cabeza de los problemas para Occidente en materia de seguridad.

Para disminuir este riesgo, la sociedad occidental, por medio de sus gobiernos, intenta frenar la acumulación de este tipo de armas como algo que es de interés para todas las naciones del mundo al objeto de alcanzar un orden y estabilidad internacionales. Sin embargo, muchos Estados no occidentales interpretan esta postura como algo que sirve a los intereses exclusivamente occidentales de seguir manteniendo su hegemonía.

Samuel Huntington opina que esta dialéctica proliferación-no proliferación es uno de los aspectos de mayor confrontación entre las partes y donde se genera un mayor resentimiento hacia Occidente. A pesar de los esfuerzos de los Estados occidentales, piensa que no conseguirán frenar el incremento de este tipo de armas, ya que es un fenómeno clave por medio del cual se propaga el poder de las civilizaciones no occidentales.

El otro aspecto que enfrenta a Occidente con otras civilizaciones es la promoción de los derechos humanos y la democracia. Si bien la democracia, según el autor, es buena porque genera estabilidad, es evidente que su logro requiere un proceso que culmina en el momento en el que las sociedades, por ellas mismas, la consideran básica para su estabilidad y progreso. Cuando los Estados occidentales ejercen presión y condicionan sus relaciones exteriores a que las sociedades no democráticas adopten formatos políticos y valores del mundo occidental, sobretudo en pueblos que defienden culturas diferentes, se provoca un claro rechazo hacia lo occidental. Igualmente ocurre cuando de lo que se trata es de imponer a otras sociedades unos derechos humanos que son vistos como un medio para mantener la dominación occidental sobre el resto del mundo.

Para el autor lo que realmente provoca unas relaciones tensas entre Occidente —una vez más Huntington se refiere a EEUU, aunque lo generalice al conjunto de la civilización— y el resto de las civilizaciones es el desfase entre la teoría occidental y su práctica, es decir, la hipocresía y los dobles raseros. El porqué el mundo occidental condiciona sus relaciones de amistad y cooperación con determinados Estados a que estos adop-

ten sistemas democráticos y de respeto a los derechos humanos y no siguen esos mismos criterios con otros.

Se promueve la democracia, pero no si lleva a los fundamentalistas islámicos al poder; se predica la no proliferación nuclear para Irán e Irak, pero no para Israel; el libre comercio es el elixir del crecimiento económico, pero no para la agricultura y la ganadería; los derechos humanos son un problema con China, pero no con Arabia Saudí; la agresión contra los kuwaitíes que poseen petróleo es enérgicamente repudiada, pero no la agresión contra los bosnios, que no poseen petróleo.

Las diferencias de desarrollo económico y pautas demográficas crea un desequilibrio entre los Estados ricos, mayoritariamente representados por Occidente, y los más pobres vinculados a otras civilizaciones. Estas diferencias generan movimientos de población como así ha sido a lo largo de la historia. El lugar de procedencia y de llegada, así como los motivos, han sido muy diversos. En el caso de Europa la mayoría de los emigrantes y refugiados de finales del siglo XX proceden de sociedades no occidentales. En 1990 el número de emigrantes en el continente europeo ascendía a 15,5 millones. La proporción de inmigrantes respecto a la población total alcanzaba del 7 al 8% en los principales países europeos. A principios de los años noventa, dos tercios de los inmigrantes de Europa eran musulmanes.

Tal situación genera sentimientos ambivalentes en unas sociedades y otras. Por un lado, aunque en un primer momento fueron aceptados en el área de la Unión Europea porque se necesitaba mano de obra, en la actualidad existe el temor, por parte de la opinión pública, a que las sociedades occidentales puedan convertirse en sociedades escindidas que aglutinan colectividades distintas y en gran medida separadas, procedentes de civilizaciones diferentes, lo que a su vez depende del número de inmigrantes, de las pautas demográficas y de la medida en que sean asimilados en la cultura occidental. Todo ello ha generado políticas, tanto en el ámbito estatal como de la Unión, restrictivas en cuanto al número de inmigrantes a aceptar. Aún así, el autor piensa que cada vez será más difícil frenar este movimiento migratorio sólo con medidas excluyentes.

Por otro lado, estas políticas restrictivas tienen unos costes. Además de las puramente económicas, existen otras que provocan resentimientos y antipatías tanto por las colectividades de inmigrantes ya existentes en los países occidentales como por los propios Estados de donde proceden los emigrantes, al considerar a los Estados occidentales egoístas y poco solidarios con los problemas de subsistencia de sus poblaciones.

En definitiva, Huntington opina que la lucha de Occidente por frenar la proliferación de armas, sobre todo las de destrucción masiva, por los derechos humanos y por controlar la inmigración será muy difícil, pero, para minimizar sus efectos, afirma:

Occidente tiene que manejar hábilmente sus recursos económicos, como zanahorias y palos, al tratar con otras sociedades, para alentar su unidad y coordinar sus políticas a fin de dificultar a otras sociedades que enfrenten a una sociedad occidental contra otras, y para ahondar y explotar las diferencias entre las naciones no occidentales. La capacidad occidental de seguir estas estrategias estará configurada por la naturaleza y la intensidad de sus conflictos con las civilizaciones que representan un desafío, por una parte, y por la medida en que pueda identificar y desarrollar intereses comunes con las civilizaciones oscilantes, por otra.

Por tanto, las relaciones de los Estados occidentales con los Estados de otras civilizaciones serán cada vez más tensas y proclives al conflicto, especialmente con el Islam y China, al ser las dos civilizaciones que muestran una mayor afirmación en su propia cultura frente a Occidente.

Los conflictos entre civilizaciones están localizados en el ámbito local, entre Estados vecinos pertenecientes a civilizaciones diferentes, entre grupos de distintas civilizaciones dentro de un mismo Estado y entre grupos que partiendo de una minoría o mayoría quieren crear nuevos Estados secesionándose de otro existente. En el ámbito mundial, los conflictos de Estados centrales se producen entre los grandes Estados de diferentes civilizaciones. Los problemas presentes en dichos conflictos son los clásicos de la política internacional, tal como: el poder y bienestar económico, manifestado en disputas sobre comercio, inversiones y otras cuestiones; los valores y la cultura, cuando un Estado intenta promover o imponer sus valores a personas de otra civilización; el poder militar relativo, que se manifiesta en controversias sobre no proliferación y la limitación de armamentos, así como en carreras de armamento, etc.

Históricamente las relaciones más conflictivas han sido entre el islamismo y el cristianismo. Los motivos de estos enfrentamientos no se deben a causas transitorias, sino que dimanar de la naturaleza de estas dos religiones y de las civilizaciones basadas en ellas. A finales de siglos XX, se han incrementado los factores de conflicto entre el Islam y Occidente. El crecimiento de la población musulmana y la subsiguiente emigración hacia Occidente; el resurgimiento islámico que ha aportado al mundo árabe una confianza renovada en su cultura; el intento de Occi-

dente por universalizar sus valores que genera un profundo resentimiento entre los musulmanes hacia esta civilización; el hundimiento del comunismo acabó con un enemigo común de Occidente y el Islam, y convirtió a ambos en la principal amenaza del uno para el otro. Éstos son algunos de los factores que se han sumado a la brecha tradicional entre estas dos civilizaciones, aumentando la probabilidad de que el enfrentamiento entre ambas civilizaciones sea más proclive ahora y en el futuro que antaño.

Hay autores que piensan que este tipo de situación entre Occidente y el Islam está llegando a ser una auténtica guerra fría. En este conflicto Europa se encuentra en primera línea, pues forma frontera con el mundo musulmán. El autor, tomando el pensamiento de Barry Buzan, señala que ese enfrentamiento larvado puede servir para fortalecer la identidad europea en un momento en que se encuentra en pleno proceso de constitución de la Unión Europea.

En este sentido, se han producido importantes cambios de actitud del mundo occidental, especialmente de Europa, después de la guerra fría, hacia el área mediterránea, línea de separación de civilizaciones, principalmente entre la occidental y la islámica. Fruto de esa preocupación por dicha línea de fractura es la avalancha de iniciativas promovidas en el seno de los Estados y de las organizaciones europeas para promover la estabilidad esa área mediante la cooperación en los campos políticos, económicos, sociales y de seguridad. Ya que de esta forma, como señala Huntington:

El envejecimiento de esta generación hacia la tercera década del siglo XXI y el desarrollo económico de las sociedades musulmanas, si se dan y cuando se den, podrían llevar a una importante reducción de las propensiones musulmanas a la violencia y, por tanto, a un descenso generalizado en la frecuencia e intensidad de las guerras de línea de fractura.

¿UNA ESTRATEGIA PARA LA UNIÓN EUROPEA?

En este trabajo se ha analizado la obra de Samuel P. Huntington para conocer, desde su punto de vista, los elementos claves que configuran la sociedad internacional en los umbrales del siglo XXI y el lugar que ocupa en su concepción la Unión Europea.

La estrategia busca el modo más adecuado de satisfacer unos fines. A lo largo de este estudio se ha podido deducir que el papel que Hun-

tington asigna a la Unión Europea no cubre las expectativas que de ella tienen la mayoría de los europeos. Eso no significa que dentro de la estrategia que concibe el autor, tanto en el ámbito global como occidental, no esté contemplada la principal institución de Europa occidental.

Para conocer una estrategia lo primero que hay que averiguar es el fin que se pretende lograr. El pensamiento de Samuel Huntington es gobernado por una idea clave, "el orden". Por lo tanto, sus diferentes obras buscan determinar los factores que contribuyen o desequilibran ese orden en el conjunto mundial, regional y estatal, según las circunstancias del momento. La estabilidad de la sociedad requiere orden y ese orden es el objetivo que buscan conseguir las diferentes estrategias y los proyectos que elabora Samuel Huntington en sus obras. A partir de ahí, estudia los factores que influyen en el orden y cómo se entrelazan los unos con los otros, para construir el basamento que le lleva a elaborar su propia teoría. Lógicamente sus aportaciones están condicionadas por la visión que de Europa y sobre todo de la Unión Europea se tiene al otro lado del Atlántico.

El proyecto de Samuel Huntington para lograr el orden en los diferentes ámbitos de la sociedad internacional en el próximo siglo es una estrategia de suma y no de resta. En efecto, las civilizaciones son las unidades que cada vez más condicionan las relaciones entre Estados y, consecuentemente, las relaciones internacionales. El orden mundial basado en las civilizaciones requiere, para que sea estable, que cada una de ellas se expresen, en lo posible, como una sola voz frente al resto. La mejor forma de conseguirlo, al no estar las civilizaciones vertebradas en organizaciones, es por medio de la existencia de Estados centrales que capitalicen las aspiraciones del conjunto de sus respectivas civilizaciones. Por tanto, otros Estados o instituciones dentro de cada civilización deben contribuir a reforzar el papel de ese Estado líder y no a dividir esfuerzos. La unidad de criterios frente a la diversidad parece prevalecer en los supuestos de Huntington.

La civilización occidental para Huntington ha iniciado un declive en comparación con las otras civilizaciones, aunque seguirá siendo hasta bien entrado el siglo XXI la más poderosa. La única manera de frenar ese retroceso es por medio de la unión de las partes en torno al Estado central. Estados Unidos, como Estado central principal representa los intereses de Occidente y la supervivencia de esta civilización está en sus manos. Una Unión Europea fuerte en términos políticos podría socavar el papel de liderazgo del Estado central, aunque no reemplazarlo, y distorsionar el proyecto del autor. Por tanto, su estrategia, en el caso de la

Unión Europea, es una estrategia de omisión o al menos de parcialidad al reconocer a esta organización sólo capacidades limitadas de carácter económico.

Sin embargo, propone la misma fórmula para Occidente que la seguida en Europa después de la 2ª Guerra Mundial por los padres fundadores de la Unión Europea para conseguir una integración de sus pueblos, es decir, la unión por porciones o fases. El primer paso, ya dado, y ejemplo a seguir es la OTAN en cuanto a colaboración en materia de seguridad. El siguiente debería ser una cooperación económica y finalmente, la integración política. En definitiva, lo que anhela el autor es la construcción de una “Unión de Occidente” al estilo de la que se está construyendo en Europa.

Retomando el artículo de Willam Wallace y Jan Zielonka, “Antieuropeísmo en EEUU”, con el que iniciábamos este trabajo y a la vista del pensamiento de Samuel Huntington, se puede afirmar que este autor sigue la tendencia general de la sociedad y pensadores norteamericanos, es decir, una falta de confianza hacia la posibilidad de que los europeos pudieran avanzar por sí solos en pos de una unidad política. Hoy esa desconfianza se ha transformado en temor a un “euroterremoto” que pueda afectar al menos a los intereses comerciales y económicos de los Estados Unidos. La idea sobre la construcción europea en el orden mundial basado en las civilizaciones apunta en esta dirección.

CAPÍTULO CUARTO

ZBIGNIEW BRZEZINSKI. LA VISIÓN HEGEMÓNICA DE ESTADOS UNIDOS

ZBIGNIEW BRZEZINSKI. LA VISIÓN HEGEMÓNICA DE ESTADOS UNIDOS

Por JOSÉ LUÍS CALVO ALBERO

INTRODUCCIÓN

Nacido en Varsovia en 1928, Zbigniew Brzezinski emigró a Estados Unidos doctorándose en Ciencias Políticas en Harvard en 1953. Inició su carrera como profesor en el Centro de Investigación Rusa y Política Internacional de Harvard y más adelante cumplió dos periodos como profesor en la Universidad de Columbia (1960–62 y 1981–1989) en los que influyó notablemente sobre la actual cúpula política y diplomática estadounidense, especialmente sobre la actual Secretaria de Estado Madeleine Albright y el Consejero Presidencial de Seguridad Samuel Berger. Asimismo la figura de Brzezinski ha pesado de forma considerable sobre la diplomacia norteamericana durante los últimos 25 años. Así lo corrobora su experiencia como director de la Comisión Trilateral entre 1973 y 1976 y, especialmente, su nombramiento como Consejero de Seguridad del Presidente Carter entre 1977 y 1981.

Actualmente, ejerce como profesor de política exterior norteamericana en la Universidad John Hopkins. Hoy en día, Brzezinski ha pasado a engrosar el grupo de los grandes oráculos del pensamiento político y estratégico norteamericano, compartiendo esta posición con figuras como Kissinger, Fukuyama o Huntington.

Su obra es muy amplia y se centra en gran parte en la evolución de la desaparecida URSS y de los estados resultantes de su desmoronamiento. Destacan en una primera fase "Political Power: USA-URSS"

(1964), "Soviet Bloc Unity and Conflict" (1967) y "Ideology & Power in Soviet Politics" (1976). Cuando la crisis del sistema soviético era ya evidente escribió sus obras más conocidas "Game Plan" (1986) "The Grand Failure" (1989) y "The Birth and the Death of Communism in the 20th Century" (1990) con las que se convirtió en cronista aventajado del proceso de desaparición de la URSS. Pero la visión de Brzezinski era más amplia y también abordó los estudios globales. El primer ensayo fue "Between Two Ages" (1976). Su experiencia como asesor presidencial quedó reflejada en "Power & Principle" (1983) y, en 1993 estudió el nuevo orden mundial en "Out of Control". Pero la obra que quizás le ha dado mayor renombre es la reciente "The Grand Chessboard" (1996) publicada en España por Paidós con el título "El Gran Tablero Mundial". En ella expone de una forma enormemente clara su visión geoestratégica orientada al problema de como mantener la supremacía norteamericana en las próximas décadas.

Es de destacar asimismo su gran labor como articulista, especialmente en "Foreign Affairs" de la que es asiduo colaborador. Sus artículos aparecen también con frecuencia en la prensa diaria norteamericana comentando temas de actualidad para la política exterior de Estados Unidos, desde el conflicto con Irak hasta las relaciones chino-norteamericanas pasando por la actual crisis de Kosovo.

EL MARCO DE SU PENSAMIENTO

Zbigniew Brzezinski comenzó su carrera siendo, fundamentalmente, un soviólogo. Gran parte de su obra está totalmente dedicada a la antigua URSS, a su caída y a la evolución posterior de Rusia y los países que componen actualmente la Comunidad de Estados Independientes (CEI). Incluso en sus obras de carácter más global, como "El gran tablero mundial", la presencia de Rusia y los descendientes de la URSS ocupa un lugar central. Probablemente este profundo conocimiento de la Unión Soviética fue uno de los motivos determinantes para su inclusión dentro del equipo presidencial de Jimmy Carter en 1977.

Su labor se desarrolló en uno de los periodos más críticos de las relaciones USA-URSS. Estados Unidos retrocedía en la escena mundial tras el desastre moral de Vietnam y el posterior escándalo Watergate. *"El empuje ofensivo soviético alcanzó su apogeo en el decenio de 1970. El impulso soviético se combinaba con el cansancio norteamericano después de Vietnam y con la creciente ansia de detente occidental, hasta el*

punto que Estados Unidos parecía dispuesto a poner fin a la guerra fría incluso sobre la base de aceptar la inferioridad estratégica” (1).

En el Tercer Mundo, un rosario de países caía bajo la influencia comunista en una perfecta escenificación del clásico “efecto dominó”: Angola, Mozambique, Camboya, Laos, Etiopía y, lo más doloroso para los norteamericanos, Nicaragua. Por si fuera poco los soviéticos invadían Afganistán en 1979 e instalaban en Europa sus nuevos misiles de alcance intermedio SS-20, mientras el Sha de Persia, aliado fundamental de Estados Unidos en Oriente Medio, era depuesto por una revolución islámica furiosamente antioccidental.

La situación se mostraba poco alentadora para Occidente, que se debatía entre las consecuencias de la Crisis del Petróleo de 1973, mientras se disponía a entrar en una nueva crisis como consecuencia de la invasión irakí de Irán en 1979. Las tasas de paro se disparaban en Estados Unidos y Europa, y parecía que el modelo liberal capitalista no podría resistir por mucho tiempo el embate de las dinámicas sociedades comunistas.

En medio de un escenario tan desalentador, la administración Carter trató de reaccionar cosechando más fracasos que éxitos. Tradicionalmente, se la ha considerado como una administración “blanda” y, para cualquiera que conozca el pensamiento de Brzezinski, resulta un poco paradójico que un hombre con una visión geopolítica más bien dura formase parte del equipo presidencial.

Lo cierto es que la paradoja no era tal. Brzezinski realmente representa una suerte de “tercera vía” en el pensamiento político norteamericano dividido tradicionalmente en una corriente idealista, identificada con el Partido Demócrata, y otra realista más próxima al Partido Republicano.

Los idealistas consideran que el motor de la política exterior norteamericana debe ser la defensa de los valores seculares de la nación a los que dan una dimensión universal. Son continuadores pues de las ideas sobre el “Destino Manifiesto” del pueblo norteamericano, acuñadas durante el siglo pasado y que confieren a Estados Unidos el deber de extender el respeto a la libertad y la democracia por el resto del mundo. Los realistas, por el contrario, opinan que los intereses económicos y geopolíticos deben constituir el objetivo básico de toda política exterior. Un

(1) Brzezinski, Zbigniew: «La Guerra Fría y sus secuelas». Política Exterior, 30, VI 1992-93.

excesivo entusiasmo a la hora de defender las libertades por todo el mundo conduciría irremediablemente a la sobreextensión y al agotamiento. No reniegan con ello de los ideales clásicos norteamericanos pero los subordinan a los intereses generales de la nación.

A la hora de ejercer la política real unos y otros tropiezan con importantes problemas. Los idealistas deben, en ocasiones, plegarse a los imperativos del poder si no quieren lesionar seriamente los intereses norteamericanos. Los realistas se debaten entre el aislacionismo internacional, imposible para una gran potencia, o un intervencionismo dictado por meros intereses nacionales que, invariablemente, acabó siendo objeto de acusaciones de imperialismo por parte del resto del mundo.

Pero lo peor es que tanto idealistas como realistas se encuentran con el desalentador espectáculo del desinterés general del pueblo norteamericano hacia la política exterior. La situación geográfica de los Estados Unidos proporciona un magnífico aislamiento y la amplitud de la nación la convierte en un pequeño mundo, del cual el ciudadano medio no encuentra demasiados motivos para salir. Tal desinterés por los asuntos internacionales obliga a los partidarios de ambas posturas a acercar sus discursos cuando se trata de realizar acciones de relevancia en el exterior y, especialmente, cuando se considera preciso ir a la guerra. Realmente es difícil mover a la opinión pública hacia el apoyo a una intervención exterior. Esto solo se consigue cuando los motivos para la misma combinan un claro interés nacional con una decidida defensa de los valores norteamericanos. Cuando esta mezcla de idealismo y realismo no se produce, lo más probable es que la intervención no tenga lugar o deba hacerse de forma semiclandestina y con escasas repercusiones en la población.

Esta confrontación clásica, apuntada magistralmente por Henry Kissinger en su obra "Diplomacia", ha llevado a numerosas contradicciones, fracasos y titubeos en la política exterior de los Estados Unidos. Brzezinski, consciente de este terreno resbaladizo, no renuncia a la confianza en la superioridad del modelo político y social norteamericano pero acepta que este modelo debe desarrollarse en el duro mundo real, lo que obliga a veces a una cierta contradicción entre los medios y la finalidad, llevando a utilizar procedimientos poco idealistas para conseguir el bien principal que es la generalización de la democracia y el respeto a los derechos humanos. Esta actitud, muy propia de la actual administración Clinton, ha supuesto un importante cambio para el tradicional idealismo del Partido Demócrata y le ha permitido desarrollar una política exterior creíble y comparable a la realista visión internacional del Partido Republicano.

El pensamiento de Brzezinski aparece como una suerte de compromiso entre ambas posturas. Estados Unidos no debe renunciar a sus ideales que tienen un indudable valor universal y están en el propio origen de la prosperidad del país. Pero la extensión de estos ideales, aunque represente un innegable avance para la humanidad, debe hacerse dentro de un mundo cuyas relaciones internacionales se basan en gran medida en los intereses nacionales, la economía y la geopolítica. A este respecto es muy significativo el título que quiso dar a las memorias de sus años como Consejero de Seguridad presidencial: "Power & Principle" (Poder y Principios) un resumen de su pensamiento político que pretende ser conciliador entre las dos posturas clásicas en la política de su país.

En cuanto al papel que jugó Brzezinski dentro de la política exterior de Washington entre 1977 y 1980 es preciso realizar un estudio algo más profundo sobre la administración Carter y sus iniciativas en política internacional. Aunque es difícil considerar su gestión como exitosa en este ámbito, lo cierto es que constituyó la base sobre la que se edificó la posterior contraofensiva norteamericana de la era Reagan que dio el golpe definitivo a la URSS.

Brzezinski era, por entonces, un heredero directo de las tesis de George Kennan sobre la debilidad intrínseca de la URSS. Como su antecesor, estaba convencido de que el sistema liberal, capitalista y democrático era mucho más fuerte que su oponente comunista. La economía de la URSS no era en absoluto comparable a la de los países occidentales, la ineficiencia reinaba en el país, cuyos habitantes mantenían un nivel de vida depauperado, los primeros fracasos en la política agrícola se dejaban sentir con cosechas exiguas que obligaban a la importación de grano para alimentar a la población. En cuanto a la tecnología, los soviéticos no poseían nada comparable a los nuevos sistemas de armas que comenzaban a experimentarse en Estados Unidos dentro del nuevo concepto de "ataque a los segundos escalones" y hacía tiempo que habían perdido la carrera espacial. Por último, afrontaban un problema todavía más grave: el de la sucesión en el poder, con un Brezhnev ya anciano y unos enrevesados mecanismos de relevo.

Pero Occidente parecía estar perdiendo la Guerra Fría. Para Brzezinski se trataba fundamentalmente de un problema ideológico. La URSS siempre había representado una utopía para las clases humildes de muchos países incluidos los occidentales. Grupos importantes de intelectuales mantenían todavía una actitud de admiración hacia la URSS mientras denigraban el corrupto sistema capitalista. En Estados Unidos la

lucha contra el comunismo se había convertido en ocasiones en obsesiva y se había basado más en demonizar al enemigo que en valorar las virtudes del propio sistema. La contraofensiva que proponía Brzezinski y que, en parte, realizó Carter se basaba en ponderar la superioridad del modelo occidental presentando batalla al mundo comunista en el campo ideológico. Al tiempo debía lanzarse una ofensiva geopolítica para contrarrestar la presencia comunista por todo el globo. Las teorías de la contención de Kennan ya no bastaban, era precisa una reacción para evitar verse arrinconados.

Tales ideas tuvieron su reflejo en la denominada “Doctrina Carter” que sentó las bases del contraataque norteamericano. La doctrina preveía el fomento de la democracia y los derechos humanos en el mundo como primera arma ideológica. Estados Unidos no apoyaría a más dictadores como mal menor para evitar el comunismo. Los países que aspirasen a una relación privilegiada debían presentar unas estructuras políticas perfectamente democráticas. Además, los movimientos de resistencia anti-comunista en todos los países de la órbita soviética serían fomentados y apoyados por EEUU siempre que representaran una alternativa democrática. En el aspecto militar, el Ejército Norteamericano, recientemente profesionalizado, debía dejar de ser una máquina pesada, apta sólo para el combate en Centroeuropa, y convertirse en una organización ágil capaz de actuar rápidamente en cualquier lugar del mundo.

El aluvión de problemas al que Carter y sus asesores tuvieron que hacer frente en el dramático periodo de 1977 a 1981 no permitió que la nueva doctrina cosechase resultados espectaculares. De hecho estos fueron para algunos más bien desastrosos. La falta de apoyo a los gobiernos dictatoriales provocó, por ejemplo, la caída de Anastasio Somoza en Nicaragua en 1979, con lo que los Estados Unidos encajaron uno de los golpes geopolíticos más duros tras la revolución cubana. Las críticas llovieron sobre Carter y también sobre Brzezinski a quien se acusó de falta de sentido de la realidad.

No obstante, tras la llegada de Ronald Reagan a la Casablanca en 1981 la estrategia seguida fue fundamentalmente la misma aunque es indudable que Reagan supo ejercerla de una forma mucho más enérgica y sin el excesivo complejo de culpa que atenazaba a Carter. Finalmente, las previsiones de Brzezinski (y también las de George Kennan) sobre la debilidad estructural de la URSS se mostraron acertadas y los dirigentes soviéticos se vieron incapaces de afrontar el duelo militar, tecnológico e ideológico que se les planteó. *“El resultado fue la fase final de la Guerra*

Fría, que va aproximadamente desde 1979 a 1991. Se caracterizó por la gradual recuperación occidental de la iniciativa ideológica, por la erupción de una crisis filosófica y política en el campo adversario y por el empuje final y decisivo de Estados Unidos en la carrera de armamentos. Esta fase duró algo más de un decenio. Su resultado fue la victoria” (2).

La visión geopolítica de Brzezinski podría calificarse además de clásica. De un clasicismo a veces sorprendente en un hombre más próximo a las tesis idealistas. Su concepto básico, el de un continente central (Eurasia) clave para conseguir el dominio global, nos recuerda claramente las tesis de la “tierra corazón” de MacKinder *“Eurasia es el supercontinente eje del mundo. Una potencia que dominara Eurasia ejercería una influencia decisiva sobre dos de las tres regiones económicas más productivas del mundo: Europa Occidental y Asia Oriental. Un vistazo sobre el mapa da a entender también que un país dominante en eurasia controlaría casi automáticamente Oriente Próximo y África. Al ser ahora Eurasia el tablero decisivo del ajedrez geopolítico, ya no basta con tener una política para Europa y otra para Asia. Lo que ocurra con la distribución del poder en la masa territorial euroasiática será de decisiva importancia para la primacía mundial de EEUU y su legado histórico” (3).*

En un pensador estratégico norteamericano esta visión continental es cuando menos atípica. Y lo es más cuando repasamos los países que Brzezinski considera como principales jugadores geopolíticos: Alemania, Francia, China, India y Rusia. Todos ellos potencias más continentales que marítimas. Japón, Gran Bretaña o Indonesia, países más volcados hacia el mar, merecen la consideración de “importantes”, pero no hasta el punto de formar parte del club de jugadores principales. Probablemente en esta visión continental haya influido tanto el origen polaco de Brzezinski como su prolongado estudio de la antigua URSS.

¿Qué es Europa para Brzezinski?

Para un europeo que lea el último libro de Brzezinski (El gran tablero mundial) la respuesta puede ser irritante. Europa es una parte muy a tener en cuenta de ese gran tablero que Brzezinski identifica como Eurasia y en el cual se ponen en juego los intereses mundiales y, por tanto, los de Estados Unidos. El valor de Europa reside fundamentalmente en su carácter

(2) Brzezinski, Zbigniew: “La Guerra Fría y sus secuelas”. Política Exterior, 30, VI. 1992-93.

(3) Brzezinski, Zbigniew: “Una estrategia para Eurasia”. Política Exterior, 60, XI-Nov/Dic. 1997.

de “cabeza de puente democrática” lo que parece provenir de una curiosa concepción sobre la Historia y el origen de las ideas democráticas. No obstante, si pasamos por alto esta visión un tanto parcial podremos adentrarnos en una interesante reflexión sobre la naturaleza europea.

En la obra de Brzezinski encontramos frecuentes referencias a dos conceptos que explican el origen de la actual Europa. Por un lado tenemos a la “Europa Romana”. El Imperio Romano ha sido el origen de la idea de una Europa unida. De hecho gran parte de la historia europea se explica como los sucesivos intentos por restaurar el Imperio Romano. Pero la Europa romana trasciende las antiguas fronteras del Imperio y llega hasta donde llegó el cristianismo, su religión oficial. Esto incluye a toda la Europa Central e incluso a Rusia, que se considera a sí misma heredera de la tradición romana.

Un concepto más limitado es el de la “Europa Carolingia”. Carlomagno intentó la resurrección del Imperio en el siglo IX y en parte lo consiguió, pero esa resurrección afectó sólo a la parte occidental de la antigua Roma, lo cual era lógico pues la parte Oriental se había transformado en el Imperio Bizantino. Esa Europa occidental y carolingia va a monopolizar durante mucho tiempo la idea europea, marginando a las regiones orientales. La última, y quizás más dramática, muestra de este monopolio ocurrirá durante la Guerra Fría cuando Europa Occidental aparezca como la verdadera continuadora de la tradición cristiana y romana.

Actualmente, nos encontramos en un momento trascendental. Europa tiene la ocasión de superar la idea carolingia y de volver a la tradición de unidad romana, aglutinando a toda la Europa Oriental y, quizás, incluso a Rusia.

Hay que tener en cuenta el origen polaco del propio Brzezinski. Polonia siempre ha manifestado su identidad dentro de la tradición romana y católica y, por tanto occidental, pese a que nunca formó parte del Imperio Romano y conoció el cristianismo a través de los caballeros teutones, herederos de la Marca Oriental carolingia. Con el paso del tiempo, los polacos han acumulado un cierto resentimiento hacia la Europa Occidental que siempre les ha considerado como una “tierra fronteriza” por su proximidad a Rusia. En las páginas de Brzezinski podemos todavía ver ecos de este resentimiento a la vez que una invitación a superar el “olvido” secular de la Europa del Este.

Así pues, la idea de Europa esbozada en las obras de Brzezinski tiene sus raíces en la tradición cristiana y en un vago recuerdo de unidad, de pro-

yecto común. Pero ¿qué ocurre con Rusia? Realmente forma parte de esa tradición cristiana e incluso ha mantenido la pretensión de ser la “Tercera Roma”, refugio del culto ortodoxo desde la caída de Constantinopla en el siglo XV. Sin embargo, nuestro autor no es optimista sobre una próxima integración rusa en la nueva Europa. El Imperio Ruso creció demasiado aislado y su existencia está demasiado próxima. La idea imperial persiste en la mente del pueblo ruso y sigue sembrando el temor en los países vecinos. Además, existe un componente asiático en la identidad rusa que no puede ser despreciado. Será necesario un tiempo, probablemente prolongado, para que Rusia renuncie a su sueño imperial, se conforme con un papel más modesto y encuentre su lugar dentro de una Europa unificada. Eso siempre que decida escoger esta vía y no vuelva su vista hacia Asia.

Una vez definida Europa territorialmente podemos indagar en la visión que Brzezinski tiene de las relaciones de poder en Europa y del proceso de unión en marcha.

En esta visión existen fundamentalmente dos grandes jugadores geopolíticos (expresión utilizada por él mismo): Francia y Alemania. Las motivaciones de cada uno son diferentes pero recordemos que son los herederos de las entidades surgidas tras la división del Imperio Carolingio. Francia ha aspirado a la hegemonía europea desde la época de Luís XIII y el Cardenal Richelieu, cuando logró romper el cerco al que había sido sometida por los gobernantes Habsburgo. Este sueño hegemónico se ha visto repetidamente frustrado provocando graves convulsiones en la historia francesa y un cierto sentimiento de insatisfacción nacional. Primero, fue la potencia naval británica la que rompió las aspiraciones francesas desde Luís XIV hasta Napoleón. Posteriormente, el gigante alemán, nacido en su frontera Norte, humilló el orgullo francés y enterró definitivamente su primacía como primera potencia continental.

Pero el sueño francés no ha muerto. Tras la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial, Francia lo recuperó en la forma de una unidad europea bajo su liderazgo. El primer paso consistió en enterrar la vieja enemistad con Alemania. Posteriormente, la producción de armamento nuclear, las intervenciones destacadas en la política internacional y su papel de líder de la Unión Europea, compartido con Alemania, han demostrado el papel de adalid del nuevo renacimiento europeo.

Francia, además siempre ha mantenido el liderazgo de la órbita latina y la ventaja en la relación con los países de la orilla sur del Mediterráneo que opone a la influencia alemana en Europa Central y del Este.

Sin embargo, Brzezinski opina que el liderazgo francés tiene los pies de barro. Francia no es una potencia económica comparable a Alemania, y mucho menos, a Estados Unidos, o a lo que puede llegar a ser China. Militarmente las posibilidades francesas son muy limitadas. En cuanto al aspecto cultural la influencia de Francia en Centroeuropa no puede compararse a la de Alemania. Francia no puede liderar Europa en solitario ni puede ser el único motor de la unión europea. Para eso necesita a Alemania.

La actual actitud alemana ante Europa podría definirse como un intento de “redención”. Alemania trata de liberarse de las zonas más oscuras de su pasado y regresar a su tradición de prestigio moral y político a través del fomento de la unidad europea. Sin embargo, su unificación puede marcar un punto de inflexión en su actitud hacia Europa. La recuperación de su esfera de influencia en Europa Central y Oriental parece una tentación irresistible. El primer efecto de la reunificación habría sido el aumento de la desconfianza francesa hacia su poderoso vecino.

Y precisamente en esta relación franco-alemana que combina la desconfianza con la necesidad mutua se encuentra una de las claves de la estabilidad y de la posibilidad de unión europea. De hecho, la enemistad tradicional entre ambos países fue formalmente superada cuando, tras la Segunda Guerra Mundial, quedó claro que se trataba de una actitud que llevaba inevitablemente al suicidio mutuo. La reacción de unidad surgida de ese descubrimiento constituye el germen de la actual Unión Europea. Pero esto no quiere decir que se hayan olvidado los viejos rencores ni que los objetivos geopolíticos se hayan unificado. Francia continúa mirando hacia el Sur y Alemania hacia el Este. Francia aprovecha la mínima oportunidad para coquetear con Rusia, su aliado natural y oponente clásico a la expansión alemana hacia el Este, mientras que Alemania crea su propio espacio de influencia en los Balcanes con gran disgusto por parte de Francia. Ambos países continúan experimentando una sana desconfianza mutua pero, precisamente, esa desconfianza y divergencia de intereses (que es a la vez complementariedad) crea el marco adecuado para una unión del continente menos polarizada por una agobiante superioridad alemana o una irritante prepotencia francesa.

Brzezinski no oculta su impresión de mayor fiabilidad hacia un liderazgo alemán que hacia uno francés. Su doble origen polaco y norteamericano parecen impulsarle a ello. Pero tampoco se hace demasiadas ilusiones. La sombra de Alemania pesa todavía en las conciencias europeas e invalida a este país para convertirse, por sí solo, en el líder de la unificación.

Curiosamente, el papel otorgado a Gran Bretaña dentro de su obra es el de un viejo león dormido. Escéptica y reticente hacia la Unión Europea mantiene una relación privilegiada (que Brzezinski no duda en calificar también de decadente) con Estados Unidos. No puede convertirse en motor de Europa ni tiene fuerzas para emprender un camino diferente, ni es otra cosa para Estados Unidos que un aliado útil y fiel.

Por encima de estas consideraciones geopolíticas, nuestro autor también advierte de un peligro larvado en las sociedades europeas. Las catastróficas guerras mundiales, la amenaza de convertirse en campo de batalla nuclear y las políticas sociales excesivamente generosas aplicadas durante la posguerra han agotado la antigua vitalidad de los europeos. Brzezinski no duda en calificar la actitud predominante hoy en día entre los ciudadanos europeos como hedonismo. Este hedonismo se manifiesta en una pérdida de ideales y en el acomodo a una vida exenta de problemas bajo la tutela de un estado protector y redistribuidor. Una actitud que, a medio plazo, puede oscurecer los logros económicos y precipitar a toda la sociedad europea hacia una inevitable decadencia, de la que ya comienzan a percibirse algunos signos. *“La crisis de legitimidad política y de vitalidad económica a la que Europa occidental se enfrenta cada vez más —pero que es incapaz de superar— esta profundamente arraigada en la penetrante expansión de la estructura social centrada en el Estado—patrocinador que favorece el paternalismo, el proteccionismo y el parroquialismo. El resultado de ello es una enfermedad cultural que combina hedonismo escapista y vacío espiritual, una enfermedad que pueden explotar nacionalistas extremistas o ideólogos dogmáticos”* (4).

EL PROBLEMA RUSO

Cuando se refiere a Europa es habitual encontrar, en la obra de Brzezinski, una asociación entre dos problemas políticos clásicos para la estabilidad europea: El “problema alemán” y el “problema ruso”. Ambos han marcado los dos últimos siglos de la historia europea y han marcado tanto la caída como el resurgir del continente. *“La OTAN nació en gran medida como respuesta a las amenazas que, para un orden estable, presentaba la potencia desproporcionada de estos dos estados. Durante los pasados cuarenta años la OTAN creó una estructura estable tanto para*

(4) Brzezinski, Zbningniew: «El Gran Tablero Mundial». Editorial Paidós 1998.

dotar a Alemania de un papel constructivo en una Europa en proceso de unificación como para proteger a Europa Occidental de la Unión Soviética. Hoy la cuestión estriba en encontrar una fórmula que consolida a Alemania en una Europa más extensa y facilite el establecimiento de relaciones de cooperación con la nueva Rusia” (5).

El problema alemán consiste de forma esquemática en el proceso expansivo de un pueblo, enormemente vital, que ha sido abortado de forma violenta dentro de una política de equilibrio de poder en Europa. Las aspiraciones alemanas a formar un imperio de tipo territorial fueron aplastadas en ambas guerras mundiales de forma tan brutal como pretendía ser su expansión. Este proceso no sólo aplastó a Alemania sino que agotó al resto de Europa. Pero los alemanes seguían siendo una sociedad con una enorme vitalidad como demostraron en la reconstrucción de su país durante la posguerra. La enorme frustración sentida tras su derrota se mezcló con dos conceptos que consiguieron atenuarla y resolver, al menos hasta el momento, el problema del papel alemán en Europa.

Por un lado, los alemanes reconocieron los errores del pasado. Admitieron y se avergonzaron de los brutales métodos que habían utilizado para intentar imponer su hegemonía, unos métodos, por otro lado, impropios en un pueblo aclamado por su contribución a la cultura. En este sentido, se produjo una búsqueda de la redención, comentada ya en el punto anterior, que condujo a una Alemania más humana y cooperativa. *“En su ferviente compromiso con Europa, Alemania ve una purificación histórica y una restauración de sus credenciales morales y políticas. Al redimirse a través de Europa, Alemania restaura su propia grandeza al tiempo que obtiene una misión que no tiene por qué movilizar automáticamente el resentimiento y los temores europeos hacia ella” (6).* Por otro lado la sociedad alemana encauzó esa vitalidad que le impulsaba a crear un imperio territorial a la consecución de una enorme riqueza económica. De una forma muy similar a la de Japón, Alemania recuperó su rango de potencia mundial, no a través de su poderío militar sino de su potente economía.

De momento este ha sido el fin del “problema alemán”. Sería un error considerarlo un proceso terminado y Brzezinski no lo hace *“No se puede desechar la posibilidad, por muy remota que hoy sea, de que en una Europa fluida y una Unión Soviética desordenada, Berlín y Moscú se*

(5) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW: *«La nueva Rusia y la ampliación de la OTAN»*. Política Exterior. 43, IX Febrero/marzo 1995.

(6) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW: *«El Gran Tablero Mundial»*. Editorial Paidós, 1998.

sintieran algún día tentados de nuevo" (7). Alemania tiene pendiente una expansión hacia el Este que ya no será de conquista militar pero sí de influencia política y económica. Por otro lado, la vuelta a un imperialismo más o menos disimulado está aún presente en algunas actuaciones alemanas como, por ejemplo, en su destacada participación en la desintegración yugoslava.

Para nuestro autor el problema alemán ha sido sustituido en cierta forma por el "problema ruso". Aunque existen diferencias notables también es posible encontrar notables similitudes. El Imperio Ruso se desarrolló a lo largo de siglos, lenta pero continuamente. Su formación no estuvo motivada por la vitalidad de un pueblo ni tuvo el carácter explosivo de la expansión alemana, de hecho se trató más bien de la lenta y penosa marcha de un pueblo atrasado pero enormemente tenaz guiado por gobernantes despóticos.

Esta marcha parecía haberse agotado a principios de este siglo y el Imperio Ruso entraba ya dentro de la categoría de imperios decadentes junto al Austro-Húngaro o el Turco. Sin embargo, la Revolución de 1917 y la adopción de un nuevo orden social y político prestó un nuevo impulso a la sociedad rusa y sus dirigentes adoptaron rápidamente la herencia geopolítica del Imperio Zarista.

A partir de ese momento se produjo el gran impulso que catapultó a Rusia a la categoría de potencia mundial. Hasta entonces el Imperio Ruso se había mantenido en los márgenes del mundo occidental e incluso había sido despreciado por las potencias europeas. Pero tras la Segunda Guerra Mundial, Rusia estaba en condiciones de enzarzarse en una pugna global con EEUU por la hegemonía mundial.

Cuando ese naciente y aparentemente dinámico imperio parecía estar en el auge de su poder, su rápido desmoronamiento dejó a la población rusa con una mezcla de sensaciones entre las que se podían encontrar la perplejidad, la frustración y el abatimiento. Es en este aspecto en el que más similitudes se encuentran con el caso alemán: dos Imperios en plena expansión ven truncado súbitamente su desarrollo y quedan reducidos a escombros en un breve plazo de tiempo. Los alemanes ya hemos visto que supieron reaccionar y solucionar aparentemente su particular

(7) Brzezinski, Zbigniew: «Compromiso global selectivo». Política Exterior, 1992.

problema. Pero los rusos se encuentran todavía en una fase de desconcierto de la que es difícil ver la salida.

Brzezinski, en su último libro "El Gran Tablero Mundial" denomina al espacio antes ocupado por la URSS "el agujero negro". Esta expresión es muy ilustrativa del efecto provocado por la desaparición del Imperio Soviético. Sólo el caos, la incertidumbre y la ruina económica han quedado como herencia de la URSS.

En este vacío geopolítico, creado precisamente en la zona tradicionalmente considerada como el centro geopolítico del mundo, surge un enorme interrogante sobre el porvenir ruso. Para intentar aclararlo, Brzezinski sugiere buscar la respuesta a dos preguntas clave ¿Qué es Rusia? ¿Cuál es su lugar?.

El problema de la identidad rusa es clásico y nunca ha podido ser solucionado de forma nítida. Rusia es la combinación de una etnia (los grandes rusos) con una vaga idea paneslavista y, sobre todo, con un ideal espiritual, una idea de "lo ruso", que incluía desde la herencia espiritual del Imperio Romano hasta la misión civilizadora de los bárbaros del Este. Esta suerte de visión mesiánica se transformó durante la existencia de la URSS en el liderazgo de un movimiento social revolucionario e igualitario con aspiraciones universales.

El problema es que ninguno de estos elementos identificativos está demasiado claro. El mismo concepto de etnia rusa es complejo. Los ucranianos son tradicionalmente los pequeños rusos, los bielorrusos los rusos blancos y los habitantes mayoritarios de la actual Federación Rusa los grandes rusos. Todos tienen un tronco étnico común y una historia prácticamente conjunta en los últimos siglos, pero también tienen sus divergencias y sus identidades nacionales respectivas. En cuanto al paneslavismo, se trata de algo innegable para Rusia pero que despierta mucho menos entusiasmo en el resto de los países eslavos. De hecho, según Brzezinski, Rusia nunca ha sido capaz de crear un foco cultural atractivo para los países de su entorno. Nunca ha sido un líder al cual imitar. La relación con Rusia siempre era de miedo o, al menos, de respeto, pero rara vez de admiración. Este hecho ha relativizado también la importancia de su "misión civilizadora". Los rusos estaban convencidos de haber creado una identidad supranacional regida por sus ideales, primero con el Imperio Zarista y, después, con la URSS. Pero en realidad, el grado de integración de los pueblos sometidos fue siempre muy bajo. En este aspecto imperial, Rusia nunca ha conseguido alcanzar los niveles del Imperio

Romano o de los actuales Estados Unidos, en la creación de modelos culturales y sociales admirados, imitados y aceptados por todo su entorno.

Si resulta complejo explicar qué es Rusia, más complejo todavía resulta definir hasta donde se extiende. En realidad, muchas de las repúblicas surgidas del derrumbamiento de la URSS contienen importantes minorías rusas, al tiempo que, dentro de las fronteras actuales de la Federación Rusa, conviven innumerables minorías étnicas caucásicas, tártaras o asiáticas. Por si fuera poco, tenemos el carácter ambiguo de algunas de las nuevas repúblicas en cuanto a su identidad rusa. Bielorrusia, por ejemplo, parece irremediablemente abocada a una nueva unión con la Federación Rusa, pero el caso de Ucrania no es ni mucho menos tan claro.

Para los rusos el dominio de ese vasto espacio antes ocupado por la URSS es garantía, a la vez, de recuperación de su papel histórico y de mantenimiento de su unidad territorial. Este “euroasianismo” es una aspiración que renace con fuerza en estos años de crisis. *“Esta identidad es el legado del extraordinario control espacial de Rusia sobre la enorme masa territorial situada entre Europa Central y las costas del Océano Pacífico, el legado de la estatalidad imperial que Moscú forjó a lo largo de cuatro siglos de expansión hacia el Este. Esta expansión provocó la asimilación con Rusia de una vasta población no rusa y no europea, creándose así una singular personalidad política y cultural euroasiática”* (8).

Sin embargo el “euroasianismo” es, hoy por hoy, una aspiración sólo sentida por los rusos. El resto de etnias y nacionalidades —incluso algunas que se encuentran dentro de las fronteras de la Federación Rusa— ven con enorme suspicacia cualquier intento de Moscú por recuperar su papel en la región.

Ante la indefinición, tanto de su propia identidad como de su extensión, Brzezinski no se asombra ante la dubitativa actitud y la falta de realismo de la política exterior rusa tras el derrumbamiento de la URSS. En un primer momento prevalecieron las tesis occidentalistas. Rusia debía olvidarse de su vocación imperialista, convertirse en un estado de tipo occidental y en un aliado de los Estados Unidos. En el fondo de esta idea subyacía la esperanza de que Rusia continuase siendo una gran potencia, que tratase de igual a igual a su socio norteamericano y se repartiese con él la hegemonía mundial. Incluso este renacimiento podía llegar a aumen-

(8) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW: «El Gran Tablero Mundial». Editorial Paidós, 1998.

tar el prestigio ruso ante sus antiguos súbditos y hacerles volver al redil de una CEI controlada por Moscú.

La realidad pronto se impuso a esta teoría. *“Los Estados Unidos no tenían intenciones de compartir el poder global con Rusia y tampoco podrían haberlo hecho de haberlo querido. La nueva Rusia era, sencillamente, demasiado débil, estaba demasiado devastada por los tres cuartos de siglo de gobierno comunista y estaba socialmente demasiado atrasada como para poder ser un socio global”* (9).

La desilusión ante esta realidad hizo balancearse el péndulo de la política exterior rusa hacia el otro extremo. Si no se podía ser aliado global de los EEUU había que contrarrestar su liderazgo y recuperar el rango de potencia mundial. Para ello, había dos soluciones: o bien recuperar el antiguo espacio soviético y, a través de él, la antigua potencialidad y posición estratégica, o bien promover una coalición antinorteamericana mundial. La primera de estas soluciones condujo a la teoría estratégica de la recuperación del “extranjero próximo”, comprendiendo bajo esa denominación a los países surgidos de la antigua URSS. Aunque se obtuvieron algunos éxitos —la incorporación de Bielorrusia a una nueva “Comunidad de Repúblicas Soberanas” y la futura creación de una “Comunidad de Estados Integrados” con Kazajistán, Bielorrusia y Kirguistán— la reacción entre la mayoría de los nuevos estados independientes fue, en el mejor de los casos, de cautela. *“Los nuevos estados independientes consideraban que Rusia era políticamente inestable, que seguía manteniendo ambiciones de dominación y que, económicamente, representaba un obstáculo para su participación en la economía global y para que pudieran acceder a las muy necesarias inversiones extranjeras”* (10).

A pesar de estas reticencias el control del “extranjero próximo” sigue formando parte de la línea estratégica rusa definida en el Concepto de Seguridad Nacional de Diciembre de 1997.

En cuanto a la formación de una alianza capaz de enfrentarse a la hegemonía norteamericana, Rusia ha coqueteado con China e incluso con Irán. Los recientes acontecimientos en Kosovo con la intervención de la OTAN en una zona de tradicional influencia rusa y el confuso bombardeo de la embajada china en Belgrado parecieron resucitar el fantasma de la

(9) Brzezinski, Zbigniew: «El Gran Tablero Mundial». Editorial Paidós, 1998.

(10) Brzezinski, Zbigniew: «El Gran Tablero Mundial». Editorial Paidós, 1998.

Alianza chino-rusa. Pero la alianza se quedó en un nivel más formal que real y es que las diferencias entre ambos países son todavía excesivamente grandes y la extrema debilidad de Rusia no le convierte en un aliado de confianza. De hecho exige demasiado de esa hipotética alianza —el enfrentamiento con la mayor potencia militar y económica del globo— y puede ofrecer muy poco a cambio.

Así pues, Brzezinski considera que estas dos soluciones planteadas por Moscú para solucionar su “problema” de pérdida de hegemonía e identidad sólo conducen a una vía muerta. La única solución para el autor norteamericano —la que él llama alternativa única— es la occidentalización de Rusia. Las dos soluciones anteriores pasan por reconocer todavía un papel de potencia global a la Federación Rusa. Pues bien, para Brzezinski es precisamente eso lo primero que los rusos deben olvidar. Cualquier intento de recuperar su papel hegemónico encontrará una resistencia a las que no se pueden enfrentar en su actual estado de debilidad. La actitud positiva se asemejaría a la que adoptó Alemania tras la Segunda Guerra Mundial: renunciar a su papel imperial y convertirse en un estado de tipo occidental. Eso no significaría el fin de Rusia como algunos predicen. Al renunciar a su sueños imperiales Alemania quedó libre para convertirse en una de las potencias económicas mundiales. Algo similar ocurrió con Japón. Rusia tiene potencial y territorio suficiente como para seguir siendo uno de los estados con mayor peso en la escena internacional, pero sólo si abandona la agotadora pugna por el dominio global.

Evidentemente, esta visión de Brzezinski puede parecer interesada desde el punto de vista norteamericano (y probablemente lo sea), pero no se le puede negar un enfoque muy realista. Está claro que los esfuerzos rusos por intentar mantenerse como una potencia global están siendo tan caros política y económicamente como infructuosos. Parece que un repliegue estratégico sería la solución más realista. Una vez superada la etapa actual de caos y agotamiento Rusia podría volver a plantearse la recuperación de su rango de gran potencia o conformarse con un papel más modesto de carácter regional. En cierta forma, es la estrategia que actualmente está siguiendo China con un excelente resultado: una potencia enorme se está gestando casi en la sombra.

En el tema de Rusia hay una faceta del pensamiento de Brzezinski que puede sorprender aunque es común a la mayoría de los pensadores que se apoyan en la geopolítica. Este tema es la poca importancia que da a los niveles de corrupción que se han alcanzado en Rusia y a su influencia sobre la clase política. De hecho, Brzezinski —y reitero que no es, ni

mucho menos, el único— concibe una Federación Rusa dirigida por una clase política que busca sinceramente lo mejor para la nación y que bucea entre las diferentes soluciones políticas y estratégicas para intentar encontrar la más adecuada. Pero el aspecto más inquietante de la política rusa es precisamente la negación de esta premisa. ¿Y si el nivel de corrupción ha llegado a tal punto que condiciona las decisiones de la cúpula política de Moscú? ¿Y si no se gobierna valorando intereses nacionales y relaciones geopolíticas sino buscando los intereses personales o de grupos de poder?.

En ocasiones el comportamiento de la clase política rusa, y de su Presidente en especial, parecen avalar esta teoría con gobiernos nombrados y depuestos en cuestión de horas de forma incomprensible y con fuertes tensiones entre el Parlamento, el Gobierno y la Presidencia. Sin duda, esta posibilidad sería la más peligrosa. Cuando lo que se pone en juego son intereses nacionales siempre existen soluciones razonables aunque, en ocasiones, puedan exigir medidas drásticas. Pero cuando entran en juego intereses de grupos de presión semidelictivos la solución es difícil ya que estos grupos carecen de programas políticos, sociales o económicos y sólo se guían por el beneficio económico y el mantenimiento del poder.

UNA ESTRATEGIA NORTEAMERICANA PARA EUROPA

Todas las obras de Zbigniew Brzezinski están escritas bajo el punto de vista geoestratégico norteamericano. Las referencias a Europa se hacen siempre desde el punto de vista del otro lado del Atlántico y considerando a los europeos bien como fieles aliados, bien como potenciales adversarios o, sencillamente, como los habitantes de un complejo mosaico de nacionalidades, tan confusos como necesitados de protección.

Ya hemos comentado tanto la visión de Brzezinski sobre la naturaleza de Europa como sobre lo que, para él, constituye su principal problema: el futuro de Rusia. Ahora vamos a comentar cuál es la estrategia que el propone a Estados Unidos para su relación con Europa. Es necesario realizar dos precisiones antes de introducirnos en ella. En primer lugar, la estrategia a la que se refiere Brzezinski sería aquella que Beaufre definiría como Estrategia Total, Liddell Hart como Estrategia General y Collins como Gran Estrategia, es decir aquel nivel de la estrategia más próximo a la política, desarrollado fundamentalmente por los gobiernos y que no se limita ni mucho menos al aspecto militar, sino que utiliza todos

los recursos del estado para la consecución de los intereses del mismo. En segundo lugar, la estrategia que propone para Estados Unidos tiene habitualmente un objetivo definido: el mantenimiento de la hegemonía norteamericana en el mundo. Este aspecto queda especialmente claro en su último libro "El Gran Tablero Mundial".

Pero, pese a ese enfoque geopolítico, un tanto despiadado, nuestro autor reconoce que: *"Europa es el aliado natural de los Estados Unidos. Comparte sus mismos valores; participa, en términos generales, de la misma herencia religiosa; practica la misma política democrática y es la madre patria de la mayoría de los estadounidenses"* (11). Los Estados Unidos pueden sentir desconfianza hacia Europa, incluso pueden llegar a un cierto desprecio por la falta de vitalidad de los europeos; pero Europa sigue siendo su principal valedor y aliado en el mundo aparte de tener un rincón en el recuerdo de muchos de sus ciudadanos (recordemos el origen polaco del propio Brzezinski).

Desde el punto de vista geopolítico, Europa es el principal campo de juego de los intereses norteamericanos. La presencia en Europa y la influencia sobre los acontecimientos y decisiones europeas proporciona a Estados Unidos la mejor base de partida para actuar en ese vasto continente euroasiático que Brzezinski califica de vital para la hegemonía global. Es "la cabeza de puente democrática" a la que aludíamos antes. En el otro extremo de Eurasia la penetración norteamericana es más superficial y se limita fundamentalmente a Japón, Corea del Sur y, hasta cierto punto, Taiwan.

La implicación en la reconstrucción y la defensa europea en los años de la posguerra ligó de tal forma los intereses de Estados Unidos y de los países europeos que resulta muy difícil separarlos hoy en día. Por eso, la aparición de una Europa hostil sigue siendo algo prácticamente impensable para los dirigentes de Estados Unidos. No obstante, la caída de la gran amenaza que representaba la URSS para el continente europeo ha dado paso a un replanteamiento de las relaciones Europa-EEUU. El proceso de unión europea se ha acelerado hasta un punto en el que ya es posible vislumbrar un futuro y temible competidor económico. En el campo de la seguridad, el más dominado por el enorme potencial norteamericano, cada vez son más las voces que se alzan pidiendo una defensa genuinamente europea que acabe con la crónica dependencia del gigante del otro lado del Atlántico.

(11) Brzezinski, Zbigniew: «*El Gran Tablero Mundial*». Editorial Paidós, 1998.

No obstante, Europa sufre una serie de problemas de fondo que le impiden prescindir de su socio norteamericano. En primer lugar y desde el punto de vista de la seguridad, la presencia estadounidense es todavía imprescindible en Europa. Así quedó demostrado en Bosnia y así se ha repetido en Kosovo. Sencillamente los europeos, por sí solos, no disponen de una herramienta militar capaz de ejercer una amenaza creíble. Ciertamente que la suma de los potenciales militares de los países europeos es formidable (y aún así muy inferior al potencial militar norteamericano), pero no menos formidables son los problemas para conseguir que esa suma pueda producirse. Sólo el liderazgo norteamericano puede poner en pie una operación de la envergadura suficiente como para someter a un estado rebelde de cierta entidad como lo fue la República Federal de Yugoslavia.

Esta descompensación en el poderío militar tiene su reflejo en el principal instrumento para la seguridad y defensa europea: la OTAN. Los países europeos son conscientes de que, sin la participación norteamericana, la organización es mero cartón piedra. Por supuesto que proliferan iniciativas para intentar crear una identidad de defensa europea pero ninguna de ellas ha conseguido todavía alcanzar un grado de efectividad creíble.

En el aspecto político y económico, es cierto que el proyecto de Unión Europea ha progresado notablemente pero los escollos con los que se encuentra son también considerables. El mantenimiento de posturas básicamente nacionales sigue siendo la norma habitual y estas posturas pueden llegar a ser enconadas, especialmente entre los países con mayor peso específico dentro de la unión. Por otro lado, surge el enorme problema de la ampliación al Este. En este tema se mezclan desde intereses puramente nacionales (pudiera ser el caso de Alemania) hasta otros relacionados con la estabilidad y seguridad (apoyar la viabilidad de los regímenes surgidos en los países del antiguo bloque comunista) e incluso aspiraciones meramente culturales e históricas (recuperar una Europa completa). Todos estos deseos e intereses tienen que convivir con el hecho de que integrar a los nuevos países supone una considerable carga económica que puede repercutir negativamente en los delicados sistemas europeos de protección social.

Así pues, Europa necesita todavía a los Estados Unidos como socio comercial, garante de su seguridad e incluso arbitro de sus problemas internos. La estrategia que propone Brzezinski para mantener los lazos europeo-norteamericanos, evitando a la vez la futura aparición de un rival comercial e incluso político, se basa en los siguientes puntos:

- Compromiso de Estados Unidos con la causa de unificación europea. Una medida precisa para compensar la crisis moral en Europa y para desechar sospechas sobre la oposición norteamericana a la unión.
- A corto plazo, oposición táctica a la política francesa y apoyo al liderazgo alemán. A largo plazo, acomodo con el punto de vista francés sobre la distribución de poder en las organizaciones transatlánticas.
- Actuación enérgica de Estados Unidos con respecto a la definición de la extensión de Europa y, por tanto, a las relaciones con Rusia en temas tan delicados como Ucrania y los Países Bálticos.

Estos tres puntos son lo suficientemente complejos e interesantes como para dedicarles un comentario pormenorizado. Ciertamente la estrategia de Brzezinski parece conciliadora y bienintencionada hacia la identidad europea, y lo es en gran medida, pero también encierra sutilezas un tanto inquietantes.

En primer lugar, tenemos la actitud hacia la unión. La teoría de nuestro autor se basa en que una oposición a la unidad europea no serviría más que para volver todavía más desconfiados a los gobiernos del Continente obteniendo, probablemente, un efecto contrario al pretendido. La postura norteamericana tiene que ser de apoyo a ese proceso. El método para evitar que Europa pueda convertirse en una potencia hostil —hipótesis poco probable en cualquier caso— es comprometerse a tratarla como un socio global de la hegemonía norteamericana, algo que, de hecho, ya es en gran medida. Estados Unidos necesita actualmente a los europeos como apoyo en muchas de sus decisiones. Este apoyo proporciona legitimidad y posibilidad de compartir gastos en caso de tener que aplicar medidas de fuerza, peso en los organismos internacionales como el Consejo de Seguridad de NNUU, o el Fondo Monetario Internacional (FMI), y vías alternativas de relación con estados especialmente sensibles a la hegemonía norteamericana o incluso abiertamente hostiles a la misma.

No obstante, en otros párrafos escritos por el autor se perfila un a cierta actitud maquiavélica hacia el apoyo a la unidad europea. *“Las alternativas reales para la próxima o para las dos próximas décadas son o la de una Europa en expansión y en proceso de unificación que persiga —aunque de manera indecisa y espasmódicamente— la meta de la unidad continental, o la de una Europa estancada que no vaya mucho más allá de su*

(13) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW: «El Gran Tablero Mundial». Editorial Paidós, 1998.

estado de integración y alcance geográfico actual" (12). "En cualquier caso, los Estados Unidos no deberían transmitir la impresión de que prefieren una asociación europea más difusa —aunque más amplia—" (13).

La idea de una Europa más amplia y difusa como escenario preferido por la estrategia norteamericana puede resultar un tanto inquietante. Demuestra que existe una prevención cierta en Estados Unidos ante la aparición de un potencial competidor europeo. La línea estratégica propuesta escuetamente por Brzezinski presenta una sutileza no siempre presente en la diplomacia norteamericana. Efectivamente, si Estados Unidos apoya sin reservas la ampliación europea queda libre de sospechas sobre su oposición a tal proceso, pero puede actuar entonces como un malévolo anfitrión que anima a sus invitados a probar nuevos y exquisitos platos hasta que estos perecen de indigestión. Brzezinski sabe los enormes problemas que se generan en una Unión Europea de quince miembros con unas economías relativamente homogéneas. Una ampliación excesiva a nuevos países en el Este de Europa, con sus enormes problemas sociales y económicos, supondría unas complicaciones tan graves que, probablemente, paralizarían el proceso de unidad.

El gran beneficiado de esta situación sería evidentemente Estados Unidos. Europa le seguiría necesitando como un garante de su seguridad y un líder capaz de articular las acciones europeas en política exterior. Además, esa nueva y difusa entidad europea integraría a gran parte de Europa Central y Oriental en la "cabeza de puente democrática", es decir, en el área de influencia directa de Estados Unidos.

Esta propuesta estratégica se enmarca dentro de una estrategia superior a nivel mundial. En realidad, lo que Brzezinski propone para mantener el liderazgo global norteamericano es el control de los dos extremos del tablero euroasiático. Para ello, es necesaria en el extremo occidental esa Europa amplia y difusa, necesitada del apoyo norteamericano, que acabamos de comentar. Para el extremo oriental, Brzezinski propone aceptar a China en su papel de potencia regional (papel en el que no le faltarán problemas teniendo como vecinos a Rusia, la India, Japón y los países de Asia Central), evitando con ello que pueda ascender al nivel de potencia mundial mientras se mantiene una relación privilegiada con Japón. Como complemento, una hábil actuación en las ex-repúblicas soviéticas de Asia Central y en Ucrania y Azerbaiján podrán evitar el renacimiento del Imperio Ruso, al tiempo que materializa la presencia nortea-

(13) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW: «*El Gran Tablero Mundial*». Editorial Paidós, 1998.

americana en una zona de enorme riqueza energética, clave para el próximo siglo.

No obstante, debemos atenuar la impresión manipuladora que pueda desprenderse de estas ideas de Brzezinski. Ciertamente propone una estrategia para mantener el liderazgo norteamericano al menos durante la próxima generación y lo hace con sinceridad. Pero las acciones que plantea tienen un carácter fundamentalmente estabilizador y se enmarcan en esa concepción del idealismo norteamericano que considera a la democracia, el liberalismo económico y el respeto a los Derechos Humanos como un fin deseable para el conjunto del género humano y la mejor vía para alcanzar la felicidad a nivel individual y la paz y la prosperidad a nivel colectivo. En ese sentido, y aunque algunas de sus líneas de acción sean claramente manipuladoras, esta manipulación se mantiene en un nivel diplomático y económico que excluye el recurso a la imposición armada, la desestabilización premeditada o la humillación nacional. Esta dualidad entre el poder y los principios (recordemos el título de sus memorias "Power & Principle) es una constante de su pensamiento geopolítico. *"La meta política de los Estados Unidos debe ser necesariamente doble: la de perpetuar la propia posición dominante de los Estados Unidos durante al menos una generación —y preferiblemente durante más tiempo aún— y la de crear un marco geopolítico capaz de absorber los choques y presiones inherentes al cambio sociopolítico, avanzando al mismo tiempo en la constitución de un núcleo geopolítico de responsabilidad compartida encargado de la gestión pacífica del planeta"* (14).

Volviendo a su estrategia para Europa, Brzezinski otorga un importante papel a la OTAN dentro de la misma. La Alianza Atlántica une los intereses europeos y norteamericanos en un aspecto, seguridad y defensa, en el que los primeros son claramente dependientes de los segundos. La OTAN es también el primer instrumento de expansión de Europa Occidental (y de los intereses norteamericanos) hacia el nuevo espacio abierto en el Centro y el Este del Continente. Su papel, en cierta forma, es proporcionar un paraguas protector de seguridad que garantice la transformación hacia la democracia y la economía de mercado como paso previo a una integración en la Unión Europea (UE).

La idea de la ampliación de la OTAN hacia el Este casa perfectamente con la idea estratégica de impulsar una Europa más unida pero a la

(14) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW: «El Gran Tablero Mundial». Editorial Paidós, 1998.

vez más compleja y con menos posibilidades de formar un ente geopolítico autónomo. Quizás por eso Brzezinski se muestra favorable a que Estados Unidos trabaje en común con Alemania en el tema de la ampliación. El país germano se muestra muy favorable a la ampliación tanto de la OTAN como de la UE hacia el Este. Al mismo tiempo, no es, ni mucho menos, tan crítico hacia la supremacía estadounidense dentro de la Alianza como puede serlo Francia. No obstante, la postura francesa no es desdeñable en absoluto; en primer lugar, sirve como contrapeso a un excesivo protagonismo alemán, siempre susceptible de resucitar viejas aspiraciones. En segundo lugar, las tesis francesas sobre un mayor papel europeo dentro de la Alianza van, para Brzezinski, en el camino correcto. *“El punto de vista francés sobre esta cuestión es acertado. Es imposible que algún día pueda existir una Europa verdaderamente unida con una alianza cuya integración esté basada en una superpotencia más quince potencias dependientes. Una vez que Europa empiece a asumir una identidad política genuina propia y que la UE asuma algunas de las funciones de un gobierno supranacional, la OTAN deberá modificarse sobre la base de una fórmula 1+1 (EE.UU. + UE.)”* (15).

Efectivamente, a Estados Unidos no le desagrada la idea de una mayor implicación europea en su seguridad siempre y cuando este proceso se realice en el seno de la OTAN. El papel que Brzezinski reserva a la Unión Europea Occidental (UEO) es de mera antesala de la Alianza Atlántica o de útil complemento para reforzar las redes de seguridad en Europa. *“Otros estados también pueden buscar un vínculo con la UEO como un paso preliminar a una eventual adhesión a la OTAN. La UEO también podría optar en un momento dado por emular el programa de la OTAN de Asociación para la Paz para aplicarlo a los miembros aspirantes a la UE. Todo ello ayudaría a establecer una red más extensa de cooperación en materia de seguridad en Europa, más allá del ámbito formal de la alianza transatlántica”* (16).

La aparición de una Identidad Europea de Seguridad y Defensa (IESD) no constituye pues motivo de alarma para EEUU. mientras se mantenga la unidad de la Alianza y el vínculo trasatlántico. La posibilidad de que los aliados europeos pudiesen llevar a cabo operaciones de cierta envergadura sin excesivo apoyo estadounidense, podría constituir incluso

(15) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW: «El Gran Tablero Mundial». Editorial Paidós, 1998.

(16) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW: «El Gran Tablero Mundial». Editorial Paidós, 1998.

un respiro para unos presidentes de Estados Unidos con dificultades para convencer a sus conciudadanos de la necesidad de arriesgar vidas americanas en lugares como Bosnia o Kosovo.

En este sentido, la ampliación de la Alianza Atlántica al Este es vista por Brzezinski como un factor de refuerzo y estabilización no sólo para la propia OTAN sino también para la unidad europea, de acuerdo con las tesis alemanas. Esta visión quedó plasmada en un artículo publicado en España en 1997 en el diario "El Mundo" y redactado entre el propio Brzezinski y el ex-consejero de seguridad de Clinton, Anthony Lake. En él podemos leer *"La ampliación de la OTAN es una respuesta a tres desafíos: impulsar las relaciones entre EEUU. y una Europa democrática de mayor tamaño, comprometer a una Rusia posimperial, poco estable, en una relación de cooperación con la nueva Europa y, por último, reforzar los hábitos de democracia y de paz en Europa Central"* (17).

En estos tres desafíos se perfilan claramente las líneas estratégicas propuestas por Brzezinski y que hemos venido comentando en este capítulo: primero, una Europa ampliada al Este recuperado para la democracia, pero que sigue necesitando el vínculo con EEUU. debido a sus dificultades de articulación. Segundo, una Federación Rusa que ha perdido sus áreas de influencia geopolítica y que debe resignarse a olvidar sus aspiraciones imperiales como única forma de poder integrarse algún día en Europa. La ampliación aparece pues como un proceso vital en la estrategia europea de los Estados Unidos. Pero el propio Brzezinski advierte de que el camino no está exento de dificultades y peligros.

El primero, puede provenir de un excesivo entusiasmo ampliatorio que provoque falsas expectativas entre los estados aspirantes. Evidentemente resulta imposible una ampliación rápida y generalizada. Por el contrario, será probablemente un proceso que se prolongue durante décadas y en el que habrá que imponer un criterio selectivo de admisión. La OTAN no puede aceptar en su seno a países conflictivos o con transiciones democráticas sin finalizar o sumidos en el caos económico y social. Dar excesivas esperanzas a algunos aspirantes puede resultar contraproducente ya que, cuando comprueben que su candidatura permanece largo tiempo en la lista de espera, el entusiasmo puede convertirse en despecho. A este respecto, Brzezinski se muestra a veces muy crítico con las

(17) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW Y LAKE ANTHONY: «Ampliar la OTAN para consolidar la paz». El Mundo 07-07-97.

falsas expectativas creadas por la Asociación para la Paz “Ha existido una confusión general respecto al papel de la Asociación para la Paz de la OTAN — una ambigua asociación voluntaria de estados participantes— en una Alianza en proceso de ampliación. Los propios comentarios de Clinton han contribuido a ese desconcierto: “Veintiuna naciones se han sumado ya a esa asociación desde que la iniciamos y están actuando para hacer real el sueño de una Europa unida y pacífica”. ¿Quiere decir esto que Kazajstán o Kirguizistán se encuentran en la misma categoría que la República Checa o Hungría?” (18), (La cita es de 1995, antes de la ampliación efectiva).

El otro gran problema planteado por la ampliación es la postura rusa. La extensión de la Alianza hacia unas zonas de tradicional influencia rusa provoca lógicamente tensión y sospechas cuando no abierta hostilidad. Esta hostilidad irá además aumentando según vaya acercando la OTAN sus fronteras a las fronteras geográficas de la Federación Rusa. Brzezinski en este caso muestra una postura que combina la firmeza con la conciliación. En primer lugar, debe quedar bien claro que la OTAN no puede admitir vetos rusos en cuanto a la admisión de nuevos miembros. La ampliación debe realizarse a pesar de la voluntad de Moscú y por encima de sus advertencias y amenazas, que dada su debilidad actual, no rebasan el nivel de mera retórica. “Las circunstancias actuales requieren un despliegue parecido de firmeza constructiva. Se debe hacer entender al Kremlin que las jactancias y las amenazas no serán ni productivas ni eficaces y que, incluso, pueden acelerar el proceso de expansión. Rusia no tiene el derecho de vetar la expansión de la OTAN ni el de imponer una soberanía limitada a los países de Europa Central” (19). Además, la ampliación es el pilar principal de la estrategia de la OTAN hacia Rusia. La pérdida de sus tradicionales territorios de influencia obligará a los dirigentes de Moscú a aceptar la dura realidad y comprender que el camino de la Federación sólo puede avanzar en la dirección de una cooperación constructiva con Europa, evitando las tentaciones neoimperialistas.

Pero, para combinar adecuadamente esta firmeza, Brzezinski propugna también medidas de conciliación y acercamiento a Moscú. En primer lugar, advierte de la importancia de fijar adecuadamente cuales son los límites de la expansión de la OTAN. Esto atenuará las suspicacias en

(18) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW: «La nueva Rusia y la ampliación de la OTAN». Política Exterior 43, IX Feb/Mar 95.

(19) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW: «La nueva Rusia y la ampliación de la OTAN». Política Exterior 43, IX Feb/Mar 95.

la Federación Rusa al tiempo que se evitan las falsas expectativas en algunos estados caucásicos y de Asia central. En segundo lugar, señala la necesidad de que las sucesivas ampliaciones no sean percibidas por Rusia como una amenaza. Para ello, propone el diálogo con Rusia, previo a cualquier admisión de nuevos miembros y tendente a ir sentando las bases de una nueva estructura de seguridad. En este sentido, Brzezinski se muestra muy favorable a la creación de órganos como el Consejo de Seguridad conjunto OTAN–Rusia que otorgan a Moscú la posibilidad de tener una relación directa con la Alianza y de expresar sus puntos de vista en el seno de la misma. También hace observar la conveniencia de no realizar despliegues de fuerzas militares en el territorio de los nuevos estados admitidos en la Alianza. Con ello no se obtendría ninguna ventaja (no existe ya un enemigo que justifique tal despliegue) y sí podría provocarse un serio empeoramiento de las relaciones con Rusia.

Por último, Brzezinski reconoce que existen cuestiones muy delicadas para Moscú que podrían degenerar en una actitud abiertamente hostil si se procede a una ampliación excesivamente entusiasta de la Alianza. Concretamente, se refiere a los Países Bálticos y a Ucrania. En el primer caso, el ansia de independencia y seguridad expresado por estos estados y que les convierte en ansiosos aspirantes al ingreso en la OTAN se contrapone con su situación geográfica, muy sensible para Rusia, y con la existencia de importantes minorías rusas. La ampliación debe tener en cuenta esta sensibilidad y realizarse en el marco de un acuerdo cooperativo de seguridad con Rusia. Pero más peliagudo todavía es el problema ucraniano. Ucrania es percibida como parte del “alma rusa” y su alineamiento con la OTAN constituiría una afrenta de difícil digestión para las autoridades y el pueblo de Rusia (probablemente también para parte del pueblo ucraniano). Sin embargo, Ucrania es una pieza vital para la estrategia norteamericana en la zona. Si Ucrania llega a reintegrarse a la Federación Rusa el proceso de reconstrucción imperial será inevitable.

La cuestión ucraniana debe ser tratada con sutileza. Brzezinski propone que la actuación norteamericana debe ir orientada a garantizar en primer lugar la independencia de Ucrania pero situando una posible adhesión a la Alianza Atlántica en un futuro prudencial. *“Ucrania debería estar preparada para entrar en negociaciones serias tanto con la UE como con la OTAN en algún momento entre el 2005 y el 2010, especialmente si para entonces ha hecho progresos significativos en sus reformas internas y ha conseguido ser identificada más fácilmente como un país centroeuropeo”*

(20). Pese a estos plazos dilatados para la plena integración ucraniana en Europa, motivados tanto por los recelos rusos como por la propia e inestable situación interna del país, Brzezinski reserva un importante papel al país eslavo en la futura esfera de seguridad europea. De hecho su visión para el futuro contempla una ampliación del tradicional eje franco-alemán hacia el Este incluyendo a Polonia y Ucrania. Estos cuatro países constituirían la columna vertebral de un acuerdo de seguridad europeo que por un lado incluiría a Rusia y por otro mantendría el vínculo trasatlántico con EEUU., aunque sobre la base de una mayor profundidad estratégica europea. Este acuerdo de seguridad satisfaría los dos objetivos clave de la estrategia norteamericana para Europa: mantener una benévola aunque real hegemonía global de los EEUU. y conseguir un clima de paz, seguridad y respeto a la democracia y los derechos humanos en el antaño campo de batalla europeo.

BRZEZINSKI Y LA CRISIS DE KOSOVO

Como punto final sobre este estudio del pensamiento de Brzezinski en relación con la construcción europea y con la estrategia norteamericana para Europa, podemos hacer referencia a su postura en el reciente conflicto de Kosovo, que ha supuesto una dura prueba para la unidad de la Alianza y ha hecho replantearse la relación entre europeos y norteamericanos en el seno de la OTAN.

Brzezinski expresó su punto de vista en un artículo escrito originalmente para *Los Angeles Times* y que en España publicó el diario "El Mundo" el 14 de Abril de 1999. Su título es ya significativo sobre la opinión del autor: "¿Será la OTAN a sus 50 años, una víctima de la guerra de Kosovo?".

Tanto en el título como en el contenido del citado artículo puede leerse entre líneas un poco disimulado malhumor de Brzezinski ante la situación en la que fue colocada la Alianza Atlántica al principio del conflicto. La situación que se planteaba era que, o bien se derrotaba clara y totalmente a Yugoslavia, o la Alianza sufriría una pérdida de credibilidad que probablemente significaría su fin. El fin de la Alianza Atlántica supondría un golpe para toda la cuidadosa arquitectura estratégica norteamericana que el propio autor contribuyó a construir en las últimas décadas. "No es ninguna exageración decir que si la OTAN no logra imponerse sig-

(20) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW: «El Gran Tablero Mundial». Editorial Paidós, 1998.

nificará el fin de la organización atlántica como alianza creíble y el fin del liderazgo mundial de los Estados Unidos. Las consecuencias serían devastadoras para la estabilidad mundial”.

Evidentemente, a tal situación de “vencer o morir” solo puede llegarse a través de una torpe conducción diplomática de la crisis que, en el caso de Kosovo, se mantenía todavía en un nivel de hostilidades limitadas. Sin embargo, las iras de Brzezinski no se descargan tanto sobre el proceso diplomático previo a la apertura de hostilidades como sobre la forma en la que estas se plantean inicialmente. Los bombardeos son muy limitados y han servido más para “vacunar” a la población serbia ante sus efectos que para atemorizarlos, no hay helicópteros de ataque desplegados y se divulga constantemente la idea de que no se va a producir una intervención terrestre. El resultado: *“Aunque es innegable que la limpieza étnica precedió a los bombardeos, lo cierto es que se vio acelerada y se volvió más brutal después de que empezasen a caer las bombas. El equipo de la Casa Blanca no puede rehuir la responsabilidad por no hacer lo mínimamente posible para impedir que los kosovares se convirtiesen en víctimas”.*

Pero una vez comenzadas las hostilidades, para Brzezinski no hay vuelta atrás posible. Se trata de una lucha entre la comunidad occidental, vinculada por un respeto compartido a los derechos humanos, y una serie de gobernantes despóticos que creen que la soberanía nacional garantiza la ejecución de genocidios sobre minorías. Ante esta situación, plantea la necesidad de una victoria total evitando cualquier concesión o negociación con Milosevic, intensificando los bombardeos, preparando el inicio de una campaña terrestre y armando a las guerrillas kosovares. Cualquier síntoma de debilidad puede convertirse en el funeral de la Alianza y, con ella, de toda la actual supremacía de los valores occidentales.

Ciertamente, la postura de Brzezinski parece extrema pero para él se trata de una situación extrema a la que se ha llegado por una mala gestión del problema. Será interesante constatar en el futuro su visión sobre la solución al problema kosovar, una solución que no solo ha llegado de la mano de una victoria militar relativa, sino de la concesión a Milosevic de algunos aspectos importantes como la eliminación del referéndum de independencia para Kosovo, previsto inicialmente en Rambouillet, o las seguridades sobre la pertenencia legal de Kosovo a la República Federal Yugoslava. También será interesante conocer su opinión acerca de la situación sobre el terreno, en el que las fuerzas de la OTAN tienen serias dificultades para impedir que los kosovares ejerzan sobre serbios y gita-

nos el mismo genocidio del que ellos fueron víctimas, mientras el Ejército de Liberación de Kosovo (UCK), una organización con inquietantes conexiones con las mafias albanesas, domina la vida civil del territorio.

En definitiva, Brzezinski se sitúa en una línea de acción dura pensando que lo que está en juego es mucho más que el destino de Kosovo. Para él toda una forma de entender el mundo y de definir cuales deben ser los valores predominantes en las sociedades humanas se puso en el tapete sobre las pobres y devastadas tierras kosovares.

CAPÍTULO QUINTO

RALF DAHRENDORF. UNA CIERTA IDEA, ENTRE LIBERAL Y SOCIALDEMÓCRATA, DE LA REALIDAD EUROPEA

RALF DAHRENDORF : UNA CIERTA IDEA, ENTRE LIBERAL Y SOCIALDEMÓCRATA, DE LA REALIDAD EUROPEA

Por MIGUEL ALONSO BAQUER

La elección de la figura intelectual de Ralf Dahrendorf como portavoz europeo de una cierta idea sobre la construcción de Europa está suficientemente fundamentada por su biografía. Nace en Hamburgo (Alemania) en 1929. Detenido siendo muy joven por la Gestapo al final de la Segunda Guerra Mundial (1944), aprovechará su liberación un año más tarde para estudiar filosofía, filología y sociología en las Universidades del Sarre, de Hamburgo y de Londres. Inglaterra y los Estados Unidos le abren sus cátedras universitarias y sus más prestigiosas instituciones. Harvard y Columbia le preconizan como brillante director de la *London School of Economics* en 1974 y como miembro directivo de la *Fundación Newmann*, en 1990, rige los destinos del *St. Anthony's College de Oxford*. Su definición ideológica, muy evolucionada a lo largo del tiempo, se nos presenta al abrigo de la socialdemocracia alemana entre 1947 y 1960 y al servicio del liberalismo a partir de 1967. De diputado en ejercicio ha saltado al puesto de comisario en funciones de la Comunidad Económica Europea.

Naturalmente que en estas reflexiones Dahrendorf nos interesa como investigador de la realidad social, es decir, como profesor de las ciencias sociales y políticas, que es lo que practicó con mayor entusiasmo en la Universidad de Tubinga. Una didáctica seria y profunda es lo que él aportó, junto a Raymond Aron y Thomas Bottomore, al Centro Europeo de Sociología en su triple sede de París, Tubinga y Londres, precisamente durante los años más fecundos de la reflexión sobre el europeísmo.

Dos libros al alcance de todos los españoles nos resultan los más significativos para la presentación de su pensamiento, cuyas ediciones originales en lengua alemana corresponden a 1957 y a 1961. *Soziale Klassen und Klassenkonflikt in der industriellen Gesellschaft* (Stuttgart) y *Gesellschaft und Freiheit* (Munich). Son respectivamente, en lengua de Castilla, *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial* (Ediciones Rialp en su 4ª edición de 1979) y *Sociedad y Libertad. Hacia un análisis sociológico de la actualidad* (Editorial Tecnos, reimpresión de 1971 a la edición de 1966). No obstante, las ideas de Ralf Dahrendorf a favor de la construcción política de una Comunidad Europea, o mejor, de una Unión Europea, aparecen puestas al día en un libro suyo de 1989 titulado *Reflexiones sobre la revolución en Europa*. Fue el trabajo públicamente discutido en febrero de 1991 en Roma por dos grandes contradictores del pensador alemán, el francés François Furet y el polaco Bronislaw Geremek. Un libro de estos autores, *La democracia en Europa* (Alianza Editorial, 1993) recogió, en su día, el balance de aquella presentación colectiva.

Los autores examinan lúcidamente, —son palabras del editor italiano Lucio Caracciolo— los peligros que afronta hoy la idea de Europa, tanto los intentos voluntaristas de avanzar, como la inmovilidad de los menos entusiastas, aportando un realismo que es más necesario que nunca en la discusión sobre el futuro europeo.

Ralf Dahrendorf aparece como un sociólogo de profesión que ha aunado el empeño académico y científico con el político. Llegó a ser ministro de Asuntos Exteriores en un Gobierno socialdemócrata de Brandt. Pero aquí nos interesa como intelectual de altos vuelos cuyo vértice de mayor presencia en la cultura española lo completan las ediciones de *Homo Sociologicus* (Centro de Estudios Constitucionales, 1972) de *El nuevo liberalismo* (Tecnos, 1982) y de *Las oportunidades de la crisis* (Unión Editorial, 1983). Lo recogido en *El conflicto social moderno* (Mondadori) también ha merecido su oportuna traducción a lengua española, precisamente en 1991. No recogeré, pues, nada que en forma de libro haya aparecido después de esta fecha; aunque sí ideas, en principio aisladas, cuyo origen se nos queda en algunos artículos de prensa. Los últimos han sido reunidos en *Europäische Tagebuch*, una obra del año 1995 nunca traducida.

Precisamente, un comentarista americano poco conocido entre nosotros, Denis G. Osborne, en un trabajo traducido por nuestro Colegio de Licenciados y Doctores de Filosofía y Letras, *Ciencias fundamentales: aprender a pensar en términos de probabilidad*, calificaba, nada más y

nada menos, al artículo sobre futurología de Ralf Dahrendorf, *Towards the hegemony of post-modern* (Hacia la hegemonía de los valores post-modernos), como el más interesante de los recientemente aparecidos. Y se ratificaba en ello subrayando el acertado empleo de una serie de expresiones de este tipo:

Los grandes cambios van invariablemente unidos, y quizás precedidos, por cambios de las mentalidades.

Dahrendorf, en definitiva, aparece afirmando a estos cuatro grandes elementos como constitutivos de los valores modernos: el crecimiento económico, la igualdad social, la democracia política, y la racionalidad cultural. Ni que decir tiene que para Dahrendorf son éstos, exactamente, los elementos más imprescindibles para la construcción de Europa.

Pero esto no es todo. El gran sociólogo se sorprende de que aquellos cuatro grandes objetivos no estén siendo absorbidos como tales por la literatura de la llamada post-modernidad.

Existen diversos intentos de devolver su lugar a lo irracional y de frenar los descubrimientos científicos y las innovaciones tecnológicas... La manera en que se presentará el futuro vendrá determinada en gran parte por la acción de los gobiernos, que dependerá a su vez de la evolución de los valores sociales y, por ende, en cierta medida, del proceso educativo y del contenido de la educación.

UN CIENTÍFICO SOCIAL FAVORABLE AL CAMBIO

Dahrendorf es, sobre todo, un científico social cuya obra está encaminada, como escribe Enrique del Percio en el *Diccionario de pensadores contemporáneos* (EMECE, Barcelona, 1996), a explicar las ventajas de un posible cambio social, que supere los errores y las insuficiencias de los anteriores esquemas cerrados, como la teoría marxista-leninista y el modelo estructural-funcionalista. Su pregunta clave viene a ser ésta: ¿qué mantiene unidas a las sociedades? Lo verdaderamente decisivo nos dice que es estar orientado para entender la estructura del conflicto y la naturaleza del cambio social. Los dos modelos, el conflictualista de Marx y el funcionalista de Parsons, son para Dahrendorf complementarios entre sí, mejor que alternativos, tal como se interpretaron durante la guerra fría.

Toda sociedad requiere para ser tal cierto nivel de estabilidad. Pero el conflicto siempre está presente. Puede adoptar formas violentas o pacíficas; pero nunca puede ser suprimido.

La terminología usada por Dahrendorf ha tenido bastante éxito. Distingue las *opciones libres* de las *ligaduras concretas* respecto a valores. Las opciones libres se orientan, bien hacia las titularidades, bien hacia las provisiones. Las titularidades de mayor permanencia son los derechos básicos de las personas. Las provisiones son variables y se refieren más bien a datos materiales. El partido de las provisiones, característico de la revolución industrial, considera que lo más relevante es el crecimiento económico. El partido de las titularidades, característico de las revoluciones burguesas o de las tendencias jacobinas, considera que lo más importante es el acceso del mayor número de personas a la vida política, social y económica. Trata de reconocer derechos y redistribuir bienes. Lo que ahora está ocurriendo en Europa es que los marginados, en lugar de organizarse para recibir títulos que les den acceso a la vida colectiva, adoptan conductas letárgicas o procuran salvarse individualmente a través de la delincuencia. La emoción está por encima de la razón y la intransigencia, cuando no la intolerancia, se hace regla.

Quizás el mejor conocedor en España del pensamiento social propio de Dahrendorf sea el catedrático José Jiménez Blanco, para quien lo esencial de su aportación a las ciencias sociales parece ser que consiste en una teoría del conflicto que, a su juicio, todavía está escasamente formalizada en términos de sistema lógico cerrado. No obstante, su pensamiento sobre la sociedad podría ser una pieza esencial para fundamentar la teoría sociológica sistemática actualmente en ciernes, de hecho, una teoría contraria a la idea de Parsons sobre la existencia real de una sociedad estabilizada por unos valores comunes. Los conflictos siguen siendo en Dahrendorf el “motor” del cambio social.

Dahrendorf ha hecho profesión de sociólogo comprometido o responsabilizado... la dialéctica marxista que se ha desalojado viene a ser sustituida por una dialéctica que llamaremos de la democracia pluralista ... Admitiendo como insoslayable la presencia de conflictos en la sociedad, cabe su regulación; en otras palabras, su institucionalización.

Para Jiménez Blanco la democracia, en principio pluralista, sin duda, es la mejor forma política que se le ha ocurrido a la humanidad. Dahrendorf está también en ello, pero lo está siempre que se tome conciencia de los supuestos positivos y negativos que cada sociedad nacional presenta para la realización de una democracia, de hecho, realista. En su caso, el problema más acuciante entre los europeos ha venido siendo el problema alemán. De aquí que su importante aportación a la forja en Alemania de una

democracia pluralista esté dirigida casi absolutamente a probar la categoría científica de su teoría del conflicto. Desde esta audaz hipótesis — la teoría del conflicto bien interpretada puede consolidar en Alemania una sociedad pluralista que, a su vez, sirva de ejemplo para los constructores de la realidad llamada Europa— es, a mi juicio, como procede glosar la importante obra de Ralf Dahrendorf.

UNA TEORÍA GENERAL SOBRE EL CONFLICTO SOCIAL

Lo primero que conviene retener es la inmensa confianza que Dahrendorf tiene en su propia teoría acerca de esa discusión, especialmente violenta y supranacional, que para él fue siempre el conflicto social. En la historia alemana ha habido un gravísimo conflicto social; pero lo fundamental de éste se ha presentado también en todo el contorno europeo. Su análisis científico es, pues, imprescindible también para los demás pueblos de Europa. Para aclarar las cosas Dahrendorf contestará a estas seis preguntas:

1. — ¿Qué hay que entender por conflicto social y qué clases de conflictos podemos distinguir en las sociedades históricas?
2. — ¿Dentro de qué imagen social se ofrecen los conflictos?
3. — ¿Cómo se pueden determinar los puntos de partida estructurales de los conflictos sociales?
4. — ¿De qué modo se despliegan las situaciones conflictivas en sus relaciones internas?
5. — ¿Cuáles son las dimensiones de variabilidad de cada conflicto?
6. — ¿De qué modo pueden regularse los conflictos sociales?

Las respuestas a las seis preguntas nos vienen debidamente ordenadas en su libro *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*. Las estructuras sociales, a diferencia de la mayoría de las estructuras restantes, son capaces de producir por sí mismas los elementos que originan su superación y cambio. Las sociedades civiles contienen grupos que, al entrar en conflicto, pueden originar el cambio de las instituciones. Y estos grupos pueden ser entendidos, bien como sectores, bien como clases.

Por "sector" se entenderá a una categoría de personas que en atención a una serie de características de posición, determinables en cada caso, como ingresos, prestigio, tipo de vida, etc. ocupan una situación aproximadamente igual dentro de la estructura social, representada ésta como escala jerárquica. "Sector" es un concepto descriptivo de ordenación.

Las "clases" son agrupaciones de intereses que intervienen en conflictos sociales y contribuyen a la transformación de las estructuras sociales.

Esta distinción terminológica nos lleva, por ejemplo, a pensar en las Fuerzas Armadas como un sector de la sociedad, los militares, y en el Movimiento Obrero como una clase en acción, la clase trabajadora. Pero no nos precipitemos en simplificar las cosas.

Ni a la nobleza ni a los antiguos grupos artesano y campesino se les denomina "clase". Son "estamentos", concepto éste que en lo que afecta al sector medio se ha conservado aún para calificar al que integra los empleados de oficinas y funcionarios.

Claro que Dahrendorf condena la utilización sin matices de estos dos pensamientos de Marx: 1) "los individuos aislados sólo forman una clase cuando han de luchar juntos contra otra clase" y 2) "toda lucha de clases es una lucha política, es decir, una colisión consciente entre dos intereses opuestos, el de la conservación y el de la subversión de las instituciones y situaciones de poder existentes". Porque, continúa diciendo Marx, "la historia de todas las sociedades que hasta ahora han existido es la historia de la lucha de clases". Para Dahrendorf proclamar este tipo de dualismos es lo que mejor conduce a la inestabilidad y además lo hace de modo acelerado.

Las ideas y proyectos, para una estrategia cuya finalidad fuera la construcción de Europa, podrían forjarse quizás en el marco de una teoría de la lucha de clases. Pero, entonces, se ajustarían peligrosamente al prototipo de la sociedad de dos clases, que es el prototipo de la guerra civil. Marx identificaba indebidamente poder político y poder económico. Lo que hace Dahrendorf es suavizar aquella teoría con nuevas ideas:

Los conflictos no son casuales, sino producto sistemático de la estructura de la propia sociedad. Según esta idea, el orden social sólo existe dentro de una evolución. Las oposiciones y pugnas constituyen un principio estructural de la sociedad.

Dahrendorf tomó de Aron, al principio como muy válida, la noción de "sociedad industrial", una noción que a su juicio no se dejaba identificar con la más vaga de "capitalismo". Y lo argumentaba presentando datos sobre el inexorable crecimiento de las clases medias y de las especializaciones industriales. Lo hacía para concluir que su esperanza seguía puesta en la tarea de las instituciones de educación, debidamente convertidas éstas en la base funcional de la sociedad industrial desarrollada.

En los inicios de la sociedad industrial constituyó la escuela la expre-

sión o reflejo de la estructura social en “sectores”... No es la pertenencia a un sector lo que determina el nivel educacional, sino que es éste el que fija la pertenencia a un “sector”.

La huelga le parece a Ralf Dahrendorf algo no demasiado diferente a la gran aproximación a la guerra civil que “nuestra nación, —lo decía W.E. Moore para Inglaterra— en ocasiones se permite”. La regulación de las huelgas, a la larga, conduce a la primacía de hecho de una sociedad de sectores sobre una sociedad de clases. Y, finalmente, a la primacía de la sociedad plural sobre una sociedad sin clases, que era lo propio de la utopía revolucionaria. “Las clases de Schumpeter —concluye Dahrendorf en su brillante diálogo con el gran economista austriaco— no son, pues, en realidad clases, sino sectores”.

Todas las observaciones incluidas en la teoría del conflicto social de Dahrendorf son premoniciones del tipo de sociedad que podría llegar a ser en el futuro la Unión Europea. La empresa industrial tiene, tanto en Europa como en los Estados Unidos de América, una estructura autoritaria. Este autoritarismo básico puede estar reforzándose en nuestros días a cuenta de la creciente profesionalidad de sus actores que es en sí misma un factor positivo para nuestro autor.

La profesión de un hombre —que absorba aproximadamente un tercio de su vida cotidiana— es más que un medio para subsistir o a una válvula para su energía creadora, sino que constituye una influencia determinante sobre una existencia, incluso fuera de la jornada de trabajo.

UN ANÁLISIS SOCIOLÓGICO DE LA ACTUALIDAD

Si la teoría general sobre el conflicto social de Ralf Dahrendorf de 1957 puede y debe considerarse como una prueba, o como un fruto) de su mentalidad originariamente social-democrática, su análisis sociológico de la realidad social de 1961 deberá ser contemplado como algo ya plenamente liberal. Lo que nuestro pensador se pregunta en el Prólogo a la edición alemana se resume en este interrogante:

¿Qué hay de las libertades políticas concretas de palabra e imprenta, de propaganda y asociación en la sociedad moderna?

Dahrendorf no contempla con optimismo el futuro de la libertad. Las instituciones políticas del Estado *representativo* están siendo, tal vez, la condición suficiente para que exista la libertad, pero tienen que ser ade-

más una condición necesaria. ¿Cómo debe ser la sociedad -y cómo no debe ser- para que las instituciones del Estado *representativo* sean eficaces en ella? Se trata, como vemos, de una actitud más bien propia del liberalismo que de la social-democracia.

Esta pregunta, para Dahrendorf, encierra en sí misma todos los grandes problemas sociales y políticos del último decenio. Pero ¿son también los problemas del año 2.000 en orden a la estrategia para la construcción de Europa? Si, como parece cierto, la sociedad industrial es la niña mimada de la sociología, no habrá que olvidar ahora que las instituciones siempre mueren a causa de unas victorias demasiado fáciles. La sociedad industrial es ya una sociedad de masas que elige por pereza un tipo de conducta masivo al que llamamos moda. La sociedad industrial es, de hecho, una estructura que conduce a la eliminación de la desigualdad entre los hombres mediante su transformación en una masa genérica y gris de uniformidad anónima. Resulta por ello mismo muy vulnerable.

Dahrendorf romperá su propio argumento con este silogismo:

Afirmo que la sociedad industrial es un mito y un producto de la fantasía sociológica... Alemania e Inglaterra son sociedades industriales; pero Inglaterra es la madre de la democracia liberal y Alemania la madre del moderno Estado autoritario... América y Rusia son sociedades industriales y, sin embargo, su enemistad imprime carácter a nuestra época.

Para solucionar estos problemas cree hoy Dahrendorf que nos tenemos que liberar del mito idílico de la sociedad industrial. Sólo si liberamos a la sociología del peso de exigirle que sea una autocomprensión de época y sólo si aliviarnos a nuestra imagen ética del universo de la ilusión de verla consagrada por la ciencia, se atribuirá a cada una de ellas lo que le corresponde. Habrá que dejar instalado a cada pensador más allá de la utopía, o lo que viene a ser lo mismo, firmemente arraigado en teorías de alcance medio, mejor que atrapado en una teoría con pretensiones de universalidad.

Todas las utopías desde el Estado platónico hasta el hermoso nuevo mundo de 1984 de Jorge Orwell tienen un elemento común: son sociedades en las que falta la evolución.

La utopía, según Dahrendorf, —en el lenguaje de los economistas— es el mundo de la certidumbre. Es el paraíso hallado; los utopistas tienen respuesta para todo. Pero nosotros —los sociólogos— vivimos en un mundo de incertidumbre. A causa de la incertidumbre hay una constante

evolución y se da un desarrollo. El cerrado funcionalismo de Parsons le parece por ello la escuela sociológica que estudia todos los problemas bajo el aspecto del funcionamiento equilibrado y perfecto de las sociedades y sus subsistencias y que lo hace analizando cada fenómeno sólo en cuanto ayuda a mantener la armonía en el sistema. El funcionalismo de Merton está más abierto a la realidad. Porque los conflictos le prestan, no obstante, su colaboración al funcionamiento de los sistemas sociales. Todo conflicto social presupone y también crea una comunidad entre las partes en lucha. La finalidad y la efectividad de los conflictos sociales consiste en mantener despierto el cambio histórico y en fomentar el desarrollo de la sociedad.

Nunca cita Ralf Dahrendorf a la guerra como conflicto social, aunque tampoco niega que lo sea. Al profesor vagabundo (que es ahora Dahrendorf) le ronda de nuevo su constante nomadeo desde la firme nacionalidad (básicamente germánica) de su ser hacia la flexible naturalización británica en la que vive. El conflicto fundamental no es, pues, nunca la guerra para este alemán actualmente liberalizado hasta el extremo. Las alusiones a las guerras que protagonizó Alemania en el siglo XX no son sino una manera tangencial de referirse al problema alemán. Ya en su ensayo clarificador de 1960, *Jueces alemanes*, se había acercado de puntillas a la sociología del estrato superior de la sociedad alemana: un estrato superior que, como Morris Janowitz, él prefiere denominar "clase media superior", para descubrir sus debilidades.

Sólo el 19% de los individuos representativos de la población federal alemana interrogados por Janowitz se designaron a sí mismos como pertenecientes a la capa superior... La conciencia tranquilizadora de ser sólo "uper middle clan" caracteriza la evidencia de los estratos superiores de todas las sociedades industriales desarrolladas.

Dahrendorf concede que todavía quedan vigentes en las sociedades occidentales hasta siete élites funcionales: dirigentes de la economía, funcionarios políticos, directores de escuelas e institutos de investigación y docencia, príncipes (sic) eclesiásticos, dirigentes prominentes del teatro y del cine, generales, almirantes y, sobre todos ellos, jueces y abogados fiscales. Y se detiene en las concretas acusaciones habidas contra la actitud militarista de los jueces en su propio país para concluir generalizándolas sobre toda aquella sociedad.

La experiencia bélica de estos jueces no difiere esencialmente de la de otros grupos comparables... Es la actitud de servicio al Estado de viejo estilo.

LA GRAVEDAD LATENTE EN EL PROBLEMA ALEMÁN

El neoliberal en que ya se había convertido nuestro profesor a la altura de los años sesenta nunca más ocultará sus recelos hacia la burocracia del Estado. Su cita es, nada más, que un modo de referirse a la difícil cuestión de las libertades que, como sincero europeísta, le duele en el alma y que él denominará la clave del “problema alemán”. Para Dahrendorf el análisis de la cuestión alemana debería aparecer sumergido en un trabajo sobre *El Estado “representativo” y sus enemigos*.

El desarrollo político de los últimos decenios y del momento presente estaba y está determinado por tres grandes fuerzas político-sociales: la tradición autoritaria, la totalitaria y la representativa. Las formas autoritarias, representativas y totalitarias se relevan unas a otras en confuso desorden.

Ralf Dahrendorf ni siquiera pensaba entonces en la posibilidad de una reunificación alemana. Mucho menos soñaba en la construcción de Europa, que sí que será el objeto de sus escritos a partir de los años ochenta. Su crítica al Estado “autoritario” es contundente, pero no tanto como lo será su posterior crítica al Estado “totalitario”.

Por autoritaria se entiende aquella comunidad en la cual un estrado social relativamente estrecho y exclusivista tiene en sus manos, y de un modo regular, todas las riendas del poder... La mayor parte de las personas en un Estado autoritario no son ciudadanos, sino súbditos... El Estado autoritario es siempre un Estado paternalista, lo mismo que, por el contrario, el Estado paternalista contiene siempre elementos autoritarios.

La toma de partido está más clara. El Estado autoritario le parece un Estado considerado como un padre de familia recto y bondadoso. El Estado totalitario es el Estado considerado como un vigilante brutal en una prisión. El Estado representativo es el Estado considerado como un vigilante nocturno, siempre preocupado por limitar sus atribuciones a la protección de la libertad de las personas a él confiadas. Se trata, —nos dice— no de los tres bloques (neutralistas, orientales y occidentales) de la geopolítica europea, sino de tres tradiciones políticas (conservadora, extremista y liberal). No se nos ofrece con ello una descripción de la realidad, sino un instrumento conceptual de finalidad analítica. El objetivo del análisis es Alemania, hasta 1945. A diferencia de Inglaterra y los Estados Unidos, no había sido Alemania jamás un país capitalista. La Alemania imperial siguió siendo hasta el fin del II Reich un Estado autoritario. El Par-

lamento era un adorno político, más que una institución efectiva, en la Alemania del Káiser.

Bismarck y Hitler, el espíritu prusiano-autoritario y el monstruoso espíritu nacional-socialista, representan dos etapas totalmente distintas, e incluso hostiles entre sí, del desarrollo histórico alemán. Sin embargo, ambos elementos se aliaron transitoriamente en 1933 por su común aversión contra el Estado representativo, eliminando con ello de un modo definitivo las oportunidades de Weimar.

Dahrendorf volverá sobre el mismo asunto en el capítulo que titula Democracia y Estructura social en Alemania:

Existen en la actualidad dos problemas: el problema de la democracia alemana y el problema de la democracia de los pueblos en vía de desarrollo... ¿Cómo pudo desembocar la democracia de un país industrializado, "occidental", "civilizado" en el nacional-socialismo?.

El problema de la democracia alemana no es ahora el problema general de la estructura social de las sociedades industriales, sino que, por ahora, es sólo el problema que se desprende de las condiciones especiales de la sociedad alemana vigentes hasta 1933.

En todos estos casos queda sin contestar la pregunta más importante: ¿por qué razón han llevado estos presupuestos generales precisamente a Alemania, y solo en ella, a una victoria del "extremismo del centro"?

Se han atribuido por sus numerosos censores a los alemanes, — sigue diciendo nuestro profesor — tendencias románticas, irracionalismos, extremosidad, ductilidad, espíritu de aplicación y trabajo, servilismo, complejo de mando y muchas otras propiedades. Aquí Dahrendorf, sin criticarlos, vuelve a citar los comentarios de Parsons sobre una encuesta de 1942 en torno al Partido de Hitler. El hitlerismo, a su juicio, representa un movimiento desesperado de las clases medias inferiores, no una peculiaridad alemana.

LA BÚSQUEDA DE FÓRMULAS PARA LA CONSTRUCCIÓN DE EUROPA

Las reflexiones de Dahrendorf contienen todos los elementos de un examen de conciencia y de una confesión de culpas. "La destrucción de la democracia alemana es por consiguiente obra de la clase media". ¿Por qué ha destruido su democracia precisamente la clase media alemana y

no han hecho la clase media inglesa o americana lo propio con la democracia inglesa o americana? Quizás, porque “la industrialización en Alemania fue cumplida, no por una clase social de empresarios autónomos, sino por otra clase social de empresarios dependientes del Estado tradicional, como afirmaba R. Bendix”.

Todas estas consideraciones deben hacerse sin perder de vista que el desenlace del pensamiento de Ralf Dahrendorf culminará en la búsqueda de alguna fórmula para la construcción de una Europa política. Distinguirá, más adelante, entre virtudes públicas y virtudes privadas, como si esta distinción le sirviera para mejor aclarar las cosas.

Alemania es algo característico al estimar sobremanera, en el campo social, las virtudes privadas, y en los países anglosajones, en cambio, las públicas.

Dahrendorf enfrenta las funciones de escuela y familia. La historia, nos dice, apenas conoce ejemplos de un desarrollo simultáneo y sincrónico de las virtudes públicas y privadas. A su juicio, el extremismo autoritario de la derecha viene de la escuela y el extremismo del centro viene, en principio, de la familia. El capítulo *La Evolución de la sociedad alemana de la postguerra: retos y respuestas* abrirá una nueva perspectiva. Hubo, desde luego, demasiada apatía hacia el Estado en la derecha autoritaria pero se dio una plena incorporación al Estado en el extremismo dictatorial de los totalitarios. Finalmente, la amenaza de la indeseable hipótesis de una democracia sin libertad para Alemania quedará aludida en una interesante aproximación de Dahrendorf a la tesis siempre liberal de Tocqueville que quizás le impusiera, en su día, el frecuente trato con Raymond Aron. Una brillante reflexión sobre el juego entre la libertad y la igualdad cierra esta fecunda etapa del pensamiento del profesor alemán.

La obra en la que verdaderamente se muestra más europeísta Ralf Dahrendorf es, sin duda alguna, *Reflexiones sobre la revolución en Europa* (1989). Después de ella, Dahrendorf ha defendido otros puntos de vista, cada vez con menos entusiasmo, en la evidencia de que sólo se cumplían unas partes de sus predicciones, a mi juicio, suficientes para expresar su clarividencia. No obstante, esta obra aunque se detiene demasiado en la reconsideración del segundo centenario de la Revolución Francesa, no puede menos que servirnos para reiterar el acierto de su personalísima teoría del conflicto social.

El polaco Geremek (en definitiva un medievalista) le había lanzado un reto: se puede acortar la duración del siglo XX, que comenzaría en

1914 y terminaría en 1989. El reto, de ser aceptado, significaba que todo lo que ya se estaba diciendo o escribiendo por los intelectuales en la década de los noventa pertenecía más bien al futuro, al siglo XXI.

La réplica del sociólogo alemán fue muy clara respecto al año inicial: *Sí, estoy de acuerdo en que el punto de inflexión fue 1914, verdaderamente un "annus terribilis"... Más tarde se produjo la "segunda guerra de los Treinta años", según la definió Fritz Stern, que duró hasta 1945 para después dar lugar al periodo largo, tenebroso y gris de la guerra fría.*

Lo definitivo es que "hemos empezado a comprender que las guerras europeas fueron, en realidad, guerras civiles que separaron lo que estaba unido". Afortunadamente, sigue diciendo Dahrendorf, "América no fue contagiada ni por el fascismo ni por el comunismo. Una vez más, demostró la extraordinaria fuerza de su sociedad civil, que en América se había formado antes que el Estado".

Estamos, pues, en pleno pensamiento liberal. Pero he aquí que salta una sorpresa: "en mi opinión, el comunismo está totalmente acabado, mientras no estoy tan seguro de que no puedan reaparecer otras formas de fascismo". Como liberal, añade Dahrendorf una nota de mayor confianza: "Confío que el partido de las provisiones, formado por los que creen que el mercado resuelve todos los problemas, no tenga el camino expedito para consolidar su dogmatismo". La reaparición de formas de fascismo está en Dahrendorf vinculada al dogmatismo de la derecha económica. Pero, con todo, "la democracia y la economía de mercado permiten el cambio sin derramamiento de sangre; es más, su función es la del cambio no-violento", —nos dice finalmente.

La futurología apasiona a Ralf Dahrendorf. Nos advierte que en su mapa de Europa no hay sitio para Rusia... "ese país es demasiado grande, demasiado lejano, demasiado subdesarrollado y con el recuerdo de su dominación demasiado reciente... La verdadera cuestión europea no está en sus límites sino en el centro del continente, en Alemania... Quizás el nuevo imperialismo alemán consista en sostener que todos nuestros intereses nacionales son europeos y, por lo tanto, los que no están de acuerdo con nosotros son malos europeos". Y es que el alemán Dahrendorf ha concebido siempre a Europa como un intento de definir los intereses comunes de los estados nacionales europeos... "no veo por qué motivo no deberíamos tener una institución eficiente destinada a defender los derechos humanos en toda Europa".

No obstante, Dahrendorf se refiere a la cuestión de los límites. El territorio entre Brest (canal de la Mancha) y Brest-Litovsk, frontera ruso-polaca, le parece insuficiente. Pero imaginar que Europa se extiende (o se extenderá) desde Vladivostok a Vancouver le parece un error. El límite europeo meridional es el Mediterráneo, pero no acepta que Chipre o Turquía ingresen en la Comunidad algún día lejano.

Dahrendorf se manifiesta feliz porque los Estados Unidos estén evitando que la inmigración desde América Latina pueda transformar a América en una potencia mundial de lengua española. Los habitantes del mediodía europeo no le inspiran ninguna simpatía. Otra referencia a Italia le sirve para afirmar que ojalá encuentre el pueblo italiano el modo de convertirse en un protagonista en la vía de una ulterior cooperación e integración europea. Nada similar se le concede a España.

Sus últimas apreciaciones sobre el comunismo nos parecen oportunistas. El fin del comunismo era previsible, era inestable y estaba condenado a su acabamiento. Lo que aparece en el horizonte es el peligro de que nuestras débiles democracias sean substituidas allí por un poder autoritario. Es la hipótesis que considera más probable también para los países del Este... “en la mayor parte de estos países la tentación de la homogeneidad es fuerte”.

La gente quiere estar con sus semejantes... De cara al exterior, se sostiene que todos aquellos que pertenecen a la misma “nación” deben entrar dentro de los confines nacionales; en el interior, la población se rebela contra las minorías de distinto origen... La gente desea algo parecido a los grupos tribales; pero el tribalismo conduce a la hostilidad... O bien aceptamos el desafío de la sociedad abierta, o por el contrario, debemos retornar a la tribu. La tentación de la pureza étnica, del destino de los pueblos, se detecta en todo el continente... el síndrome de la homogeneidad étnica es la amenaza más grave para la sociedad abierta.

EL VIRULENTO RENACIMIENTO DEL TRIBALISMO

La cita de un concepto tomado de Karl Popper se enfrenta en Dahrendorf con la tesis de Fukuyama: la historia no ha llegado a su fin; al contrario, ha vuelto y bajo sus formas más preocupantes. Desde luego, lo que no se nos pronosticaba a los europeos era el renacimiento del tribalismo de una forma tan virulenta. Existe, añade nuestro autor, un enfoque nacionalista de la autodeterminación que es preocupante.

Dahrendorf no se extralimita en la condena del particularismo y encaja bien la réplica de Geremek a favor del respeto europeo al sentimiento nacional de cada pueblo. No se puede prescindir de la idea de nación, del Estado nacional. El éxito histórico del Estado nacional heterogéneo es digno de consideración. Pero “realmente, me siento escéptico ante el concepto de una “Europa de las regiones”... En realidad, de esa “Europa de las regiones” teme que podrían surgir *regiones sin Europa*.”

A la hora de proponer reformas, Dahrendorf se muestra cauto:

La Comunidad Europea es la única Europa que tenemos. Esta es una buena razón para apoyarla. Pero yo no la apoyo ciegamente... La Europa que tenemos es, en diversos aspectos, una Europa bastante desafortunada. Es el resultado del fracaso de la Comunidad de defensa europea y de la Comunidad política europea; pero antes aún, del fracaso del Consejo de Europa.

Su propuesta innovadora habla de olvidarse de la Comunidad existente y de constituir otra mucha más amplia, también con países post-comunistas.

Creo que es más importante garantizar la estabilidad monetaria en el interior de una nueva Europa, digamos de los Veinticuatro, que asegurarse de que en todos los Estados miembros existe una misma moneda.

En este punto de los últimos escritos del profesor alemán saltan a la vista las ocasiones en las que el pensamiento de Dahrendorf no había sido atendido por los dirigentes políticos:

No se me ocurre un nombre para una nueva construcción. Desde luego, no sería el de una Europa federal. Puesto que la palabra “comunidad” ya se ha utilizado, podríamos denominarla “unión”.

La crítica es contundente. Le parece difícil imaginar cómo podría llegar el actual Parlamento Europeo a ser digno del nombre de “parlamento”. Es la Comisión de Bruselas la que detenta tanto el poder legislativo como el ejecutivo. Un Parlamento Europeo (elegido indirectamente) sería mejor si sus miembros fueran al mismo tiempo parlamentarios en sus países respectivos. Existiría un vínculo más estrecho que el actual.

Lo curioso es descubrir en las últimas palabras del pensador alemán unas premoniciones certeras en materias de defensa. Considera deseable, pero no absolutamente imprescindible, la presencia de fuerzas militares americanas en Europa. Pueden producirse guerras entre las potencias del Este que comporten consecuencias para Europa Occidental, nos dice con cautela.

Luego está la cuestión de las guerras civiles europeas. Estamos tratando de elaborar nuestras ideas al respecto, y no sé a qué resultados llegaremos. Sin embargo, tengo la sospecha de que recurriremos a las fuerzas armadas europeas encuadradas en la OTAN... el gran enemigo de nuestra supervivencia es el creciente tribalismo del mundo postcomunista, que comporta la posibilidad de guerras civiles europeas nucleares, "tácticas".

Dahrendorf nos da aquí una imagen pesimista que no se corresponde con su trayectoria intelectual. En el tema de la economía nunca aparecen tan catastróficos pronósticos como en el tema de la defensa.

Soy absolutamente partidario del libre comercio. El liberalismo es un proceso de civilización. El hombre y la mujer deben civilizarse para ser liberales.

Hay crítica pero no desesperanza. Los Doce no representan en absoluto un conjunto racional desde el punto de vista de la geografía económica. El Tratado de Maastrich ha dividido a Europa.

Creo que Italia, Portugal, Bélgica, Grecia y quizás Holanda y España, no estarán en condiciones de alcanzar los niveles de convergencia fijados para entrar en la banda monetaria unificada en 1997. De Doce Estados, seis se quedarán fuera. Quizás sería mejor confiar en el marco que en un pseudo-marco de segunda clase denominado ecu. ¿Por qué habrían de desear los franceses una moneda única europea? Miren ustedes, soy más bien escéptico acerca de la unión monetaria.

La obsesión de Dahrendorf vuelve a reaparecer: el tribalismo.

En todo el mundo se asiste a una especie de crisis de las "ataduras" o los "vínculos"... Este vacío emocional y cultural se puede observar en su máxima expresión en Europa Oriental. Allí produce anomía, lo que constituye una seria amenaza para el establecimiento de nuevas instituciones.

A Dahrendorf le preocupa el desarrollo tribal del deseo de adorar a falsos dioses, de recrear un sentimiento de "pertenecer a algo". El nuevo tribalismo, repite, está ligado al fundamentalismo. Esta preocupación desemboca en un patente laicismo y en algo más grave todavía, en una desesperanza.

Cuando alguien me pregunta qué propongo hacer, cada vez más me ocurre que sólo puedo responder: "Decir lo que pienso; eso es todo lo que puedo hacer".

Naturalmente Dahrendorf retorna en cuanto puede a su esfera predilecta, que es la economía, para decirnos que es lamentable que la gente cometa el error de unir mentalmente democracia con bienestar económico. Porque todavía existe en Europa el conflicto de fondo entre aquellos que apuestan por el crecimiento económico y los que lo hacen por los derechos de los ciudadanos. “Los años ochenta, —dice definiéndose a sí mismo como un moralista a ultranza— han constituido un periodo de desinterés por los derechos de los ciudadanos”.

La toma de postura culmina en Dahrendorf distinguiendo hasta cuatro tipos fundamentales de gobierno democrático: el americano, el británico, el francés y el alemán. “Lo que caracteriza al sistema americano es una auténtica separación de los poderes —una tradición que en absoluto es europea”. El sistema alemán es el más débil de los cuatro. “Clasificaría los sistemas en este orden: el británico, el francés, el americano y el alemán. Pero, en lo que sería la última esperanza, Dahrendorf opta por promover el intercambio entre las diversas culturas nacionales europeas.

Este proyecto no destruirá las peculiaridades nacionales.

La obra termina con un canto a tres teóricos del pensamiento, Karl Popper, Friedrich von Hayek y Hannah Arendt.

Al igual que Popper, Arendt y Hayek, yo tiendo a asociar antifascismo con anticomunismo. Me siento muy próximo a la actitud de Raymond Aron... Mi experiencia es algo diferente de la de tantos intelectuales franceses, italianos o españoles.

En síntesis, la clave del futuro sigue en el liberalismo: los verdaderos intelectuales actúan en la sociedad civil y no en el Estado. Una sociedad libre no tiene necesidad de intelectuales en el poder.

EL APRECIO FINAL DE LA TAREA DE LAS INSTITUCIONES

Dahrendorf nunca se ha confesado a sí mismo como un pensador particularmente atento a los problemas de la seguridad y de la defensa ni siquiera como seguridad y defensa de los valores europeos. Es una característica que también puede ser observada en la inmensa mayoría de los intelectuales actualmente conversos al liberalismo desde las filas de la social democracia.

El “leitmotiv” que vuelve a encontrarse en casi todos los pensadores es el de la autorrealización del hombre en la sociedad, es decir, la libertad como libertad para el desarrollo humano.

La obsesión por la libertad personal ayuda al mantenimiento sine die de la vuelta de espaldas de los intelectuales hacia las situaciones donde necesariamente se hace uso de la autoridad e incluso donde se sospecha que (nunca necesariamente) también se abusa (ocasionalmente) de ella. De aquí que sea cada vez más frecuente el intelectual que se inhibe de la marcha de los conflictos bélicos. Y que lo más habitual, cuando no se inhibe, sea el inmediato grito de su sistemática condena de todos los abusos de autoridad.

Dahrendorf hace suya una distinción terminológica que ya utilizaba hace unas décadas el metafísico español Xabier Zubiri para mejor entender en qué consiste la libertad.

Se ha insistido por muchos autores, sobre todo en tiempos recientes, en que no basta descubrir la libertad del hombre como una "libertad - de"... es decir, con un valor "meramente negativo"; más bien debería enténdersela como una "libertad - para"... con un valor positivo.

Según esta observación, a mi juicio certera, el problema del liberalismo deja de quedar confinado en la *necesidad de saber* de cuantas cosas más tiene el hombre que estar liberado y empieza a estar orientado hacia la *capacidad para* realizar en libertad servicios a favor del hombre. El genuino liberalismo se ocupa, sí, de liberar; pero lo hace sólo para favorecer el cumplimiento de tareas objetivamente buenas. ¿Qué otra cosa puede significar la "ausencia de coacción" sino que el hombre se comporta "del modo apropiado", es decir, conforme a su naturaleza interna, realizándose asimismo en cuanto tal?.

La *libertad* —para, mejor que la liberación— *de*, requiere disponer de amplios márgenes de seguridad y de defensa para las comunidades soberanas de hombres libres. El aprecio final a las instituciones estatales concebidas para la seguridad y para la defensa que percibimos en el último Ralf Dahrendorf viene de esta consideración. En un trabajo, ya publicado por mí, sobre *El lugar de las Fuerzas Armadas en las Ciencias Sociales* (donde se recogían para los padres fundadores las posiciones del positivismo de Augusto Comte, del historicismo de Alexis de Tocqueville, del naturalismo de Karl Marx y del evolucionismo de Herbert Spencer), también se tomaba nota de la aportación al tema de la seguridad y de la defensa de los grandes maestros (la del estructuralista Emile Durkeim, la del formalista Max Weber, la del elitista Wifredo Pareto y la del funcionalista Talcott Parson). Y finalmente, se le hacía un sitio a Dahrendorf, con todo merecimiento porque acababa de incorporarse a esta problemática de la defensa, exactamente cuando yo redactaba aquel trabajo.

Dahrendorf, en aquel trabajo de síntesis era calificado por mí como uno de los cuatro notables teóricos de sociología que había marcado una postura de mayor interés para todos los estudios de estrategia. Ralf Dahrendorf compartía escenario con el conflictualista francés Gastón Bouthoul, con el relativista también francés Raymond Aron y con el pragmático norteamericano Morris Janowitz. En el trabajo citado (cuyo desarrollo terminó adoptando el título general *Tres teorías sociológicas de interés militar*) la aportación muy bien valorada de las ideas de Dahrendorf se acogía a la cualidad de un centro reformista que operaba a partir de la escuela dialéctica de sociología en la que militaron, antes que él, los intelectuales de la estirpe materialista. Dahrendorf será, en definitiva, un reformista partidario del cambio institucional que se incoaba desde las propias instituciones en los años ochenta, mucho más evidentemente que un demoleedor de instituciones.

No será tarea fácil extraer de los escritos suyos sus ideas en relación con el nuevo rol o papel de las Fuerzas Armadas. Pero podríamos aproximarnos a ellas del siguiente modo:

Tres notables teóricos de las Ciencias Sociales acompañan al prestigio de Ralf Dahrendorf. Gastón Bouthoul, fundador de la sociología de las guerras (polemología), Raymond Aron, figura destacada en la esfera de las relaciones internacionales y Morris Janowitz, el creador de la sociología de aplicación militar. Junto a Ralf Dahrendorf, certero revisionista de los tópicos fatalistas acumulados en la trayectoria de la sociología general, cuando ésta se muestra imprecisa, los tres notables teóricos han realizado ante los ojos de los estudiosos del sector militar de la sociedad civil un ingente esfuerzo de objetividad, que nos permite abordar con ideas nuevas la vieja cuestión del lugar de las Fuerzas Armadas en las ciencias sociales.

Se trata de cuatro autores, metodológicamente diferentes, que ni siquiera participan del mismo grado de contemporaneidad. Tres de ellos han fallecido en fechas no demasiado alejadas de las últimas décadas del siglo XX. Dahrendorf, el único superviviente, ha podido beneficiarse de la evidencia del desvanecimiento de las estructuras de poder nacidas al abrigo del materialismo dialéctico. Pero, antes de Dahrendorf, ya Gastón Bouthoul había corregido las tesis colectivistas de Durkheim, ya Raymond Aron había personalizado o concretado las tendencias abstractas e individualistas de Weber y ya Morris Janowitz había abierto brecha en las conclusiones meramente antimilitaristas de Spencer.

La guerra, los militares y las instituciones armadas están, si bien como fenómenos colectivos, presentes en la realidad social. Pero de ninguna manera estos tres fenómenos sociales se alimentan mutuamente para crecer al unísono. Las instituciones armadas pueden y deben formar militares capacitados para la reducción de la conflictividad y, quizás, para el logro de algún grado de eliminación del *fenómeno guerra* y por analogía, también del *fenómeno revolución*.

No se puede ocultar que los libros más importantes de Bouthoul y de Aron todavía se movían en la atmósfera de unas claras previsiones conflictualistas para Europa. Se creía que si los hombres no lo remedaban, merced a un impresionante alarde de ética, los grupos sociales organizados en Estados reproducirían en unas décadas situaciones propicias para el estallido de nuevas guerras o de nuevas revoluciones en el escenario europeo. Contrariamente, Janowitz y Dahrendorf apuestan en sus obras por el diagnóstico de una mayor armonía internacional si, como parecía probable, se coronaba con éxito un cambio substancial en la funcionalidad de las Fuerzas Armadas para la resolución de los *conflictos menores o conflictos de baja intensidad*, éstos, sin embargo, a su juicio, cada día más probables sobre el escenario europeo.

Para esa especie de profesor vagabundo (que es, como hemos recordado, lo que dice de sí mismo Dahrendorf) la orientación ajena (o más bien indiferente) al intenso cultivo por los militares de su profesionalidad específica, no es un buen camino. Difiere, (en esto de la profesionalidad) el profesor alemán del mero ocupacionismo por el que en su día propugnó Janowitz al volverle la espalda a la institucionalización creciente de los hombres de la defensa. Lo mejor, según Dahrendorf, es que se vuelvan a enfatizar los rasgos de la profesión de las armas hasta institucionalizarlos de nuevo, aunque sea abriéndoles el horizonte hacia la ejecución de misiones nuevas.

La única política posible, a los ojos de Dahrendorf, para el mejor sostenimiento de las libertades es aprender a vivir con el conflicto auestas. Para Dahrendorf *conflicto* es distinto a *guerra*; pero nunca se detiene en la obligada distinción para afirmar cosas diferentes respecto a los dos conceptos. No hay mejor modo para alcanzar este objetivo didáctico de la convivencia con el conflicto que el de propiciar cambios estratégicos que amplíen las opciones electivas de las gentes capacitándolas, día tras día, para que ellas mismas sean las que quieran elegir. Pero, al mismo tiempo, se debería reconocer la habitual presencia del conflicto y se tendría que disponer, precisamente, de las personas más aptas para resolverlo de manera positiva.

El conflicto, —también la guerra y desde luego las revoluciones— tiene que ser domesticado por la actividad de las instituciones para que sea útil. La guerra tendría que ser conducida, en su caso, por los mandos militares bajo la correspondiente directriz política, ya que es del concreto quehacer de los políticos de donde se espera que estalle una guerra o que se implante una paz duradera.

El cuidado por lo moral en el seno de las instituciones armadas, aparece en Dahrendorf como uno de los primeros deberes que hay que poner a cargo de los responsables del cambio de estrategia que habrán de diseñar los reformadores. Sólo así —nos dice— disminuirá la extensión del espacio territorial que todavía ocupan en la realidad social los conflictos, las guerras y las revoluciones.

La decepción actual de las gentes sobre los resultados últimos del recurso a la violencia generalizada, (apenas satisfactorios para la superación de los conflictos mundiales o globales) tendría que ser aprovechada para revisar las funciones institucionales, (ayer manifiestas y hoy simplemente latentes) de las Fuerzas Armadas. Habría que concluir que, quizás, se deba alterar su ya antigua ordenación de las misiones en relativos grados de importancia. Se trata de poner en el primer plano lo que parecía oculto y de dejar en la sombra lo que se aceptaba como única misión de las Fuerzas Armadas (sin crítica) y como algo obligado en sí mismo: un empleo hasta las últimas consecuencias del potencial militar.

El reformismo de Dahrendorf está netamente a favor de la sociedad libre, es decir, de aquella sociedad que ofrece opciones mejor que titularidades y que no impone los modos de utilizarlas. El cambio estratégico propuesto por él en sus últimos escritos parte del supuesto de que cualquier definición del *otro* como enemigo en el seno de la propia comunidad de hombres libres es equívoca y a la larga errónea. El otro es uno de nosotros del que sólo nos separa, momentáneamente, una adversidad o un malentendido.

Hay, finalmente que hacer caer a las gentes en la cuenta del error cometido al haber desplazado a las instituciones militares del Occidente del centro de gravedad político-cultural donde les corresponde estar situadas. Con ello se ha provocado un vacío y se ha favorecido, —lo piensa Dahrendorf al evocar lo sucedido en la Europa entre las dos guerras (1914-1945)— el que el vacío se llene, bien con el culto a la personalidad de los autoritarismos de derecha, bien con la apología de las masas ciegas de los totalitarismos de izquierdas.

Las instituciones, —también las instituciones militares— siguen poseyendo una respetable especialización funcional que es notable, grave y seria respecto a las situaciones tangentes con la razón de ser de su histórico nacimiento, en nuestro caso para el empleo razonable de las situaciones de guerra. Hay que contar con la existencia y con el adiestramiento de unas Fuerzas Armadas (debidamente institucionalizadas) para la resolución de conflictos armados o violentos, es decir, aquellos donde se exhiben los medios de ofensa y de defensa que la tecnología de los nuevos tiempos sigue considerando armas.

LA CONDENA DE LO TOTALITARIO, ESENCIAL PARA LA FORJA DE EUROPA

Se puede dudar a la hora de inscribirle a Dahrendorf como creador de una teoría dialéctica del conflicto o como propulsor de una teoría del equilibrio. José Jiménez Blanco en el Prólogo a *Sociedad y Libertad* deja abierta la duda.

Ralph Dahrendorf aporta a la sociología actual una versión no dialéctica de la teoría sociológica de Marx; o si se quiere, una versión sin dialéctica marxista. El resultado es la teoría del conflicto. A la dialéctica de la lucha de clases se le ha quitado su clasicismo y su economicismo... Los conflictos siguen siendo el "motor" del cambio social. Ahora bien, Dahrendorf pretende que la teoría del conflicto, —aplicable a ciertos problemas sociológicos— es compatible con la teoría de Parsons del sistema social estabilizado, aplicable a otros ciertos supuestos.

Como sociólogo comprometido en la acción ha desalojado de su saber a la dialéctica marxista y le ha sustituido por una dialéctica que Jiménez Blanco llama de democracia pluralista. "Para Dahrendorf los conflictos son reales, existen en toda sociedad. Lo que puede y debe hacerse es regularlos, es decir, admitiendo como insoslayable la presencia de conflictos en la sociedad, cabe su regulación; en otras palabras, su institucionalización".

Dahrendorf y Parsons están muy cerca de decir lo mismo. ¿No es éste el punto en que Dahrendorf dice explícitamente lo que está implícito en Parsons? La democracia pluralista es para los dos la mejor forma política que se le ha ocurrido a la humanidad.

En el concepto de conflictos sociales, Dahrendorf rara vez incluye a la guerra y a la revolución. Lo decisivo de su aportación teórica no radica

en lo que dice sobre las Fuerzas Armadas sino en imaginar lo que hubiera dicho si se hubiera interesado por ellas. ¿Qué hay que entender por conflicto social y qué clases de conflictos podemos distinguir en las sociedades históricas? ¿Dentro de qué imagen social se ofrecen los conflictos? ¿Cómo se pueden determinar los puntos de partida estructurales de los conflictos sociales? ¿De qué modo se despliegan en sus relaciones? ¿Cuáles son sus dimensiones de variabilidad? ¿De qué modo pueden regularse? Los grupos, —dice Dahrendorf— al entrar en conflicto, suelen originar cambios en las instituciones. Y conviene distinguir si el conflicto es de clases o de sectores.

A Dahrendorf le interesan las clases y le afectan algo más los sectores civiles de la sociedad que el sector militar. Son los militares quienes tienen que extraer enseñanzas de su obra sin apenas resultar ayudados por el sociólogo, como ocurre también con los textos de Marx y de Parsons. Lo que tiene sentido es reconocer que, al iniciarse la historia del concepto de clase (Engels), se clausuran automáticamente el concepto de *estamento*, de *stand* de vida de los poderosos y de status recibido por herencia. Sólo nos queda el doble concepto de *empleo* y de *función* como válido para referirlo a la burocracia civil y a la burocracia militar, indistintamente.

Si las clases no luchan, nada de la teoría de Marx resulta interesante para la escuela dialéctica de sociología. Sólo el cambio en las relaciones de clase constituye un cambio histórico. Esta era la ley, que, según Marx, había regido hasta ahora a la civilización. Pero la diferencia de clases en el futuro ya no se basará en el *oficio*. Es en el ámbito de la producción y en las situaciones de poder donde encontramos a las clases. El subsector militar de la sociedad subsistía sólo porque ayudaba a la permanencia en el poder de la clase declinante. Pero los individuos forman una clase sólo cuando han de luchar juntos contra otra clase. La clase es una agrupación política instituida por un interés común. La lucha de clases es una lucha política que se constituye en la colisión consciente entre dos intereses opuestos, el de conservación y el de subversión de las instituciones de poder existentes. Este fue también el punto de partida de Dahrendorf.

Pero la teoría de Marx, además, había creado un dualismo social maniqueo cuyo final debería ser la sociedad sin clases: El movimiento obrero tiene que acabar con las clases del mismo modo que el movimiento burgués acabó con los estamentos.

Los conflictos no son casuales, sino producto sistemático de la estructura de la propia sociedad. Según esta idea, el orden social sólo

existe dentro de una evolución. Las oposiciones y pugnas constituyen un principio estructural de la sociedad.

En la sociología de Marx, como vio Dahrendorf, no había sitio para las profesiones civiles ni para los cuerpos de oficiales. La sociedad capitalista con sus ejércitos nacionales era, para Marx, la última sociedad de clases de la historia. La primera sociedad sin clases de la historia será aquella donde no exista la propiedad privada de los medios de producción. La última sociedad, —una sociedad sin clases— sustituirá inmediatamente al especialista por el hombre universal. Esto es, sin embargo, lo que niega Dahrendorf.

Lo que ahora se abre paso en el mundo occidental es un vigoroso funcionalismo, —defiende Dahrendorf— según el cual, las funciones superiores son funciones de dirección, investidas de autoridad pero no de riqueza. Lo que nos llega hoy a los europeos es la necesidad creciente de una burocracia capaz cuyo rasgo común con el proletariado es que ambos carecen de propiedades. Y entonces, —tal es la crítica de Dahrendorf a Marx— resulta que la teoría de las funciones explica el peso de cada una de las series de hombres implicados en las empresas mucho mejor que la teoría del conflicto. Los directores, los productores, los administrativos y los vendedores se cruzan y se oponen en el ejercicio del poder en Bruselas; pero no en términos de lucha de clases sino de coordinación de funciones. Lo que tenemos hoy en Occidente instalado sobre el poder es la suma de puros burócratas, de expertos especializados y de meros empleados a quienes nada les dice la sociedad sin clases. Lo que se da en la modernidad europea es un imparable crecimiento de las dos movi­lidades sociales —la vertical o de ascenso y la horizontal o de cambio ocupacional— porque, como dice Parsons, “es inevitable una distribución desigual de las compensaciones”.

El pensador liberal Karl Popper va más lejos aún que Parsons en la crítica del marxismo. Aquí y ahora, nos dice, el concepto de clase está tan desnaturalizado como el de función. La teoría es sólo la red que lanzamos para cazar al mundo..., toda teoría quiere ser, más que una hipótesis parcial; una hipótesis, más que un concepto y una categoría, mejor que un concepto. Hay que desconfiar de las teorías.

Hemos, pues, de preguntarnos si la interpretación de la sociedad como un sistema de integración, que considera al conflicto que rompe su estructura solamente como una desviación, es capaz de confinarse como adecuada al examinar sus consecuencias analíticas.

Pero volvamos a la crítica del marxismo tal como la formula Dahrendorf. Las tesis, más bien personalistas, del inglés Alfred Marshall, del francés Emile Durkheim, del italiano Vilfredo Pareto y del alemán Max Weber vienen en ayuda de Dahrendorf en el sentido de que también le dejan un lugar en la historia reciente nada menos que a la personalidad autoritaria. Hay, —explicaba Parsons— un elemento fundamental estático —*la estructura*— y unos elementos dinámicos y variables, —*las funciones*— que se subordinan a la estructura. Las revoluciones —y por analogía todos los conflictos— se cruzan en el movimiento hacia adelante del estructuro-funcionalismo, pero no son la regla. Los líderes unas veces aciertan a resolver el conflicto y otras los agigantan. Ello ocurre siempre en relación directa con el uso que se hace de la autoridad. En todo análisis sociológico la autoridad tiene que ocupar una posición central. La descomposición de las esferas de autoridad es lo que constituye la razón determinante de una crisis social.

Allí donde existe dominación, —concluye Dahrendorf— existen, según nuestra definición, clases y conflictos sociales.

Porque, además, allá donde la dominación se haga más totalitaria la conflictividad resultante será todavía mayor. Se es miembro de una clase porque se ocupa una posición dentro de una asociación de dominación, por ejemplo, el Estado o la Empresa. A toda categoría de la teoría estructuro-funcional (o de integración) le corresponde otra categoría paralela en la teoría de autoridad (o de dominación). Dahrendorf, al acercarse a Parsons de este modo, vuelve los ojos al sentido occidental y europeo de la responsabilidad personal y le da, definitivamente, las espaldas al totalitarismo despersonalizado del materialismo dialéctico.

La palabra “interés” califica en el lenguaje corriente, intenciones o directrices de actuación que en modo alguno van ligadas a las posiciones o cargos, sino a los individuos. Los individuos y no las posiciones que ocupan “se interesan por algo”, se toman o “tienen interés”... Quiere ello decir que los intereses de las clases dominantes, como valores, personifican la ideología de la legitimidad de su autoridad y que los intereses de las clases dominadas representan, por el contrario, la duda de esta legitimidad.

Los grupos son pluralidades de hombres en contacto y comunicación regular con una estructura reconocible. El subsector militar de la sociedad es uno de esos grupos. Tiene una estructura, una forma dada de organización, un programa de objetivos y un personal integrado, es decir, es una *institución* en el sentido de Bronislaw Malinowski: una asociación

o grupo organizado con estatuto fundacional, personal, normas, instrumentos materiales, actividades reguladas y funciones objetivas, además de resultados tangibles.

Las Fuerzas Armadas en esta concepción, —como toda organización social—, exigen la diferenciación de las posiciones. No viven en una sociedad caracterizada por el constante cambio de jefatura, como habría de ocurrir en la sociedad sin clases, sino en la tendencia contraria, cuya exageración consiste en lo que Gaetano Mosca llamaba “ley de la inercia” o tendencia de los superiores a permanecer en una situación ya dada. Hay en las Fuerzas Armadas relevos de jefatura, siempre menos equívocos que los cambios de élite profetizados por Vilfredo Pareto. Los militares sufren una alternancia entre las hegemonías de las clases cerradas y de las clases abiertas; entre viejas autocracias (que se reservan el mando para sí mismas, si se lo permitieran) y nuevas democracias, (que entregan a la voluntad popular la posibilidad del relevo).

Dahrendorf condena, una vez más, al totalitarismo implícito en la exageración del elitismo, que Mosca atribuía al concepto de clase política, que Pareto depositó en la élite gobernante y que Aron ha transferido a la minoría en el poder. Es cierto, que en toda sociedad hay individuos que superan a la masa de los dominados por su capacidad de acción, por su instinto para las combinaciones y por su concentración sobre lo inmediato. Es verdad, que las clases dominantes están siempre mejor organizadas que las dominadas.

No se está dando en Occidente la superposición entre poder político y poder económico que contemplaban los marxistas como algo inexorable. No es la renovación de los dirigentes lo decisivo para certificar un cambio, sino la reforma que se produce cuando los intereses diferenciados entran en conflicto con los intereses coincidentes dentro de una concreta situación. Porque, —y he aquí lo decisivo de su teoría del conflicto— sólo los intereses diferenciados producen cambios de sistema. Los intereses coincidentes, a lo sumo, provocan cambios dentro del sistema. Entonces, y sólo entonces, es cuando se pasa de la teoría equilibrada de las clases sociales al conflicto abierto de clases, que Marx llamaba revolución.

Dahrendorf afirma, contra Wright Mills, que “un puesto de autoridad en la industria no se corresponde, necesariamente, con un puesto de autoridad en la política y ésto a pesar de que las funciones burocráticas son funciones de dominación política”. A la definición de la burocracia

corresponden ciertos intereses latentes que atienden al mantenimiento de las estructuras existentes y de los valores vigentes.

El ejército reservista burocrático de la autoridad es un ejército mercenario del conflicto de clases, que si bien siempre está en la lucha, se ve obligado a poner su fuerza al servicio de señores y objetivos cambiantes.

Dahrendorf no le niega a Parsons, autor de una teoría voluntarista de la acción, el derecho a ser tenido como el teórico de la ciencia social más importante de la actualidad; pero le niega el acierto, que concede a Merton, a la hora de posponer el gusto por las especulaciones de tipo universal y por los sistemas conceptuales de carácter magistral en favor de las teorías de alcance medio. Finalmente, les niega a ambos sociólogos la suficiente energía como para oponerse a las utopías y, desde luego, a la utopía totalitaria que, en cambio, le sobra a Karl Popper.

Todas las utopías, desde el Estado platónico hasta el hermoso nuevo mundo de 1984 de George Well, tienen un elemento común: son sociedades en las que falta la evolución... El ejemplo de Marx es todavía más ilustrativo. Es sabido cuanto tiempo y energías gastó Lenin en relacionar el acontecimiento, objetivamente posible, de una revolución proletaria con la imagen de una sociedad comunista, en la que no hay clases, ni conflictos, ni Estado, ni división del trabajo.

«Las sociedades utópicas pueden ser sociedades de castas, — insiste lúcidamente Dahrendorf— y lo son con frecuencia... (léase nomenclaturas, como le hubiera gustado oír a Pareto), pero no son sociedades de clases en las que los oprimidos se insurreccionan contra sus dominadores». Al final nos encontramos, tanto Platón como nosotros, con la utopía de una sociedad perfecta que tiene una estructura, que funciona, que está en equilibrio y por ello es justa.

Al contrario de lo que pretende este utopismo falaz, el sociólogo Dahrendorf quiere recuperar para la sociología una actitud en la que no se pierda por completo el apasionamiento ético de sus padres fundadores. Considera nocivos los rasgos utópicos que se filtran en todas las teorías:

La utopía es el mundo de la certidumbre. Es el paraíso hallado: los utopistas tienen respuestas para todo. Sólo a causa de la incertidumbre hay constante evolución y desarrollo.

Y es que los conflictos sociales, a la larga, también cumplen funciones. “El problema de dominar los conflictos sociales no es, pues, en el fondo, más que el problema de la psicoterapia de los dirigentes de grupos

en conflicto”. La peor solución será aquella que ponga en relación el síndrome autoritario y la conducta autoritaria. Esa fue la solución de los nazis, de los fascistas o de los comunistas al incurrir en la tentación totalitaria anexa al utopismo.

La pregunta sociológica es ¿qué causas sistemáticas, es decir, estructurales, tiene el hecho constante de los conflictos sociales? ¿Cuál es, por ello, el lugar del conflicto en la sociedad humana y en su historia?.

Porque, en definitiva, en su arranque, todos los conflictos son disfuncionales, aunque se admita que las estructuras de funciones, de grupos de referencia o de instituciones crean necesariamente conflictos. La funcionalidad de un conflicto procede del artista que acierta a resolverlo.

El conflicto cuando se encuentra ya aclarado, para Dahrendorf, significa, como para Coser, “una descarga de la tensión entre elementos hostiles”. Posee una función estabilizadora y se transforma en componente integrativo de dicha relación.

La finalidad y la efectividad de los conflictos sociales consiste en mantener despierto el cambio histórico y fomentar el desarrollo de la sociedad.

La causa final de los conflictos sociales, —habría que preguntarle a Dahrendorf si también la de la guerra y la de la revolución— está en el mantenimiento del cambio histórico. Son la rigidez y la excesiva estabilidad lo verdaderamente patológico de la vida social y no la conflictividad evolutiva que ésta lleva en su seno. Cuando la utopía se convierte, artificialmente, en una realidad política se hace siempre totalitaria.

Dahrendorf, como el sociólogo Coser, —pero no como Mills y Polantzas— trata de seguir afiliado a la escuela de dialéctica pero lejos de la estirpe de Marx. Y es cierto que lo consigue por mucho que se haya acercado a las tesis del funcionalismo y haya respetado mucho mejor que Mills, —y desde luego que Polantzas— la figura de Talcott Parsons, el primero y más maduro de los sociólogos funcionalistas.

CAPÍTULO SEXTO

LUTTWAK. VENCEDORES Y PERDEDORES EN LA ERA GLOBAL

LUTTWAK: VENCEDORES Y PERDEDORES EN LA ERA GLOBAL

Por JOSÉ ROMERO SERRANO

Los Estados tienden a actuar de forma geoeconómica simplemente por lo que son: entidades territoriales bien definidas que existen precisamente para competir de una manera o de otra en la escena mundial.

«Turbocapitalismo»; E.N. Luttwak.

Introducción

Edward N. Luttwak nació en Arad, una localidad transilvana, en 1942. A lo largo de su vida se ha enfrentado con pasión al fenómeno de la estrategia, y lo ha hecho, a mi parecer, con dos enfoques. Uno inicial, a través del estudio de la estrategia y sus componentes clásicos: fuerza militar, tecnología, cultura estratégica y organización; y otro mediante la geoeconomía, concepto desarrollado a partir de 1990 como una evolución natural de la geopolítica.

A esa primera época pertenecen sus libros *“La gran estrategia del Imperio Romano”* (1976), los ensayos de *“Estrategia e Historia”* (1985), su cuerpo teórico de *“Estrategia: la lógica de la guerra y de la paz”* (1987) (1) y *“El diccionario de la guerra moderna”* (1991).

(1) La recensión de este libro aparece en el Cuaderno de Estrategia del IEEE n. 99.

A la segunda, corresponden “*El sueño americano en peligro*” (1993) y “*Turbocapitalismo*” (1998).

Contemplados en su globalidad, un denominador común emerge de su pensamiento: los EEUU siempre están en el centro del problema. En el primer libro citado analiza los tres modelos estratégicos que permitieron al Imperio Romano perdurar durante siglos. Aún siendo un libro puramente histórico, sin extrapolaciones, sirve como evidente reflexión para la gran potencia norteamericana de la actualidad. La segunda referencia, sus ensayos de estrategia, están centrados en el estilo norteamericano de hacer la guerra. La tercera, su teoría estratégica, sólo es plenamente aplicable para las grandes potencias.

En sus dos últimas obras, marcadas por la globalidad y la economía, analiza la competencia geoeconómica actual entre los EEUU, Japón y Europa.

En definitiva, Europa es contemplada en un contexto marginal e indistintamente se refiere a ella como un ente de países diferenciados, por ejemplo analizando sus índices económicos o sus políticas de estado, o como un colectivo armónico de países con proyectos comunes, proponiendo el ejemplo, paradigmático del proyecto Airbus. Sólo entrelíneas, y con aparente indiferencia, asoman atisbos de una Europa unida con una política común.

EL DOMINIO ESTRATÉGICO EN EL FONDO DEL PROBLEMA

Luttwak se educó en Italia, Inglaterra y los EEUU. Sin duda fascinado por la historia de Roma, escribió en 1976 un libro muy apreciado sobre la gran estrategia del Imperio. En suma, describe los tres modelos estratégicos que permitieron a Roma sobrevivir a sus enemigos, tanto los iguales, el Imperio de los Partos, como los menos cualificados, los bárbaros. Los tres modelos citados se corresponden: uno, con el sistema clientelar, con un fuerte control centralizado de la fuerza militar romana; dos, el sistema de defensa perimétrica, el limes, con una fuerte presencia romana en las fronteras científicas del Imperio y tres, la defensa en profundidad, con bárbaros contratados como soldados de frontera (*limitanei*) o como ejército de maniobra (*comitatenses*), manteniendo las legiones, de carácter provincial, desplegadas en escalones defensivos. En cualquier caso, el momento más feliz coincide con el uso de la institución militar como fuerza de disuasión, esto es, el uso del poder militar sin implicarse en el desgaste de la lucha.

Sin hacer alusión a modelos contemporáneos, resulta evidente el interés que para una gran potencia como los EEUU puede reportar su estudio. Pensemos en el sistema clientelar y las alianzas, los estados rivales semejantes y los estados parias, los países con una "especial relación", en los límites y las zonas de influencia, en la permeabilidad de las fronteras y en el uso de ejércitos auxiliares. De forma notable, el autor recrea la capacidad de idear en el tiempo nuevos sistemas estratégicos para afrontar situaciones de facto distintas.

SEMBLANZA BIOGRÁFICA

Luttwak es un hombre que, aunque de origen centroeuropeo, ha unido su destino a tres países periféricos: En Italia, quedó fascinado con la historia de Roma y elaboró sus primeros esquemas estratégicos. En los EEUU, en la Universidad de John Hopkins, adquirió su formación filosófica e inició sus estudios sobre las Relaciones Internacionales. En Inglaterra, en la década de los 60, se sumó al campo de la economía cursando estudios en la Universidad de Londres.

A partir de 1973 se implicó plenamente en política, como asesor en la Secretaría de Defensa, la Secretaría de Estado y el Consejo de Seguridad Nacional de los EEUU.

En la actualidad, es miembro del Centro de Estudios Internacionales y Estratégicos (CSIS) de Washington.

El doctor Luttwak es un autor muy considerado y repetidamente citado en círculos estratégicos. Su teoría estratégica es objeto de estudio en los centros militares más importantes del mundo y sus ensayos son publicados en revistas tan prestigiosas como The National Interest o Foreign Affairs. Pero Luttwak es ante todo un hombre que compagina a la perfección el estudio teórico y la praxis. Sus ideas han cristalizado en los conceptos de arte operacional, fuerzas de despliegue rápido, empleo de unidades ligeras y operaciones contrainsurgencia, y las conclusiones de sus estudios han sido recogidas en diversos manuales del ejército norteamericano.

Ha participado en estudios y proyectos aéreos y navales (la revalorización del bombardeo estratégico, por ejemplo), y su influencia ha sido reconocida en las operaciones de la Guerra del Golfo (1991), en la que participó activamente en la designación de objetivos.

En suma, esa extensa formación en historia, filosofía, economía y relaciones internacionales, da a este pensador una visión de conjunto admirable en el campo de la estrategia, en el que parece proyectar dos grandes ideas: el carácter paradójico de la misma y la irrupción imparable, a nivel global, de la geoeconomía y el turbocapitalismo.

En sus ensayos sobre “Estrategia e Historia” abunda en los diferentes aspectos de la disuasión en la rivalidad de un mundo bipolar para, inmediatamente, centrarse en el uso del poder naval por parte de los EEUU y en el estilo americano de hacer la guerra. Basándose en las campañas de la 2ª Guerra Mundial, Corea y Vietnam, analiza la relación entre los distintos niveles de la estrategia y las dos formas de conducir las operaciones: la de desgaste y la de maniobra. El Combate de Baja Intensidad (CBI), (uno de los dos componentes esenciales de la estrategia Reagan, junto con la conocida como “Guerra de las Galaxias”), es referida también en este apartado pues, según el autor:

No fue debido a una enraizada deficiencia cultural de la nación en su conjunto, ni a una falta de dedicación, talento o competencia de las Fuerzas Armadas que la Guerra del Vietnam se perdió. Fue más bien la inadecuada organización de unas Fuerzas Armadas estructuradas en las diferentes Armas y enfocadas a una guerra “real” de desgaste lo que condenó a tantos hombres buenos a actuar de forma tan desastrosa.

Y es que la Guerra del Vietnam va a marcar un punto de inflexión en la organización y en la estrategia militar estadounidense y, en consecuencia, también la forma y las condiciones en que el resto de las naciones se integrarán en futuras fuerzas de coalición bajo liderazgo norteamericano.

El libro que describe su teoría estratégica, de fuerte influencia Clausewitziana, gira en torno al carácter paradójico de la misma y que la hace de difícil comprensión. Para su estudio establece cinco niveles estratégicos: El Técnico, ligado a la tecnología y el uso del armamento; el Táctico, el elemento humano del combate; el Operacional, propio de la conducción militar de las operaciones; el de Teatro, que fija la relación entre fuerza militar y territorio y, por último, el de la Gran Estrategia, la de los resultados finales, donde confluyen las influencias e interacción del nivel vertical de la estrategia y el horizontal de enfrentamiento con los contrarios. Y es aquí donde el autor da a entender que son las grandes potencias las únicas que establecen verdaderas relaciones de gran estrategia al nivel de política internacional.

Por último, su “*Diccionario de guerra moderna*” es un libro imprescindible para entender la terminología y las características del armamento presentes en el período de la Guerra Fría.

GLOBALIDAD Y PUGNA GEOECONÓMICA

La actividad actual de Luttwak se desarrolla entre la publicación de libros y la de articulista. Según mi parecer, la publicación del artículo "*De la geopolítica a la geoeconomía*" (The National Interest, verano de 1990), ha provocado un giro en el pensamiento del autor, definiendo la geoeconomía como "el fenómeno dominante en el campo de los asuntos mundiales".

En su libro *The endangered American Dream* (1993), Luttwak sondea este escenario de rivalidad-conflicividad. El texto está subtítuloado como "cómo evitar que EEUU llegue a ser un país del Tercer Mundo y cómo ganar la lucha geoeconómica por la supremacía industrial". En efecto, el tema central sugiere que, según los indicadores actuales (1993) y haciendo una proyección hacia el futuro, los EEUU llegarán a ser un país tercermundista hacia el año 2020. En ese momento, la productividad por persona será de 5 a 1 a favor del Japón y de 2 a 1 a favor de Europa. El primer dato refleja la misma proporción que los EEUU tenían sobre Brasil en 1980.

El autor centra su trabajo en definir las causas y analizar los datos que están llevando a su país hacia esa situación. Enumero las razones:

1. «Proletarización» del mundo laboral; lo que equivale a la eliminación de las eficaces capas sociales medias.
2. Haciendo a los más ricos superricos e incrementando el nivel de pobreza. (El 1% de la población con mayor riqueza, 932 mil familias, acaparaba el 36,2% del total de la riqueza en 1989, cuando en 1983 poseían el 31,3%). Este modelo, una minoría extremadamente rica frente a una pobreza en ascenso, está muy próximo al modelo de los países del Tercer Mundo.
3. Descenso en el nivel de la educación pública, motivado por un entusiasmo absurdo en la integración multicultural como objetivo principal del proceso educativo.
4. Inmigración. Casi un millón de inmigrantes al año fijan su residencia en los EEUU, de los cuales sólo el 10% viene de países que no son pobres. Además, 300 mil inmigrantes ilegales entran cada año en el país, estimándose entre 3 y 7 millones el total de ilegales.
5. El tráfico y consumo de drogas, (más de 850 mil arrestos por esta causa en 1990).
6. El alto índice de criminalidad (2) (1,8 millones de ciudadanos en prisión). Esta acomodación a un elevado nivel de violencia, para-

(2) Según datos de «El País» (23 de marzo de 1997), 665.000 jóvenes norteamericanos son miembros de una de las 23 mil bandas violentas contabilizadas en los EEUU.

- dómicamente, facilita la colocación de empresarios norteamericanos en países de alto riesgo (pensemos en Nigeria, por ejemplo).
7. La falta de ahorro. En el decenio 1980-90, sólo el 16,1% de las ganancias domésticas revirtieron en el ahorro (29,9% en Japón y 20,8% en la ex-RFA). El ahorro total, público y privado, fue del 13,6% para ese mismo período.
 8. El estancamiento en el I+D y su aplicación militar. En 1992 se dedicaron 157 billones de dólares a la investigación y el 59% de esta inversión fue de interés militar. El secreto militar y los largos plazos de diseño y producción hacen que su aplicación civil sea menos inmediata y rentable, situándose en inferioridad respecto a un sistema más ágil (sin ataduras militares) como el japonés. Estos son argumentos que va elaborando a lo largo del libro y que se agudizan con la competencia geoeconómica con Europa, pero sobre todo con el Japón, al que identifica como verdadero enemigo.

Por otro lado, Luttwak considera que los valores tradicionales de la cultura norteamericana forjados en el calvinismo, como son la libre competencia, propiciando salarios satisfactorios y la creencia en ideales compartidos, están seriamente amenazados.

CALVINISMO

La doctrina calvinista procede del teólogo francés Juan Calvino (1509-1564) y tiene sus fundamentos en la «disciplina piadosa», en el celoso cumplimiento de los deberes espirituales y civiles (el gobierno de «las dos espadas») y en el convencimiento de la contribución personal a un proyecto común y armonioso entre lo espiritual y lo material.

Los principales países anglosajones comparten esta orientación calvinista.

Una cultura tendente a lo individual más que al grupo, a los derechos individuales más que a los intereses de grupo, a la realización personal más que al logro colectivo. Mientras este individualismo permaneció asociado a un fuerte sentido calvinista de compromiso hacia la familia y hacia la comunidad, de refrenamiento y de ahorro, se mantuvo un maravilloso equilibrio.

«El suelo americano en peligro» Luttwak

El autor, ante esta situación, se pregunta qué debe hacerse. Propone, con menor brillantez (3), tres líneas de acción:

1. Acabar con la educación multicultural que desperdicia esfuerzos en aspectos secundarios.
2. Aplicar impuestos que favorezcan el ahorro y que disuadan del consumo pertinaz.
3. Iniciar una política industrial con el asesoramiento y el apoyo gubernamental que permita competir en igualdad con los otros poderes geoeconómicos.

Como medida alternativa propone la creación de un órgano a semejanza del MITI (Ministerio de Industria Japonés), que dinamice y oriente las empresas de interés estratégico norteamericano. El MITI en la nueva era geoeconómica ejerce la misma función que el Estado Mayor prusiano ejerció en la era de la geopolítica: constituirse en el motor de la expansión.

Finalmente, advierte que “en la geoeconomía, como en en la guerra, las armas ofensivas dominan”, y que “de éstas, el I+D sustentado por el gobierno y las inversiones privadas, es lo más importante”.

En la política mundial tradicional, los objetivos eran asegurar y extender el control físico del territorio y ganar influencia diplomática sobre los gobiernos extranjeros. El equivalente objetivo geoeconómico no es lograr el más alto nivel de vida posible de la población, sino la conquista o protección de los roles deseables en la economía mundial.

La geoeconomía es, en definitiva, un instrumento de poder de los estados y conlleva “una proyección en la escena mundial de las ambiciones de empresarios y tecnólogos, así como antaño la guerra y la diplomacia reflejaron las ambiciones aristocráticas”.

En conclusión, en el futuro los EEUU deberán elegir “entre la negociación satisfactoria hacia un desarme geoeconómico (una especie de super-GATT) o llevar a cabo una guerra total geoeconómica”. *Not to choose is to lose* (no elegir supone perder). Punto final. Esta es la conclusión de un arriesgado libro prospectivo.

(3) Félix G. Rohatyn comenta este libro de Luttwak (review essay, *Foreign Affairs* nov-dic 93) y opina que es mejor analista que proponente y se muestra especialmente crítico con la posibilidad, solamente citada por Luttwak pero no desarrollada, de una «carrera de armamentos geoeconómica»

Sin embargo, tras la lectura del libro y para el interés de nuestro trabajo, éstos son los argumentos más interesantes que trazan el papel que Europa puede desempeñar en la pugna geoeconómica:

Como punto de arranque, Luttwak da a entender que las tres regiones económicas más importantes al nivel mundial son:

Norteamérica, Europa y Japón-Corea-Taiwan, lo que en la práctica coincide con otros autores de reconocido prestigio (Brzezinski o Huntington, por ejemplo).

Expone que los procesos integradores regionales, la Comunidad Europea (CE) y el NAFTA (ampliable por entonces a Méjico), favorecen las transacciones comerciales, pero no cree posible, por otro lado, una “zona yen”. Ni Corea, ni Taiwan, ni por supuesto China se pondrían bajo la tutela japonesa. Sólo Malasia o Tailandia podrían considerarlo. Por lo tanto, no se puede hablar, en conjunto, de tres bloques rivales, ya que Japón permanecería solo (4).

Y aquí encaja, como argumento necesario para la conclusión final, lo que el autor ofrece como su particular visión del “tren de la historia” y el comportamiento de las sociedades frente al conflicto:

En el tren de la historia, los últimos vagones, los países más pobres, no pueden todavía conducir guerras, ya que sus ejércitos son incapaces de operar mucho más allá de sus fronteras.

Los vagones centrales, los países parcialmente desarrollados con burocracias constituidas, algunos más pobres como la India y Paquistán, y otros más ricos como Turquía o Irak, son todos capaces de guerrear entre sí, pero están normalmente demasiado embebidos en conflictos territoriales como para perseguir políticas geoeconómicas.

Los vagones de cabeza, los EEUU, los países europeos, Japón y otros como ellos, son todos materialmente capaces de conducir guerras eficazmente, pero el entorno social ha llegado a ser alérgico a la guerra. Ciertamente sus habitantes y sus elites gobernantes son conscientes de que no es útil luchar entre sí con fuego y armas. Aun

(4) Huntington, en este sentido, sí considera posible que las potencias regionales principales (la Unión Europea, Rusia, China, Japón, Brasil) puedan rivalizar, incluso mediante alianzas, con la potencia hegemónica norteamericana. El mismo Japón puede tratar de buscar su anti-gua zona de «co-prosperidad»

así, sus estados están organizados a la manera tradicional de la lucha militar y parecen perseguir los mismos fines mediante los medios geoeconómicos.

En consecuencia, las elites dirigentes de los países más avanzados, “en lugar de ojear el mapa (como antaño), ahora estudian con ansiedad las estadísticas internacionales, productividad, tasas de crecimiento, esperanza de vida...”. En suma, organizan la actividad económica para ganar en la competencia de los números.

Aun así, advierte Luttwak, la actividad geoeconómica no busca necesariamente beneficios (pone el ejemplo de Airbus), sino preparar productos tecnológicamente avanzados, penetrar y dominar los mercados internacionales aunque, en ocasiones, a su vez y como objetivo secundario, también pueda reportar ganancias materiales para un país o el bloque que contribuye al proyecto.

En este sentido, dentro de la UE, “miembros que fueron inicialmente de diversa tendencia, desde la siempre centralista Francia hasta la más abierta hacia el libre mercado como Inglaterra, parecen perseguir como grupo objetivos geoeconómicos”.

Esta es la incertidumbre, un posible escenario de conflictividad geoeconómica (con Europa y el Japón) sobre el que los EEUU deben adoptar una posición. Esto es lo que Luttwak plantea en su libro.

LUTTWAK REvisa SUS PLANTEAMIENTOS

Curiosamente, en su último libro, *Turbocapitalismo*, nuestro autor no hace referencias dignas de mención sobre el libro anterior. Es cierto que en el libro escrito en 1993, Luttwak realiza una arriesgada prospectiva, o mejor una proyección de futuro, sobre unos EEUU decadentes. Nos queda una imagen de unos EEUU del futuro semejantes a un Brasil actual, con una sociedad decantada entre muy ricos y pobres y un mundo laboral explotado. Sin embargo, la caída del modelo japonés, la crisis asiática de 1997, y el boom económico norteamericano de mediados de los 90 han dado un giro espectacular a la situación (5).

(5) EEUU se encuentra actualmente en un ciclo de 8 años de expansión, habiendo generado 18 millones de puestos de trabajo desde que Clinton subió al poder en 1993, y con una tasa de crecimiento anual superior al 6%.

De esta manera, Luttwak mantiene sus criterios generales sobre un mundo dinámico y la validez de la lucha geoeconómica entre los grandes ecúmenes mundiales. Pero ahora su argumento principal es que una ola de incalculable fuerza se ha desatado, el Turbocapitalismo, arrolladora e insaciable, propiciada por los nuevos actores económicos en escena, los nuevos titanes, que escapan del control de los Estados y de las fuerzas sociales y que sólo se mueven por criterios de expansión y beneficio.

El autor cita:

Quizá con la excepción de las armas nucleares, el capitalismo es la innovación humana más poderosa.

Explicando "Turbocapitalismo" como:

Sus partidarios no usan tal término. Ellos simplemente lo llaman "el libre mercado". Lo que celebran es la empresa privada sin una regulación gubernamental, sin supervisión de eficaces sindicatos, desprovistos de cualquier preocupación afectiva sobre los empleados, sin barreras aduaneras o restricciones a las inversiones y sin ser incordiados con los impuestos.

Ellos le llaman libre mercado, pero yo le llamo turbocapitalismo.

Este concepto puede ser resumido, propone el autor, en la siguiente fórmula:

PRIVATIZACIÓN + DESREGULACIÓN + GLOBALIZACIÓN = TURBO-CAPITALISMO = PROSPERIDAD.

En la que la globalización se considera como la única ideología común para aquellas elites que lo dirigen.

La causa principal del rápido advenimiento del Turbocapitalismo ha sido la retirada de los Estados del mundo del comercio. Ese vacío ha propiciado la irrupción de los nuevos titanes, empresas privadas regidas por

LOS NUEVOS TITANES

*Los Nuevos Titanes es el resultado de la suma de altas dosis de capital, tecnología y bajo número de empleados. Las 20 primeras industrias de este tipo *Intel, Microsoft, Apple, Oracle, Sun Micro, etc...) emplean en total 128.420 trabajadores. Por el contrario, General Motors, como paradigma del antiguo sistema, emplea ella sola 721 mil trabajadores.*

los beneficios y que prometen la creación de riqueza, aunque no hablen nada de su distribución. Esta corriente se ha implantado definitivamente en los EEUU, Reino Unido, Nueva Zelanda y los "tigres asiáticos" (Taiwan, Hong-kong y Singapur) y prospera en las economías más desarrolladas.

Sus consecuencias no tienen porqué ser beneficiosas. El dinamismo y la inseguridad irán de la mano; producirá una destrucción de la autenticidad, una deshumanización provocada por la continua exposición al mundo laboral y la necesidad de adquirir formas agresivas, conductas empresariales que serán transplantadas al mundo privado y familiar. Se producirá más creación, pero también más destrucción. Los lazos afectivos y familiares resultarán dañados. En suma, el libre mercado y las sociedades menos libres marcharán al unísono.

SOCIEDADES DESARROLLADAS, SOCIEDADES MENOS LIBRES

Algunos autores se refieren a ellas como «sociedades duales». Anthony Giddens, director del London School of Economics, comenta que «la expansión de la desigualdad es el problema más acuciante de la sociedad mundial» (El Mundo, 29 de abril de 1999) y que la familia y otras instituciones tradicionales, degradadas por la globalización y el neoliberalismo, pueden quedar convertidas en «Instituciones Huecas». Ignacio Ramonet, director de Le Monde Diplomatique, expone que el hombre parece comportarse cada día más como una «empresa individual» y «aunque parece más libre que nunca, jamás ha estado tan controlado» (El País, 1 de agosto de 1999).

En el cuadro adjunto podemos calibrar el efecto empobrecedor que la marcha hacia el Turbocapitalismo puede producir en el mundo laboral. Los países aparecen ordenados de izquierda a derecha según la progresión creciente hacia el mismo.

	FRANCIA	ALEMANIA	ITALIA	R. UNIDO	EEUU
Horas semanales trabajadas	31,7	29,0	35,0	35,6	37,9
Salario a la hora (en \$)	19,34	31,87	18,08	14,19	17,74
Tasa de desempleo (%)	13	12	12	5	4,9

Luttwak se muestra especialmente pletórico con la implantación del ideal calvinista e incide en que en los EEUU el Turbocapitalismo ha triunfado operando precisamente dentro del "Sistema Calvinista", regido por tres leyes:

1. Ganar lo máximo. Ganar lo más posible no es un impedimento para la virtud; todo lo contrario, es un logro moral. Cuanto más tienes, más respetado eres. La contribución a obras de caridad y entidades a tal fin respaldan socialmente tu éxito. De esta manera, tanto moral como socialmente, la acumulación de riqueza está legitimada.
2. El fracaso no es el resultado de la mala suerte o la injusticia, sino de la desgracia divina, lo que te sitúa próximo al mismo pecado. Produce en el individuo un sentimiento de culpabilidad, lo que provoca que sea muy difícil conservar la autoestima. Los perdedores se culpan más así mismos que al sistema. Un país para ricos hace que los pobres no tengan representación política.
3. Para aquellos que no aceptan la regla anterior, que no se sienten paralizados por la culpabilidad y recurren al crimen, les está reservada la prisión.

Las tres reglas están interconectadas, en lo que se podría denominar "Sistema Calvinista", en el que los ganadores rebajan la envidia mediante la autocontención, la mayoría de los perdedores se culpan por su suerte y ambos disipan sus frustraciones reclamando duros castigos contra los perdedores rebeldes.

INDUSTRIA AIRBUS

Airbus es la quintaesencia del fenómeno geoeconómico de nuestro tiempo. Tiene todos los trucos de las grandes corporaciones y ha sido el instrumento elegido para la lucha geoeconómica por los gobiernos francés, alemán y británico. Éstos están cooperando ahora para ganar cotas de mercado en la industria aeronáutica en lugar de competir por los territorios coloniales como hicieron hace un siglo.

Airbus ha sido capaz de fabricar sus aviones con dinero de los gobiernos citados de tal forma que el riesgo empresarial ha sido irrisorio, hasta que las recientes negociaciones entre la Unión Europea y los EEUU han sentado algunos límites a estos subsidios.

En 1997, Airbus tenía 671 aviones en cartera, frente a los 568 aparatos de Boeing.

«Turbocapitalismo» Luttwak

Sin embargo, alguna clase de equilibrio es necesario para mantener controlada la poderosa máquina del Turbocapitalismo. Estos contrapesos necesarios son proporcionados por un sistema legal que actúa como freno y moderador y las tres mismas reglas calvinistas ya citadas (6).

Los países que están importando este sistema deben aceptar de igual manera sus dos consecuencias inmediatas: la estricta disciplina y las grandes diferencias (7).

El Turbocapitalismo, como doctrina, lleva asociado unos enunciados necesarios: el libre comercio como ideología, el proteccionismo como pecado, el dinero como religión y el consumo como terapia. En este entorno, la Geoeconomía es el fenómeno de nuestro tiempo.

La geoeconomía plasma, en el lenguaje de Clausewitz, “la lógica del conflicto en la gramática del comercio”. Afortunadamente, la rivalidad que genera está ceñida a la esfera de las grandes empresas, sin descender a las emociones provenientes de rivalidades nacionales. Es una “lucha con otros medios”, en el que la potencia de fuego ha sido sustituida por las inversiones, la innovación en los armamentos por el diseño y la fabricación de nuevos productos, las líneas defensivas por las barreras aduaneras y las emboscadas por los artificios para dificultar el libre comercio. Y todo ello orientado o sustentado por los estados con un criterio ofensivo, y reitera:

En geoeconomía, como en la guerra, las armas ofensivas son más importantes. Entre éstas, la investigación y el desarrollo, sustentados por los gobiernos y el dinero de los contribuyentes, es quizá lo más importante. Así como en la guerra la artillería conquista el territorio por el fuego y luego la infantería lo ocupa, el objetivo aquí es conquistar las industrias del futuro mediante la superioridad tecnológica.

Si estos medios fallan, el arma ofensiva final es una “economía de presa”, ofreciendo préstamos por debajo de los intereses establecidos en el mercado. No debemos olvidar que los objetivos no están relacionados con la adquisición y control territorial o la ganancia de influencia, ni con una forma de vida lo más alta posible, “sino con la conquista y protección

(6) En Japón, esta moderación se alcanza con la humildad y la certeza de que cualquier trabajo independientemente de su remuneración, es importante.

(7) El columnista Joaquín Estefanía nos habla sobre esta «Tentación del modelo americano» y explica que la experiencia de los EEUU puede ser resumida en dos elementos: la aceptación política y social de un grado creciente de desigualdad y la intolerancia frente al paro, lo que supone, a la postre, la cal y la arena de este sistema (El País, 2 de mayo de 1999).

de los roles deseables en el mundo de la economía". Los vencedores serán premiados con las empresas líderes y los perdedores con las cadenas de montaje.

Luttwak examina, a lo largo de su obra, las áreas geográficas de Japón, Rusia y Europa, volcando los siguientes comentarios:

- Respecto al Japón, considera que es una "economía de burbuja", en la que asegurar el total empleo es el objetivo nacional (8). (Nada que ver con la fascinación que demuestra hacia el modelo japonés en su libro anterior).
- Sobre Rusia se muestra ambiguo. Afirma que durante la época comunista, el gran problema que tuvo para progresar dignamente ha sido que, a pesar de dedicar más del 30% de su PNB a los gastos militares, no aprovechó la enorme riqueza de sus materias primas; y esto fue debido a que su economía no es que fuese ineficaz sino que era destructiva. Los mejores productos tenían una fabricación defectuosa. Confía que en la actualidad la mafia juegue un papel dinámico en el desarrollo económico y actúe de moderador entre una burocracia estatal corrupta y unos ciudadanos desprotegidos.
- Para Europa, prevé una acción dinámica en la economía favorecida por la marcha del euro y el control que los bancos centrales

LA TERCERA VÍA

Frente a los mensajes de «pensamiento único» y «neoliberalismo», las corrientes de social democracia europea, lideradas por los Primeros Ministros Blair (Reino Unido), Schröder (Alemania) Y Jospin (Francia), trabajan sobre una propuesta de «Tercera Vía» que intente adaptar la social democracia actual a las exigencias de la «Nueva Economía», lo que indudablemente supondrá una reforma del Estado de Bienestar, su principal objetivo.

Esta propuesta, que intenta superar la primera vía de fundamentalismo de mercado y una segunda, del modelo clásico de social democracia, asumida como superada, está creando, en opinión del catedrático Roberto Velasco (Universidad del País Vasco) un «Imperio de la Confusión».

Fuente: El País, 18 de septiembre de 1999.

(8) Sin embargo, el paro en Japón alcanzó la cifra récord del 4,9 % de la población activa, el nivel mas alto desde 1953, año en el que se hicieron públicas por primera vez estas estadísticas (El País, 31 de julio de 1999)

deben jugar. Se muestra escéptico respecto a una unión política aunque reconoce que está capacitada para luchar en el campo de la geoeconomía, en la cuál la apuesta por el Airbus es el paradigma de este fenómeno.

El libro finaliza con un capítulo sobre "El gran dilema". Afirma que "no hay elección, sólo existe una ola creciente de turbocapitalismo" que es contenida a duras penas en la convicción de que no existe alternativa posible.

Ante esta irrupción imparable, los gobiernos conservadores se mueven en la contradicción, al afirmar que los valores familiares son compatibles con un mayor dinamismo económico. Los gobiernos de izquierdas están paralizados al ser incapaces de incluir programas sociales compatibles con la voracidad del nuevo sistema.

En esta situación: *Si no puede aparecer una nueva política económica que suavice la nueva fuerza del turbocapitalismo, la ola del futuro será el populismo.*

Este nuevo populismo puede adquirir tintes fascistas provenientes de una presencia racista, xenófoba y autoritaria. Sin embargo, queda descartada la posibilidad de una mutación militarista, ya que las bajas de una guerra no serían soportadas en la actualidad.

El gran dilema consiste en saber si hay que aceptar o resistir frente al turbocapitalismo.

Comparado con la esclavitud de las difuntas economías comunistas, el descorazonador socialismo burocrático y los grotescos fallos de las economías nacionalistas, el turbocapitalismo es en conjunto materialmente superior y moralmente al menos no inferior, a pesar de sus efectos corrosivos en la familia y la cultura. Sin embargo, aceptar su imperio sobre todos los actos de la vida, desde el arte a los deportes y todas las formas de negocios, no puede considerarse el logro culminante de la existencia humana.

El Turbocapitalismo también pasará.

OTROS PUNTOS DE REFLEXIÓN

Antes de entrar en las conclusiones finales y para formarnos una idea más completa de su personalidad, es conveniente indagar en las opiniones más recientes del autor sobre los temas de estrategia y política internacional.

Sobre los artículos de actualidad, estas son las colaboraciones más destacadas encontradas en revistas especializadas:

1. *From Geopolitics to Geo-Economics, The National Interest; summer 1990.*
2. *Where are the Great Powers?. Foreign Affairs, vol.73, nº 4 (1994).*
3. *A Post-Heroic Military Policy. Foreign Affairs, vol.75, nº 4 (1996).*
4. *Strategic aspects of US-Israeli Relations. Israel Affairs, vol. 2 (1996).*
5. *From Vietnam to Desert Fox: Civil-Military Relations in Modern democracies. Survival, the IISS Quaterly (1999).*
6. *La guerra debe llegar a su fin. Política Exterior nº 71 (sep-oct, 1999).*

Es el primer artículo el que marca el giro y la introducción del término "geoeconomía".

Puedo pensar en describirlo como la mezcla de la lógica del conflicto con los métodos del comercio o, como Clausewitz habría escrito, la lógica de la guerra en la gramática del comercio.

Sigue diciendo que las elites de las grandes potencias han abandonado la guerra como una solución práctica para las confrontaciones entre ellos.

Por lo tanto, mientras los métodos del mercantilismo podían ser siempre dominados por los métodos de la guerra, en la nueva era "geoeconómica" no sólo las causas, sino los instrumentos del conflicto serán económicos.

En el segundo de ellos se deja sentir el impacto de Bosnia-Herzegovina (BiH). Define "gran potencia" como aquella que defiende intereses que no son exclusivamente vitales. Implica, por lo general, intervenciones militares en zonas alejadas.

Si las grandes potencias, con bajos índices de natalidad, no toleran los riesgos de esa intervención (en vidas humanas), el poder militar pierde credibilidad. Plantea dos opciones para superarlo: generar unidades ligeras, como aquellas tipo gurka en el ejército británico (cohesión racial) o, como alternativa, las de tipo Legión extranjera, basadas en la cohesión de grupo. De lo contrario, alerta, admitamos un mundo inestable y acostumbremos a la tragedia.

En este sentido, en su artículo *Las guerras deben llegar a su fin* (referencia sexta), cuestiona la utilidad práctica de la mediación, las ope-

raciones de paz y la labor de las ONG,s, pues en definitiva dificultan la solución final del conflicto, haciendo que éstos se enquisten y permanezcan irresolutos.

En el tercero, Luttwak admite que hemos (países occidentales) entrado en la “Era post-heroica” y el factor condicionante de las operaciones es la limitación en el número de bajas. Así, la fuerza real no coincide necesariamente con la fuerza utilizable, por lo que la política de defensa debe invertir en tecnología de uso remoto, precisa y discriminatoria y favorecer la creación de unidades ligeras.

En el cuarto, aboga por el mantenimiento de la alianza estratégica con Israel, incluso cuando hoy las condiciones han cambiado y no existe una amenaza real como la soviética ni la proveniente del fundamentalismo islámico.

En el quinto mencionado, incide en la actitud actual de los jefes militares que cultivan la prudencia diplomática y se resisten al uso de la fuerza, en contraste con los diplomáticos, cada vez más proclives a la utilización del poder militar.

De todos ellos, deducimos que Luttwak, con independencia de sus estudios económicos, es un hombre muy atento a las nuevas tendencias sobre los estudios internacionales, especialmente aquellos que impliquen el uso de la fuerza, y que siempre se mueve guiado por un criterio ante todo y cuando menos pragmático.

CONCLUSIONES

Luttwak es, por encima de otras consideraciones, un hombre preocupado por el futuro y, en cierta medida, comprometido con la humanidad para encontrar un mundo mejor.

Debemos reconocer que su actividad y su atención principal está centrada en los EEUU, pero su preocupación es global. Podemos tildarlo de hiper-realista, incluso de fatalista, al afirmar el carácter inevitable de la nueva era marcada por el turbocapitalismo, pero su interés es profundamente humano.

En la actualidad, parece no estar tan enfocado hacia las posiciones nacionales o la rivalidad entre bloques. Más bien, ve las consecuencias negativas que el turbocapitalismo puede producir en las sociedades en su

LAS OPORTUNIDADES VITALES

La preocupación por los efectos que un mundo postindustrial pudiera provocar en la sociedad y en los individuos se remonta a la década de los 70, cuando sociólogos e intelectuales de la talla de Dahrendorf, Touraine, Bell, Galbraith y Chomsky advirtieron que en el futuro, el progreso iría ligado al conocimiento y que las nuevas elites (los nuevos mandarines diría Comsky) se erigirían entre los científicos. A su vez, se desarrollaría una sociedad tecnocrática que acarrearía un desempleo duradero y resistente y una subclase social no integrada, en la que muchos individuos quedarían privados de las oportunidades vitales (Darhendorf)

conjunto, deshumanizando al individuo, deshaciendo lazos familiares y destruyendo culturas tradicionales.

No obstante, extraña el poco interés que manifiesta sobre el tema concreto de una Europa unida y su posible línea estratégica. Tan sólo al final del libro "Turbocapitalismo" refleja una clasificación de "países seleccionados" tomando como referente el grado de desarrollo económico, pero no formula ninguna conjetura sobre una posición común de una Europa política.

Es evidente que su única fijación está en el aspecto puramente económico. Se muestra escéptico con la posibilidad real de una unión política, y en cualquier caso, cede el protagonismo a los organismos económicos europeos encargados de esa gestión (Bancos centrales y Comisión europea). Damos por asumido que el aspecto de la seguridad y la defensa, al haber renunciado al enfrentamiento militar e incluso al haber manifestado la interdependencia en este área, será un campo concertado con los EEUU.

No está, por lo tanto, obsesionado por las estrategias de bloques, de estados, de alianzas. Cree en las fuerzas vivas y transnacionales del turbocapitalismo que todo lo arrasa. De hecho, el subtítulo de este último libro reza: "ganadores y perdedores en la economía global", y nos parece que los afectados son los individuos, con independencia del país dónde habiten, y por encima de los estados.

PAÍSES SELECCIONADOS (1985-1998)

1. Estados Comunistas en vías de privatización?

China, Hungría, Rumanía, Eslovenia, República Checa (proceso completado), Polonia, Rusia y Ucrania.

2. Economías Comunistas residuales?

Bielorusia, Corea del Norte, Cuba y Vietnam.

3. Economías controladas en vías de privatización:

Argentina, Chile, India, Japón, Méjico, España, Australia, Francia, Italia, Corea del Sur, Perú y Turquía.

4. Economías plenamente turbocapitalistas:

Hong Kong, Singapur, Reino Unido, Nueva Zelanda, Taiwan y EEUU.

En suma, es un pensador que previene sobre un futuro de competencia geoeconómica y de grandes frustraciones individuales. Y recordemos, citando a Brian Crozier, que la frustración une en la hermandad a los rebeldes.

Lo que queda por precisar, y el autor lo evita, es cómo se va a compaginar un mundo de pugna geoeconómica, por definición sustentado por los estados u organizaciones regionales, y un mundo turbocapitalista que implica, por definición, la retirada de los estados del campo de la economía.

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

- AHIJADO QUINTILLÁN, MANUEL y NAVASCUÉS GUILLOT, MIGUEL.: *Uniones monetarias en Europa*. Miraguano.
- ALFAGEME DEL BUSTO, BRAULIO: *Europa: Cambio de estructuras*. Aguilar. Madrid, 1971.
- AMBROSIUS, GEROLD y HUBBARD, WILLIAM H.: *Historia social y económica de Europa en el siglo XX*. Alianza. 1992.
- ARON, RAYMOND: *Paz y Guerra entre las naciones*. Alianza Editorial. 1985.
- ARROYO POMEDA, JULIÁN: *Europa, casa de la razón y la libertad*. Acento. 1999.
- ATTALI, JACQUES: *Europa (s)*. Seix Barral. París, 1994.
- BARBÉ, ESTHER: *La seguridad en la nueva Europa*. Laertes.
- BARÓN, ENRIQUE: *Europa en el alba del milenio*. Acento.
- BERGER, JHON: *Una vez en Europa*. Alfaguara-Grupo Santillana.
- CLAVIN, PATRICIA y BRIGGS, ASA: *Historia contemporánea de Europa, 1789-1989*. Galaxia Gutenberg. 1997.
- COHN, NORMAN: *Los demonios familiares de Europa*. Alianza Universidad. Madrid, 1980.
- CROCE, BENEDETTO.- *Historia de Europa en el siglo XX*. Rialp. 1996.
- DAVIS, RALPH.- *La Europa Atlántica*. Editores Siglo XXI de España. 1988.
- DAWSON, CHRISTOPHER.- *Hacia la comprensión de Europa*. Rialp. Madrid, 1958.
- DE SEBASTIÁN, LUIS; OBESO, CARLOS; GÜELL, ANTONI M.; BORREL, MÁXIMO; CASTIÑEIRA, ÁNGEL; FREIXES, TERESA; PÉREZ FARGUELL, JAVIER; RECIO, EUGENIO M. y ROA, ALFONSO: *El dilema de Europa*. Ediciones del Bronce. 1998.
- DE BLAS GUERRERO, ANDRÉS: *Nacionalismos y naciones en Europa*. Alianza. 1995.
- de SCHOUTHEETE, PHILIPPE: *Una Europa para todos*. Alianza. 1998.
- DE AZAOLA, JOSÉ M.; BARÓN, ENRIQUE; AZÚA MENDÍA, JON I.; BARTUREN, JAVIER; MARTÍ, FÉLIX; IVANOF, IGOR S.; BUESA, FERNANDO; LOHELÉ, JUAN P.; LENNKH, RUDOLF y CAPEN, RICHARD G.: *Europa 93: sueños o realidades*. Universidad de Deusto, Departamento de Publicaciones. 1994.
- DÍEZ DEL CORRAL, LUIS: *El rapto de Europa*. Revista de Occidente. 1950.
- DÍEZ DEL CORRAL, LUIS: *El rapto de Europa*. Alianza Editorial. 1974.
- DÍEZ DEL CORRAL, LUIS: *Perspectivas de una Europa raptada*. Ediciones Castilla. Madrid, 1974.
- DUROSELLE, JEAN-BAPTISTE: *Historia de los europeos*. Aguilar. 1990.
- ELLIOTT, JOHN H.; STONE, LAWRENCE; SMITH, J. W.; RAEFF, MARC y MOUSNIER, ROLAND: *Revoluciones y rebeliones en la Europa moderna*. Alianza. 1972.

- FONTAINE, ANDRÉ: *Europa frente a las Superpotencias*. 1983.
- FONTANA LÁZARO, JOSEP: *Europa ante el espejo*. Galaxia Gutenberg. 1994.
- GADAMER, HANS-GEORG: *La herencia de Europa*. Ensayos. Urano.
- GAHONA FRAGA, SANTIAGO: *Los españoles en Europa hacia el siglo XXI*. Oikos-Tau.
- GALBRAITH, J. KENNETH: *La sociedad opulenta*. 1969.
- GAMBLE, CLIVE; WHITTLE, ALASDAIR; SHENNAN, STEPHEN y CHAMPION, TIMOTHY: *Prehistoria en Europa*. Galaxia Gutenberg. 1988.
- GERHARD, DIETRICH: *La vieja Europa*. Alianza. 1991.
- GONZÁLEZ ENRÍQUEZ, CARMEN: *Crisis y cambio en Europa del este. Transición húngara a la democracia*. Centro de Investigaciones Sociológicas. Editores del siglo XXI de España. 1993.
- GUITTON, JEAN: *L'Europe de l'Esprit*. 1985.
- GUIZOT, FRANÇOIS: *Historia de la civilización en Europa*. Alianza.
- HIDALGO, DIEGO: *Europa: globalización y unión monetaria*. Asociación Española de Neuropsiquiatría.
- HOBBSBAWN, ERIC J.: *Naciones y nacionalismos desde 1780*. Crítica. 1991.
- HOBBSBAWN, ERIC: *Historia del siglo XX*. Ed. Crítica. 1995.
- JACKSON, GABRIEL: *Civilización y barbarie en la Europa del siglo XX*. Planeta. 1997.
- JONES, E. L.: *El milagro europeo. Entorno, economía y geopolítica en la historia de Europa y Asia*. Alianza. 1990.
- JULIÁ, SANTOS; CABRERA, MERCEDES Y MARTÍN ACEÑA, PABLO: *Europa: 1945-1990. Pablo Iglesias*. 1992.
- KAMEN, HENRY: *Nacimiento y desarrollo de la tolerancia en la Europa moderna*. Alianza.
- KENNEDY, PAUL: *Hacia el siglo XXI*. 1993.
- KHADER, BICHARA: *Europa y el Gran Magreb*. Alderabán. 1992.
- KINSKY, FERDINAND: *L'Allemagne et l'Europe*. Laussane, 1995.
- LEBRUN, FRANÇOIS y CARPENTIER, JEAN: | Alianza.
- MAGNUS ENZENSBERGER, HANS: | Anagrama. 1989.
- MAINER BAQUÉ, JOSÉ C.; LABOA, J. M.; FORCADELL, CARLOS; FRANCO, G.A. y BAHAMONDE MAGRO, ÁNGEL: *Siglo XX. Historia Universal. La Europa de la paz armada*. Paraninfo. 1997.
- MAMMARELLA, GIUSEPPE: *Historia de Europa contemporánea desde 1945 hasta hoy*. Rialp.
- MAMMARELLA, GIUSEPPE: *Historia de Europa contemporánea (1945-1990)*. Ariel. 1990.
- MARC, ALEXANDRE: *Révolution américaine - Révolution européenne*. Lausanne, 1997.
- MARTÍN DÍEZ, M^a ANTONIA: *La estructura de la comunicación en Europa. Las organizaciones internacionales*. 1998.
- MENDRAS, HENRI: *Sociología de Europa Occidental*. Alianza.
- MONNET, JEAN: *L'Europe unie: de l'utopie à la réalité*. París, 1972.
- MONNET, JEAN: *Memorias*. Ed. Siglo XXI. 1985.
- MONREAL, EDELWEIS y FLORES, ANDRÉS: *De la escuela a Europa*. Ediciones PAU.
- MORIN, EDGAR: *Pensar Europa*. Gedisa.
- MYRDAL, GUNNAR: *El Estado del futuro. Fondo Cultura Económica*. Méjico, 1961.

- NÚÑEZ SEIXAS, XOSÉ M.: Movimientos nacionalistas en Europa. Siglo XX. Síntesis. 1998.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ: *Europa y la idea de nación*. Alianza.
- Parry, John H.: *Europa y la expansión del mundo*. MAPFRE. 1975.
- PÉREZ SÁNCHEZ, GUILLERMO A.: *Crisis, revolución y transición en la Europa del Este*. Rialp.
- POLLARD, SIGNEY: *La conquista pacífica. La industrialización de Europa, 1760-1970*. Prensas universitarias. 1991.
- RAMÍREZ, ISABEL: *La certificación en la Europa del 93*. McGraw Hill/Interamericana Editores. 1992.
- RAMÍREZ, MANUEL: *Europa en la conciencia española y otros estudios*. Trotta.
- RAPP, RICHARD T. y CLOUGH, SHEPARD B.: *Historia económica de Europa*. Omega. 1992.
- RENOUVIN, PIERRE: *Historia de las Relaciones Internacionales*. Ed. Akal. 1990.
- REVEL, JEAN FRANÇOIS: *Cómo terminan las democracias*. Planeta. Barcelona, 1983.
- ROBLES PIQUER, CARLOS: *Europa: pequeños y largos pasos*. Fundación Cánovas del Castillo. 1997.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, JOSÉ LUIS: *¿Nuevos fascismos?. Extrema derecha y neofascismo en Europa y Estados Unidos*. Península.
- RUPEREZ, JAVIER: *Europa entre el miedo y la esperanza*. EDICUSA. Madrid, 1976.
- SÁNCHEZ GIGON, ANTONIO: *El camino hacia Europa*. Ediciones del Centro. 1973.
- SCHULZE, HAGEN: *Estado y nación en Europa*. Galaxia Gutenberg. 1997.
- SIDJANSKI, DUSAN: *El futuro federalista de Europa*. Rialp.
- SIGMANN, JEAN: 1848. *Las revoluciones románticas y democráticas de Europa*. Editores Siglo XXI de España.
- SOCÍAS BAEZA, JAVIER y MARTÍNEZ DE SAS, M^a TERESA: *La lucha por la diversidad en la Europa central y oriental*. Rialp.
- SPENGLER, OSWALD: *La decadencia de Occidente*. Ed. Espasa. Colección Austral. 1998.
- SPYKMAN, N. J.: *Estados Unidos frente al mundo*. Fondo Cultura Económica. Méjico, 1944.
- STANLEY, DAVID: *Europa del este*. Könemann Verlagsgesellschaft mbH.
- SUREDA, JOAN y LIAÑO, EMMA: *El despertar de Europa*. Encuentro. 1998.
- TAIBO, CARLOS: *Crisis y cambio en la Europa del Este*. Alianza Editorial.
- TAMAMES, RAMÓN: *La Unión Europea*. Alianza Editorial. 1994.
- TILLY, CHARLES: *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990*. Alianza. 1992.
- TINDEMANS, LEO: *L'Europe, ideal de notre généralion*. Bruselas, 1976.
- TODD, EMMANUEL: *La invención de Europa*. Tusquets Editores, S.A. 1995.
- TOYNBEE, ARNOLD J.: *La Europa de Hitler*. AHR. Barcelona, 1955.
- TRUYOL SERRA, ANTONIO: *La integración europea. Idea y realidad*. Tecnos. Madrid, 1972.
- TUGENDHAT, CHRISTOPHER: *El sentido de Europa*. Alianza. 1987.
- TUSELL GÓMEZ, JAVIER; ESPADAS BURGOS, MANUEL; GIL PECHARROMÁN, JULIO; SÁNCHEZ JIMÉNEZ, JOSÉ; PEREIRA, JUAN CARLOS y MUÑOZ ALONSO, ALEJANDRO: *Siglo XX. Historia Universal. La Europa de las dictaduras*. Paraninfo. 1997.

- VERNET GINÉS, JUAN: *Lo que Europa debe al Islam en España*. Edicions dels Quaderns Crema.
- WALTERS, F. P.: *Historia de la Sociedad de Naciones*. Tecnos. Madrid, 1971.
- WESTPHAL, CHRISTINE: *Europa a la carta*. Könnemann Verlagsgesellschaft mbH.
- WHEELER, TONY; STANLEY, DAVID; ROBINSON, DANIEL; EVERIST, RICHARD; BALLA, MARK; SELDON, LYNN; LOGAN, LEANNE; HONAN, MARK y VAN DRIESUM, ROB: *Europa Central*. Könnemann Verlagsgesellschaft mbH.
- WILKINSON, JAMES D.: *La resistencia intelectual en Europa*. Grupo Editorial Iberoamericana. 1989.
- WOOLF, STUART: *Los pobres en la Europa moderna*. Galaxia Gutenberg. 1989.
- ZAMAGNI, VERA y PRADOS DE LA ESCOSURA, LEANDRO: *El desarrollo económico en la Europa del sur: España e Italia en perspectiva histórica*. Alianza. 1992.
- *Europa Central y del Este*. Alta Fulla.
- *Europa del norte*. Alta Fulla.
- *Europa en cifras*. Mundi-Prensa Libros.
- *Europa*. Fundación Intermón. 1999.
- *Euro-Atlas España Europa*. Plaza & Janés. 1999.

COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO

- Presidente:** D. MIGUEL ALONSO BAQUER
General de Brigada de Infantería (DEM) 2.ª Reserva
Doctor en Filosofía y Letras (Historia y Geografía)
Secretario Permanente del Instituto Español de Estudios
Estratégicos (1986-1997)
Actualmente es Asesor para Estudios Históricos en el I.E.E.E.
- Secretario:** D. LUIS DORRONZORO MANZANO
Coronel del Cuerpo General de las Armas (DEM) (Reserva).
- Vocales:**
- D. FRANCISCO JAVIER FRANCO SUANZES
Capitán de Fragata del Cuerpo General
Diplomado en Guerra Naval.
- D. JUAN ANDRÉS TOLEDAÑO MANCHEÑO
Comandante del Cuerpo General del Ejército del Aire (DEM).
Diplomado en Geodesia Militar.
Ingeniero Superior en Geodesia y Cartografía
- D. JOSÉ MARÍA ROMERO SERRANO
Comandante del Cuerpo General de las Armas (DEM).
Profesor titular de Estrategia de la Escuela de Estado Mayor del
Ejército
- D. VICENTE HUESO GARCÍA
Comandante del Cuerpo General del Ejército del Aire (DEM).
Licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración y en
Sociología.
- D. JOSÉ LUIS CALVO ALBERO
Comandante del Cuerpo General de las Armas (DEM)
Profesor de Estrategia de la Escuela de Estado Mayor del Ejército.

INDICE

	<i>Página</i>
SUMARIO.....	7
INTRODUCCIÓN	11
<i>Capítulo I</i>	
RAYMOND ARON. UNA ACERTADA PERCEPCIÓN PROSPECTIVA DE EUROPA.....	23
Introducción	26
¿Qué Europa?	28
Europa, una comunidad política en alza	30
Una sola voz.....	36
El factor económico en la construcción europea.....	41
Raymond Aron y su análisis político	44
Conclusiones	47
<i>Capítulo II</i>	
JULIÁN MARIÁS. EUROPA, UNA EMPRESA DE CONVIVENCIA CREADORA.....	51
Introducción	54
El espacio europeo.....	54
La unidad.....	58
El proyecto europeo	63
La falta de fidelidad al proyecto europeo: los males y peligros que afligen a Europa.....	69
— Incomunicación	69
— Visión abstracta de Europa. El desconocimiento	70
— Construcción europea	72
— La carencia de ambición intelectual	74
— La falta de motivación «aglutinadora».....	75
— Otros males europeos y mundiales.....	76
Los nacionalismos	76
A modo de conclusión: la esperanza	81

Capítulo III

SAMUEL P. HUNTINGTON. LA VISIÓN PARCIAL DE LA COSNTRUCCIÓN EUROPEA	89
Introducción	92
El nuevo orden mundial basado en las civilizaciones	94
La civilización occidental y europea	96
El papel de la Unión Europea en la civilización occidental. . .	98
El liderazgo de occidente: la posición de la Unión Europea. .	100
¿Hacia dónde avanza la ampliación de la Unión Europea . . .	103
La Unión Europea y la estabilidad internacional	106
La supervivencia de Europa como parte de occidente	111
La dialéctica entre civilizaciones: el papel de Occidente	113
¿Una estrategia para la Unión Europea?	118

Capítulo IV

ZBIGNIEW BRZEZINSKI. LA VISIÓN HEGEMÓNICA DE ESTA- DOS UNIDOS	121
Introducción	123
El marco de su pensamiento	124
¿Qué es Europa para Brzezinski?	129
El problema ruso	133
Una estrategia norteamericana para Europa	140
Brzezinski y la crisis de Kosovo	150

Capítulo V

RALF DAHRENDORF. UNA CIERTA IDEA, ENTRE LIBERAL Y SOCIALDEMÓCRATA, DE LA REALIDAD EUROPEA	153
Un científico social favorable al camino	157
Una teoría general sobre el conflicto social.	159
Un análisis sociológico de la actualidad	161
La gravedad latente en el problema alemán	164
La búsqueda de fórmulas para la construcción de Europa . .	165
El virulento renacimiento del tribalismo	168
El aprecio final de la tarea de las instituciones	171
La condena de lo totalitario, esencial para la forja de Europa	176

Capítulo VI

LUTTWAK. VENCEDORES Y PERDEDORES EN LA ERA GLOBAL.....	183
Introducción.....	185
El dominio estratégico en el fondo del problema.....	186
Globalidad y pugna geoeconómica.....	189
Luttwak revisa sus planteamientos.....	193
Otros puntos de reflexión.....	199
Conclusiones.....	201
BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA.....	205
COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO.....	211
ÍNDICE.....	213

CUADERNOS DE ESTRATEGIA

- | Nº | TÍTULO |
|-----|--|
| *01 | La industria alimentaria civil como administradora de las FAS y su capacidad de defensa estratégica. |
| 02 | La ingeniería militar de España ante el reto de la investigación y el desarrollo en la Defensa Nacional. |
| 03 | La industria española de interés para la defensa ante la entrada en vigor del Acta Única. |
| *04 | Túnez: su realidad y su influencia en el entorno internacional. |
| *05 | La Unión Europea Occidental (UEO) (1955-1988). |
| 06 | Estrategia regional en el Mediterráneo Occidental. |
| 07 | Los transportes en la raya de Portugal. |
| *08 | Estado actual y evaluación económica del triángulo España-Portugal-Marruecos. |
| 09 | <i>Perestroika</i> y nacionalismos periféricos en la Unión Soviética. |
| 10 | El escenario espacial en la batalla del año 2000 (I). |
| 11 | La gestión de los programas de tecnologías avanzadas. |
| 12 | El escenario espacial en la batalla del año 2000 (II). |
| *13 | Cobertura de la demanda tecnológica derivada de las necesidades de la Defensa Nacional. |
| *14 | Ideas y tendencias en la economía internacional y española. |
| 15 | Identidad y solidaridad nacional. |
| *16 | Implicaciones económicas del Acta Única 1992. |
| 17 | Investigación de fenómenos belígenos: Método analítico factorial. |
| *18 | Las telecomunicaciones en Europa, en la década de los años 90. |
| 19 | La profesión militar desde la perspectiva social y ética. |
| 20 | El equilibrio de fuerzas en el espacio sur europeo y mediterráneo. |
| 21 | Efectos económicos de la unificación alemana y sus implicaciones estratégicas. |

Nº

TÍTULO

- *22 La política española de armamento ante la nueva situación internacional.
- *23 Estrategia finisecular española: México y Centroamérica.
- 24 La Ley Reguladora del Régimen del Personal Militar Profesional (cuatro cuestiones concretas).
- *25 Consecuencias de la reducción de los arsenales militares negociados en Viena, 1998. Amenaza no compartida.
- 26 Estrategia en el área iberoamericana del Atlántico Sur.
- *27 El espacio económico europeo. Fin de la guerra fría.
- *28 Sistemas ofensivos y defensivos del espacio (I).
- *29 Sugerencias a la Ley de Ordenación de las Telecomunicaciones (LOT).
- 30 La configuración de Europa en el umbral del siglo XXI.
- 31 Estudio de "inteligencia operacional".
- 32 Cambios y evolución de los hábitos alimenticios de la población española.
- *33 Repercusiones en la estrategia naval española de aceptarse las propuestas del Este en la CSBM, dentro del proceso de la CSCE.
- *34 La energía y el medio ambiente.
- *35 Influencia de las economías de los países mediterráneos del norte de África en sus respectivas políticas de defensa.
- *36 La evolución de la seguridad europea en la década de los 90.
- *37 Análisis crítico de una bibliografía básica de sociología militar en España. 1980-1990.
- 38 Recensiones de diversos libros de autores españoles, editados entre 1980-1990, relacionados con temas de las Fuerzas Armadas.
- 39 Las fronteras del Mundo Hispánico.
- *40 Los transportes y la barrera pirenaica.
- *41 Estructura tecnológica e industrial de defensa, ante la evolución estratégica del fin del siglo XX.

Nº

TÍTULO

- 42 Las expectativas de la I+D de Defensa en el nuevo marco estratégico.
- *43 Costes de un ejército profesional de reclutamiento voluntario. Estudio sobre el Ejército profesional del Reino Unido y (III).
- 44 Sistemas ofensivos y defensivos del espacio (II).
- *45 Desequilibrios militares en el Mediterráneo Occidental.
- *46 Seguimiento comparativo del presupuesto de gastos en la década 1982-1991 y su relación con el de Defensa.
- 47 Factores de riesgo en el área mediterránea.
- *48 Las Fuerzas Armadas en los procesos iberoamericanos de cambio democrático (1980-1990).
- 49 Factores de la estructura de seguridad europea.
- *50 Algunos aspectos del régimen jurídico-económico de las FAS.
- 51 Los transportes combinados.
- 52 Presente y futuro de la Conciencia Nacional.
- 53 Las corrientes fundamentalistas en el Magreb y su influencia en la política de defensa.
- 54 Evolución y cambio del este europeo.
- 55 Iberoamérica desde su propio sur (La extensión del Acuerdo de Libre Comercio a Sudamérica).
- *56 La función de las Fuerzas Armadas ante el panorama internacional de conflictos.
- 57 Simulación en las Fuerzas Armadas españolas, presente y futuro.
- *58 La sociedad y la Defensa Civil.
- *59 Aportación de España en las Cumbres Iberoamericanas: Guadalajara 1991-Madrid 1992.
- 60 Presente y futuro de la política de armamentos y la I+D en España.
- 61 El Consejo de Seguridad y la crisis de los países del Este.
- *62 La economía de la defensa ante las vicisitudes actuales de las economías autonómicas.

Nº

TÍTULO

- 63 Los grandes maestros de la estrategia nuclear y espacial.
- *64 Gasto militar y crecimiento económico. Aproximación al caso español.
- 65 El futuro de la Comunidad Iberoamericana después del V Centenario.
- *66 Los estudios estratégicos en España.
- *67 Tecnologías de doble uso en la industria de la defensa.
- *68 Aportación sociológica de la sociedad española a la Defensa Nacional.
- *69 Análisis factorial de las causas que originan conflictos bélicos.
- *70 Las conversaciones internacionales Norte-Sur sobre los problemas del Mediterráneo Occidental.
- *71 Integración de la red ferroviaria de la península Ibérica en el resto de la red europea.
- *72 El equilibrio aeronaval en el área mediterránea. Zonas de irradiación de poder.
- *73 Evolución del conflicto de Bosnia (1992-1993).
- 74 El entorno internacional de la Comunidad Iberoamericana.
- 75 Gasto militar e industrialización.
- 76 Obtención de los medios de defensa ante el entorno cambiante.
- *77 La Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) de la Unión Europea (UE).
- 78 La red de carreteras en la península Ibérica, conexión con el resto de Europa mediante un sistema integrado de transportes.
- *79 El derecho de intervención en los conflictos.
- 80 Dependencias y vulnerabilidades de la economía española: su relación con la Defensa Nacional.
- 81 La cooperación europea en las empresas de interés de la defensa.
- *82 Los *cascos azules* en el conflicto de la ex Yugoslavia.
- 83 El sistema nacional de transportes en el escenario europeo al inicio del siglo XXI.

Nº

TÍTULO

- 85 La Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) para Europa en el marco del Tratado de no Proliferación de Armas Nucleares (TNP).
- 86 Estrategia y futuro: la paz y seguridad en la Comunidad Iberoamericana.
- 87 Sistema de información para la gestión de los transportes.
- 88 El mar en la defensa económica de España.
- 89 Fuerzas Armadas y Sociedad Civil. Conflicto de valores.
- *90 Participación española en las fuerzas multinacionales.
- *91 Ceuta y Melilla en las relaciones de España y Marruecos.
- 92 Balance de las Primeras Cumbres Iberoamericanas.
- 93 La cooperación Hispano-Franco-Italiana en el marco de la PESC.
- 94 Consideraciones sobre los estatutos de las Fuerzas Armadas en actividades internacionales.
- 95 La unión económica y monetaria: sus implicaciones.
- 96 Panorama estratégico 1997/98.
- 97 Las nuevas españas del 98.
- 98 Profesionalización de las Fuerzas Armadas: los problemas sociales.
- 99 Las ideas estratégicas para el inicio del tercer milenio.
- 100 Panorama estratégico 1998/99.
- 100 1998/99 Strategic Panorama.
- 101 La seguridad europea y Rusia.
- 102 La recuperación de la memoria histórica: el nuevo modelo de democracia en Iberoamérica y España al cabo del siglo XX.
- 103 La economía de los países del norte de África: potencialidades y debilidades en el momento actual.
- 104 La profesionalización de las Fuerzas Armadas.



Colección Cuadernos de Estrategia

